

BIBLIOTECA UNPHU

Juan Jacobo de Lara

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: SU VIDA Y SU OBRA

Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña  
Santo Domingo, D. N.  
1975

## ADVERTENCIA

El objeto de esta obra es presentar una evaluación panorámica de Pedro Henríquez Ureña: del hombre, de su vida y de su obra. No hemos intentado un trabajo de tesis ni aspiramos a emitir conclusiones personales sino a ofrecer una visión de conjunto, en forma expositiva, de lo que fue y de lo que hizo Pedro Henríquez Ureña, y de lo que él significa hoy en Hispanoamérica.

J. J. de L.

Universidad de Columbia,  
Nueva York, 1963.

## PRESENTACION

La presente obra, que con suma complacencia da a la publicidad la “Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña”, es una excelente evaluación, documentada con valiosas fuentes y citas autorizadas, de la vida y la obra de don Pedro Henríquez Ureña.

Nuestra Universidad, que con orgullo lleva el nombre de este insigne humanista, está segura, no sólo de enriquecer la bibliografía nacional con una obra de sumo interés en su género, sino de ayudar a conocer la vida ejemplar y fecunda de Pedro Henríquez Ureña, epónimo de nuestra institución, si se nos permite ampliar un poco el significado de este término.

Ponemos, pues, en manos del público el libro “Pedro Henríquez Ureña, su Vida y su Obra”, compuesto por el acucioso dominicano Juan Jacobo de Lara, persuadidos de su inestimable utilidad.

Dr. Juan Tomás Mejía Feliú  
RECTOR

## PROLOGO

Una rauda visión de un libro sobre  
— PEDRO HENRIQUEZ UREÑA.—

Mariano Lebrón Saviñón.

Sin pretensiones ni aspavientados alardes retóricos, Juan Jacobo de Lara nos entrega este libro magnífico: "PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, *su vida y su obra*", exhaustiva visión del paso del gran humanista dominicano por el mundo del quehacer cultural.

Juan Jacobo de Lara nos era conocido a través de vagas noticias de su fecundo errar por el mundo. Como Pedro Henríquez Ureña, el humanista ejemplar que tanto admira, le ha tocado pasar largas temporadas fuera de su patria, pero soñando con ella, añorándola en cada hueco de soledad, con ejemplar fervor. Empero, ha gozado de la dicha de visitarla por lapsos de apreciables estadas, gozando, otra vez, la fragancia a pino fresco de sus montañas y alcores, allí en su Vega natal, patria chica de entrañables recuerdos, presente siempre en el ansión de sus vagares.

Por veinte y siete años fue profesor de la Universidad de Columbia (en Estados Unidos de Norteamérica), sirviendo docencias de español y de Cultura y Literatura españolas e hispanoamericanas.

Tuvo preocupaciones filológicas—resabios de la dulcedumbre del castellano que domeñaba a su paso por los países anglosajones — que lo llevaron a publicar para la Sociedad Dominicana de Geografía, en su volumen IX, "Léxico y

nomenclatura en documentos del Descubrimiento”, hermoso y bien concebido opúsculo, que nuestro gran Emilio Rodríguez Demorizi presentó con estas palabras:

“Grata faena la de la presentación de un libro cuando las alabanzas, por demás merecidas, fluyen fáciles y justas; cuando al mérito de la obra corresponden los merecimientos del autor; cuando tras de cada concepto, de cada palabra, se advierte una mano docta y atildada, mano de dominicano fervoroso que consagra a su patria las mejores esencias de su espíritu”.

En esta obra que hoy comentamos el Sr. de Lara se atreve a presentar la vida paradigmática de Pedro Henríquez Ureña, en muchos de sus aspectos ecuménicos. Pero puede hacerlo con su proba autoridad. El es un devoto admirador de su magnífico compatriota y posiblemente, si hacemos la excepción de Rodríguez Demorizi, Flérida de Nolasco, quizás Fernández Spencer o un Goyco Castro, muy pocos dominicanos conocen tan hondamente a Pedro Henríquez Ureña.

Por eso esta obra será fundamental e imprescindible para todo estudioso de la egregia personalidad del primer humanista de nuestro continente hispánico.

Ninguna persona en nuestro continente ha concitado tanto amor. Sus discípulos, que se encuentran en la jerarquía de lo mejor de nuestra América, le amaron entrañablemente, porque tuvo esa adorable virtud de sembrar fe y deseo de superación en todo el que se le acercara horro de orgullo y soberbia y deseoso de correr cercano a los mejores. Bondad casi mística anidó su alma, y como una Sibila que oficiara en un nuevo Delfos, su madre, eximia y grande, la inmortal Salomé, atisbó desde la tierna infancia del hijo hacia dónde elevaría sus alas:

*Así es mi Pedro: generoso y bueno,  
todo lo grande le merece culto;  
entre el ruido del mundo irá sereno,  
que lleva de virtud germen oculto.*

*Quando sacude su infantil cabeza  
el pensamiento que le infunde brío,  
estalla en bendiciones mi ternura  
y digo al porvenir: te lo confío.*

Fue más que una predicción, fue hundida convicción de realidades inmersa en la canción de su ancestro. Pedro bebió en el seno materno el amor patrio patente en lo más denso de su obra.

Por eso hay en él efluvios de dulce melancolía por el dolor de la ausencia, nostalgia dolorosa por la patria lejana con su rico venero de pasiones, orgullo terrenal inconcebible para quien tenía ante sus ojos la dilatada finitud del mundo.

Y erran quienes afirman que Henríquez Ureña es un escritor en quien la patria no vibra, eso, por su forzoso apartamiento de su nativo lar. “Nadie —en el extranjero dice Américo Lugo— ha suspirado tanto por su patria como Pedro Henríquez Ureña”.

El tono nostálgico de su prosa da un agradable matiz a sus evocaciones. Todo es nostalgia, invocación de arcanos y recuerdos; la misma belleza es nostalgia de la presencia de Dios.

Por eso alguien ha afirmado que, como Cervantes, Pedro Henríquez era un genio triste. Estaba siempre en función de maestro, de plasmación de ideales. Su sueño era sembrar en el joven la realidad de un nuevo ideal americano. Según Anderson Imbert: “Amaba la sinceridad y el ímpetu en el joven” y Jorge Luis Borges afirma:

“De Pedro Henríquez Ureña, sé que no era varón de muchas palabras. Su método, como el de todos los maestros genuinos, era indirecto. Bastaba su presencia para la discriminación y el rigor”.

Su presencia de maestro era reclamada insistentemente. México, por boca de su Ministro de Educación, José Vasconcelos, llamó un día a Pedro Henríquez Ureña, para darle impulsos a la Escuela de altos estudios, como Santo Domingo llamó un día a Hostos para jerarquizar el alto menester docente. Ambos —el

puertorriqueño y el dominicano— se dan la mano, uniendo sus estaturas gigantescas, en el ecumenismo de la creación gloriosa—artífice de almas— y en la elegancia paradigmática de sus vidas.

Luego pasa a Argentina, como profesor de la Universidad de La Plata, y allí fija residencia. Su labor se hace sentir en la cátedra, en el editorial, en la conversación amena. Publica mucho, pero es más lo que dice. En su conversación es tal el cúmulo de conocimientos que exterioriza, que lo que conversó constituyó su más fecunda obra. “¡Ay,— exclama el sabio mexicano Alfonso Reyes— si se hubiera decidido a escribir todo lo que pensaba y decía! ”

Era un humanista en todo el sentido de esta palabra. Por eso su ideal era Grecia.

Los griegos fueron la altiva aristocracia del mundo, por la imponderable elegancia de su vida ecuménica y por el orbe de ensueños que encendieron.

El ideal para Pedro Henríquez Ureña es, pues, el hombre universal —nosotros, los del grupo de *La Poesía Sorprendida*, también sostuvimos la consigna de “Poesía con el hombre universal”—; el hombre americano, “capaz de recibirlo todo y de darlo todo, pródigo y amplio, magnánimo”, como afirma nuestra escritora Flérida de Nolasco.

Sin embargo, para restarle valores imponderables a su humanismo se ha osado negarle profundidad filosófica a sus juicios.

No, nunca se apartó de la filosofía, fanal de entrañables conocimientos, ni cuando le negó valores esenciales al positivismo que se apoderaba del pensamiento hispanoamericano, ni cuando propugnaba darle alas a las ideas en un constante y meditativo lucubrar. Por eso consideró obligación humana no abandonar la metafísica. Siempre tuvo fe en las imponderables fuerzas del espíritu.

Su concepto de la belleza es platónico, prado de hermosura donde florece la verdad. Desde su muchachez retozó en su alma el gálbo emanante del milagro griego. Dilatadas páginas escribió ponderando la belleza de este ideal.

Y la mejor refacción para su acervo dimanó del alma de los grandes sabios griegos.

Y fiel a ese ideal, Henríquez Ureña fue, ante todo, un esteta. Al referirse a su formación filosófica dice Armando Cordero (en "Ensayos de valoración histórica"):

"El buen éxito que obtuvo desde el punto de vista literario al publicar su obra "Ensayos críticos" (La Habana, 1905), se robusteció en México mediante la crítica filosófica, ya que hubo de asistir a la culminación del movimiento ideológico suscitado en 1837 por José María Luis Mora (1794—1850), partidario de las ideas expuestas por Jeremías Bentham, Herbert Spencer, Stuart Mill y Destutt de Tracy, y como tal, empeñado en orientar la conciencia mexicana a la luz de las reformas educativas señaladas por el Positivismo. Ese movimiento del espíritu mexicano obtuvo en 1867, con la oración de Gabino Barreda (1818—1881), y el otro supremo en cuya virtud admitió el Presidente Benito Juárez (1806—1872), que las doctrinas de Augusto Comte fuesen adoptadas por el Ministerio de Educación de su Patria en los programas de enseñanza; pero no tardaron los hombres del Ateneo de la Juventud, pensadores antipositivistas y espíritus metafísicos que encabezaba don Antonio Caso, en enrostrarles serias impugnaciones".

"Pedro Henríquez Ureña se le enfrenta a Caso y aprovecha la oportunidad para señalarle grandes errores al padre de la filosofía positivista".

No solamente al positivismo sino también al experiencialismo (positivismo independiente) de Stuart Mill y al pragmatismo, enfila nuestro humanista los dardos de su crítica filosófica.

"Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra", por Juan Jacobo de Lara, es una obra escrita con pasión. Esa pasión, ariete de grandes empresas, hontana que se remansa en el prado de la verdad, la hace particularmente sugestiva. Todos los aspectos de la vida del gran humanista aparecen aquí, con una pátina amorosa de



verdad, de la que nadie osará desembarazarla.

Viene bien este libro en un momento de necesaria revalorización de nuestros hombres egregios. Y Pedro Henríquez Ureña lo es.

Es verdad que pasó los mejores años de su vida lejos de su Santo Domingo natal. Pero el alma de Henríquez Ureña flota sobre la añorada tierra de su patria, porque tal debe suceder con el espíritu de los hombres, como pensaba Martí, a través de las maravillosas marejadas de su amor.

Septiembre de 1975.

## CAPITULO I

### VIDA Y OBRA

#### Patria y Familia

Pedro Henríquez Ureña nació en la vieja ciudad de Santo Domingo, República Dominicana, el 29 de junio de 1884. Sus padres, Francisco Henríquez y Carvajal y Salomé Ureña de Henríquez, venían de familias dominicanas de ilustre abolengo. Ambos se distinguieron por sus actividades literarias e intelectuales, por su labor en pro de la enseñanza y de la cultura de su país, y por su patriotismo. Pedro y sus hermanos se formaron, por tanto, en un ambiente doméstico intelectualmente superior, guiados por sus padres. Otras personas ejercieron también marcada influencia en Pedro durante su niñez, pero quien ejerció mayor influencia sobre él durante esos años formativos fue su madre.

Salomé Ureña era hija de Nicolás Ureña de Mendoza: abogado, maestro, periodista y poeta. Nicolás Ureña creía en la educación de la mujer y él mismo se encargó de enseñar a Salomé y de avivar su precoz inteligencia. Desde muy joven se manifestó en ella el talento poético que heredó de su padre. Escribió versos a los quince años y a los diez y siete comenzó a publicarlos con el seudónimo de Herminia.

Su intenso fervor patriótico dominó su poesía desde 1873 hasta 1880. Desde 1874 publicó sus versos con su propio nombre. Su fama rebasó las fronteras de su país. En España, don Marcelino Menéndez y Pelayo, entre otros, elogió la obra poética de Salomé Ureña con entusiasmo.<sup>1</sup> Sus compatriotas le rindieron homenaje público, en 1878, presentándole una medalla costada por suscripción popular. Durante ese año y el siguiente se dedicó la joven poetisa a estudiar con el joven universitario Francisco

<sup>1</sup> Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la Poesía Hispanoamericana*. (Madrid, 1911), I, 310.

Henríquez y Carvajal, con quien contrajo matrimonio en 1880. <sup>2</sup>

Otro cambio se opera en la vida de Salomé Ureña en ese momento. Bajo la influencia del pensador y educador Eugenio María de Hostos, de quien Francisco Henríquez y Carvajal era asiduo colaborador, ella decide dedicarse al magisterio. Hostos organizó la Escuela Normal de Santo Domingo ese mismo año de 1880. Su labor educadora inspiró a la juventud, y, bajo su dirección, Salomé Ureña decidió servir a su patria como educadora también. En 1881 fundó el Instituto de Señoritas, primer plantel de enseñanza superior para la mujer en el país. De ese plantel salieron las primeras maestras normalistas dominicanas, que continuaron y propagaron la labor de educación femenina superior iniciada por Salomé Ureña de Henríquez. <sup>3</sup>

En esa etapa de su vida: maestra, esposa y madre, Salomé Ureña apenas publicó versos, pero escribió su poesía íntima dedicada al esposo, a los hijos y al hogar. En 1890, cuando su segundo hijo, Pedro Nicolás Federico, contaba seis años de edad, ella vaticinó su porvenir con cuatro estrofas proféticas:

Mi Pedro no es soldado; no ambiciona  
de César ni Alejandro los laureles;  
si a sus sienes aguarda una corona,  
la hallará del estudio en los vergeles.

Si lo vierais jugar! Tienen sus juegos  
algo de serio que a pensar inclina.  
Nunca la guerra le inspiró sus fuegos:  
la fuerza del progreso lo domina.

Hijo del siglo, para el bien creado,  
la fiebre de la vida lo sacude;  
busca la luz, como el insecto alado,  
y en sus fulgores a inundarse acude.

<sup>2</sup> Pedro Henríquez Ureña, "Prólogo", *Poesías escogidas de Salomé Ureña de Henríquez* (Ciudad Trujillo, 1960), 7-11. Primera edición en 1920.

<sup>3</sup> Emilio Rodríguez Demorizi, *Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas* (Ciudad Trujillo, 1960).

Amante de la Patria, y entusiasta,  
el escudo conoce, en él se huelga,  
y de una caña, que transforma en asta,  
el cruzado pendón trémulo cuelga,

Seis años más tarde, en 1896, minada ya por una fatal enfermedad, compuso dos estrofas más, igualmente proféticas, a fin de completar la poesía. “Fueron esas dos estrofas lo último que ella escribió”.<sup>4</sup>

Así es mi Pedro, generoso y bueno;  
todo lo grande le merece culto;  
entre el ruido del mundo irá sereno,  
que lleva de virtud germen oculto.

Cuando sacude su infantil cabeza  
el pensamiento que le infunde brío,  
estalla en bendiciones mi ternera  
y digo al porvenir: Te lo confío!

Francisco Henríquez y Carvajal, el padre de Pedro Henríquez Ureña, fue un distinguido hombre de letras, abogado y médico; entre muchos altos cargos públicos del gobierno de su patria, que ocupó durante su vida, figuró la presidencia de la República, en momentos críticos para el país. También representó repetidas veces a su patria en calidad de diplomático en el exterior.

Francisco Henríquez fue el más joven de los diez hijos de Noel Henríquez y de Clotilde Carvajal; contó entre sus hermanos al Decano de las letras dominicanas, Federico Henríquez y Carvajal (1848-1952), hermano espiritual de José Martí. Fue a él a quien Martí escribió su famoso Testamento Político poco antes de morir.

Ambos hermanos, Francisco y Federico Henríquez, ejercieron el magisterio en su juventud y colaboraron en la labor educadora de Hostos y de Salomé Ureña. Francisco Henríquez se graduó de abogado, y aunque nunca ejerció esa profesión le fue muy útil en su carrera política y diplomática. Cursó la medicina en

<sup>4</sup> Max Henríquez Ureña, “Hermano y Maestro”, *Pedro Henríquez Ureña*, (Ciudad Trujillo, 1950), p. XXV.

su país y, más tarde, también en París donde obtuvo el diploma de Doctor en Medicina y Cirugía, carrera que ejerció primero en Santo Domingo, luego en Haití y, por último, en Santiago de Cuba, donde se radicó en 1904. Allí murió el 6 de febrero de 1935 este gran dominicano que tantas veces acudió a las llamadas de su gobierno para servir en momentos críticos dentro y fuera de la patria.<sup>5</sup>

Si Pedro Henríquez Ureña heredó de su madre el amor a la poesía, de su padre heredó el espíritu científico. De ambos heredó su devoción al magisterio y a las letras. Ambos fueron sus primeros maestros. Pedro tenía once años cuando fue por primera vez a una escuela. Emilio Prud'honme, su padrino de confirmación y muy buen amigo de sus padres, fundó el Liceo Dominicano en la ciudad de Santo Domingo, y se decidió que Pedro y sus hermanos continuaran sus estudios con Prud'honme. Pedro ingresó en el curso preparatorio del bachillerato. Desde muy temprano se manifestaron sus tendencias literarias; ya a los nueve años leía, con su hermano Max, de ocho años, las traducciones del teatro de Shakespeare y abundante literatura en prosa y en verso.<sup>6</sup>

Max Henríquez Ureña compartió con su hermano Pedro, desde la infancia, sus intereses literarios: sus lecturas, sus esfuerzos, sus ambiciones, sus proyectos. Los dos muchachos organizaron una que otra sociedad literaria infantil, escribieron poesías, escribieron "periódicos" manuscritos que circulaban entre familiares y amigos, y leían mucho; leían y estudiaban siempre. "Cuando Pedro contaba pocos años hubo quienes declararon que su porvenir estaba en las matemáticas; después pareció que las ciencias naturales lo atraían más que todo orden de conocimientos; más tarde veíamos en él a un poeta."<sup>7</sup>

Fue entonces cuando Pedro y Max se dedicaron a coleccionar poesías dominicanas recortándolas de periódicos y

5 Francisco Henríquez y Carvajal, *Homenaje de Cuba al Preclaro Dominicano Don Francisco Henríquez y Carvajal en el Centenario de su nacimiento* (La Habana, 1959).

6 "Hermano y Maestro", p. XVII.

7 Ibid, p. XVIII.

revistas del momento y también de muchos periódicos que se conservaban entre los papeles de su abuelo Nicolás Ureña. En unos cuadernos de tosca y primitiva encuadernación que ellos mismos prepararon copiaban las composiciones poéticas que querían conservar o pegaban el recorte. “Tres volúmenes gruesos fueron el fruto de ese empeño” y le dieron el título de *Poetas Dominicanos*.<sup>8</sup>

En la Biblioteca del Museo Nacional de Santo Domingo se encuentra un libro manuscrito con ese mismo título de *Poetas Dominicanos*, de unas doscientas páginas, obra juvenil de Pedro Henríquez Ureña. Es una colección de composiciones en versos de autores nacionales, precedidas muchas veces de valiosas notas biográficas y bibliográficas. Aparte de una primera parte que se titula “Período del coloniaje” se encuentra allí más o menos toda la poesía dominicana del siglo diez y nueve. En la Biblioteca Nacional de Santo Domingo tienen además otro manuscrito de Pedro Henríquez Ureña, incompleto, que parece ser un complemento del anterior y lleva por título “Literatura Dominicana”

Después de la muerte de su madre, Pedro y sus hermanos estuvieron por un tiempo de visita en Cabo Haitiano, donde se había instalado su padre y ejercía allí su profesión de médico. Los muchachos no descuidaron sus actividades literarias y reanudaron sus veladas, estudiaron el francés e iniciaron el aprendizaje del piano. Pedro tuvo que interrumpir la música al retornar a Santo Domingo para continuar sus estudios del bachillerato en el Liceo Dominicano. “Nunca, sin embargo, abandonó su afición a la buena música, que sabía apreciar con fino sentido crítico y constituyó siempre para él un alto placer estético.”<sup>9</sup>

Estaban los muchachos nuevamente en Cabo Haitiano cuando ocurrió la muerte del tirano Presidente Hereaux, de la República Dominicana. En uno de sus periódicos manuscritos “escribió Pedro un razonado artículo enjuiciando la personalidad política de Heaureaux. Aunque ese trabajo era el fruto de una

<sup>8</sup> Ibid, p. XI.

<sup>9</sup> “Hermano y Maestro”, p. XXVII.

inteligencia de quince años, ya en él se perfilaba el futuro ensayista.”<sup>10</sup>

Francisco Henríquez y Carvajal volvió a Santo Domingo y, en el nuevo gobierno, ocupó el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores. Pedro y sus hermanos entraron a formar parte de un grupo de jóvenes con aficiones literarias; organizaron revistas juveniles en las que comenzó Pedro a publicar sus crónicas, impresiones críticas y algunas poesías.

Fue entonces cuando Pedro y Max y sus amigos convirtieron la casa de las hermanas Feltz en un centro de lecturas y de vida intelectual. Leonor Feltz había sido la discípula favorita de Salomé Ureña, y ella y su hermana Clementina acogían y alentaban a ese grupo de jóvenes con ambiciones literarias, y crearon con ellos un ambiente elevado de cultura en la capital dominicana. En reuniones diarias leían y comentaban obras clásicas y literatura contemporánea. Años más tarde, en unas páginas que dedicó Pedro a Leonor Feltz, en su libro *Horas de Estudio*<sup>11</sup>; reconoce la decisiva influencia que ella y la actividad intelectual que creó en sus reuniones tuvieron para él; y le dice que su influencia seguía inspirándole en sus horas de estudio.<sup>12</sup>

A lo largo del año 1900 tuvo Pedro para el estudio todas las horas. Además de las reuniones en el salón de las hermanas Feltz, sus muchas lecturas literarias, sus estudios para terminar el bachillerato y la preparación de los varios exámenes, escribió crónicas, crítica literaria y teatral, y algunas poesías. Pedro se graduó de Bachiller en Ciencias y Letras, en Santo Domingo, el 6 de febrero de 1901.<sup>13</sup> Tenía diez y seis años e iba a comenzar su larga carrera de esfuerzos y triunfos en el extranjero. Ya tenía,

10 Ibid., p. XXXI.

11 “A Leonor M. Feltz en Santo Domingo”, *Horas de Estudio*, (París, Ollendorff, 1910), 6-9.

12 Le dice también: “Antes tuve para el estudio todas las horas; hoy sólo puedo salvar para él unas cuantas, las horas tranquilas, los días serenos y claros, los días alciónicos.” p. 9.

13 Emilio Rodríguez Demorizi, *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña* (Ciudad Trujillo: Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, 1947), p. 36.

hacia entonces, cierta reputación literaria entre la juventud dominicana. Sus crónicas teatrales y su crítica literaria eran de indiscutible mérito. “Ya daba a conocer el teatro de Ibsen, todavía ignorado en nuestra América, y hablaba de los estudios literarios que habían de acometerse ‘con saber y paciencia’ —temprana norma de sus propios afanes.”<sup>14</sup>

A principios de 1901 su padre iba hacia los Estados Unidos, comisionado por su gobierno, y decidió llevarse a sus dos hijos mayores, ambos recién graduados de bachilleres, para que cursaran estudios universitarios en Nueva York. Los años formativos de Pedro en su patria habían terminado. El 19 de febrero partió para Nueva York.<sup>15</sup> Pasarían diez años antes de que Pedro Henríquez Ureña hiciera una visita corta a su patria, y treinta años antes de que pasara allí una temporada más o menos larga. Aunque siempre fue un gran dominicano, lo fue desde lejos.

14 Ibid., 9–10.

15 Ibid., 10.



## PRIMERA JUVENTUD: AÑOS DE ESFUERZO.

A fin de que los dos muchachos aprendieran el inglés pronto y bien, su padre les buscó una casa de huéspedes cerca de la Universidad de Columbia, en la cual se inscribieron y comenzaron sus estudios. Cuando su padre regresó a Santo Domingo decidió que también Max se fuera a Nueva York para que allí continuara sus estudios de música. Estaban nuevamente juntos los tres hermanos; dejemos hablar a Max:

Grande fue mi alegría al reunirme de nuevo con mis hermanos y reanudar mis habituales lecturas y comentarios con Pedro, que siempre me servía de guía. Nuevas perspectivas se abrían para nosotros en aquella inmensa urbe. Asistíamos constantemente a los mejores espectáculos y conciertos: si hoy aplaudíamos a Eleonora Duse, mañana tocaba en turno a Henry Irving o a otras grandes figuras de la escena contemporánea; en el campo de la música nos fascinaba el conjunto de estrellas del Metropolitan Opera House, empezando por Marcela Sembrich, y nos deleitábamos con los "recitales" de Paderewski, Kreisler y tantos otros artistas de excepcional valía.<sup>16</sup>

Pedro y Max aprovecharon plenamente las oportunidades culturales que les ofrecía la gran urbe para continuar su educación intelectual y artística. Ese año se celebró una exposición Panamericana en la ciudad de Búfalo, del Estado de Nueva York, y Pedro y su hermano mayor pasaron allí el mes de agosto, acompañando a su dilecta amiga dominicana Mercedes Mota, joven maestra y escritora, de Puerto Plata, quien era la delegada de la República Dominicana en el Congreso de Mujeres que se celebraba en la Exposición. Mercedes Mota se distinguió con su trabajo sobre la mujer dominicana, que fue muy bien recibido.

En mayo del 1902 hubo un cambio inesperado de gobierno en la República Dominicana y don Pancho Henríquez perdió su ministerio. Se vio precisado a escribir a sus hijos que no podía sostenerlos en Nueva York como antes, y les sugería que regresaran a su lado. Los tres jóvenes decidieron buscar el modo de

16 "Hermano y Maestro", p. XXXIV.

ganarse la vida en Nueva York. Pedro y su hermano mayor encontraron trabajo en el comercio; Max comenzó de pianista en un restaurante. Su padre, debido a que el nuevo gobierno de Santo Domingo le era contrario, se fue a Cuba con la idea de establecerse allí y ejercer su profesión médica.

Durante los tres años, de esfuerzo y de estudio, que pasó Pedro entonces en Nueva York escribió algunas de sus mejores poesías y también alguna prosa. Pero la vida de trabajo, largas horas y poca remuneración, no le permitía disfrutar, a medida que pasaba el tiempo, sino limitadamente, de las oportunidades culturales de la gran ciudad. Cuando no estaba trabajando en su empleo, iba a las bibliotecas y leía, iba al teatro y a la ópera y a los conciertos, y siempre escribía.

Desde la adolescencia se vislumbró en Pedro al escritor junto al poeta. Aunque en esos años juveniles predominaba en él el poeta, ya desde 1900 escribía crónicas teatrales, ensayos literarios, y otros trabajos en prosa que se publicaban en periódicos y revistas de Santo Domingo. Pero no fue hasta el año 1904, al trasladarse a La Habana, cuando comenzó a imponerse en él el prosista.

Su biografía nos revela que desde la primera adolescencia, y toda su vida, la primera religión de Pedro Henríquez Ureña fue el trabajo. Desde niño conoció el sufrimiento, tuvo pesimismo, y lo revela, más que en su prosa, en su poesía y en sus cartas. En una carta íntima que escribió a los diez y ocho años, decía "Que yo no conozco al mundo? Yo sé todas las amarguras de la vida, i ningún amago o sonrisa de la suerte me encontrará desprevenido. . . Yo, pesimista de corazón pero jamás de práctica, tomo de la vida lo mejor."<sup>17</sup>

En otra carta, escrita antes de los veinte años, habla a propósito del sufrimiento: "Todos sufren i todos los dolores son iguales, pero son los débiles de espíritu los que buscan consuelo. Los fuertes reciben el dolor con filosofía: estoicismo, o resignación, o desprecio. El dolor es un producto de la humanidad, como el placer, como la religión, como el arte, como todo lo que

17 Carta a Mercedes Mota escrita en Nueva York el 27 de agosto de 1902

nos rodea.” 18

Don Pancho Henríquez se estableció definitivamente en Santiago de Cuba y allí se le reunió Max. Pedro y su hermano mayor dejaron a Nueva York y se radicaron en La Habana donde consiguieron empleo en la casa de Silveira y Compañía “por recomendación del Generalísimo Máximo Gómez.” 19 Ese año 1904 y el siguiente fueron fructíferos para Pedro en el sentido literario; escribió y publicó mucho: crónicas habaneras, ensayos, artículos de crítica, y más poesías. En Santiago de Cuba Max fundó y dirigió una revista, *Cuba Literaria*, en la cual colaboró Pedro asiduamente desde La Habana.

En *Cuba Literaria* publicó algunos de los trabajos que mejor le dieron a conocer como crítico y ensayista, entre ellos los que dedicó a Rodó y a D’Annunzio y luego incluyó en su primer libro, *Ensayos Críticos*, publicado en La Habana a fines de 1905. El libro fue bien acogido por la crítica en la América española. También de España recibió Pedro cartas y opiniones muy halagüeñas de Menéndez y Pelayo y otros escritores de renombre. 20

Así encontramos a Pedro, a los veinte y un años de edad, un escritor de alguna reputación: autor de un libro, ensayista y crítico, colaborador de revistas y periódicos, y también poeta. Pero le faltaba una orientación determinada. El trabajo en el comercio era incompatible con sus aspiraciones literarias y ganaba muy poco para poder vivir holgadamente. Buscando mejorarse decidió irse a México. Pero vamos a examinar su obra en La Habana, donde estuvo desde principios del 1904 hasta principios de 1906.

Durante 1904 y 1905 escribió y publicó los trabajos que reunió en su primer libro, *Ensayos Críticos*. 21 La gran mayoría de sus trabajos aparecieron en *Cuba Literaria*, la revista que su hermano Max publicaba en Santiago de Cuba, pero también

18 Carta a Mercedes Mota escrita en Nueva York el 16 de febrero de 1904.

19 “Hermano y Maestro”, p. XXXV.

20 “Hermano y Maestro”, p. XXXV, XXXVI.

21 (La Habana: Imprenta Esteban Fernández, 1905).

aparecían en publicaciones dominicanas y en La Habana. Con el seudónimo León Roch, escribió sus interesantes artículos bajo el título de “Crónica Habanera” para *Cuba Literaria* mientras existió dicha revista. Esa crónica versaba sobre los temas más variados: teatro, música, libros, escritores, literatura, y cosas y acontecimientos de La Habana.

Durante 1905, esa crónica habanera se convirtió en la “Correspondencia habanera” para las publicaciones dominicanas, firmadas con su propio nombre. Dos de esos artículos, durante el mes de agosto, fueron sobre “La muerte de Máximo Gómez”, el gran dominicano que fue un notable héroe de la independencia de Cuba y vivía en La Habana. Otro de sus trabajos de esa época fue sobre “Martí, escritor” que fue muy interesante porque en esos años se pensaba en Martí como patriota y no como escritor. Pero en lo que reunió Pedro Henríquez Ureña lo mejor de su obra de esos dos años en La Habana fue en su libro *Ensayos Críticos*.

En ese libro se manifiestan algunas de las orientaciones literarias en que se iba perfilando como escritor. Se admira al crítico literario en sus excelentes ensayos sobre Rubén Darío, José Enrique Rodó, José Joaquín Pérez, Gabriel D’Annunzio, y sobre el Modernismo en la poesía cubana. Se aprecia su interés por la literatura inglesa en sus ensayos críticos sobre Oscar Wilde, Arthur Wing Pinero y Bernard Shaw. Se vislumbra al gran pensador americano en sus comentarios sobre la *Sociología de Hostos* y sobre la obra del cubano-español Enrique Llorca. Y por último se reconoce el crítico de arte en los trabajos sobre “La música nueva.”<sup>22</sup>

Leyendo hoy estos ensayos críticos, escritos en 1904 y 1905 por un joven de veinte años, nos asombra la penetración de sus juicios sobre temas entonces nuevos o desconocidos en nuestra América. El libro tuvo muy buena acogida. Rodó fue de los que le escribió con entusiasmo:

....veo en Ud. un verdadero escritor, una hermosa promesa para nuestra crítica americana, tan necesitada de sangre nueva que la

22 “La música nueva”, “Richard Strauss y sus poemas tonales”, “La ópera italiana”, “La profanación de Parsifal.”

reanime. Me agradan mucho las cualidades de espíritu que Ud. manifiesta en cada una de las páginas de su obra, y que son las menos comunes, y las más oportunas y fecundas, con relación al carácter de nuestra literatura. Me agradan la solidez y ecuanimidad de su criterio, la reflexiva seriedad que da el tono de su pensamiento, lo concienzudo de sus análisis y juicios, la limpidez y precisión de su estilo. Me encanta esa rara y felicísima unión del entusiasmo y la moderación reflexiva que se da en Ud. como en pocos. Y me complace reconocer, entre su espíritu y el mío, más de una íntima afinidad y más de una estrecha simpatía de ideas.<sup>23</sup>

Nos referiremos más adelante a cada uno de los trabajos incluídos en *Ensayos Críticos*. Por ahora vamos a seguir los pasos de Pedro Henríquez Ureña en México.

<sup>23</sup> José Enrique Rodó a Pedro Henríquez Ureña. *Revista Dominicana de Cultura*, 1955, 1—130. (Carta escrita en Montevideo el 20 de febrero de 1906).

## MEXICO: PRIMERA ETAPA

Pedro Henríquez Ureña llegó a Veracruz el día 7 de enero de 1906. A los pocos meses siguió a Ciudad de México y allí vivió hasta abril de 1914. En Veracruz “figuró como redactor de *El Dictamen* y lanzó a la publicidad, junto con Arturo R. Carricarte, la *Revista Crítica*, que alcanzó bastante resonancia en el mundo intelectual, aunque de ella sólo se publicaron tres o cuatro números.”<sup>24</sup>

Pero Veracruz no ofrecía el clima intelectual ni las oportunidades que buscaba Pedro y muy pronto decidió seguir hasta Ciudad de México. “Allí se relacionó al punto con el grupo literario de la *Revista Moderna de México*, que dirigía el poeta Jesús E. Valenzuela, y entró a formar parte del cuerpo de redacción del diario *El Imparcial*.”<sup>25</sup>

Muy pronto también formó parte de un grupo de jóvenes intelectuales: escritores, poetas, artistas y estudiosos. “Ese grupo estudiaba, discutía, conversaba, leía; tenía una sed de cultura y un afán de verdad.”<sup>26</sup> Figuraban en el grupo además de Pedro: Antonio Caso, que ya se dedicaba al estudio de la filosofía; Alfonso Cravioto, que publicaba la revista *Savia Moderna* como órgano de la juventud; Alfonso Reyes, benjamín del grupo; y otros. Entre los que ingresaron más adelante figuró José Vasconcelos.

A principios de 1907 vino su hermano Max a reunirse con Pedro en México e inmeditamente entró a formar parte del grupo y de la redacción de *El Diario*. Pedro y Max se instalaron en piso propio, con otros jóvenes, donde acordaron “celebrar cada domingo las reuniones literarias del grupo, que de ese modo adquirió completa unidad de espíritu y de organización.”<sup>27</sup>

24 “Hermano y Maestro”, p. XXXVI.

25 Loc. cit.

26 Antonio Castro Leal, “Pedro Henríquez Ureña, Humanista Americano”, *Boletín Bibliográfico Mexicano*, (Julio 31, 1946)

27 “Hermano y Maestro”, p. XXXVIII.

Dentro de ese movimiento juvenil se calificó a Pedro como el Sócrates del grupo. “La personalidad de Pedro se singularizaba por su temperamento de maestro. Conversar con él era aprender. Enseñaba, enseñaba siempre, con naturalidad y sin esfuerzo ni vano alarde de saber. En todo momento era, por excelencia, maestro.”<sup>28</sup>

Dijo Alfonso Reyes que Pedro poseía la prenda superior de desentenderse de sus propias excelencias y esconder sus ternuras, con varonil denuedo, bajo el impassible manto de la persuasión racional, y que todo lo dejaba, todo, para acudir a los demás, y en ello gastó gran parte de su vida. Se le hojeaba como a viviente enciclopedia. “Aceptaba la misión patética de enfrentar consigo mismo a cada hombre. Sólo los mejores soportaban la prueba... allí estaba Pedro con su interrogación implacable, para deslindar lo cierto de lo dudoso, y lo que se sabe, de lo que se sospecha o lo que se ignora.”<sup>29</sup>

También dijo Alfonso Reyes que en lo privado, era muy honda la influencia socrática de Pedro Henríquez Ureña; que él enseñaba a oír, a ver, a pensar. Asegura don Alfonso que no hubo entre ellos, en el grupo, ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó. Recordando a Pedro el hombre, dice que era insondable, inesperado, vertiginoso y genial, y que se le pudo llamar, como al gran cínico de antaño, el Sócrates furioso. Así era el Pedro joven, el Pedro heroico, pues más tarde aprendió a ser más complaciente, aprendió a dominar casi por completo su latente impetuosidad. A tal punto que un sí prolongado “era casi su única manera de discrepar. No por escepticismo, no por falta de carácter: por civilizado.”<sup>30</sup>

Pero volviendo al grupo de jóvenes intelectuales del México de 1907, ellos decidieron constituirse en una organización cultural reconocida y se fundó la Sociedad de Conferencias, que tuvo muy

28 Loc. cit.

29 “Evocación de Pedro Henríquez Ureña”, *Páginas Escogidas* (México, Secretaría de Educación Pública, 1946).

30 Narciso Binayan, *Revista Americana de Educación*, I, (La Plata, 1946, núm. 1), p. 34.

buena acogida. Los tres primeros conferenciantes fueron Alfonso Cravioto, Antonio Caso, y Pedro Henríquez Ureña. Ese primer año ofrecieron una serie de seis conferencias.

Las seis conferencias de esta primera serie fueron: "La obra pictórica de Carriere" por Alfonso Cravioto; "Nietzsche" por Antonio Caso; "La evolución de la crítica" por Rubén Valenti; "Aspectos de la arquitectura doméstica" por Jesús T. Acevedo; "Edgar Poe" por Ricardo Gómez Robelo; y "Gabriel y Galán" del que escribe. La segunda serie, en 1908, comprendió las cuatro siguientes: "Max Stirner" por Antonio Caso; "La Influencia de Chopin en la música moderna" por Max Henríquez Ureña; "D'Annunzio" por Jenaro (sic) Fernández Mac Gregor; y "Pereda" por Isidro Fabela. <sup>31</sup>

Pedro y Max abandonaron las redacciones de *El imparcial* y *El Diario* por disgustos personales, pero continuaron colaborando en otros periódicos y en revistas literarias. Pedro entró a trabajar en una compañía de seguros y Max partió para el Estado de Jalisco como Jefe de redacción de *La Gaceta de Guadalajara*. De ahí pasó al Estado de Nuevo León a dirigir la edición española de *The Monterrey News*, por recomendación del gobernador de aquel estado, el General Bernardo Reyes, padre de su íntimo amigo Alfonso Reyes. Dejamos hablar a Max:

Mi correspondencia con Pedro durante todo este período era casi diaria. Aunque separados por la distancia, nunca estuvimos más unidos. El me informaba minuciosamente de las actividades de nuestro grupo, me informaba sobre sus lecturas, comentándolas extensamente y recomendándome las que consideraba más útiles; y a la vez hacía la crítica de lo que yo escribía, con alguna severidad, pues siempre creyó que, tanto conmigo como con los demás componentes de nuestro grupo, era así como mejor cumplía su misión socrática. <sup>32</sup>

Pero Max no permaneció mucho tiempo en Nuevo León.

31 Pedro Henríquez Ureña, "Conferencias", *Horas de Estudio*.

32 "Hermano y Maestro", p. XL-XLI



Se le presentó una lesión pulmonar con amenaza de tuberculosis, enfermedad de la cual había muerto su madre. Atendiendo al llamamiento de su padre se fue a reunírsele en Santiago de Cuba. Antes de un año estaba bien, pero ya no quiso alejarse de su padre y se instaló en La Habana, donde vivió algunos años y cursó la carrera de abogado.

De la Sociedad de Conferencias nació el Ateneo de la Juventud, que se fundó en Ciudad de México en octubre de 1909 por invitación de Antonio Caso, Jesús T. Acevedo, Alfonso Reyes, Rafael López y Pedro Henríquez Ureña. Se abrieron tres secciones: Literatura y Artes, Ciencias Sociales e Historia, y Filosofía. Se escogieron treinta socios. El Ateneo tenía por objeto el trabajar en pro de la cultura intelectual y artística de México.

Además de las conferencias, el Ateneo emprendió una campaña renovadora con exposiciones de arte, artículos, libros y actos culturales. Cuando el historiador español Rafael Altamira visitó a México en 1910 y recibió muchos homenajes públicos y privados, el Ateneo de la Juventud le festejó con una velada cultural. En esa ocasión leyó Pedro Henríquez Ureña su trabajo sobre "El Maestro Hernán Pérez de Oliva."

Bajo la dirección de don Justo Sierra, el decano de la intelectualidad mexicana de la época, y en colaboración con Luis G. Urbina y Nicolás Rangel, participó Pedro Henríquez Ureña en la compilación y edición de la importante obra *Antología del Centenario*. Esa Antología se proyectó con el plan de abarcar la literatura mexicana del primer siglo de independencia. Se publicaron solamente dos volúmenes con la literatura de principios del siglos diez y nueve, la época de la Independencia.<sup>33</sup> Se debió a la pluma de Pedro Henríquez Ureña la sobria y meditada "Advertencia" y su sólido criterio contribuyó al efecto tan admirable de la obra.

33 Según la "Crono—bibliografía de Pedro Henríquez Ureña" por Emma Susana Speratti Piñero, corresponden a Henríquez Ureña: Tomo I, "Fray Manuel de Navarrete" 1—17; "José Manuel Sartorio" 19—48; "José Agustín de Castro" 49—66; "Anastasio de Ochoa" 66—97; "Agustín Pomposo Fernández de San Salvador" 113—126; "Luis de Madizábal" 253—263; "José Joaquín Fernández de Lizardi" 265—413; Tomo II. "Manuel de Lardizábal y Uribe" 490—544; "José Miguel Guridi y Alcocer" 545—575; "Francisco Manuel Sánchez de Tagle" 578—617; "Francisco Ortega" 619—658; Índice biográfico de la época, 661—1014.

En esos primeros años en México, la producción literaria de Pedro fue cuantiosa y aparecía en periódicos y revistas de México, Cuba y Santo Domingo; pero escribió ya muy pocas poesías. Al abandonar la poesía, sin embargo, había asegurado ya una posición sólida como escritor. En ese mismo año de 1910 apareció su segundo libro, *Horas de Estudio*, publicado en París por la casa Ollendorff. Contiene una selección de sus trabajos recientes sobre cuestiones filosóficas, sobre literatura española y americana, sobre temas de su patria, y sobre otros temas.

Este segundo libro tuvo tan buena acogida como el primero, *Ensayos Críticos*, había tenido después de su aparición en La Habana en 1905. *Horas de Estudio* comienza con "Días alciónicos" que son dos fragmentos muy inspirados. El primero, dedicado a sus fraternales amigos Antonio Caso y Alfonso Reyes, lo escribió visitando a Chapultepec con ellos y haciendo observaciones del paisaje. Se remonta poéticamente a la Grecia legendaria y sus días luminosos en que anida el Alción. El segundo, a manera de carta, es su famosa epístola a Leonor Feltz en Santo Domingo. En esas páginas que dedica a Leonor Feltz, fechadas en México, octubre de 1909, al recordarle aquellas reuniones y lecturas literarias que tenían lugar en su casa le hace una confesión.

A la vida exclusivamente intelectual que llevé antes, ha sucedido larga y variada experiencia de gentes y de países, de ideas y de cosas. Mi vida también es otra. La adolescencia entusiasta, exclusiva en el culto de lo intelectual.... desapareció para dejar paso a la juventud trabajosa, afanada por vencer las presiones ambientes.... Antes tuve para el estudio todas las horas; hoy sólo puedo salvar para él unas cuantas.... mis horas de estudio.<sup>34</sup>

En *Horas de estudio* recogió Pedro Henríquez Ureña lo mejor de la prosa que había escrito desde su llegada a México, o sea, del 1906 al 1909. Tanto en la América española como en España, y hasta en París, recibió el libro merecidos elogios. Don

34 *Horas de Estudio*, 6-9.

Marcelino Menéndez y Pelayo hace mención de él en su segunda edición de *Historia de la Poesía Hispanoamericana*, que apareció al año siguiente, y elogia la obra del “joven dominicano, de sólida instrucción y buen gusto.”<sup>35</sup>

La fama hispánica de Pedro Henríquez Ureña se había establecido, pues, en el mundo literario con su primer libro y quedó definitivamente confirmada, y se extendió, con el segundo. Su frecuente colaboración en periódicos y revistas contribuía a su fama.

En 1911 hizo Pedro un rápido viaje a su patria, después de diez años de ausencia. Iban a pasar veinte años más antes de que Pedro pisara el suelo dominicano nuevamente. Durante esos veinte años iba a pisar muchas tierras extranjeras. En La Habana, a la ida y a la vuelta, se juntó con su hermano Max que estudiaba la carrera de abogado en la Universidad de allí. Pero fueron visitas rápidas de tránsito.

Pedro volvió a México y a sus ocupaciones allí. Ese año de 1911 no fue muy productivo literariamente. La Revolución había comenzado en México y dominaba la atención de todo y de todos. Las vicisitudes políticas habían hecho salir a algunos de sus amigos al extranjero y habían casi paralizado toda vida cultural, pero allí volvió Pedro a seguir prestando su apoyo a las actividades literarias y académicas de la capital mexicana. Con Antonio Caso y Francisco Gamoneda organiza una serie de conferencias en la Librería General. La noche del 6 de diciembre de 1913 pronunció su famosa conferencia sobre “Don Juan Ruíz de Alarcón.” Durante ese mismo año ayudó a reorganizar la Escuela de Altos Estudios y ocupó la cátedra de literatura inglesa. Emilio Rodríguez Demorizi indica los siguientes puestos académicos que desempeñó Pedro Henríquez Ureña en México entonces: Oficial Mayor de la Secretaría de la Universidad Nacional de México, 1910-14; Profesor de la lengua española en la Escuela Superior de Comercio y Administración, México, 1912; Catedrático de literatura española e hispanoamericana en la Escuela Preparatoria de la Universidad Nacional de México, 1912-13; Catedrático de

<sup>35</sup> Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la Poesía Hispanoamericana* (Santander, 1948), 1-307.

literatura inglesa y de historia de la lengua y la literatura española en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, 1913-14.<sup>36</sup>

Pedro era muy hábil en dirigir a los jóvenes y en despertar en ellos anhelos de mejoramiento intelectual.... representó entre nosotros, y en una época decisiva para la cultura del país, la seriedad de la carrera literaria.... Sus escritos, con serlo tanto, no son menos valiosos que su influencia personal en la juventud de hacia el segundo decenio de este siglo.<sup>37</sup>

Julio Torri, académico y escritor también, fue uno de los íntimos de Pedro durante esos años jóvenes en México. Nos dice que Pedro era de una bondad inagotable, de una inteligencia clarísima de primer orden. Nos habla también de su saber y su certero juicio, y de como con su infinita paciencia para soportar toda clase de importunos y molestias se revelaban en él indicios de santidad laica, más bien de tipo protestante que católico. Y de su trato personal dice que Pedro era la sociabilidad misma, y que nadie gozaba como él de los placeres que procuran las reuniones y tertulias, cualidad ésta que mantuvo toda su vida.

El mismo Julio Torri nos dice que el recuerdo de Pedro Henríquez Ureña está siempre vivo en México. Otro mejicano nos dice que "Henríquez Ureña ha sido uno de los americanos más nobles, más buenos, más sabios, más inteligentes, y de más fina sensibilidad de este siglo."<sup>38</sup> Esa opinión, y aún mayores elogios, se escuchan de numerosas personas que en México, en la Argentina, y en todas partes conocieron a don Pedro. Es muy difícil encontrar crítica adversa, ni siquiera no elogiosa, cuando se habla de él.

Después de sus viajes y de haber llegado a su plena juventud contaba Pedro Henríquez Ureña no solamente con una

<sup>36</sup> *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña*, p. 28.

<sup>37</sup> Julio Torri, "Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña", *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, No.23; (Julio-septiembre 1946) 99-102.

<sup>38</sup> Antonio Castro Leal, *México en la Cultura* (México: 4 de julio, 1960), p. 5.

reputación literaria sino también con amigos en muchas partes: íntimos unos, puramente literarios otros. Comentó alguien entonces que, al cultivar nuevos amigos, Pedro pasaba por un primer período de “deslumbramiento del hallazgo, período de largas conversaciones, y de los únicos goces del tener amigos. Después viene la época de las tempestades; luego viene una aproximación lenta y definitiva.... la amistad entra en su período durable y alcanza su fórmula plena: intercambio de servicios intelectuales y morales.”<sup>39</sup>

Comenzando el año 1914 completó Pedro Henríquez Ureña la carrera de abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad de México, profesión que, sin embargo, nunca ejerció. La tesis que presentó para obtener el título fue *La Universidad*, una síntesis histórica de la institución y de sus funciones. Su hermano Max había ya completado la misma carrera en La Habana y la ejercía en Santiago de Cuba.

La situación política durante el régimen de Victoriano Huerta obligó a don Pedro a salir de México, sin siquiera esperar a recibir su título de abogado. Dejó a un amigo el encargo de recogerse, pero pasó mucho tiempo sin que lo consiguiera. Llegó a La Habana, donde fue muy bien recibido por la prensa y por sus amigos, y permaneció allí hasta fines de ese mismo año; entonces siguió hacia los Estados Unidos como corresponsal del *Heraldo de Cuba*, en Washington, nombrado por Manuel Márquez Sterling, director del periódico.

El plan de don Pedro había sido el seguir a Europa desde La Habana, pero comenzó la guerra mundial y tuvo que desistir de tal proyecto. La situación en Santo Domingo no le permitía pensar en irse allá. En Cuba no encontró una orientación estable que le permitiera vivir y trabajar como quería, por eso aceptó irse a los Estados Unidos como corresponsal de periódico. Sus amigos de México le llamaban, pero le producía terror pensar en volver a aquella “atmósfera envenenada” de entonces. Su primera etapa mexicana había terminado; él debía mucho a esos años en México, y México le debía mucho a él, como lo han reconocido cabalmente

39 Carta de Julio Torri, escrita en México (9 de septiembre, 1914).

sus amigos y discípulos mexicanos. Vamos ahora a seguir sus pasos en los Estados Unidos.

## ESTADOS UNIDOS: SEGUNDA ETAPA.

Pedro Henríquez Ureña salió de México y llegó a La Habana en abril de 1914. Permaneció en la capital cubana hasta noviembre de ese mismo año, y entonces se dirigió a Nueva York, en ruta hacia Washington. Ya en el barco que lo llevaba a la gran metrópoli del norte comenzó a escribir sus crónicas para el *Heraldo de Cuba*, firmándolas con el seudónimo "E. P. Garduño" que usó en la mayoría de sus artículos periodísticos de entonces. El 28 de noviembre apareció su primer reportaje "Desde Washington" en el *Heraldo de Cuba*. Esa columna suya "Desde Washington" apareció consistentemente en el *Heraldo* hasta abril de 1915, mes en que cesó su empleo con el periódico habanero.

Durante esos meses, Henríquez Ureña escribía también para otros periódicos de La Habana y de Nueva York. Escribía sobre los temas más variados: de política, de arte, de literatura, de personas y de cosas. Visitaba a menudo a Nueva York en busca de sus amigos y del mundo artístico e intelectual que no encontraba en Washington, y ahí se instaló al dejar el empleo del *Heraldo*, y entró a formar parte de la redacción del semanario *Las Novedades* que dirigía otro dominicano culto, Francisco José Peynado. En sus artículos para *Las Novedades* predominaban las críticas de arte y de literatura. También escribía sin firma algunas secciones del periódico y otras con su seudónimo E. P. Garduño. En esos meses, hasta mediados de 1916, Henríquez Ureña escribió mucho, pero exclusivamente para *Las Novedades*.

En 1916 apareció su ensayo de tragedia antigua a la manera griega, *El Nacimiento de Dionisos*, que había escrito en México en 1909. Lo publicó la Imprenta de Las Novedades. En la "Justificación" explica Henríquez Ureña por qué prefirió la prosa. Dice que "si este ensayo en un género esencialmente poético no está escrito en verso, débese a la dificultad de emplear metros castellanos que sugieran las formas poéticas de los griegos."<sup>40</sup>

José Enrique Rodó había escrito a Pedro sus impresiones sobre *El Nacimiento de Dionisos* cuando apareció en la *Revista*

40 Pedro Henríquez Ureña, *El Nacimiento de Dionisos*, Nueva York, 1916, p. 6

*Moderna* de México en 1909, con el siguiente juicio: “es lo más hermoso que ha salido de la pluma de Ud. (a lo menos entre lo que yo conozco), y es una de las cosas más bellas de la nueva literatura hispanoamericana. El hondo y personal sentido del mito encarna en una noble bellezâ, de estirpe muy superior a la que deslumbra los ojos del vulgo literario.”<sup>41</sup>

Cuando apareció *El Nacimiento de Dionisos* en Nueva York, sin embargo, ya Pedro estaba en Minneapolis. Había sido nombrado Professorial Lecturer en el Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de Minnesota. Comenzó a enseñar allí el 27 de septiembre: el idioma español, literatura del siglo XIX e historia de la civilización española e hispanoamericana. En seguida hizo amigos y tuvo mucho éxito con sus clases, y decidió estudiar hasta hacer el doctorado.

En momentos de gran crisis política en Santo Domingo, a mediados de 1916, el Congreso Nacional de la República Dominicana llamó al Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, padre de Pedro, quien ejercía la medicina hacía muchos años en Santiago de Cuba, para que ocupara interinamente la presidencia de la República. El Dr. Henríquez y Carvajal aceptó y acudió al llamamiento y asumió la Presidencia, pero nada impidió que tropas de la Marina de los Estados Unidos desembarcaran y ocuparan el país. El Gobierno de Washington creó un gobierno militar de ocupación, ocupación militar norteamericana que iba a durar muchos años.

El Dr. Henríquez y Carvajal, movido por su gran patriotismo, se trasladó a los Estados Unidos e inició una campaña diplomática, que iba a ser larga, a fin de obtener la libertad de su país. Su hijo Max le acompañaba, y en Nueva York se les juntó Pedro que vino a verles desde Minneapolis durante las vacaciones de fin de año. Un periódico de Minneapolis comentó el que un dominicano estuviera enseñando en esa Universidad, “interpretando ese hecho como una demostración de preferencia por los Estados Unidos. La respuesta publicada por Pedro fue breve y categórica: su país, pequeño y desventurado, era ‘el suyo’

<sup>41</sup> Carta de Rodó a Henríquez Ureña, Mayo 12, 1910, *Revista Dominicana de Cultura*, I (noviembre 1955) p. 134.



y era, por lo tanto, el de su invariable predilección.”<sup>42</sup>

En esos tiempos escribió Pedro trabajos en inglés que se publicaron en Nueva York y en Minneapolis. En esta última ciudad dictó muchas conferencias, en inglés, ante grupos femeninos y universitarios; estuvo de moda.

Al iniciar Pedro sus cátedras en la Universidad de Minnesota, también se inscribió en la Escuela Graduada de la misma Universidad para obtener el grado de “Master of Arts”. Se distinguió tanto como estudiante como se venía distinguiendo como catedrático. En junio de 1917 presentó la tesis, *The Irregular Stanza in the Spanish Poetry of the XVIth and XVII Centuries*, en inglés, de cincuenta páginas escritas a máquina. “Se inicia con una introducción de una cuartilla que trata sobre The Definition of the Irregular Stanza (Definición de la versificación irregular) y sigue luego el cuerpo principal del trabajo, en cuarenta y nueve páginas. Se divide en cuatro partes:

I. Irregular Verse In Spanish Before the XVth Century.

A) The ‘Fluctuating’ Line.

B) Origin of the Irregular Stanza.

C) The Irregular Stanza Before the XVIth Century

D) Conclusions.

II. The irregular Stanza from Encina to Lope.

III. The irregular Stanza in Lope and his Contemporaries.

A) Lope’s Role. B) The Patterns. C) Lope’s Contemporaries in Drama. D) Lope’s Contemporaries in Lyric Poetry

IV. From Lope to the End of the XVIIth Century.”<sup>43</sup>

Su tesis fue aprobada, pero Henríquez Ureña no esperó a recibir personalmente el diploma; se apresuró a irse a Nueva York

42 “Hermano y Maestro”, p. XIV.

43 Santiago A. Cuneo, “Pedro Henríquez Ureña en Minnesota 1916–1921”, *Universidad de México*, XII, No. 8 (abril, 1958) 16–17.

a fin de asegurar pasaje para Europa pues iba a pasar ese verano en Madrid con su fraternal amigo Alfonso Reyes que vivía en la capital española y trabajaba en el Centro de Estudios Históricos.

Ese verano de 1917 Pedro trabajó junto a Reyes en el Centro de Estudios Históricos que muy hábilmente dirigía don Ramón Menéndez Pidal. Hizo amistad, además de Menéndez Pidal, con Tomás Navarro Tomás, Américo Castro y Antonio Solalinde, que también formaban parte del Centro. Alfonso Reyes fue, desde luego, su mentor durante ese verano madrileño.

En septiembre estaba de regreso en Minneapolis e inició nuevamente sus cátedras y sus estudios hacia el doctorado. Solicitó y obtuvo permiso para escribir su tesis doctoral en español. El trabajo era basado en la tesis del año anterior, pero un estudio mucho más amplio y documentado esta vez. Le dio por título *La Versificación Irregular en la Poesía Castellana*. "El manuscrito se compone de una Introducción de cuatro páginas y de cinco capítulos.

- Capítulo I. La versificación irregular en la poesía de la Edad Media (1100-1400), 11 páginas.
- Capítulo II. Orígenes de la poesía rítmica en castellano (1350-1475), 29 páginas.
- Capítulo III. Evolución de la poesía rítmica (1475-1600) 46 páginas.
- Capítulo IV. El apogeo de los metros irregulares en la poesía culta (1600-1650), 17 páginas.
- Capítulo V. Desaparición y aparición de la poesía rítmica (1650-1918), 11 páginas.<sup>44</sup>

Ese año otro miembro de la familia Henríquez Ureña cursaba estudios en la Universidad de Minnesota, la joven hermana de Pedro, Camila Henríquez Ureña. Ella se matriculó en el mismo

<sup>44</sup> Ibid., p. 17.

departamento graduado que su hermano para hacer el grado de "Master of Arts" y obtuvo dicho diploma en junio de 1918, al mismo tiempo que Pedro obtuvo el de "Doctor of Philosophy". La tesis de Camila fue una *Introducción al Estudio de "Los Pastores de Belén". Pastoral Sacra de Lope de Vega*. Camila Henríquez Ureña se dedicó luego al magisterio, pero su vida no volvió a cruzarse con la de su hermano Pedro después de ese año juntos en Minneapolis.

Aun durante esos años universitarios en Minnesota, Henríquez Ureña escribió y publicó sus trabajos literarios, crónicas y reseñas. El ensayista crítico, sin embargo, cedía terreno al filólogo investigador. Todo el trabajo de investigación y el tema de sus dos tesis, y su contacto directo con el grupo filológico del Centro de Estudios Históricos de Madrid, le habían conquistado hacia el terreno de la filología y de la investigación científica.

Primeramente pensaron en el Centro de Estudios Históricos que publicarían la tesis de Henríquez Ureña en su Revista de Filología Española, pero ante las proporciones que tomó y lo importante que juzgaron el tema, decidieron hacer una impresión aparte en forma de libro. "Durante la segunda mitad del año 1918 don Pedro se halló mal de salud. En consecuencia, no pudo repasar, corregir, revisar y preparar su tesis para la imprenta, como eran sus deseos. Llevó a cabo tales tareas durante la primera mitad de 1919."<sup>45</sup> Entonces renunció su puesto en la Universidad de Minnesota y se fue a España donde pasó un año. Allí trabajó, junto con Alfonso Reyes, en el Centro de Estudios Históricos. Su amistad con los miembros del Centro se estrechó durante ese tiempo. Al comenzar el año 1920 apareció su libro, que tuvo y todavía hoy tiene una gran acogida, por su importancia en la filología y en la versificación españolas.<sup>46</sup> Don Ramón Menéndez Pidal escribió el "Prólogo" y lo concluye diciendo que "en adelante, todo estudio sobre nuestra lírica ha de deber mucho a este libro de Henríquez Ureña, que recibimos con sincera

<sup>45</sup> Ibid, p. 18

<sup>46</sup> *La versificación Irregular en la Poesía castellana*. (Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1920), 329 págs.

gratitud.” 47

Antes de irse a España, don Pedro enseñó en California en la Escuela de Verano de la Universidad de California. A su regreso de España, enseñó en la escuela de verano de la Universidad de Chicago, en 1920. Había aceptado nuevamente su puesto en la Universidad de Minnesota, con mejor posición que antes, pero iba a ser su último año en Minneapolis. La falta de un ambiente literario e intelectual le impulsarían al año siguiente, a buscar un medio más culto.

Durante el año que pasó en Madrid, además de su trabajo en el Centro de Estudios Históricos, don Pedro escribió artículos e hizo traducciones del inglés para la Biblioteca Nueva de Madrid; tradujo a Lenin, *El estado y la revolución proletaria*, en colaboración con Carlos Pereyra y Alfonso Reyes; y tradujo a Oscar Wilde, *El huerto de las granadas*, *El retrato de Mr. W.H.*, y *Salomé*, con la firma de E.P. Garduño.

Pedro Henríquez Ureña aprovechó su permanencia en España, como hacía en todas partes, para estudiar, aprender, observar, y aquilatar valores. Algunas de sus impresiones aparecieron en artículos, que luego recogió y publicó en México en forma de libro, en 1922, con el título *En la Orilla: Mi España*; fueron sus temas españoles.

Su viejo amigo y compañero mexicano, José Vasconcelos, ocupaba la Secretaría de Educación en el gobierno de su país y llamaba a Pedro para que fuera a colaborar con él en su formidable campaña contra el analfabetismo y su grandiosa obra en pro de la educación en México. Pedro se resistía, porque no tenía ilusiones en que el ambiente de México le iba a ser propicio, ni tenía grandes ilusiones respecto al mismo Vasconcelos; pero como éste insistía y Pedro no se encontraba feliz en Minnesota, al fin aceptó el ir a México. Primeramente, sin embargo, pasó el verano de 1921 en California, donde se había nuevamente comprometido a enseñar en la Escuela de Verano. De ahí siguió a México. Vamos a seguir sus pasos durante su segunda etapa mexicana, etapa de transición. Allí le esperaban viejos y buenos amigos, alumnos

47 Ibid., p. VII.

fieles, y allí iba a encontrar a su futura esposa; pero también le esperaban viejos y nuevos enemigos y disgustos que iban a hacerle la vida muy difícil en México, obligándole otra vez a buscar algún otro ambiente más propicio.

## VUELTA A MEXICO

Como años antes, volvió Pedro Henríquez Ureña a ser una inspiradora influencia entre la juventud literaria y académica de Ciudad de México. Había surgido una nueva generación que él guiaba en seguida con su habitual don de maestro. El llegó con el entendido de ocupar un cargo al lado de Vasconcelos, pero otros cargos y muchas responsabilidades se le fueron adjudicando; fue catedrático de la Escuela Preparatoria de la Universidad Nacional de México, fue catedrático de la Escuela de Altos Estudios de la misma Universidad, fue Director fundador de la Escuela de Verano de dicha Universidad y de su Departamento de Intercambio Universitario.

En esta última capacidad llevó distinguidos profesores de afuera del país a enseñar en su Escuela de Verano. Atrajo muchos estudiantes extranjeros, introduciendo así, en la enseñanza superior, su propio sentido de universalidad. Allí estuvo el Profesor Federico de Onís, a quien don Pedro conocía, en Nueva York desde 1918. En el verano de 1922 invitó a su joven amigo chileno Arturo Torres Rioseco a enseñar allí. Torres Rioseco le había sustituido el año anterior en la Universidad de Minnesota. Era la primera vez que éste dictaba un curso de literatura hispanoamericana.

Cuenta Torres Rioseco que al llegar a México se vio mucho con Pedro y sus amigos mexicanos. Dice que allí escuchó "su palabra mesurada, serena, profunda y sabia. Charlas en su despacho de la vieja universidad, en los pasillos, en las salas de clase, visitas a su amable casa en un lejano barrio de México. 48 Confiesa que la Universidad quedó, para él, semidesierta cuando "Pedro partió en viaje a la América del Sur en compañía de Vasconcelos, Antonio Caso, Julio Torri y otros intelectuales mexicanos." 49

48 Arturo Torres Rioseco, "Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña", *Revista Iberoamericana*, 1956, XXI, núms. 41-42, p. 139.

49 *Ibid.*, p. 140.

Torres Rioseco dice que había conocido a don Pedro primero, en 1918, en Nueva York “a través del entusiasmo de Salomón de la Selva, su amigo predilecto”.<sup>50</sup> La predilección que sentía Pedro por el poeta de la Selva era mutua. Dice Rioseco que “Salomón tenía dos dioses mayores: Rubén Darío y Pedro Henríquez Ureña”<sup>51</sup>

El viaje de Vasconcelos y su grupo a Sur América tenía carácter oficial. Pedro, sin embargo, llevaba razones personales; quería estudiar las posibilidades de trasladarse a la Argentina, donde le parecía que podía encontrar un ambiente más propicio para él y sus aspiraciones en nuestra América, pues en México comenzaba a tener dificultades de índole política que le entorpecían su vida pública y académica.

En Buenos Aires estrechó amistad con algunos académicos argentinos. El ambiente intelectual que encontró allí le atrajo. Se celebró un acto universitario en La Plata en homenaje a la misión mexicana. En otro acto, en la Facultad de Humanidades, Henríquez Ureña leyó unas magníficas páginas que años más tarde publicó bajo el título *La utopía de América*, uno de sus mejores ensayos.

Al partir de Buenos Aires se despidió de sus nuevos amigos con un “Hasta pronto! ” Pero pasaron dos años antes de que Pedro abandonara a México para irse a vivir a la Argentina, y cuando lo hizo ya tenía mujer e hija.

A fines de 1922 apareció en México el libro de temas españoles de Pedro Henríquez Ureña.<sup>52</sup> En realidad, este volumen recoge “páginas diversas sobre España” con la esperanza de que, a través de ellas, se perciba la unidad que descubre el autor en las cosas españolas. “Para mí España, siendo varia en extremo, es una, muy una; y nunca lo siento más que al entrar en ella o al salir de ella.”<sup>53</sup> También enfoca Henríquez Ureña “el problema de

50 Ibid., p. 139.

51 Ibid., p. 140.

52 *En la orilla. Mi España* (México: Ed. de México Moderno, 1922).

53 Ibid., “Preliminares.”

España” y dice: “ Una vez que hemos descubierto los tesoros espirituales de España, se convierte en obsesión —tanto sentimental como intelectual— el problema de su presente y de su futuro.” 54

Pedro Henríquez Ureña, a la edad de treinta y ocho años, había vivido casi toda su vida viajando, estudiando, enseñando, escribiendo, y buscando su propia orientación. Se encontraba nuevamente en México, pero haciendo ya todo lo posible por irse a la Argentina, siempre cambiando de ambiente con la esperanza de mejorar. Pero ahora entraba en su vida algo nuevo, estaba enamorado. Pedro estaba enamorado de la muy joven y muy bella mejicana Isabel Lombardo Toledano, a quien él llevaba veinte años.

Pedro y algunos de sus compañeros visitaban a su amigo Vicente Lombardo Toledano, hermano mayor de Isabel. De estas visitas resultó el enamoramiento de Pedro, enamoramiento que le llevó al matrimonio. Al aceptarlo Isabel, él le explicó su proyecto de traslado a la Argentina tan pronto como tuviera alguna oferta de trabajo seguro allá. Ella ha dicho después que en ese momento le hubiera dicho que sí aunque él le hubiera propuesto que se fueran a vivir a la luna.

Pedro e Isabel contrajeron matrimonio en México el 23 de mayo de 1923. Pero casi en seguida, debido a los acontecimientos políticos de México, perdió Pedro sus cargos universitarios; quedó sin trabajo. Lo mismo les pasó a sus amigos. Más que nunca, entonces, quería salir de México. Escribió a su amigo argentino Rafael Alberto Arrieta explicándole lo que le pasaba y preguntándole si podía conseguirle algún puesto. El Profesor Arrieta pudo ofrecerle tres cátedras secundarias de lengua castellana en el Colegio Nacional de La Plata. La partida no se efectuó en seguida porque los Henríquez Ureña esperaban pronto a su primogénito y, además, porque don Pedro tenía que poner en orden sus asuntos y reunir en alguna forma el dinero necesario para el viaje.

Por muy breve tiempo ocupó don Pedro el puesto de

54 Ibid.



Director General de la Enseñanza Pública en el estado de Puebla. Nació su primogénita y le puso Natacha, como la heroína de Tolstoi, a quien don Pedro admiraba muchísimo. Y, al fin, se fueron para la Argentina. La suerte estaba echada.

Pedro Henríquez Ureña, su joven y bella esposa y su hijita Natacha desembarcaron en Buenos Aires a fines de junio o principios de julio de 1924. Pedro había gastado en el largo y costoso viaje todo su dinero y se vio obligado a afrontar, durante los primeros meses, una situación penosa, sobre todo para su delicadeza moral. Deseaba instalarse en alguna pensión familiar, y la buscamos juntos.<sup>55</sup>

Cuando en 1914 terminó sus estudios de abogacía tuvo que dejar a México. Al volver en 1921 quiso ejercer la profesión, pero nunca tuvo tiempo. En una carta a Vasconcelos, don Pedro le enumeraba diez trabajos que estaban a su cargo, pero él sólo recibía sueldo por tres.

Durante el año 1923 don Pedro escribió mucho, sobre todo mucha crítica teatral para *El Mundo*, de México, con la firma "Gogol". Durante 1924 no escribió mucho y no publicó casi nada. Pero ese fue el año de su traslado a la Argentina.

<sup>55</sup> Rafael Alberto Arrieta, "Pedro Henríquez Ureña, Profesor en la Argentina", *Revista Iberoamericana*, 1956, XXI, núms. 41-42, p. 89.

## PLENITUD: LA ARGENTINA

Como dijo Alfonso Reyes, Pedro “se casó y se fue a la Argentina, donde lo llamaban el destino y Arnaldo Orfila Reynal”.<sup>56</sup> Orfila Reynal había formado parte de un grupo de estudiantes argentinos que visitó a México en el verano de 1921 y con quien Pedro hizo amistad. Esa amistad se estrechó en Buenos Aires al año siguiente.

Al llegar Pedro Henríquez Ureña al puerto de Buenos Aires con su joven esposa y su hijita en brazos, a mediados de 1924, quien le esperaba en el muelle era Arnaldo Orfila Reynal. Se instalaron los Henríquez Ureña en una modesta pensión y empezó don Pedro a viajar diariamente a La Plata, centro universitario a poca distancia de Buenos Aires. Algunos de sus nuevos colegas le acogieron bien, pero otros con recelo. Al principio tuvo dificultades con el alumnado, pero eso fue cambiando y con el tiempo llegó a ser un favorito de viejos y nuevos alumnos. Pronto se impuso por su saber y por su superioridad. “Pronto se vinculó a la ciudad universitaria mediante lecturas y conversaciones que grupos de estudiantes o asociaciones de cultura le pedían.”<sup>57</sup> En La Plata, como antes en México, se formó a su alrededor un grupo de discípulos que lo apreciaron en todo su valer.

El cansancio del viaje diario y la obligación de madrugar lo decidieron a instalarse en La Plata; hubo, tal vez, otra razón poderosa: su necesidad socrática de continuar el diálogo con los alumnos predilectos, después de clase. Solía vérselo con tres o cuatro de ellos por calles y paseos; supe que las reuniones en su casa se prolongaban hasta después de medianoche.<sup>58</sup>

El Maestro seguía sembrando la semilla del saber por medio del estudio y encontró allí también jóvenes ansiosos de aprender. Aníbal Sánchez Reulet dice que “en sus clases, en sus

<sup>56</sup> “Encuentros con Pedro Henríquez Ureña”, *Revista Iberoamericana*, XXI (enero-diciembre, 1956), 41-42, p. 58.

<sup>57</sup> Arrieta, *Ibid.*, p. 90.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 91.

conferencias, en la conversación —más que en sus libros— iba dando don Pedro a sus discípulos, a sus amigos, los grandes esquemas, las categorías, los conceptos fundamentales de la estética y la historia literaria.”<sup>59</sup> Y aclara que no sólo de literatura hablaba don Pedro, sino que su conversación ascendía siempre al plano de las ideas. Enrique Anderson Imbert nos habla de cuando llegó don Pedro a enseñar al Colegio Nacional de La Plata:

Lo vimos entrar al aula, y por primera vez supimos qué era la poesía y quiénes la hacían. Tenía una rotunda voz de bajo, tenía unos ojos muy negros que sin esfuerzo lo veían todo, tenía una sonrisa irónica y dulce con la que nos dirigía. Luego lo vimos andar por las calles de La Plata y encontrarse con otro americano excepcional: Alejandro Korn. Y en aquella limpia aldea el diálogo de esos dos hombres creó una tensión nueva. Luego lo vimos en la intimidad. Nos llevó a su casa, nos enseñó a vivir y a pensar, a oír música y a escribir cuentos, a leer los clásicos e informarnos de las ciencias, a disfrutar de las literaturas modernas en sus lenguas originales, a conversar, a gustar de la pintura, a trabajar y apreciar el paisaje y la bondad. Sobre todo, nos enseñó a ser justos. Convergían en él grandes tradiciones de cultura. Y lo que a nosotros nos asombrara era que tanto saber y tanta comprensión pudieran mostrarse así, sencillamente. Siempre estaba ocupado y sin embargo siempre nos acogía. Si yo he aprendido a escribir, a él se lo debo.<sup>60</sup>

También como escritor encontró don Pedro un ambiente estimulante. Colaboró en publicaciones literarias y académicas, sobre todo en *Valoraciones* donde aparecieron muchos de sus trabajos. Comenzó entonces para Pedro Henríquez Ureña, en la Argentina, la etapa de su madurez, de su plenitud. Allí viviría el resto de su vida, allí iba a producir lo más acabado, lo más valioso de su obra como escritor y como maestro. En La Plata nació

<sup>59</sup> “Pensamiento y Mensaje en Pedro Henríquez Ureña”, *Revista Iberoamericana*, XXI (enero-diciembre, 1956), p. 61.

<sup>60</sup> Enrique Anderson Imbert, “Tres Notas sobre Pedro Henríquez Ureña”, *Estudios sobre Escritores de América* (Buenos Aires: Editorial Raigal, 1954) p. 208-210.

Sonia, su otra hija, su hija argentina. Podemos mencionar aquí que Natacha, su hija mexicana, se casó con un mexicano; Sonia, su hija argentina, se casó con un argentino.

El americanismo orientador de Pedro Henríquez Ureña llega a su plenitud ahora que él reside en la Argentina. El primero de sus valiosos mensajes dirigidos a la conciencia intelectual de América fue su famosa conferencia del 28 de agosto de 1926 en la Sociedad de Conferencias de Buenos Aires; denominó el tema “El descontento y la promesa; en busca de nuestra expresión”. Al otro día apareció el texto íntegro en *La Nación* de Buenos Aires, y dos años más tarde fue el primero de sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*.

Don Pedro concluye su mensaje, del cual trataremos más adelante, instando al trabajo serio, a luchar por nuestras aspiraciones literarias “en busca de nuestra expresión original y genuina”. Y añade: “No hay secreto de la expresión sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afinar, definir, con ansia de perfección.”

El año anterior, 1925, había don Pedro iniciado, realmente, sus mensajes orientadores con su librito *La Utopía de América*.<sup>61</sup> Este trabajo fue, originalmente, la conferencia que él dio en octubre de 1922, durante su primera visita a la Argentina, ante los estudiantes de la Universidad de La Plata. Aquí lanza él su acto de fe: “Nuestra América debe afirmar la fe en su destino en el porvenir de la civilización” y dice a sus oyentes o lectores que para mantenerlo no se funda en el desarrollo de las riquezas materiales sino en el hecho de que “en cada una de nuestras crisis de civilización, es el espíritu quien nos ha salvado. . . . el espíritu ha triunfado, en nuestra América.”<sup>62</sup>

Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a

61 *La Utopía de América* (La Plata: Ediciones de “Estudiantina”, 1925).

62 *Ibid.*, p. 11,

la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía. En el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones, pero todas estas diferencias, en vez de significar división y discordancia, deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana. Nunca la uniformidad, ideal de imperialismos estériles; sí la unidad, como armonía de las multánimes voces de los pueblos. <sup>63</sup>

Junto con ese ensayo apareció en el mismo librito su corolario “Patria de la Justicia” que le sirve de complemento aunque fuerà tres años posterior. “Patria de la Justicia” fue la tesis de un discurso suyo a principios de 1925 en una demostración de simpatía a su amigo y compañero de cátedras, Carlos Sánchez Viamonte —a quien don Pedro llamó el buen luchador— con motivo de un viaje de Sánchez Viamonte al Perú.

Henríquez Ureña comienza “Patria de la Justicia” con el lamento de que nuestra América corre sin brújula en el turbio mar de la humanidad contemporánea, pero agrega que es inútil lamentarlo ahora, que vale más la obra prematura que la inacción. Se refiere a la falta de preparación que había en las colonias españolas para la independencia. Dice que con el régimen colonial que llevábamos durante tres siglos, nunca habríamos alcanzado preparación suficiente. Después de la Independencia, dice él, se desencadenó todo lo que bullía en el fondo de nuestras sociedades, que no eran sino vastas desorganizaciones. No faltaron, sin embargo, intentos civilizadores. Al llegar el siglo veinte la situación se define, pero no mejora. Y entonces habla don Pedro de la palabra Utopía, que en vez de flecha destructora, debe ser flecha de anhelo.

La primera utopía que se realizó sobre la Tierra —así lo creyeron los hombres de buena voluntad— fue la creación de los Estados Unidos de América: reconozcámoslo lealmente. <sup>64</sup>

Ahora, no nos hagamos ilusiones: no es ilusión la utopía, sino el

<sup>63</sup> Ibid., 12–14.

<sup>64</sup> Ibid., p. 19.

creer que los ideales se realizan sobre la tierra sin esfuerzo y sin sacrificio. Hay que trabajar. Hay que trabajar, con fe, con esperanza, todos los días. Amigos míos: a trabajar. <sup>65</sup>

Ese mismo año de 1925 dictó don Pedro una serie de conferencias en Montevideo. La prensa local lo denominó “el crítico que está necesitando la historia de la literatura hispanoamericana”, <sup>66</sup> comentario que iba a ser profético.

Durante esos primeros años argentinos escribió don Pedro sus más importantes ensayos, desarrolló sus más interesantes temas, lo mejor de su obra de pensador y americanista. Fueron los años que vivió en La Plata pues no estaba tan agobiado de cargos y obligaciones académicas y editoriales como estuvo más tarde cuando se trasladó a Buenos Aires.

Una característica sobresaliente de don Pedro era su inteligencia que, por lo superior y genuina, se escondía detrás de su habitual modestia. Su superioridad se descubría con el trato, con el acercamiento, y entonces se descubría su otra característica sobresaliente, una bondad inagotable.

Era el hombre más ocupado y sin embargo siempre tenía tiempo para quien se le acercara solicitando ayuda o consejo. Tenía el don de elevar cualquier conversación por trivial que fuera. Encontraba siempre el ángulo interesante y nadie se sintió cohibido frente a él, porque sabía entregarse con la mayor sencillez. Su cultura se iba descubriendo poco a poco... Poco a poco me fui dando cuenta de que se trataba de un ser excepcional. Yo creía que todos los hombres eran así; que todos tenían su sencillez, su modestia, su finura; es que sin duda es así como los hombres deberían ser. <sup>67</sup>

Estas fueron palabras de su hija Sonia en un acto, homenaje a la memoria de don Pedro después de su muerte, en que ella hace reminiscencias de él y de como él guiaba la formación intelectual y cultural de ella y su hermana.

<sup>65</sup> Ibid., p. 21.

<sup>66</sup> *El día* (Montevideo: 18 de noviembre 1925).

<sup>67</sup> *México en la Cultura*, (Buenos Aires: núm. 22, 1957), p. 12.

Nos hablaba de todo, no había ningún tema que no supiera adaptar y hacerlo comprensible a nuestras mentes juveniles, y cuando se daba cuenta que habíamos comprendido o decíamos algo que él consideraba justo o acertado se veía en sus ojos una chispita de luz y apenas dibujaba una sonrisa... Se ha dicho que enseñaba sin darse cuenta y es verdad... Para él la conversación era el ejercicio constante de la inteligencia... Podía llegar a exaltarse cuando se hablaba de política, de discriminación racial y de la dignidad humana.<sup>68</sup>

En 1928 seleccionó Pedro Henríquez Ureña sus mejores trabajos de esos primeros años argentinos y los publicó en un volumen que tituló *Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión*.<sup>69</sup> Los tres primeros ensayos son de "Orientaciones" y los otros tres de "Figuras" de nuestra América española. Además, contiene "Dos apuntes argentinos" y un "Panorama de la otra América" y, a manera de conclusión, unas "Palabras finales".

El primero de los ensayos de "Orientaciones" es el de su famoso tema "El descontento y la promesa" que expuso por primera vez en su conferencia del 28 de agosto de 1926 en Buenos Aires. Comienza diciendo que en 1823, Andrés Bello proclamaba la independencia espiritual de nuestra América con la primera de sus "Silvas americanas" que, apunta Henríquez Ureña, es de forma clásica pero de intención revolucionaria. A esa primera época del descontento americano pertenecen otras "promesas" americanas: Olmedo, Heredia, Lizardi, y otros.

A los pocos años surge otra nueva generación, olvidadiza y descontenta... el romanticismo despertaba las voces de los pueblos... El descontento provoca al fin la insurrección necesaria. Rodó declara que "sólo han sido grandes en América aquellos que han desenvuelto por la palabra o por la acción un sentimiento americano." Ahora hay de nuevo en la América española juventudes inquietas, que se irritan contra sus mayores y ofrecen trabajar seriamente en busca de nuestra expresión genuina.

68 Ibid.

69 Pedro Henríquez Ureña, *Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión* (Buenos Aires: Ed. Babel, 1928), 198 págs.

Los inquietos de ahora se quejan de que los antepasados hayan vivido atentos a Europa, nutriéndose de imitación, sin ojos para el mundo que los rodeaba: olvidan que en cada generación se renuevan, desde hace cien años, el descontento y la promesa. <sup>70</sup>

De los otros trabajos de este libro trataremos oportunamente más adelante. En las "Palabras finales" explica Henríquez Ureña el título que dio al conjunto de trabajos al reunirlos en un volumen. Dice que los seis ensayos y dos apuntes argentinos están unidos entre sí por el tema fundamental del espíritu de nuestra América, que son investigaciones acerca de nuestra expresión, en el pasado y en el futuro. Como término de comparación agrega al final el panorama literario de los Estados Unidos en el siglo XX. El libro va en busca de los espíritus fervorosos que se preocupan del problema espiritual de nuestra América, que padecen el ansia de nuestra expresión pura y plena.

El tema de buscar nuestra expresión propia encierra uno de los grandes anhelos de Pedro Henríquez Ureña; su afán era el encontrar nuestra genuina, nuestra propia expresión en Hispanoamérica, y así explica el título del libro. Don Pedro tuvo razón; hoy seguimos viendo en nuestra América ese mismo proceso del descontento y la promesa de que él escribió: el descontento de cada generación nueva con la obra de sus mayores, y los ideales de las juventudes inquietas que prometen trabajar mejor en busca de nuestra propia, genuina expresión. No cabe duda de que las generaciones nuevas han oído el mensaje del maestro y buscan una identificación, su propia expresión americana, continental, que trascienda fronteras y razas y nos una espiritualmente.

70 Ibid.



## BUENOS AIRES

En la primavera de 1930 se trasladaron los Henríquez Ureña a Buenos Aires a vivir, después de casi seis años de residencia en el centro universitario de La Plata. Buenos Aires reclamaba a don Pedro: sus clases allí, sus amigos, las muchas actividades culturales de la capital, y porque le resultaba menos fatigoso el ir a sus clases de La Plata que el constante viajar a Buenos Aires. Pero siguió viajando a La Plata casi diariamente a sus clases del colegio platense las cuales mantuvo, desde su llegada a la Argentina hasta su muerte, y fueron, según Rafael Alberto Arrieta, "fuente principal de sus recursos, aunque obligación dura y monótona."<sup>71</sup> La hora del viaje en tren entre las dos ciudades la empleaba don Pedro generalmente en corregir las tareas escolares de sus alumnos.

Don Pedro enseñaba entonces literatura argentina, americana y europea en Buenos Aires en el Instituto del Profesorado Secundario. Fue muy bien apreciado en dicho Instituto y se ganó la devoción del alumnado. También era secretario del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires y luego enseñó allí; el Director del Instituto era su fraternal amigo Amado Alonso, el gran filólogo español. Alonso y Henríquez Ureña rindieron una labor lingüística considerable y prepararon una generación de filólogos que hoy, esparcidos por las Américas, propagan y continúan la obra de los dos maestros. Muchos de los trabajos lingüísticos de don Pedro fueron publicados por el Instituto de Filología, que también honró su memoria con un volumen en el que aparecen sus trabajos sobre la versificación española.<sup>72</sup>

Aunque don Pedro dictó cátedras en las Universidades de La Plata y Buenos Aires, no llegó a ser titular ni en una ni en otra a pesar de su indiscutible superioridad y de corresponderle la designación. La razón dada para justificar esa omisión fue que él

<sup>71</sup> Arrieta, p. 91.

<sup>72</sup> Pedro Henríquez Ureña, *Estudios de Versificación Española* (Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1961).

no era ciudadano argentino. Pedro Henríquez Ureña nunca cambió su ciudadanía, murió dominicano. El americanismo y el universalismo tan profundos que él abogaba no empañaron el entrañable amor que sintió siempre por su país natal. Se le llama ciudadano de América, y América fue su gran preocupación, pero siempre llevó en el corazón la patria que le vio nacer. Sus numerosos trabajos sobre Santo Domingo, que se extienden a todo lo largo de su carrera, así lo atestiguan.

En realidad, siempre hay que considerar, separada y conjuntamente, los tres temas de Pedro Henríquez Ureña: su dominicanismo, su hispanismo, y su americanismo. A cada uno de los tres dedicó pasión e interés, siempre, a lo largo de su carrera. Habiendo orientado dos generaciones de jóvenes mexicanos, habiendo vivido en Cuba, Estados Unidos, y España, y habiendo ejercido en todas partes, de una manera o de otra, sus aptitudes de maestro, don Pedro se radicó en la Argentina. Y allí también iba a ser el maestro, el orientador de discípulos y amigos por más de veinte años.

La Argentina miraba por un lado a sí misma, en un nacionalismo vigoroso, y por otro lado a Europa, y el tema americano era bien poco transitado... Desde su primer contacto con la Argentina, hasta su muerte en 1946, el tema americano fue dominante en la producción del Maestro... La vigencia de la obra americanista de Pedro Henríquez Ureña tiene ya su culto en la Argentina. <sup>73</sup>

Muchos han dicho que de los grandes humanistas que ha producido Hispanoamérica, Pedro Henríquez Ureña es sin duda el más universal. Dijo Javier Fernández que fue en el maestro dominicano en quien se prolongó la herencia de los hombres apostólicos de nuestra América: Bello, Martí, Hostos, Montalvo, Sarmiento, Rodó. "Pedro Henríquez Ureña recogió aquella herencia apostólica e hizo virtud de su ejemplo... Sobre la base de esos hombres construyó su fe en América como patria de la justicia". <sup>74</sup>

<sup>73</sup> Félix Lizaso, "Vigencia de Pedro Henríquez Ureña", III, (B.C.C.U., 1954), núm. 3, p. 7.

<sup>74</sup> Javier Fernández, "El Maestro Definidor", *Repertorio Americano* (San

Raimundo Lida habla del inmenso saber universal de Pedro Henríquez Ureña, y de su obra dice que él ha conseguido que sintamos toda nuestra América como una patria única.

Porque precisamente la cultura en la América hispánica era el eje de ese saber. América concebida como un solo pueblo, de historia y geografía unitarias, aunque lleno de matices y relumbres individuales. Maestro en el arte de decir las cosas más importantes... exhorta a la devoción de lo mejor de nuestra América.<sup>75</sup>

Cualquier fórmula de americanismo será válida si ponemos en ella nuestra alma y nuestras ansias de expresión, ha dicho Antonio Castro Leal.

“Henríquez Ureña, espíritu severo y ordenado, tenía confianza en el genio de América. Su obra toda es un monumento a la América española. Su campo real de trabajo eran los vastos dominios de la historia de la cultura de los pueblos españoles del Nuevo Continente. ...la fe que tuvo en nuestra raza y en nuestros pueblos.”<sup>76</sup>

Hablando de don Pedro, dijo uno de sus discípulos argentinos, Emilio Carilla, que América, de un extremo a otro, sin distinciones egoístas ni banderías, fue la meta de su vida y el eje preferente de sus escritos. Pero aclara Carilla que el americanismo de Henríquez Ureña, como todo lo suyo, fue selectivo, realizador. “La labor de Henríquez Ureña queda como altísimo ejemplo de un pensamiento al servicio de la unidad espiritual de América. Y éste es paso importante para aspirar a la difícil unidad espiritual del mundo.”<sup>77</sup>

José de Costa Rica: 15 junio 1953), p. 97.

<sup>75</sup> Raimundo Lida, “Cultura de Hispanoamérica”, *Cuadernos Americanos*, VI, 1947, 207–212.

<sup>76</sup> Antonio Castro Leal, “Pedro Henríquez Ureña, humanista americano (1884–1946)”. *Boletín Bibliográfico Mexicano*, VII (México: 31 julio 1946), núm. 79, p. 13.

<sup>77</sup> Emilio Carilla, *Pedro Henríquez Ureña (Tres Estudios)*, Tucumán, Argentina: Universidad Nacional de Tucumán, 1956, p. 55.

La expresión madura, genuina, original de nuestra América —en la literatura, en el arte, en la filosofía— fue uno de los temas que más le preocuparon porque veía en ella uno de los modos de la salvación: por la voz, por la forma, por la palabra, por el espíritu. Su entusiasmo americanista —uno de los grandes entusiasmos de su juventud, que atenuó, pero nunca apagó la desilusión de los años maduros— estuvo constantemente alimentado por la convicción de que América debía y tenía que ser el continente de la utopía. A pesar de las disensiones estériles, de las tiranías agotadoras, de los nacionalismos enervantes —o quizás por eso mismo— nunca perdió la fe, o no quiso perderla, en el destino de nuestra América. Sostenía que la unidad de nuestra historia debiera llevarnos, por encima de las diferencias regionales y nacionales, a constituir una magna patria. De todas las lecciones que de él recibí ésta fue la más importante: sentir nuestra América como una comunidad moral, incesantemente renovada, de hombres de buena voluntad que creen en la utopía y trabajan por realizarla.<sup>78</sup>

El argentino José Luis Romero nos habla de don Pedro. Dice que el maestro crecía hasta alcanzar un aire socrático en el diálogo desapasionado, en el coloquio libre, a través del despliegue de los espíritus. “Lo veo sumido en sus libros y sus papeles, lo veo precisando el contorno de un pensamiento, y lo veo al mismo tiempo persiguiendo quimeras profundas e irreales. Poeta y filósofo para sí, supo ser sabio para los demás.”<sup>79</sup>

Muchas personas, sobre todo sus discípulos, recuerdan que don Pedro se ponía a la altura de su interlocutor y no imponía su saber en el coloquio, pero de alguna manera siempre se aprendía algo al hablar con él. Dice otro de sus discípulos argentinos que don Pedro “siempre estaba suscitando el hábito de la investigación seria y paciente, el hábito de proyectar sólo lo que podíamos ejecutar,”<sup>80</sup> y ahí está el secreto del maestro.

<sup>78</sup> Aníbal Sánchez Reulet, “Pensamiento y mensaje en Pedro Henríquez Ureña”, págs. 65–67.

<sup>79</sup> José Luis Romero, “Una Voz”, *Revista Iberoamericana*, XXI (enero–diciembre 1956), núms. 41–42, p. 83.

<sup>80</sup> Enrique Pezzoni, “Homenaje a Pedro Henríquez Ureña”, *Letras* (Buenos Aires: I, diciembre 1946), núm. 4, pág. 77.

Su amigo y compañero, Ezequiel Martínez Estrada, que le conoció durante todos sus años argentinos, ha escrito más extensamente y con mucho más realismo de don Pedro.

Henríquez Ureña fue un buen maestro porque era un buen estudiante... De por sí reservado, parsimonioso en la palabra, no exponía con espontaneidad sus ideas, y mantenía el diálogo en un tono de nobleza sin afectación, limpia de maledicencia y ordinariéz. Era fino y cortés. Quien enjuicie su obra deténgase en la que expresa sus inquietudes de artista y de explorador en busca de los valores perennes en lo viejo y en lo nuevo...

Discutíamos, él como revolucionario y yo como conservador... Nunca hemos hablado de temas ordinarios o baladíes.. Conservaba su afición de la juventud, cuando prefería la crítica de arte a la literatura. Sus descubrimientos de las últimas obras llegadas a librerías o a escena lo exaltaban aún, y me hacía partícipe de ellas... Amaba las ideas. <sup>81</sup>

De los argentinos hemos recibido la impresión casi unánime de que don Pedro había cultivado una manera serena y calculada en su aspecto y en su trato, pero Martínez Estrada lo pinta con vestigios todavía de dinamismo e inquietud temperamentales que le eran nativos. Los mexicanos que conocieron al Pedro de los años jóvenes recuerdan sus arranques violentos cuando se indignaba con algo o con alguien. Pero él dominó sus pasiones con el extraordinario control que le era habitual en su madurez.

Era hombre fornido, de complexión robusta, firme, gimnástica. Su marcha, de paso corto y seguro sólidamente puesto sobre la tierra; su reposo tranquilo, si sentado; su elasticidad al ponerse de pie, sin brusquedad empero; subía de dos en dos los peldaños de las escaleras; el dominio de sus ademanes y un tono viril en las actividades, siempre dentro de una benevolente cortesía, nos indicaban que era un hombre fuerte. Fuerte en todo sentido; acaso

81 Ezequiel Martínez Estrada, "Manuscrito" escrito en México en mayo de 1960.

Habla Martínez Estrada de un don Pedro en quien se percibe una fuerza física en reposo, de la que brota su sonrisa indulgente, pues reía con risa opaca; y piensa que Henríquez Ureña fue un hombre difícil, incomprensible acaso hasta para los más próximos a él, de una unidad de conducta muy nítida y de una gran sencillez horizontal. Se pregunta Martínez Estrada: Por qué tantos viajes en la juventud, tanta sosegada inestabilidad? y se hace conjeturas acerca de la difícil personalidad humana y psíquica de Pedro Henríquez Ureña.

“La modestia de Henríquez Ureña fue una de sus prendas personales más preciosas”, dice Martínez Estrada, “pero estoy convencido de que fue temperamento apasionado, quizá iracundo, que llegó a un dominio total de sí como lo había logrado de su mente... Era un domador de sí mismo.”<sup>83</sup>

Su indulgencia paternal es una característica que predomina en él cuando acogía al amigo, al discípulo, a cualquiera que se le acercase. “No había en su cultura lagunas ni desniveles... Sabía dialogar y mantener el diálogo en la justa tensión de una cuerda de instrumento.”<sup>84</sup>

Todas esas cualidades personales se manifiestan también en su obra escrita: modestia en sus pretensiones, exactitud en sus informaciones, amplitud en el tema, de modo que lo que escribe y publica es ya un conjunto reducido a lo esencial, sin prosa erudita ni elegancia superflua o hueca. Sus últimas obras son de un estilo literario que no era posible usar hasta hace relativamente pocos años: frases concretas y sentencias completas; prosa sólida, precisa, clara, y que no pasará de moda; escribe con su habitual modestia, pero dejando escapar, casi con rubor, la emoción.

82 Ibid.

83 Ibid.

84 Ibid.

## SANTO DOMINGO

En 1931 hacía treinta años que Pedro Henríquez Ureña había salido de su patria, y hacía veinte años de su única y muy corta visita a su Santo Domingo natal en 1911. Siempre tuvo anhelos de volver y de poder radicarse allí y de servir con su aporte intelectual y académico como lo hacía en tierras extranjeras, pero el clima político del país no le había sido favorable: la situación política le había sido contraria desde 1902 hasta 1930. Pero en 1931 él creyó que la situación política y universitaria argentina llegó a presentar amenazas que podían incluirlo, y que si la situación se le hacía muy difícil él tendría que irse del país.

Como precaución, escribió a su hermano Max, que era Superintendente de Enseñanza en Santo Domingo desde hacía poco, para ver si era posible el trasladarse allí, a su país, con alguna buena perspectiva.

Muy pronto don Pedro fue invitado por el gobierno dominicano a ir a ocupar la Superintendencia de Enseñanza y su hermano Max fue nombrado Secretario de Estado. Luego Max ocupó varias posiciones diplomáticas fuera del país. Francisco Henríquez y Carvajal, su padre, también fue llamado por el gobierno dominicano a ocupar cargos diplomáticos. Todos los Henríquez Ureña se ilusionaron con la oportunidad de servir a su patria y acudieron al llamamiento. Don Pedro aceptó y decidió mudarse a Santo Domingo con su familia, pero sin renunciar a sus cargos argentinos. Pidió licencias por un año, como medida de precaución.

Pedro Henríquez Ureña llegó a Santo Domingo el 15 de diciembre de 1931. El recibimiento que le hicieron en su ciudad natal, después de tantos años de ausencia, revistió carácter apoteósico. El gobierno dominicano le nombró Superintendente General de Enseñanza, desde antes de su llegada, de modo que se le hizo un recibimiento oficial. "Fue recibido en el muelle por las autoridades escolares, por los planteles de enseñanza y por una enorme multitud, en la cual figuraban prominentes ciudadanos."<sup>85</sup> Hubo discursos de bienvenida, marcharon hasta la

85 Rodríguez Demorizi, *Dominicanidad*, p. 34.

Universidad y allí habló don Pedro, con emoción, agradeciendo tal recibimiento. Se alojó, con su esposa e hijas, en el hogar de su hermano Max, entonces Secretario de Estado de Relaciones Exteriores, mientras encontraba una casa apropiada en la cual instalarse.

En 1932, mientras ejercía sus funciones de Superintendente General de Enseñanza, dictó en la Universidad de Santo Domingo un Curso de Literatura Española, que constituyó el primer paso hacia el restablecimiento, en la Universidad, de la Facultad de Filosofía y Letras...

... En la sociedad Acción Cultural dictó un curso breve acerca de la Historia del Teatro en Europa y América, en enero y febrero de 1932. El 9 de enero pronunció en el Club Nosotras una conferencia sobre la Música Popular en las Antillas, con ilustraciones musicales y recital en composiciones criollas.<sup>86</sup>

Durante ese período como Superintendente General de Enseñanza en Santo Domingo, don Pedro dirigió la *Revista de Educación*. "Como separatas de la revista inició una serie de folletos: páginas para la historia de la cultura dominicana."<sup>87</sup> Como le había sucedido anteriormente en México, cuando trabajó allí para el gobierno, sus labores oficiales se extendieron mucho más allá de las funciones y obligaciones de su cargo.

Como en todas partes, Pedro Henríquez Ureña ejerció marcada influencia en la educación y en la cultura de su país durante su relativamente corta permanencia allí. Ocupó la Superintendencia General de Enseñanza desde su llegada el 15 de diciembre de 1931 hasta el 15 de junio de 1933. Con su ejemplo y su estímulo socrático inspiró a académicos y estudiantes para continuar las labores por él iniciadas.

Después de su llegada a Santo Domingo, don Pedro se dio cuenta bien pronto de que su viaje había sido un error. A los dos meses le dijo a su esposa que no podría quedarse y que no debían instalarse de manera definitiva sino provisional. La situación

<sup>86</sup> Ibid., p. 35.

<sup>87</sup> Ibid.



política del país le resultaba inaceptable y optaba por irse antes que someterse voluntariamente a un régimen de vida que le resultaba intolerable. Naturalmente, que no podía proceder abruptamente; se veía en la necesidad de ahorrar lo necesario para el costoso regreso suyo y de su familia a la Argentina.

El 16 de febrero de 1932 le escribía a su amigo y compañero argentino Rafael Alberto Arrieta que desde su llegada a Santo Domingo había caído en el vórtice, como habría dicho un romántico, y tenía muy pocos minutos fuera del trabajo. Le pedía que influyera favorablemente con respecto a sus licencias allá en la Argentina, lo cual quería decir que ya sabía que iba a regresar; y le contaba algunas de sus impresiones.

Hemos organizado, con profesores que trabajamos gratis, la suspendida Facultad de Filosofía y Letras. He visitado el interior del país (yo sólo conocía siete puertos) y me ha sorprendido el aspecto continental, no isleño, de sus montañas y valles: acaso único en las Antillas, porque tenemos las alturas mayores de todo el archipiélago; Santo Domingo tiene forma de tortuga mientras que Cuba es larga y llana. He dado, además, muchas conferencias. <sup>88</sup>

En el año 1933 el padre de don Pedro, Francisco Henríquez y Carvajal, era el Ministro Plenipotenciario de la República Dominicana en París. Ya don Pedro estaba en condiciones de costearse el regreso a la Argentina, pero tenía que hacerlo con cautela para evitar conflictos con el gobierno dominicano. Envió a su esposa, doña Isabel, y a sus hijitas, Natacha y Sonia, aparentemente a visitar a su padre en la Legación Dominicana de París. Poco después pidió él licencia de su cargo para ir a buscarlas. La licencia le fue concedida y él salió el 29 de junio de 1933 en el vapor Macorís, desde Puerto Plata, el mismo día que cumplía cuarenta y nueve años de edad. Después de año y medio en su país, dejó Pedro Henríquez Ureña las tierras dominicanas por última vez.

Cuando años más tarde murió don Pedro en la Argentina, se le hicieron calurosos homenajes en Santo Domingo: actos en la

<sup>88</sup> Arrieta, *Revista Iberoamericana*, p. 95.

Universidad y en otros centros culturales, muchos discursos y escritos, se nombró “Doctor Pedro Henríquez Ureña” al edificio de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Santo Domingo, las escuelas del país le rindieron homenaje y tuvieron sus banderas a media asta por tres días; la Secretaría de Educación editó un folleto titulado “Homenaje a Pedro Henríquez Ureña” y la revista de la Universidad *Juventud Universitaria* dedicó su número de julio, 1946, a don Pedro. De su contenido citaremos algunos comentarios.

La seriedad y honradez dio desde temprano a sus opiniones una validez que sólo alcanzan los grandes maestros. Su vida fue un enseñar continuo; en el libro, en la cátedra, en la conferencia, en la conversación, hasta en la íntima correspondencia epistolar. Cuántas enseñanzas salían de su pluma y de sus labios, sin que en ello pusiera jactancia ni orgullo! 89

Manuel de Jesús Goico escribió un trabajo titulado “Pedro Henríquez Ureña, el Maestro distante” en el cual dice que ni Hostos ni Rodó, tampoco Montavo, Ingenieros, Sarmiento o Bello, han influido tanto en América como nuestro Pedro Henríquez Ureña. Dice Goico que don Pedro “orientó con su saber y con su ejemplo.” 90 Carlos Federico Pérez se refiere a Pedro Henríquez Ureña y su aspecto humanístico.

La tradición secular se reafirma en pleno siglo XX, en el amplio campo de la cultura, con la obra de un dominicano cuya peregrinación a través de América quedó señalada con magníficos frutos para honra propia y del país que le vio nacer. 91

“Pedro Henríquez Ureña el hombre, ha muerto, pero el humanista vivirá eternamente en el corazón y en el pensamiento

89 Flérida de Nolasco, “Pedro Henríquez Ureña, filólogo y folklorista”, *Juventud Universitaria*, II, núm. 15 (Universidad de Santo Domingo: julio, 1946), p. 14. También en *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*, Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, Vol. I, 1947, p. 122.

90 Goico, *Juventud Universitaria*, II, núm. 15 (julio 1946) p. 26.

91 Pérez, *Juventud Universitaria*, II, núm. 15 (julio 1946) p. 28.

del Continente Americano”, dice L.E. Piña Puello, y agrega que “lejos de la patria, la llevó siempre en su corazón y en su pensamiento.” Le llamó “Profeta de un ideal” y dice que “fue generoso con su intelecto para generaciones y pueblos.”<sup>92</sup>

Andrés Avelino escribió un extenso homenaje sobre don Pedro. “Pedro Henríquez Ureña es uno de los más grandes humanistas de que puede vanagloriarse este mundo moderno antihumanista.” Agrega que Henríquez Ureña fue, como Sócrates, un maestro de juventudes. “Todo cultivo para él fue cultivo del espíritu y para el espíritu.”<sup>93</sup>

Don Pedro llegó a París a mediados de julio de 1933. Su visita en la capital francesa fue corta pues le urgía llegar a Buenos Aires y reanudar sus tareas allí a fin de volver a comenzar a organizar su vida, pues el viaje a Santo Domingo lo había completamente arruinado, económicamente. Pero lo material podría reponerlo, lo peor fue el convencerse de que no le era posible vivir en su patria, lo cual había tanto deseado siempre. De eso nos habla su hija Sonia.

No me cabe la menor duda, hubiera sido su mayor deseo vivir y darlo todo en su Santo Domingo. Desgraciadamente ese deseo no pudo cumplirse nunca. Desde muy joven abandonó su patria y ya en su plenitud intentó establecerse y vivir definitivamente en su país, pero no fue posible. Recuerdo la amargura de esos años, cuando regresó de su frustrado intento. No pudo disimularlo y su abatimiento fue grande.<sup>94</sup>

92 Piña Puello, *Juventud Universitaria*, II, núm. 15, (julio 1946), 29–30.

93 Andrés Avelino, “Pedro Henríquez Ureña”, *Anales de la Universidad de Santo Domingo*, núm. 37–38 (enero–junio, 1946), 117–119. También en *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*, Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, Vol. I, 1947, p. 116–117.

94 Sonia Henríquez Ureña de Hlito, “Unos Versos Proféticos”, *México en la Cultura*, núm. 22 (Buenos Aires: enero–febrero–marzo, 1957), p. 13.

## NUEVAMENTE BUENOS AIRES

Después de su corta visita en París, regresó don Pedro con su familia a Buenos Aires y a sus obligaciones académicas en esa ciudad y en La Plata. Reanudó sus tareas docentes, volvió a participar de la vida cultural de la capital argentina, y continuó su valiosa labor lingüística en el Instituto de Filología. Volvieron sus trabajos a aparecer en el dominical del gran diario *La Nación* y en las revistas literarias. El 5 de abril de 1934 fue elegido Académico Correspondiente de la Academia Argentina de Letras.

Ahora asumió Pedro Henríquez Ureña su sólida y definitiva plenitud, al volver convencido de que Buenos Aires era su hogar y de que allí tenía el ambiente más propicio para sus necesidades intelectuales y de cultura, y para poder ganarse la vida adecuadamente con sus labores académicas, manteniendo al mismo tiempo la independencia moral que le era imprescindible.

Su línea inquebrantable a lo largo de toda su vida no le permitió aceptar tantos ofrecimientos que lo hubieran aliviado. Prefirió vivir dando clases como profesor adjunto y como profesor del Colegio Nacional de La Plata. Si no vemos actuación política, vemos abstinencia, lo que en algunas circunstancias es casi lo mismo.<sup>95</sup>

Don Pedro asumió más que nunca su papel de maestro, con sus alumnos de colegio en La Plata y sus varios grupos de universitarios en Buenos Aires. Dijo el poeta argentino Jorge Luis Borges que don Pedro fue, esencialmente, un maestro, y hace la confesión que tantos han hecho: “la verdad es que es inefable lo que he aprendido de él.”<sup>96</sup>

“Conversando con él se aprendía siempre” afirma su discípula, la argentina María Rosa Oliver, y explica que “su paciencia infinita para escuchar a los otros, especialmente a los jóvenes, y darles una imagen clara y optimista de la vida, y esa generosidad de corazón que ni su fina ironía ni su agudeza de

95 Ibid.

96 “Pedro Henríquez Ureña”, *México en la Cultura*, núm. 22 (Buenos Aires: enero-febrero-marzo, 1957), p. 5.

juicio mellaban o retaceaban” lo hicieron acreedor al título de maestro. <sup>97</sup>

Don Pedro había publicado antes algunos trabajos en la revista *Cursos y Conferencias*, pero después que volvió de Santo Domingo lo hizo con más regularidad. Esta publicación era la Revista del-Colegio Libre de Estudios Superiores, de Buenos Aires, donde enseñaba también don Pedro. En dos partes separadas apareció durante el invierno de 1933-1934 su trabajo sobre Bernard Shaw en resúmenes hechos por Enrique Anderson Imbert, pero revisados y autorizados por don Pedro. En mayo apareció la tercera parte, trabajo aparte, sobre la “Filosofía y Estética” en Bernard Shaw. En febrero había salido su trabajo “Comienzos del español en América” que salió también en *La Nación* ese mismo mes. Este último trabajo era resultado de sus investigaciones en el Instituto de Filología, a lo cual dedicaba ahora mayor atención que antes.

A fines de 1936 publicó *Cursos y Conferencias* un trabajo de don Pedro sobre “Problemas del Verso Español” del curso que él dio en el Colegio Libre en 1935. Este trabajo es interesante para la bibliografía de don Pedro, porque ya él cambia su viejo título “La Versificación Irregular en la Poesía de la Edad Media” por el de “La Versificación Fluctuante en la Poesía de la Edad Media” como subtítulo del trabajo que corresponde al primer capítulo de *La Versificación Irregular en la Poesía Castellana*, que don Pedro quiso cambiar por el título *La Poesía Castellana de Versos Fluctuantes*. Con este título aparece en la colección de *Estudios de Versificación Española* de don Pedro que el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires ha publicado en un volumen en 1961.

Siempre hay que recordar que don Pedro publicaba sus trabajos varias veces, en distintas publicaciones y en diferentes épocas. Generalmente hacía cambios y correcciones, unas veces muy poco, pero otras veces de importancia. Entre sus ensayos “De Mi Patria” en *Horas de Estudio*, de 1910, apareció uno titulado “Vida Intelectual de Santo Domingo” que, reelaborado, se

<sup>97</sup> María Rosa Oliver, “Maestro y Amigo”, *México en la Cultura*, núm. 22, (Buenos Aires: enero—febrero—marzo, 1957), p. 16.

convirtió en 1917 en el largo ensayo "La Literatura Dominicana"<sup>98</sup> y éste a su vez creció, nutrido por el incansable autor (recopilador e investigador) y se convirtió con el tiempo en su libro *La Cultura y las Letras Coloniales en Santo Domingo*.<sup>99</sup>

En la introducción de este último libro habla de los días de esplendor de la isla de Santo Domingo durante los primeros años del dominio español. "Mientras duró aquel esplendor, se construyeron ciudades, se crearon instituciones de gobierno y de cultura." Pero ese esplendor fue corto. Sin embargo, la tradición persistió. En cuanto a la literatura de América, se inició con el descubrimiento, con el "Diario de Colón". Las descripciones que hace Colón de la isla que él llamó La Española, luego llamada Santo Domingo, contiene la primera impresión literaria de las letras coloniales en el Nuevo Mundo.

*La Cultura y las Letras Coloniales en Santo Domingo* es la historia de la cultura literaria en el país de América donde primero se implantó la civilización europea. Cada capítulo está seguido de amplias notas, y al final del libro hay textos que ilustran la marcha de la lengua culta en el país. Contiene el libro la historia de las instituciones culturales de Santo Domingo, tales como las universidades y los conventos, y de sus representantes, tales como los obispos y arzobispos, los religiosos y seglares, y los escritores nativos de los siglos XVI, XVII, y XVIII.

Como complemento histórico a *La Cultura y las Letras Coloniales en Santo Domingo*, pueden citarse unos capítulos que escribió don Pedro en 1940 para una *Historia de América*.<sup>100</sup> Esos capítulos fueron: "La Emancipación y Primer Período de la Vida Independiente en la Isla de Santo Domingo", y "Santo Domingo desde 1873 hasta Nuestros días."<sup>101</sup> Como complemento

98 "Literatura Dominicana". *Revue Hispanique*, tomo 40 (París: 1917). *Boletín de la Unión Panamericana*, Washington, (abril, 1918).

99 Anejo II, Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, 1936.

100 *Historia de América* (Dirigida por Ricardo Levene), Buenos Aires, Ed. Jackson, 1940-1943.

101 Tomo VII y Tomo XI.

histórico-lingüístico puede citarse su importante trabajo filológico de 1940, *El Español en Santo Domingo*.<sup>102</sup> Pero de esta última obra hablaremos al tratar de Pedro Henríquez Ureña filólogo.

En 1938 aparecieron cuatro diferentes trabajos filológicos de don Pedro: tres de ellos en *La Nación*, de Buenos Aires,<sup>103</sup> y el otro en la *Revista Argentina de Agronomía*,<sup>104</sup> también de Buenos Aires. Esos cuatro trabajos fueron incluidos, ese mismo año, en el Anejo III de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana.<sup>105</sup> De estos trabajos hablaremos también al tratar de Pedro Henríquez Ureña filólogo.

Durante esos años de gran actividad creadora de don Pedro en el Instituto de Filología, él también escribía y publicaba trabajos literarios e históricos y sus ensayos críticos. Tampoco descuidaba sus múltiples clases y cátedras en La Plata y en Buenos Aires. Oigamos a sus alumnos.

Todos, en el grupo que estaba espiritualmente próximo a él, habíamos sentido el estímulo de su interés. Sé de alguien que aspiraba a ir a Norte América con una beca; enterado don Pedro, de inmediato la mandó llamar, le aconsejó el tema que debía proponer y tomó sobre sí la tarea de enseñarle a trabajar en ese sentido, y semana a semana siguió paciente y afectuosamente sus progresos. Sé de otras dos personas que entregadas a confeccionar una obra en parte didáctica se la llevaron —como siempre— para escuchar su opinión. Y él les pidió que se la dejaran y la leyó larga y minuciosamente y la corrigió de puño y letra devolviéndosela con palabras de elogio y aliento.<sup>106</sup>

Otro de sus discípulos de la última generación argentina

102 Buenos Aires, Instituto de Filología, 1940, Anejo V, 301 págs.

103 "Caribe" el 19 de junio; "Historia de Palabras" el 24 de julio; "La Planta Enigmática" el 4 de septiembre.

104 Núm. 4, págs. 209—221.

105 *Para la Historia de los Indigenismos*, Buenos Aires: Instituto de Filología, 1938, 147 págs.

106 María Hortensia Lacau, *Letras*, Año I (Buenos Aires: diciembre, 1946), núm. 4, p. 68.

que don Pedro enseñó nos habla de él. “Era, en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, el orgullo de la Sección de Castellano y Literatura, y su cátedra el más alto lugar de exposición de la literatura americana y argentina.”<sup>107</sup> Y agrega, hablando de la enseñanza de don Pedro, que “los problemas estéticamente expuestos, son, en definitiva, el afán de resolver nuestra expresión. Esa era la manera de transmitir los conocimientos en clase, de don Pedro Henríquez Ureña. Buena ayuda para ello lo constituía su formidable erudición.”<sup>108</sup>

Su compañero académico y amigo Ezequiel Martínez Estrada cuenta que “cuando viajaba de La Plata a Buenos Aires, y viceversa, Henríquez Ureña iba cargado de carpetas y hojas de lecciones escolares... Además de corregir tal mole de material bruto de lectura —la escolar— llevaba habitualmente pruebas de páginas de algún libro que se editara bajo su dirección.” Y al recordar que casi siempre estuvieron juntos en las mesas de exámenes, dice que don Pedro “no intervenía para dificultar sino al contrario, y con pocas palabras colocaba al alumno sobre camino seguro, y lo dejaba. Al hacerse las calificaciones se comprobaba que había seguido los exámenes escuchándolos con atención.”<sup>109</sup>

En la cátedra era un profesor y en la intimidad un maestro, y éstos no son los mismos, sino antagónicos. Ha dejado muchos alumnos de talento que lo admiran y que valoran los méritos de su inteligencia. A mi parecer, las mejores lecciones las impartió en las fecundas conversaciones en privado. Podía advertirse la libertad de pensamiento en su magisterio socrático. Sus juicios personales, los exponía con modestia.<sup>110</sup>

En 1938 se organizó en Buenos Aires la Editorial Losada y Pedro Henríquez Ureña fue uno de los directores técnicos de la

107 Raúl Moglia, *Ibid.*, p. 70.

108 *Ibid.*, p. 73.

109 Martínez Estrada, en el “Manuscrito” citado.

110 *Ibid.*



nueva empresa. El concibió y dirigió la meritoria colección de *Las Cien Obras Maestras de la Literatura y del Pensamiento Universal*, llegando a publicar unos cuarenta volúmenes antes de su muerte. Suyas son casi todas las introducciones, y cada una es un excelente ensayo corto, a manera de síntesis, del autor y de su obra.<sup>111</sup>

Si antes había vivido don Pedro siempre ocupadísimo, después que entró en la Editorial Losada su tarea se multiplicó, porque atendía y revisaba personalmente sus ediciones con mucho cuidado. Se le veía corrigiendo pruebas de imprenta en la Editorial, en su casa, en los trenes, en las reuniones y durante la comida. Y no solamente estaba entonces cargado de trabajo editorial de Losada, sino que seguía ocupándose cuidadosamente de sus ediciones en el Instituto de Filología y colaboraba en las revistas *Sur*, *Cursos y Conferencias*, *Revista de Filología Hispánica* y otras; en el diario *La Nación*; y en 1940 escribió los capítulos sobre Santo Domingo para la *Historia de América* que dirigió Ricardo Levene.

Don Pedro repartía su escaso tiempo entre tantas cátedras, tantas publicaciones, tantos amigos, pero para todo y todos tenía o hacía tiempo. Se preocupaba por sus amigos, se preocupaba por su trabajo, por los detalles, por la perfección de todo lo que hacía. Y siempre ofrecía un consejo, una enseñanza, un ejemplo, con su bondad infinita. El decía que había acabado por creer que la amabilidad podía valer más que la sinceridad, y que la bondad podía valer más que la verdad, aunque en el cielo de las ideas puras, manan de la misma fuente.

Otra Colección Losada que dirigía y prologaba don Pedro era la de Grandes Escritores de América; se inició esta colección a

111 En 1938 aparecieron: *Poema del Cid*; *Facundo*; *La Celestina*; *La Odisea*; Tres Comedias de Lope de Vega: *Fuenteovejuna*, *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, *El Mejor Alcalde el Rey*; En 1939: *Novelas Ejemplares*; *Libro de los Ejemplos del Conde Lucanor y de Petronio*; *Tragedias*, de Esquilo; Tres obras de Calderón: *La Vida es Sueño*, *El alcalde de Zalamea*, *El Magico Prodigioso*; Tres de Tirso: *El Burlador de Sevilla*, *El Condenado por Desconfiado*, *La Prudencia en la Mujer*; De Góngora: *Romances y Letrillas y Poemas y Sonetos*; *Vidas Paralelas* de Plutarco; *Otelo y Romeo y Julieta*; Cuatro obras de Racine: *Fedra*, *Andrómaca*, *Británico*, *Ester*. En 1940: *Hamlet*; *El Buscón y Escritos Breves*, de Quevedo; *Las Moradas*, de Santa Teresa; Tres Obras de Moliere: *Tartufo*, *La Escuela de los Maridos*, *El Burgués Gentilhombre*. En 1941: Un Volumen de Aristófanes con *Las Nubes*, *Los Acarnienses*, *Los Caballeros*.

finis de 1939. El volumen número dos de la serie fue la *Moral Social*, de Eugenio María de Hostos, con el artículo de don Pedro "Ciudadano de América" a manera de prólogo. Habla de Hostos embriagado de razón y de moral; define su carácter: estoico, severo, puro y ardiente, sin mancha y sin desmayos. Y habla de Hostos que fue a morir a Santo Domingo. "Lo conocí entonces: tenía un aire hondamente triste, definitivamente triste. Trabajaba sin descanso, según su costumbre. Sobrevinieron trastornos políticos, tomó el país aspecto caótico, y Hostos murió de enfermedad brevísima, al parecer ligera. Murió de asfixia moral."  
112

Una cosa le faltaba a don Pedro, libros.

Trabajaba sin biblioteca propia, lo que contribuía a la dispersión del esfuerzo y a la pérdida de muchas horas. Sus mejores libros habían quedado en Santo Domingo, en Cuba, en México, en poder de sus hermanos y sus amigos. Solía referirse a obras difíciles de reemplazar, anotadas por su mano, que había dejado en aquellos países, y tengo muy presente su nostalgia de bibliófilo.<sup>113</sup>

Pedro Henríquez Ureña recibió el alto honor de ser invitado por la Universidad de Harvard, en los Estados Unidos, para ocupar la cátedra Charles Eliot Norton, de alto prestigio mundial, durante el año académico 1940-1941. Se trata de una gran distinción que se le hace anualmente a algún hombre de letras, de ciencia, o del mundo artístico, de fama mundial en su disciplina. Don Pedro obtuvo licencias de sus cátedras argentinas y demás obligaciones y aceptó el honor que se le hacía.

Antes de su partida fue objeto de calurosos homenajes de simpatía por parte de colegas y amigos de Buenos Aires y La Plata. El acto de despedida que se le ofreció en la Universidad Popular Alejandro Korn, en La Plata, institución con la cual estaba don Pedro vinculado desde su creación, fue un gesto de profunda solidaridad. La numerosa concurrencia incluía distinguidos

112 Hostos, *Moral Social* (Buenos Aires: Losada, 1939), p. 10.

113 Arrieta, *Revista Iberoamericana*, p. 96.

académicos y escritores de Las Américas y de España. Todos expresaron sus sentimientos de estimación por el "buen americano" que iba a cruzar los mares una vez más para sembrar en playas extranjeras la semilla de su saber y el estímulo de su profundo hispanoamericanismo.

En ese acto hablaron distinguidos argentinos: Arnaldo Orfila Reynal, Francisco Romero, José Luis Romero; y Ricardo Baeza expresó el sentir de los escritores españoles. Don Pedro agradeció el homenaje con emoción.

Al mismo tiempo que don Pedro dictaba sus conferencias en Harvard y, luego, preparaba las mismas para su publicación, aparecían en Buenos Aires los volúmenes de la *Historia de América*, dirigida por Ricardo Levene, con capítulos suyos. Don Pedro colaboró con los capítulos correspondientes a Santo Domingo y Puerto Rico. Más que en sus otros trabajos históricos, apunta aquí los hechos políticos de la historia dominicana y de la puertorriqueña. No abandona, sin embargo, el tema fundamental de sus trabajos históricos que es la historia de nuestra cultura. En estos capítulos presenta la historia política de las dos islas enfocando su papel en la historia de su cultura. Ya hemos visto que en la misma forma enfocó su historia literaria en artículos y libros durante toda su carrera.

Después de relatar, con su acostumbrada precisión, los acontecimientos políticos de la República Dominicana durante los primeros veinte años de su independencia, dice que "de 1865 a 1873 se extiende el período que puede llamarse de liquidación del pasado." Restaurada la república, después de la breve reintegración a España entre 1863 y 1865, mantiene todavía la antigua vacilación de la conciencia de nacionalidad y hasta se proyecta una anexión a los Estados Unidos. Se refiere don Pedro a cierto movimiento político de 1873 que "trae consigo una voluntad firme de mantener la nación y de dar tono liberal a la política: ha comenzado una nueva era." <sup>114</sup> -Se refiere a la era moderna de verdadero nacionalismo, de absoluta ansia de independencia

<sup>114</sup> "La emancipación y primer período de la vida independiente en la isla de Santo Domingo", *Historia de América*, (Buenos Aires: Jackson, 1940-43, VII, 1940, págs. 381-397.

política en Hispanoamérica.

Henríquez Ureña enfoca ese año de 1873 como el comienzo de verdadera independencia en su país, y explica como al mismo tiempo en ese año comienza para la República Dominicana un inesperado florecimiento y, sobre todo, un movimiento de cultura. Entonces comienza él el capítulo "Historia contemporánea de la isla de Santo Domingo."<sup>115</sup>

En 1940, antes de salir para los Estados Unidos, dejó Pedro Henríquez Ureña ordenados para su publicación, una selección de trabajos suyos sobre temas españoles, como había hecho ya antes en México en 1922. Este volumen fue publicado por la Editorial Losada en su "Biblioteca Contemporánea" con el título de *Plenitud de España. Estudios de Historia de la Cultura*.<sup>116</sup> Dice don Pedro, en la "explicación" que aparece al final del libro, que los trabajos reunidos en este volumen son frutos de larga atención dedicada a la cultura española.

El primer ensayo de este libro es "España en la Cultura Moderna" que había aparecido en *La Nación* el 10 de noviembre de 1935 con el título "España y la Cultura Moderna." Con el ligero cambio en el título y con retoques en el texto apareció en *Cursos y Conferencias*, la revista del Colegio Libre de Estudios Superiores, en diciembre de 1938. Este trabajo recibió un premio en uno de los concursos de "validación hispánica" de la Institución Cultural Española de Buenos Aires.

El segundo ensayo es "Rioja y el sentimiento de las flores" que fue escrito en 1913 y publicado por primera vez en 1914 en la *Revista de América* que dirigía en París don Francisco García Calderón. Enrique Díez Canedo lo reprodujo en 1920 en la revista *España*, de Madrid, y en 1922 lo incluyó don Pedro en *En la Orilla: Mi España*.

Los dos estudios sobre Lope de Vega fueron escritos en 1935 con motivo del tricentenario de la muerte del gran dramaturgo. En la revista *Sur* apareció "Tradición e Innovación en Lope de Vega"; y en *La Nación* apareció "Esplendor, Eclipse, y

<sup>115</sup> XI, 1941, págs. 463-83.

<sup>116</sup> Buenos Aires: Editorial Losada, 1940.

Resurgimiento de Lope de Vega” ese mismo año.

El trabajo sobre “Hermán Pérez de Oliva” es de su primera juventud, escrito en 1910 y publicado en la revista *Cuba Contemporánea* de La Habana en 1914. También se hizo entonces un pequeño volumen aparte. En 1922 apareció en *En la Orilla: Mi España*. Naturalmente, don Pedro le hizo revisiones antes de incluirlo en *Plenitud de España*: le suprimió pasajes que consideró inútiles y le hizo adiciones en las notas al pie.

No en la primera edición de *Plenitud de España* sino en la segunda, de 1945, incluye don Pedro “El Arcipreste de Hita” que fue su conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en 1943, a petición de la Institución Cultural Española, y que se publicó en la revista *Sur* ese mismo año.

El último de los trabajos mayores del libro es sobre “Cultura Española de la Edad Media”, desde Alfonso el Sabio hasta los Reyes Católicos. Don Pedro escribió este extenso y bien documentado trabajo para completar la síntesis de Ramón Menéndez Pidal sobre la cultura española desde los orígenes romanos hasta Fernando el Santo; ambos trabajos fueron para los preliminares de la *Historia de la Nación Argentina*, que publicaba entonces la Academia Nacional de la Historia.

La última parte del libro es un grupo de trabajos breves bajo el título de “Apuntaciones Marginales” sobre temas varios de España. “Poesía Tradicional” es una reseña de la antología de la *Poesía de la Edad Media y Poesía de Tipo Tradicional* que publicó Dámaso Alonso en 1935. Dice don Pedro que la novedad extraordinaria de la antología de Dámaso Alonso está en la selección de cantares líricos. Termina la reseña afirmando que la dicha antología es obra maestra de elección y de construcción. Ese trabajo de don Pedro salió en *La Nación* ese mismo año de 1935.

El artículo “Los Matemáticos Españoles” es sobre la obra *Los Matemáticos Españoles del Siglo XVI*, de Julio Rey Pastor, en 1927, y apareció en *Valoraciones* que dirigía en La Plata el Dr. Alejandro Korn. El artículo o estudio sobre Luis Carrillo y Sotomayor sirvió de prólogo a la edición de su *Fábula de Atis y Galatea* y veinte y uno de sus *Sonetos*, que publicó Pedro

Henríquez Ureña, en colaboración con Enrique Moreno, en La Plata en 1929, como uno de los *Cuadernos* de la revista *Don Segundo Sombra*.

Los demás trabajos cortos sirven de introducciones a volúmenes de la colección *Las Cien Obras Maestras de la Literatura y el Pensamiento Universal* que don Pedro dirigía en la Editorial Losada, y son los siguientes: *La Celestina*, *Las Novelas Ejemplares*, *Las Tragedias Populares de Lope*, *Tirso de Molina*, *Calderón*, *Góngora*.

Don Pedro estuvo en los Estados Unidos desde principios de octubre, 1940, hasta fines de abril, 1941. El curso que dictó en la Universidad de Harvard constó de una serie de conferencias que él dictó en el Fogg Museum of Art de dicha Universidad, en inglés, con gran éxito. Su primera intención fué limitarse a la literatura de la América hispánica, pero luego decidió no excluir las artes, con objeto de reforzar mejor el sentido de la unidad de cultura en los países que, en este hemisferio, pertenecen a la tradición hispánica. Su propósito fué seguir las corrientes relacionadas con la busca de nuestra expresión.

Luego, con el tiempo, don Pedro revisó y organizó las ocho conferencias del curso, con sus correspondientes notas y bibliografía, para su publicación. La misma Universidad de Harvard las publicó en forma de libro con el título *Literary Currents in Hispanic America*.<sup>117</sup> Algunos juicios críticos sobre esta edición aparecieron en publicaciones norteamericanas: D. D. Walsh, en *Hispania*; M. Adams, en *The Nation*; D. Poore, en *The Saturday Review of Literature*; B. D. Wolfe, en el "Book Revue" del *New York Times*; A. Flores, en *The New York Herald Tribune*; y en publicaciones académicas.

Algún tiempo después de la muerte de don Pedro apareció la traducción al español, *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*, publicada por el Fondo de Cultura Económica en México. Joaquín Diez-Canedo hizo la traducción.

Durante su permanencia en Harvard, don Pedro visitó a Boston y a Nueva York. En ambas ciudades, tanto como en

117 Cambridge, Harvard University Press, 1945, 345 págs.

Cambridge, dictó conferencias y recibió homenajes académicos y sociales. Durante las vacaciones de fin de año fue a La Habana a visitar a sus hermanos y allí también dictó algunas conferencias. Esta fue su última visita a las Antillas.

... el 14 de abril de 1941 disertó sobre "Good neighbor policy of the Americas", en la recepción oficial que le dio la Pan-American Society de Boston, en un acto magno de quinientos participantes, entre los que figuraron seis cónsules hispanoamericanos en Boston; habló también el Dr. Charles A. Thompson, delegado oficial del Departamento de Estado. 118

El 25 de abril se embarca en Nueva York a bordo del Santa Elena, con rumbo a Valparaíso para regresar a la Argentina, donde le esperaban su hogar, su trabajo y sus amigos. Cuando algunos años después apareció su libro con las ocho conferencias del curso que dio en Harvard, acompañado cada capítulo de copiosas notas importantes y muy pertinentes, recibió calurosos elogios en ambas Américas.

Esos meses en Harvard fueron su última visita a los Estados Unidos. Hacía cuarenta años de su primera llegada a Nueva York, mero adolescente, en 1901. Los tres años de lucha y aprendizaje que entonces pasó en la gran ciudad americana, fueron una etapa muy importante de sus años formativos. Luego vivió también en los Estados Unidos del 1914 al 1920: años importantes de su juventud, de su educación, del comienzo de su madurez. Cuando volvió esta última vez en 1940, él era ya el Pedro Henríquez Ureña de la plenitud, con títulos y honores de muchos países; y venía invitado por una de las grandes universidades del mundo.

118 Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos* (México, 1961), p. LXXXIV.

## LOS ULTIMOS AÑOS

Cuando don Pedro regresó de Harvard a la Argentina, en abril de 1941, iba a vivir solamente cinco años más; ya no saldría más de la Argentina, de Buenos Aires y La Plata, excepto para veranear o para alguna visita corta y cerca. Es el don Pedro de esos últimos años que sus amigos y discípulos argentinos recuerdan mejor.

Según lo describen esos amigos y alumnos argentinos, don Pedro era un hombre de apariencia tranquila, de mirada observadora, de hablar mesurado pero de conversación amena y culta. Tenía ojos y cabellos negros. Su frecuente sonrisa era dulce e irónica a la vez. Era un hombre de maneras sencillas pero nobles, cortés, de serena presencia.

Ha dicho Enrique Anderson Imbert que la voz de don Pedro era "grave, lenta y señorial" y que "daba a la palabra dignidad de arte."<sup>119</sup> Otro de sus más fieles discípulos argentinos, José Luis Romero, nos habla de la voz de don Pedro. Para Romero, como para tantos otros, la voz de don Pedro revelaba muchas cosas.

Yo no lo puedo imaginar sino hablando muy lentamente, con un ritmo verbal que denotaba la exquisita y decantada prudencia que otorga la sabiduría, pero que no llegaba a ocultar la militante actitud crítica ni la ágil profusión de los pensamientos que entrechocaban en su mente... aquella voz suave hecha de ironía y bondad a un tiempo... Su voz no estaba hecha para la imprecación, ni para la injuria, ni para el debate; estaba hecha para el trasiego de las ideas. Medido en el andar, contenido y débil en el gesto, tenía una insospechada audacia en el pensamiento y un desusado valor moral para defenderlo.. Era el suyo un pensamiento libre, y parecía casi siempre un puro pensar.<sup>120</sup>

También se refiere José Luis Romero a la constante,

<sup>119</sup> "Homenaje a Pedro Henríquez Ureña", *Sur* (Buenos Aires: julio, 1946), XV, núm. 141, p. 35.

<sup>120</sup> José Luis Romero, "Una Voz", *Revista Iberoamericana*, XXI, núms. 41-42, págs. 81-82.



imperativa curiosidad que hizo de don Pedro “un testigo del mundo”; de ese mundo que él conocía tan bien en su pasado histórico, en su presente vivo, y en su visión del futuro. “Y prudentemente, casi siempre con esa sonrisa ingenua y cordial que le proporcionó tantos amigos que lo amaron, esbozaba la interpretación del presente con rigor y cautela.”<sup>121</sup>

Otro argentino, Ernesto Sabato, hace la pregunta: “De que no se podía hablar con Henríquez Ureña?” y hace referencias a los diálogos socráticos en que tanto aprendía de él, y se refiere a su hablar intachable. “Digo, de paso, que su castellano era el único que yo habría elegido internacional... todo era mensurado, discreto, limpio y apropiado.” Y concluye con una referencia al reconocimiento oficial que se le negó en la Argentina. “Maravilloso hombre, que fue tratado tan mal en este país como si hubiera sido argentino. Creo que no hay aquí cinco personas de su calidad espiritual.”<sup>122</sup> -

Roberto F. Giusti nos dice que admiró en don Pedro “su varia cultura, en filología, en letras, en las artes figurativas, en música, en teatro, en filosofía, nada superficial pues la acompañaba una erudición exacta; admiré su equilibrio mental, su don de gentes, su laboriosidad, su amor a la obra bien acabada, su obediencia estricta al deber, su modestia. Platicar con él era un placer y una enseñanza continua.”<sup>123</sup>

Su fraternal amigo Alfonso Reyes, que conoció a don Pedro íntimamente durante ocho lustros, dijo que Pedro Henríquez Ureña fue un hombre recto y bueno como pocos, casi santo, con un corazón muy cabal. “Yo bien quisiera ser capaz de comunicar a todos la veneración de su memoria.”<sup>124</sup>

Don Pedro predicó la objetividad a sus discípulos y amigos,

121 “En la Muerte de un Testigo del Mundo”, *Cabalgata* (Buenos Aires: octubre 1, 1946), I, núm. 1. *Revista Cubana* (La Habana: 1946, XXI-113-118.

122 “Henríquez Ureña”, *Cabalgata*, I, núm. 1., pág. 3.

123 “Pedro Henríquez Ureña”, *México en la Cultura* (Buenos Aires: enero-febrero-marzo, 1957), núm. 22, p. 9.

124 “Evocación de Pedro Henríquez Ureña”, *Páginas Escogidas* (México: Secretaría de Educación Pública, 1946).

pero en su afán de ser objetivo, él no se revelaba a sí mismo, ni su sentir ni sus pensamientos íntimos. Ya lo dijo Medardo Vitier. "No tiende a revelarse Henríquez Ureña. Mejor dicho: apenas le interesa revelar otra cosa que sus elaboraciones de estudioso. De lo intelectual íntimo, casi nada. De lo emocional íntimo, menos aún." Dice Vitier que una austeridad intelectual gobierna la prosa perfecta de don Pedro. "Lo fía todo a las ideas, a los asuntos en su limpia objetividad".<sup>125</sup>

Así nos ha acostumbrado a una prosa de netos perfiles, sin grasa. Resistirá mejor que la de Rodó los cambios del gusto, aunque no la anima el aliento de escritor que había en el ensayista uruguayo. La fuerza comunicativa de Henríquez Ureña es puramente intelectual. La comunicación del hombre no predomina en sus escritos.<sup>126</sup>

Raúl Moglia, en cambio, nos dice que la manera de don Pedro transmitir las ideas era la perfecta, y que la menor actividad de estudio era fuente de enseñanza para él. "Desde luego, lo característico de su personalidad era la visión amplia y rotunda de los problemas, apretada en la exposición de los aspectos esenciales, que los mostraba encadenados en su natural manifestación visible."<sup>127</sup>

Félix Lizaso ha dicho que Pedro Henríquez Ureña fue un conductor de espíritus en el estricto sentido de la palabra; y que se le admiró, y aun reverenció. "En su aparente sequedad era una fuente cordial y cálida, de transparencia espiritual."<sup>128</sup> Lizaso lo llama "orientador de élites" y dice que don Pedro era el tipo del "scholar" que a la seria erudición unía el arte y el buen gusto. Pero dejemos hablar otra vez a Roberto F. Giusti.

La vida no fue enteramente justa con él. Mereció más altos destinos; pero su modestia y dignidad prefirieron vivir honradamente del trabajo intelectual, a menudo obscuro, antes que abrirse camino a

<sup>125</sup> Medardo Vitier, "Pedro Henríquez Ureña y el Ensayo". *Del Ensayo Americano* (México: Fondo de Cultura Económica, 1945) X-205.

<sup>126</sup> *Ibid.*, p. 204.

<sup>127</sup> Raúl Moglia, *Letras* (Buenos Aires, I, núm. 4, diciembre 1946), p. 72.

<sup>128</sup> Félix Lizaso, "Pedro Henríquez Ureña, Primado de la Cultura Americana", *Cursos y Conferencias* (Buenos Aires: 1947), XXXI-95.

codazos o humillándose a las posiciones que dan efímera fama y dinero. No fue esclavo de ningún ídolo ni de ninguna superstición. En esa labor obscura y mal reconocida por el público, dirigiendo y cuidando ediciones y textos con fervoroso anhelo de perfección digno de los grandes tiempos de la imprenta, gastó tesoros de paciencia, minuciosa sabiduría y arte delicado. <sup>129</sup>

El filósofo argentino Francisco Romero, gran amigo y compañero de don Pedro, le llamó un humanista a la moderna. Dice Romero que ese cumplido humanista fue también un gran americano, un buen americano, la conciencia de la unidad profunda y esencial del Continente y sus islas; y concluye afirmando que “el americanismo de Henríquez Ureña se fundía con su humanismo, sin mengua de la universalidad.” <sup>130</sup>

“Ningún recinto de la cultura le era extraño y por todos transitaba con paso firme, tan ajeno a la inseguridad como al alarde. Cuando se atendía a su horizonte intelectual, sorprendía por lo vasto y por no mostrar huecos”, dice Romero. Nos habla también de la prontitud y certeza en el juicio de don Pedro, de que se aprovecharon tantos, acaso todos los que tuvieron relación próxima con él. “Con dos palabras sucintas, cuando no era indispensable más, corregía falsas estimaciones o descubría valores poco visibles por su misma severa autenticidad, restablecía el orden debido. <sup>131</sup>

Quienes no lo conocían a fondo se sorprendían de la energía que demostraba a veces este hombre por lo común tan medido y circunspecto, del vigor con que esgrimía sus argumentos, sin cejar un punto en lo que consideraba la defensa de una cara verdad en

<sup>129</sup> Roberto F. Glusti, *Cursos y Conferencias* (Buenos Aires: abril—mayo 1946). Reproducido en *Correo*, nov. 1947. Del discurso que pronunció en los funerales de don Pedro a nombre del Colegio Libre de Estudios Superiores.

<sup>130</sup> Francisco Romero, “Un humanista de nuestro tiempo”, *Sur* (Buenos Aires: XV, julio 1946), núm. 141, págs. 25—26.

<sup>131</sup> *Ibid.* p. 22.

peligro. La réplica terminante y aun acerada solía brotar cuando le tocaban irrespetuosamente el tema de su América, o cuando se trataba de la conducta, o cuando se abordaba ante él el tema político y se ponían en duda los valores de la libertad y de la democracia... Yo he conocido poquísimos hombres para los cuales el trato personal fuera asunto tan serio e importante como para Pedro Henríquez Ureña... nada fue obstáculo suficiente para que renunciara a lo que sentía como gozo y deber del civilizado: el intercambio vivo de ideas, el afectuoso departir con los afines, la activa convivencia social... Henríquez Ureña practicó la amistad sin reservas, sin escatimar sus horas ni sus verdades... Espontáneo bajo la tranquila contención, afectuoso y sabio, el amigo disimulaba al maestro, pero en resumen resultaba lección tanto la amistad como la sabiduría. 132

Esos comentarios de Francisco Romero son el resultado de su estrecha asociación con don Pedro durante largos años. Existió entre los dos pensadores una íntima amistad intelectual, y acostumbraban reunirse de tarde en tarde para gozar de coloquios que tenían algo de debates. Su tema favorito era la cuestión de América, de nuestra América, que preocupaba por igual al maestro y al filósofo. En sus épocas argentinas, se les juntaba también Alfonso Reyes, y esta gran trilogía de buenos americanos compartía su pensar y su visión de América: los problemas, el destino y la verdad de esta América nuestra.

El artículo de Romero, que apareció primero en la revista *Sur* en julio de 1946, como parte del "Homenaje a Pedro Henríquez Ureña" que dedicó dicha publicación, fue luego incluido en el libro *Ideas y Figuras*, que publicó Romero en 1949. 133

Después de su regreso de los Estados Unidos en 1941, entró Pedro Henríquez Ureña a formar parte de unos debates que había iniciado la revista *Sur* bajo el título de "Debates Sobre Temas Sociológicos" y que se celebraban periódicamente en dicha revista. Los temas variaban: un debate fue acerca del libro *Los*

132 Ibid, págs. 23-25

133 Buenos Aires: Editorial Losada, 1949, págs. 58-59.

*irresponsables*, de Archibald Mac Leish; otro sobre la cuestión de si tienen las Américas una historia común; otro sobre el problema Gandhi; éste lo presidió don Pedro. Formaban parte de estos debates los colaboradores y amigos de la revista y de su directora y propietaria Victoria Ocampo. Cada uno de los debates se publicaba en *Sur*.

En 1941 escribió don Pedro dos capítulos para el tomo doce de la *Historia Universal de la Literatura* que publicó en Buenos Aires Santiago Prampolini: uno sobre la "Literatura de Santo Domingo y Puerto Rico" y el otro sobre la "Literatura de la América Central"

En 1942 y 1943 no publicó don Pedro gran cosa. Se lo impedía sus muchas ocupaciones y el inmenso trabajo que éstas le acarreaban. Don Pedro siempre trabajó infatigablemente, pero más que nunca en esos últimos años; se negaba a descansar. Don Alfonso Reyes, que vivió en Buenos Aires dos veces como Embajador de México, de 1927 a 1930 y de 1936 a 1937, dijo que ya entonces le pareció que don Pedro trabajaba con exceso, y había adquirido el mal hábito de hacerlo a toda hora. Además de sus numerosas cátedras en Buenos Aires y en La Plata, con frecuencia formaba parte de algún jurado examinador, o se entregaba a la interminable corrección de tareas estudiantiles, lo cual hacía siempre con mucho cuidado. No descuidaba sus contribuciones y su cooperación a las publicaciones literarias que gozaban de su amistad, ni descuidaba por un momento sus obligaciones editoriales, ni la también interminable corrección de pruebas de imprenta: las pruebas suyas y las ajenas.

Como Alfonso Reyes, Max Henríquez Ureña había estado en Buenos Aires varias veces representando a su país como diplomático y allí, desde luego, se juntaba con don Pedro.

Estuve junto a él en Buenos Aires, a donde fui como representante diplomático, en 1934 y 1935; y allí nos volvimos a ver a fines de 1936, cuando concurrí a la Conferencia interamericana de Consolidación de la Paz. Pasaron después nueve años. Cuando al cabo de ellos volvimos a reunirnos en Buenos Aires, a donde llegué como Embajador a fines de 1945, no pude sospechar que a la vuelta de unos cuantos meses habíamos de separarnos para siempre. Pedro

parecía lleno de salud y de vigor... En sus cátedras y en el Instituto de Filología rendía una labor intensa y fecunda, y sus discípulos lo admiraban y lo querían; formaba parte del jurado del "Club del mejor libro del mes"; asistía a los salones literarios, y su propia casa era un centro de animada vida intelectual. Estaba escribiendo una nueva obra: *Historia de la Cultura de la América Hispánica*, que terminó tres días antes de que lo sorprendiera la muerte. 134

Pero si su hermano Max pensó que don Pedro parecía lleno de salud y de vigor, hay otros que no pensaron lo mismo. Luis Alberto Sánchez nos cuenta que la última vez que vio a don Pedro fue en 1943 y que se lo encontró enflaquecido y pálido.

Al despedirme de él, junto al ascensor de su casa, después de haber comido en la dulce paz de su hogar, con los suyos, le pregunté si se sentía mal: "Me nota algo?" Me preguntó. Asentí. Entonces me dijo, como quien confiesa algo inconfesable: "La verdad es que hace algún tiempo que no me siento del todo bien..." Se llevó la mano al corazón y agregó: "Este tiene sus picardías". Y, muy bajito: "Pero es un secreto entre usted y yo". 35

Nos cuenta Arturo Torres Rioseco que en 1943 vio a don Pedro por última vez en Buenos Aires. No se veían desde hacía veinte años, cuando estuvieron juntos en la Escuela de Verano en la Ciudad de México.

A pesar de sus muchos éxitos le encontré desencantado y triste. Hablamos varias veces en el Instituto de Filología, y recordamos los que a él le gustaba llamar "nuestros días alciónicos". Con Amado Alonso y Angel Rosenblat bajamos algunas tardes a tomar un refresco. Un día de enero de 1944 ví por última vez a Pedro. Le dejé en una esquina de la Avenida de Mayo y le observé cruzar la calle, con andar fatigado, en su traje negro de siempre. No sé por qué me invadió una gran tristeza esa tarde. 136

134 "Hermano y Maestro", p. 47.

135 Luis Alberto Sánchez, "Notas Sobre Pedro Henríquez Ureña" *Revista Iberoamericana*, XXI (núms. 41-42, enero-diciembre 1956) p. 160

136 Rioseco, *Revista Iberoamericana*, p. 140.

Pero volvamos a la obra de Pedro Henríquez Ureña. Sus últimos dos libros resumen el profundo americanismo que siempre dominó a don Pedro y a su obra. *La Historia de la Cultura en la América Hispánica* es una síntesis del panorama cultural de la América Hispánica dentro de su evolución histórica. Fue su obra póstuma. Como nos dice su hermano Max, la terminó tres días antes de morir. La publicó el Fondo de Cultura Económica, en México, en 1947; es el tomo número veinte y ocho de su colección Tierra Firme.

*Literary Currents in Hispanic America*, publicado en 1945 por la Harvard University Press, fue una síntesis de la evolución literaria y artística de nuestra América en busca de su propia expresión. La traducción, *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*, apareció en México en 1949.

En la mañana del 11 de mayo de 1946 se negó don Pedro a asistir a un almuerzo que daba la Editorial Losada en un restaurante de Buenos Aires. No quiso faltar a su cátedra en La Plata porque el día anterior había faltado a causa de no sentirse bien. Se dirigió a la estación del ferrocarril con prisa pues ya era casi la hora de salir su tren, lo cual le pasaba con frecuencia. Llegó al andén cuando el tren arrancaba, nos dice su hermano Max, y corrió para alcanzarlo. Logró subir al tren. Su compañero el profesor Augusto Cortina, le hizo seña de que había a su lado un puesto vacío. Dejemos hablar al profesor Cortina.

Eran las 15 y 15. Don Pedro llegó, como de costumbre, al minuto. Antes de sentarse a mi lado, colocó su sombrero en la repisa del tren. Me dijo: "Quiere que coloque el suyo?" Y la acción siguió a la palabra. Tomó asiento tranquilamente. "Cómo le va?" le pregunté. Entonces se llevó a la frente el dorso de la diestra semicerrada, y se desplomó a mi lado. Lo miré sorprendido: pensaba que, antes que otras veces, se proponía dormir un rato. Advertí entonces su rostro ligeramente descompuesto. Después, por cortos momentos, un leve ronquido. <sup>137</sup>

El profesor Cortina dio la voz de alarma. Apareció un

<sup>137</sup> Augusto Cortina, "Como murió Pedro Henríquez Ureña", *Repertorio Americano* (San José de Costa Rica: 15 de diciembre 1951)

médico, pero ya Pedro Henríquez Ureña había muerto. El diagnóstico: síncope cardíaco. "Así murió Pedro: camino de su cátedra, siempre en función de maestro."<sup>138</sup> Fue una muerte a destiempo, pues don Pedro no había cumplido los sesenta y dos años y estaba, antes de su muerte, en la plenitud de su vida. Sus amigos han tratado de explicarse el por qué trabajaba tanto don Pedro, sobre todo en los últimos años cuando su posición económica era un poco holgada y hubiera podido muy bien haber seleccionado sus tareas dentro y fuera de sus muchos cargos. Pero lo cierto es que él trabajaba incesantemente, hasta durante la conversación corregía papeles de estudiantes o pruebas de imprenta.

La noche antes al día de su fallecimiento nos habíamos reunido en la librería Viau los miembros del jurado del club El Libro del Mes, que determinaba el mejor de los publicados en ese lapso... Siempre se deliberaba discutiendo, y era esa buena ocasión para ejercicios de calistenia literaria. Quedamos él, Viau, Borges y yo. Henríquez Ureña estuvo lacónico y denotaba lasitud. A nadie llamó la atención, y menos a mí, que acostumbraba verlo siempre fatigado, sobrefatigado, exhausto. Se sentó frente a una estantería, como si meditara. Nuestro último diálogo fue éste: No se encuentra bien? No, respondió; no estoy bien, pero ha pasado. Voy a hojear unos libros. —Lo acompaño a su casa? — No; ya estoy repuesto.<sup>139</sup>

Pedro Henríquez Ureña, siempre un fiel dominicano, había dispuesto que después de ser incinerado su cadáver, sus cenizas fueran enviadas a Santo Domingo a reposar junto a las de su madre, Salomé Ureña de Henríquez, en la Iglesia de las Mercedes, según nos cuenta Emilio Rodríguez Demorizi. Ese último deseo suyo no se ha cumplido todavía.

La viuda y las hijas de don Pedro quedaron anonadadas. Sus amigos y sus discípulos lo sintieron mucho, mucho. Su hermano Max y sus demás familiares sintieron hondamente la orfandad de su ausencia. Buenos Aires y La Plata sufrieron una

138 "Hermano y Maestro", p. 48.

139 Ezequiel Martínez Estrada, "Manuscrito", p. 7.



gran pérdida. Toda la América que le conocía tuvo que lamentarlo, pero él, en su obra y en su ejemplo, está más vivo cada día para todos.

La repentina muerte de don Pedro el 11 de mayo de 1946 interrumpió su vida pero no interrumpió su obra. Su *Historia de la Cultura en la América Hispánica*, terminada por él antes de morir, apareció al año siguiente. Aparecieron, con motivo de su muerte, numerosos escritos y elocuentes homenajes a su persona y a su obra. La Secretaría de Educación Pública de México publicó, en el número 109 de la Biblioteca Enciclopédica Popular, unas Páginas Escogidas, de don Pedro, con Prólogo de Alfonso Reyes; la selección la hizo José Luis Martínez.

En Buenos Aires se organizaron varios homenajes. La revista *Letras*, Boletín del Círculo de Profesores de Castellano y Literatura, dedicó su número cuatro, de diciembre, 1946, a un Homenaje a Pedro Henríquez Ureña. Después de una selección de trabajos de don Pedro, aparecen las palabras de Salvador Raúl Vicini, María Hortensia Lacau, Raúl Moglia y Enrique Pezzoni; también la Bibliografía de Pedro Henríquez Ureña por Julio Caillet-Bois.

La revista *Sur*, en su número 141 de julio, 1946, contiene un Homenaje a Pedro Henríquez Ureña, con trabajos de Ezequiel Martínez Estrada, Juan Ramón Jiménez, Francisco Romero, Amado Alonso y Enrique Anderson Imbert.

También la revista *Cursos y Conferencias* le dedicó un Homenaje a Pedro Henríquez Ureña que contiene un Prólogo por Gregorio Halperin y trabajos de Alfonso Reyes, Félix Lizaso, y unas palabras introductorias en que se explica el Homenaje con motivo del primer aniversario de la muerte de don Pedro.

La Universidad de Santo Domingo celebró un homenaje al ilustre dominicano el 29 de junio de 1946, día que don Pedro hubiera cumplido los sesenta y dos años. Este homenaje fue un importante acto académico. Los cuatro discursos fueron recogidos en volumen especial, *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*, en 1947, en el Volumen L de las Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo. Ya había aparecido el mismo contenido en el volumen 37-38 de los *Anales* de la Universidad de Santo Domingo

en 1946, año de la muerte de don Pedro. Los cuatro discursos fueron los trabajos del Lic. Pedro Troncoso Sánchez, el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, el Lic. Andrés Avelino, y doña Flérida de Nolasco.

El trabajo de Emilio Rodríguez Demorizi apareció en volumen aparte en 1947, *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña*, en el volumen XLIX de las Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo. Además del discurso de Emilio Rodríguez Demorizi, él incluye en este volumen unos extensos "Apuntes Adicionales" y la hasta entonces mejor bibliografía de Pedro Henríquez Ureña.

En 1950 apareció, en uno de los tomitos de la "Colección Pensamiento Dominicano" que publicaba la Librería Dominicana, una Antología de Pedro Henríquez Ureña con selección, prólogo y notas de su hermano Max Henríquez Ureña. El prólogo es el "Hermano y Maestro" a que nos hemos venido refiriendo, que evoca recuerdos de la infancia y la juventud de ambos hermanos, y contiene un bosquejo biográfico de don Pedro. Sigue una "Bibliografía de Pedro Henríquez Ureña" con lo esencial de su obra. Casi todas las selecciones que incluyó don Max de los trabajos de don Pedro en la parte antológica del libro habían aparecido originalmente en sus libros y las demás se habían publicado en revistas o periódicos. También aparece su ensayo de tragedia antigua *El Nacimiento de Dionisos*, que había sido publicado en librito aparte en 1916 en Nueva York. Max Henríquez Ureña revisó y corrigió su "Hermano y Maestro" para su publicación en el número homenaje a don Pedro de la *Revista Iberoamericana* del año 1956, con motivo del décimo aniversario de su muerte.

En 1952 aparecieron en Buenos Aires dos libros con trabajos de don Pedro. Un buen número de los trabajos figura, en ambos, pero la ideología y la presentación de ambas antologías las hace diferentes. Fueron separados esfuerzos de discípulos y admiradores de don Pedro que, por coincidencia, se llevaron a cabo al mismo tiempo. Uno tiene el apropiado título de *Plenitud de América* como paralelo al libro *Plenitud de España* que don Pedro había publicado en 1940. El otro tiene el también

apropiado título de *Ensayos en Busca de Nuestra Expresión*, pero el número de ensayos es mucho mayor.

*Plenitud de América* es una colección de trabajos de don Pedro relacionados con nuestra América. El subtítulo, "Ensayos Escogidos", está bien justificado por el contenido. La selección y "Nota Preliminar" son de Javier Fernández, el joven argentino que organizó la edición. Nos dice Javier Fernández que en los ensayos reunidos aquí el lector atento descubrirá orientaciones e incitaciones muy ricas: en todos ellos se sostiene el perfil original de nuestra América y en todos ellos el amor a las cosas de América no impide el aprendizaje en formas de cultura más avanzadas. Dice también que todos estos ensayos definen y orientan sobre la vida espiritual de América, de Hispanoamérica.

*Ensayos en Busca de Nuestra Expresión* fue publicado por la Editorial Raigal de Buenos Aires y mantiene la misma división del libro original de 1928 separando los ensayos en "orientaciones" y "figuras" pero aumentando el número de trabajos en ambos grupos. El conjunto justifica el título del libro. A manera de introducción aparece la "Evocación de Pedro Henríquez Ureña" de don Alfonso Reyes, y le sigue el "Homenaje a Pedro Henríquez Ureña" de Ezequiel Martínez Estrada.

*La Revista Iberoamericana*, órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, dedicó su número de 1956 a un *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña 1884-1946*, con motivo del décimo aniversario de su muerte. Más de la mitad de este volumen de 461 páginas contiene trabajos sobre don Pedro, unos ya publicados anteriormente y otros hasta entonces inéditos. Muchos escritores y académicos contribuyeron con sus artículos; encontramos muchas referencias personales sobre don Pedro, y aparece la excelente crono-bibliografía de Pedro Henríquez Ureña por Emma Susana Speratti Piñero. La segunda mitad del volumen, más o menos, contiene trabajos ofrecidos a la memoria de don Pedro.

En ese *Homenaje* aparece el bosquejo biográfico "Hermano y Maestro" por Max Henríquez Ureña, revisado y corregido. Aparece el artículo "Encuentros con Pedro Henríquez Ureña" por Alfonso Reyes, y también el de Félix Lizaso "Pedro Henríquez

Ureña y sus Presencias en Cuba". Hay trabajos de los argentinos Aníbal Sánchez Reulet, José Luis Romero, Rafael Alberto Arrieta, Marcos A. Morínigo y Alfredo A. Roggiano. También de Andrés Iduarte, Luis Alberto Sánchez, Arturo Torres Rioseco, Julio Jiménez Rueda, Luis Leal, José Antonio Portuondo, Mariano Picón Salas y Homero Serís.

En revistas y periódicos por toda la América han seguido apareciendo con frecuencia trabajos de don Pedro y trabajos sobre él. Han aparecido también nuevas ediciones de sus obras. El Fondo de Cultura Económica lanzó una edición popular de la *Historia de la Cultura en la América Hispánica*. También el Fondo, después de larga y debida preparación, lanzó en 1960 una antología de la obra literaria de don Pedro con el título de *Obra Crítica*.<sup>140</sup> Esta antología contiene media docena de sus libros y, al final, muchos artículos y conferencias sueltos que don Pedro no incluyó en sus libros. Apropiadamente, el Fondo de Cultura Económica publicó esta antología en uno de los volúmenes de su Biblioteca Americana, que fue originalmente proyectada por Pedro Henríquez Ureña y es publicada en memoria suya. Este libro ha sido muy elogiado y muy criticado. Sin duda la selección del título no fue buena pues solamente una parte de la antología puede calificarse de crítica. El mismo don Pedro decía que él no era un crítico sino un ensayista y por eso dio a su primer libro, en 1905, el título de *Ensayos Críticos*.

*Obra Crítica* incluye ensayística en general, mucha historia literaria, prosa didáctica y crónicas. Contiene, cronológicamente, los siguientes libros de Pedro Henríquez Ureña: su primer libro, *Ensayos Críticos*, de 1905; su segundo libro, *Horas de Estudio*, de 1910; su tercer libro, *En la Orilla: Mi España*, de 1922; su cuarto libro, *Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión*, de 1928; su estudio *La Cultura y las Letras Coloniales en Santo Domingo*, de 1936; su otro libro con temas españoles, *Plenitud de España*, primeramente publicado en 1940 pero incluido como apareció en su segunda edición en 1945; y por último, una "Antología de Artículos y Conferencias". Al final aparece, revisada, la

<sup>140</sup> *Obra Crítica*, (México: Fondo de Cultura Económica, 1960) 844 págs.

Crono-Bibliografía de Pedro Henríquez Ureña por Emma Susana Speratti Piñero.

Otro gran esfuerzo de reunir antológicamente los trabajos de don Pedro se llevó a cabo en el Instituto de Filología Hispánica de la Universidad de Buenos Aires. Después de larga preparación, apareció en 1961 un volumen de 400 páginas, *Estudios de Versificación Española*. Este volumen es el complemento de la *Obra Crítica* que salió en México el año anterior. Entre ambos libros se encuentra la mayor parte de la obra importante de don Pedro. En la antología argentina aparecen reunidos por primera vez todos los trabajos de don Pedro dedicados a la versificación española. Se inicia el libro con *La Poesía Castellana de Versos Fluctuantes*, que es el nuevo título que don Pedro quiso darle a su famosa obra *La Versificación Irregular en la Poesía Castellana*. Siguen "Otros Estudios" que son: "En Busca del Verso Puro" que había aparecido en *Valoraciones* y en *Cursos y Conferencias*; "El Endecasílabo Castellano" que había aparecido en la *Revista de Filología Española*, en el Boletín de la Academia Argentina de Letras, y en su libro *Horas de Estudio* en 1910 en forma embrionaria; "Sobre la Historia del alejandrino" que había aparecido en la *Revista de Filología Hispánica*; "La Métrica de los Poetas Mexicanos en la Epoca de la Independencia" que se publicó en México en 1914; y, por último, "Rubén Darío y el Siglo XV" que salió en *Revue Hispanique*, de París, en 1921.

También en 1961 apareció el volumen *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, de 207 páginas. Este libro es el trabajo de Alfredo A. Roggiano, de la State University of Iowa, y está separado en dos partes: la primera es una especie de introducción de 92 páginas en que el autor trata de las tres veces en que don Pedro vivió en los Estados Unidos; la segunda parte contiene textos de trabajos que escribió don Pedro durante esas permanencias en Norte América. El libro fue publicado en México, pero es un volumen de los "Studies in Spanish Language and Literature" de la State University of Iowa.

Así hemos visto toda la obra de Pedro Henríquez Ureña publicada durante su vida y después de su muerte. Queda mucho por recoger de la enorme obra suelta que don Pedro publicó en

periódicos y revistas de las Américas y de España durante casi medio siglo de su vida, pero tenemos todo lo importante y una buena parte de esa obra suelta. Vamos a tratar, más adelante, de los diferentes aspectos de la obra de Pedro Henríquez Ureña.

## CAPITULO II

### EL POETA Y EL CUENTISTA

Como poeta se manifestó Pedro en sus primeros tanteos literarios, y como buen poeta. A los diez años ya escribía versos y a los doce hacía traducciones de poetas extranjeros y componía poesías propias de algún mérito. A los catorce años publicó una poesía suya que lo confirmó como poeta.

Pedro Henríquez Ureña recibió su inspiración poética desde la cuna. Se inspiró primeramente en su madre, la gran poetisa dominicana Salomé Ureña de Henríquez, y luego en su abuelo materno, Nicolás Ureña de Mendoza, cuyas poesías él recogió más tarde. Nicolás Ureña fue un poeta de renombre nacional, pero Salomé Ureña fue y sigue siendo la primera poetisa en su patria y de las más distinguidas de América. Fue ella quien ejerció la mayor influencia en Pedro durante su niñez; muy joven era Pedro cuando ya se manifestaba en él, dentro de su precoz interés literario, una marcada inclinación hacia la poesía.

En sus manuscritos, agrupó Pedro Henríquez Ureña sus primeros tanteos poéticos bajo el título de "Juguetes Infantiles" y a las poesías que siguieron, que escribió entre los doce y los catorce años, las agrupó bajo el título "Balbuces". En este grupo incluye la que publicó a los catorce años y que lo consagró como poeta. Es un poema llamado "Incendiada" en que se advierte, según nos dice Max Henríquez Ureña, la influencia de los poetas Gastón y Rafael Deligne. "Incendiada" era más descriptivo que psicológico. Se publicó en *Letras y Ciencias* de Santo Domingo el 20 de junio de 1899.

Otra poesía que incluye en sus "Balbuces" es una dedicada al autor del primer himno nacional dominicano, Félix María Del Monte, bajo el título "En Memoria del Decano de la Poesía Patria" y que escribió también en 1899. En esa poesía se advierte un fervor patriótico que semeja el de su madre en las poesías de su primera época. Ese fervor patriótico se manifestará al

través de la vida y de la obra de Pedro Henríquez Ureña.

Una de las manifestaciones poéticas más antiguas de Pedro fueron sus traducciones de poetas extranjeros, a medida que pudo comprender el inglés y el francés. Esas traducciones las reunió en sus manuscritos bajo el título "Del Cercado Ajeno" y se encuentra entre ellas "Aquí Abajo" que es una traducción de la poesía homónima de Sully Prudhomme, la cual escribió Pedro a los trece años y se publicó en *Letras y Ciencias*, de Santo Domingo, el primero de febrero de 1898 con la firma Pedro Nicolás F. Henríquez Ureña.

En 1899 hizo Pedro otras dos traducciones de Sully Prudhomme, "El Mundo de las Almas" y "El Ideal" que no se publicaron. En 1900 hizo la traducción de "Fiez-Vous" del poeta haitiano Oswald Durand, que se publicó en *Nuevas Páginas*, de Santo Domingo, el primero de diciembre. En la misma publicación apareció el 15 de enero de 1901 "La Belleza. Paráfrasis de un Soneto de Baudelaire." Ya en sus primeros tanteos, en 1897, había traducido "La Mariposa" del escritor catalán Pau Bunyegas, y "La Mariposa" de Lamartine.

Sus más tempranos versos, que él llamó "Juguetes Infantiles" y que fueron escritos de los diez a los doce años, no fueron recogidos más tarde. De los del segundo grupo, "Balbucesos", algunos fueron recogidos y dos de ellos publicados en 1899: "Incendiada." y "En Memoria del Decano de la Poesía Patria Félix María Del Monte." } Tenemos además un poemita que escribió Pedro en octubre de 1897, cuando visitaba la ciudad de Puerto Plata con sus primos Flérida y Carlos, y que tituló "Entre Niños. Sucedido".

En conversación ayer  
Flérida a Carlos decía:  
"Cuando un año yo tenía  
tú no soñabas nacer."  
"Pero si yo no dormía. . .!"

A propósito de esa quintilla, dice su hermano Max que Pedro, sin asumir el papel de improvisador solía, en tono de broma, expresarse en verso, ya para matizar la conversación, ya



para recoger incidentes familiares en forma epigramática o anecdótica.<sup>141</sup>

En 1900 escribió Pedro algunas poesías de su propia cosecha que no fueron publicadas. En febrero de 1901 se fue Pedro a vivir a Nueva York. En el otoño de ese año escribió algunas poesías de indiscutible mérito; la mayoría de esas poesías las agrupó en sus manuscritos bajo el título “Modernismos Otoñales” y, casi todas las que tenemos, se publicaron en Santo Domingo. La primera de ese grupo fue “En el viento” que se publicó en *El Ideal*. La segunda del grupo fue su famosa poesía “Flores de Otoño” que también apareció en *El Ideal* el 4 de noviembre.

De “Flores de Otoño” nos dice Max Henríquez Ureña, en “Hermano y Maestro”, que fueron los primeros versos de genuino sabor modernista que ostentaban la firma de un autor dominicano. Esta poesía la escribió Pedro en octubre de 1901. Años más tarde, en 1905, viviendo Pedro en La Habana, se publicó en *Cuba y América*, de dicha ciudad, el 2 de julio; en *Por Esos Mundos*, de Madrid, en octubre; y en el *Diario de la Marina*, de La Habana, el 17 de noviembre.

El sabor modernista fue el vehículo que usó el autor para transportarnos a las impresiones de su primer otoño en la zona templada. “Flores de Otoño” es la poesía característica de los “Modernismos Otoñales” de Pedro Henríquez Ureña.

“Flores de Otoño”<sup>142</sup>

Crisantemas,  
Crisantemas como el oro,  
Crisantemas cual la nieve,  
desplegad vuestras corolas,  
las corolas como el sol de mediodía,  
las corolas como el mármol inmortal.

141 “Hermano y Maestro”, p. XXVI.

142 Aparece en “Hermano y Maestro”, p. XXXIII, y también en *Poesías Juveniles*, de Pedro Henríquez Ureña, Colección de Emilio Rodríguez Demorizi, Colombia 1949.

Qué lucientes  
en el rico invernadero  
o tras límpidas vidrieras,  
entre rosas como auroras,  
entre vívidos claveles como sangre,  
entre tímidas violetas como el mar!

Es que sueñan  
en atávicos ensueños,  
en olímpicas nostalgias,  
con su país encantado,  
con su patria luminosa que no han visto,  
con Cipango, el lejanísimo Japón?

Desterradas,  
sólo nacen con las nieblas  
sólo viven en Otoño.

Flor de oro, flor de nieve,  
ya ha pasado entre esplendores el estío  
ya es la hora, desplegad vuestro botón!

Las otras poesías del grupo de “Modernismos Otoñales” fueron las siguientes: “Otoñal” que fue escrita en Nueva York en octubre y publicada en Santo Domingo al mes siguiente; “Ensueño” que fue escrita en diciembre de ese año de 1901, pero que no se publicó hasta el 29 de mayo de 1904, en *La Cuna de América* de Santo Domingo, y “Frente a las ‘Palisades’ del Hudson” que tampoco se publicó hasta 1904, en *Cuba Literaria* de Santiago de Cuba, el 14 de junio de ese año.

Inspirado por su primer otoño en Nueva York, Pedro nos describe en esos modernismos poéticos sus impresiones. En “Otoñal” nos habla del cielo gris y opaco y de su lumbre desmayada, de la tierra sin latidos en que todo duerme, y del viento en que preludian los sollozos invernales. En “Ensueño” nos habla del regio palacio de sueños, el bosque, que se adorna de raros matices, de rojos purpúreos, de sangrientos rojos, de amarillo moribundo y de hojas muertas, pero también incluye el verde triunfante de los pinos que no mueren. Y en “Frente a las

‘Palisades’ del Hudson” nos describe la escena; la tarde está pálida bajo el cielo de otoño, en una ribera los verdes peñascos y en la otra, callada, la inmensa ciudad, y en el río las velas blanquísimas de un yate.

Otras de las poesías de esa época, Pedro las agrupó en sus manuscritos bajo el título “Pesimismo”. Ese título nos revela el espíritu con que las concibió, su estado de ánimo en ciertos momentos de esos años, de 1900 a 1904, pues la primera, que tituló “Rima Negra”, la escribió estando todavía en Santo Domingo a fines de 1900, y la última viviendo ya en La Habana en 1904. Las demás del grupo las escribió durante sus años de Nueva York..

En algunas de esas poesías revela la madurez que iba alcanzando su espíritu. Ya se sentía conocedor del mundo y expresa, junto al pesimismo de su precoz adolescencia, una absoluta fe en el hombre, en el mundo, en nosotros mismos. En “Mariposas Negras” que dice escribió en recuerdo de las “Mariposas Negras” de Schumann, confiesa que sus pensamientos son nocturnas mariposas en la prisión oscura de su espíritu. Característica del grupo es su poesía “En la Cumbre” que él escribió especialmente para su buena amiga dominicana la maestra y escritora Mercedes Mota con motivo de un disgusto de que ella había sido víctima en su ciudad natal de Puerto Plata. No solamente escribió Pedro este poema, que fue publicado en Santo Domingo, en Puerto Plata, y en La Habana, sino que escribió a su amiga cartas llenas de consejos y reflexiones. Antes de comenzar el poema cita a Nietzsche: “Por encima del bien y del mal”. Luego lanza su protesta: “Ay de la sociedad envilecida! Ay si niega, sarcástica, homenaje al genio, a la virtud, a la belleza ... y pone en su camino... el lodo de escarnios y calumnias y el lazo infame de la envidia artera!” Luego aconseja a su amiga que sea fuerte y altiva ante sus enemigos y que adopte la mejor armadura contra el mundo que es la convicción de su superioridad.

Otra de las poesías del grupo “Pesimismo” es “Intima” que escribió a su muy querida tía Ramona Ureña. Son estrofas llenas de recuerdos, de nostalgias, de sentimientos íntimos que nos revelan más que nada al verdadero Pedro de entonces, al joven

sensible y sentimental. La escribió en Nueva York a los diez y nueve años y se publicó al año siguiente en Santo Domingo. Vamos a reproducir dicha poesía a continuación.

Desde el solar nativo,  
—el nido de los pálidos recuerdos—  
la casa palpitante de memorias  
que viven y se agitan como espectros;  
me llega tu palabra,  
hinchida de magníficos consuelos,  
mensajera piadosa del terruño,  
hasta el extraño techo,  
el techo que indolente me cobija,  
mudo y escueto,  
intacto por los fuegos de las luchas,  
intacto por las alas del ensueño.

En la vida, en la lucha,  
cuál sangra el corazón, cuál llora el pecho!  
Qué mucho que el postrado combatiente  
destierre el sentimiento,  
vulnerable talón que el dardo hiere,  
y haga del estoicismo su remedio?

En la vida, en la lucha,  
¡cuán temprano sentí, lloré cuán presto!  
¡Cuánto de penas supe!  
Solitario me encuentro,  
sin patria sin hogar, sin ilusiones,  
—todas volaron con volar ligero—  
busco para las penas interiores  
las aguas del Leteo,  
y tiendo del espíritu las alas  
al país irreal de invicto ensueño.

Todo cuanto fue amores,  
luz de la edad y juveniles sueños,  
yace entre los escombros del pasado,  
apenas en los lindes del recuerdo.

Sobre esas ruinas  
la vista tiendo  
con mucha indiferencia.  
No renace el extinto sentimiento,  
cual si el ansia de dulces efusiones  
fuese muerta en el pecho.

El fatigado espíritu  
no se enciende en la llama del deseo,  
y contemplá a través de las edades  
como un campo vastísimo de hielo.  
Ah! que cuando resuena tu palabra  
del letargo despierto,  
y la nostalgia del amor antiguo  
dentro del alma siento.

Oh tú, la soñadora, la constante!  
Oh tú, sacerdotisa del ensueño!  
No sientes bajo el cielo de la patria,  
de rui señor parlero  
cuál se ha trocado el himno de esperanzas  
por la canción macábrica de un cuervo?

No sientes que las vivas ilusiones,  
la vieja tradición, el dulce ensueño,  
vuelan en el confuso torbellino  
que azota el patrio suelo,  
y hechos jirones en la hoguera caen,  
perecen de la patria en el incendio?

Que con tu fe radiante,  
que con tu amor perpetuo,  
reconstruyes las muertas ilusiones  
y guardas el altar de los recuerdos  
y en las frágiles notas de tus cartas  
el alma envías del terruño entero!

En mi noche de amargo pesimismo  
el instante aún espero  
en que escuche, soñando,

tus palabras de nuevo,  
sobre las ruinas de la triste patria,  
“sobre las ruinas del hogar deshecho.”<sup>143</sup>

Además de esas poesías, agrupadas luego por el autor bajo los títulos indicados, y algunas poesías breves dedicadas a distintas personas y que él agrupó bajo el título de “Postales”, Pedro Henríquez Ureña escribió y publicó otras muchas poesías en sus años juveniles. Fueron poesías que no corresponden a grupos ni por el tema ni por la época. Podemos, sin embargo, dividir las en dos etapas: las que escribió en Nueva York en 1904 antes de irse para La Habana, y las que escribió en Cuba y México del 1905 en adelante. Los mejores poemas suyos fueron escritos en La Habana en 1905; ese fue su mejor año de poeta.

Durante sus años de Nueva York, Pedro escribió muchas crónicas de teatro para las revistas de Santo Domingo, en las que incluía el arte y la música. La música y el canto inspiraron algunas de sus poesías últimas de Nueva York. En 1904 escribió “Música Moderna” que se publicó en *La Cuna de América* de Santo Domingo el primero de mayo. En esta poesía encontramos algunos de sus entusiasmos musicales del momento.

El alma triste, cual corriente oculta  
de muertas aguas, gime entre las sombras;  
su incógnito dolor canta en el blando  
Nocturno de Chopin, vibra en la Erótica  
de Grieg, sueña de Brahms en el Adagio,  
o a la noche con Schumann interroga.

El alma pasional, violento río,  
en luminosos campos se desborda:  
ruge celosa con Otelo, ríe  
con el payaso, mata con la Tosca,  
con Isolda y Tristán de amor se embriaga,  
con la valquiria espléndida se inmola.

143 *Poesías Juveniles*, p. 29—31.

Escritos en Nueva York, pero no publicados hasta el quince de noviembre en *Cuba Musical*, de La Habana, y el once de diciembre en *La Cuna de América*, de Santo Domingo, figuran tres sonetos agrupados bajo el título "Escorzos" y dedicados a tres grandes cantantes de ópera cuyos nombres llevan por título: Adelina Patti, Marcella Sembrich, y Lillian Nórdica. En el primer soneto compara a Adelina Patti, cuya época gloriosa había ya pasado, con las ruinas grandiosas pero desoladas del arte griego. En el segundo soneto canta al triunfo sonoro de las arias de Marcella Sembrich y a sus dulces melancolías de *Bohemia*. El soneto a Lillian Nórdica lo vamos a reproducir completo.

En la gloria divina de tu canto  
palpita un alma melodiosa y tierna:  
el alma, toda luces y dulzuras,  
del arte ensoñador de Italia y Grecia.

En la urna radiante de tu pecho  
prende su sacro fuego la tragedia:  
la llama de heroísmos y de amores  
de la magna teutónica leyenda.

Cuando encarnas de Wagner las creaciones,  
en gracia y en pasión, sobre la escena,  
de tu genio evocadas al conjuro

miríficas se abrazan y conciertan  
la sublime alma trágica del Norte  
y el alma soñadora de la Grecia.

Ya en Cuba, en 1904, escribió Pedro la última poesía de su grupo "Pesimismos" que es la paráfrasis de un trozo de la oda "To the Sea" de la poetisa norteamericana Amelie Rives, y que se publicó en Santo Domingo y en Cuba, y luego también en México. En esas estrofas dice Pedro que su corazón tiene sus olas, sus furores, sus calmas, sus tormentas, sus glaciales regiones solitarias donde la nieve impenetrable reina.

Ahora entramos en el gran año de Pedro Henríquez Ureña, del Pedro joven pero ya maduro de criterio y de intelecto. En

1905 escribió su mejor poesía y mucha prosa, y publicó su primer libro. El 28 de abril salió en *Cuba Literaria* su largo poema "Lux" inspirado en el dibujo "Lo inasequible" del pintor inglés Patten Wilson. Ese poema contiene treinta y cuatro estrofas de a cuatro o cinco líneas cada una. Las primeras estrofas establecen el tema y la forma del poema.

Fue en tiempos lejanos: cuando florecía  
la raza de héroes bella y varonil;

Y cuenta que fue en tierras extrañas, reinos que se ignoran,  
y que era un caballero tan joven que su frente aún tiñe un destello  
de gracia infantil, y que este joven anhela emular los nobles  
caballeros de antiguas fazañas.

En nocturnos sueños vislumbró distante  
un templo marmóreo, de blancura astral,  
donde custodiaba querube radiante  
el alto misterio: la Luz inmortal.

Y el joven, firme en su creencia, el templo soñado partióse  
a buscar. Así queda planteado el tema y entonces seguimos al  
joven caballero a través de tierras, feudos y ducados por varias  
estrofas hasta que llega a una apartada y severa mansión donde una  
dama escuchó sus cuitas.

—Sé extraños secretos de ciencia y dolor.  
El templo que buscas con afán prolijo  
existe... mas nadie sus puertas franqueó

—Quizás un valiente de esforzada mano.  
—Jamás: será víctima del fiero dragón.

Pero el joven se empeñó y partió. Fue larga la ruta.  
Nuestro héroe venció los terribles obstáculos y peligros que  
encontró en su camino y al fin llegó donde a su vista el templo  
soñado surgió.

Pero allí, extendidas las alas ingentes,



vigilaba el ángel exterminador;  
y a sus pies abría sus fauces rugientes  
el hambriento Enigma, el voraz dragón.

Próximo su trinfo! El doncel avanza,  
recoge el aliento con viva ansiedad;  
embraza su escudo y enristra su lanza.  
Mil otros peligros venció su pujanza:  
ríndansele ahora los genios del mal.

Mas cuando llegaba frontero del pórtico,  
invisible mano le ató sin piedad.  
Agitó los sauces un rumor insólito  
e hirió los espacios cual ¡ay! melancólico  
de blancas palomas el vuelo fugaz.

Ansió un imposible? Sus fuertes cadenas  
romperá? No gime ni jura el audaz:  
mitigando el torvo negror de sus penas  
emerge el destello que en ondas serenas  
en torno difunde la Luz inmortal!

La última estrofa deja al héroe prisionero de su ansia por lo inasequible, pero le deja también un destello de esperanza: la fe en el esfuerzo y en la lucha por el bien y la verdad, fe que nunca perdió el autor, aun en sus momentos más pesimistas y difíciles.

Enteramente opuesta en estilo y en espíritu es una poesía de la misma época, "La Serpentina", publicada en *Cuba Musical* el primero de mayo y en *La Quincena* de San Salvador el primero de junio, 1905, en que presenta el espíritu carnavalesco: la bullente serpentina que surge como reina de gozosos tropeles y domina el carnaval, pero al fin termina fatigada su carrera cuando emergen de la azul cóncava esfera las estrellas maliciosas y sonrientes.

Completamente diferente también es otra poesía que escribió entonces, el 18 de junio, a "Máximo Gómez" con motivo de su muerte. Pedro sentía veneración por el gran dominicano y patriota cubano que había sido buen amigo de su padre, de su tío Federico y de José Martí. Esas estrofas tienen algo de épicas y terminan con la inevitable finalidad de la muerte.

Hoy te besa, al sentirte en su regazo,  
el alma de la tierra estremecida!

“Máximo Gómez” se publicó en *La Discusión*, de La Habana, el 25 de junio y en *Cuba Literaria* el 28 de junio. En su “Correspondencia Habanera” escribió un sentido artículo sobre la muerte de Máximo Gómez, el cual se publicó en el *Listín Diario* de Santo Domingo el 9 de agosto.

Ese mismo año de 1905 escribió Pedro “Hacia la Luz” que apareció en *Letras* de La Habana el 15 de noviembre. Es una colección de poemitas que, por sus títulos, nos indican en seguida las orientaciones que a los veinte y un años caracterizaban sus intereses literarios e intelectuales. Se inspira el poeta en poetas, patriotas, pensadores y filósofos del siglo pasado y del momento, de Europa y de América. Aparecen los poemitas distribuidos en dos grupos. El primer grupo incluye a Byron, Leopardi, Poe, Baudelaire, Schopenhauer, Nietzsche, Heine, Verlaine y Casal. El segundo grupo incluye a Hugo, Shelley, Carlyle, Ruskin, Walt Whitman, Guyau, Hostos, Martí, Ibsen. En pocas líneas, nos hace Pedro Henríquez Ureña algo así como una síntesis de su interpretación de cada uno de estos hombres célebres. Hay una estrofa, del poemita dedicado a Guyau, que parece como una referencia a una de las teorías del mismo Pedro, la de que hay que trabajar, trabajar, trabajar para lograr nuestros anhelos.

A su ocaso descienden, dijiste,  
las creencias un tiempo sagradas.  
Qué ideal nos guiará? Laboremos:  
en el fértil surco de tierra labrada  
brotará, como flor de victoria,  
el supremo ideal del mañana!

Ese año de 1905 fue un período de transición en la producción literaria de Pedro Henríquez Ureña porque él vaciló entre la poesía y la prosa y escribió tanto en un género como en el otro. Además, alguna de su prosa de entonces podemos llamarla prosa poética; parecía imperar en él más el poeta que el prosista. El 15 de noviembre apareció en *El Ibero-Americano* de Santo

Domingo, y poco después en *Letras de La Habana*, su trabajo titulado *Vencido* que es de ese tipo. Además de ser algo lírica, su prosa era todavía elaborada y llena de entusiasmos más bien que de ideas.

Y el artista creyó en la reclusión del sentimiento, en la altivez de la inteligencia... Ahora, bajo la acuarela gris del crepúsculo nebuloso, que a ratos salpica de fatídicos puntos negros el vuelo de las aves marinas, se abstrae: a su vista se esfuman, se confunden y desaparecen las formas grotescas de la vida circunstante; y sueña con escenas exóticas: con los tornasolados incendios celestes de las tardes venecianas, con la sinfonía en rojo y gualda de los bosques otoñales del Norte, con las estepas infinitas de nieve que afrenta con sangre de víctimas inocentes la crueldad del lobo.<sup>144</sup>

En 1949 recogió Emilio Rodríguez Demorizi casi todas las poesías de su buen amigo Pedro Henríquez Ureña en un pequeño volumen de bonita presentación que se publicó en Bogotá.<sup>145</sup>

En una "Ofrenda" a manera de Prefacio, dice Rodríguez Demorizi que antes de cosechar, con manos de filósofo, los maduros frutos del pensamiento, cultivó Pedro Henríquez Ureña en sus huertos interiores la flor de la poesía, y que fue siempre poeta. Dice que si Pedro Henríquez Ureña vivió en el mundo de la ciencia —de la ciencia literaria, preferentemente— nunca estuvo ausente de los altos reinos de Apolo

Después de 1905 Pedro escribió poca poesía. Desde 1900, a los diez y seis años, había comenzado a publicar su prosa: crónica literaria y de arte, crítica de teatro, impresiones de actualidad y ensayos. De 1901 a 1904, su colaboración literaria desde Nueva York aparece en periódicos y revistas de Santo Domingo, Cuba y otros países. Esos fueron los años en que surgió el escritor en él. El poeta, al fin, cedió el puesto al ensayista

144 "Vencido" (Síntesis), *El Iberoamericano* (Santo Domingo: 15 noviembre 1905, núm. 10, 2-4.

145 Pedro Henríquez Ureña, *Poesías Juveniles*, Colección de Emilio Rodríguez Demorizi, Ed. Espiral, Colombia 1949.

crítico: el prosista se impuso.

Pero escritor, crítico, maestro, y por encima de todo lo que fue durante su larga y variada carrera, Pedro Henríquez Ureña conservó siempre, como tantos que le conocieron han observado, un alma de poeta. Cuando se trasladó a México, en 1906, ya la poesía había cesado para él como expresión artística importante. En México escribió algunas poesías, pero nada de importancia. En 1907 escribió dos: "El pinar" de sólo diez líneas e "Imitación D'Annunziana" que dedicó a su amigo Alfonso Reyes y lo escribió a orillas del Lago de Chapala. Este último no tiene ningún mérito poético, su valor está en lo personal; fue una ofrecida disertación platónica de Pedro a Alfonso, la cual resultó en ese tributo amistoso de catorce líneas. De modo que en 1906, el año en que comenzó su permanencia en México, Pedro no escribió poesía original sino tres, solamente, a la manera de Alfonso Reyes, Rafael López y Luis G. Urbina.

En 1909 escribió Pedro dos poesías. "A un vencido" se publicó en *El Fígaro* de La Habana y en *La Cuna de América* de Santo Domingo. "A un poeta muerto" apareció en *Antirreeleccionista* de México, *Blanco y Negro* de Santo Domingo y *El Fígaro* de La Habana. Ambas son poesías de algún mérito. "A un vencido" canta de un guerrero que tornó, sin heridas y sin lauros, al hogar silencioso, al tiel terruño patrio. "A un poeta muerto" fue escrito en memoria de René López; vamos a reproducir la última estrofa.

Oh cantor sin ventura y sin reposo!  
Tu vida breve me arranca una queja,  
porque tuviste la virtud del canto  
y fuiste, nada más! una promesa.

En 1909 compuso Pedro "El nacimiento de Dionisos. Esbozo trágico a la manera antigua" que apareció en *Revista Moderna de México* en febrero de ese año; *Las Novedades* de Nueva York lo publicó en forma de libro en 1916. En ese ensayo suyo trató Pedro de imitar la forma trágica en uso en Grecia durante el período inmediatamente anterior a Esquilo y no omitió

ninguna de las partes esenciales de la tragedia griega. "Si este ensayo en un género esencialmente poético no está escrito en verso débese a la dificultad de emplear metros castellanos que sugieran las formas poéticas de los griegos." <sup>146</sup> La trama de la tragedia es la siguiente: Semele, hija de Cadmo, rey de Tebas, está encinta de Zeus, soberano del Olimpo, y espera dar a luz a un dios. Sus tres hermanas están llenas de envidia. Zeus se presentaba a Semele en forma humana, pero ella quiso verlo en todo su esplendor divino y esa fue su perdición pues la luz y el fuego divinos quemaron su casa y la quemaron a ella, pero Zeus decide conservar al niño por nacer para que sea un dios de Tebas. Cuando llega el momento Zeus hace nacer al hijo de Semele y le llama Dionisos; envía a Iris a anunciar su nacimiento y nombre a las mujeres de Tebas. Aparece el niño Dionisos y anuncia su propio reinado y que su culto se inicie en Tebas desde donde se extenderá por el mundo.

Esa tragedia de Henríquez Ureña recibió los elogios de escritores y críticos. Aunque está escrita en prosa, la incluimos aquí por dos razones: primero porque fue lo único que escribió él de este género, y luego porque la tragedia griega que imita se escribía en verso.

En cuanto a las poesías de Henríquez Ureña debemos mencionar dos más. Una es "Despertar" que Emilio Rodríguez Demorizi considera que fue escrita en México en 1910, pero que apareció en *Las Novedades* de Nueva York el 30 de septiembre de 1915. La otra es "El Niño" que apareció en *El Fígaro* de La Habana en enero de 1918 pero que había sido escrita, según Alfredo A. Roggiano, en 1916 y publicada en *Minnesota Magazine* de Minneapolis en diciembre de ese año. Esos últimos poemas de Henríquez Ureña no son de importancia; ya él se había dedicado a la prosa y a la enseñanza.

Su inspiración poética, la pasión emocional de sus versos, las expresiones de su intimidad y de sus pesimismoes, de sus entusiasmos juveniles, fueron escondiéndose detrás de una manera benévola, prevenida, socrática. Había surgido el escritor y el maestro.

<sup>146</sup> *El Nacimiento de Dionisos*, p. 6.

Hemos visto que de los diversos géneros literarios que Pedro Henríquez Ureña cultivó, la poesía fue el primero, pero se concretó a sus años juveniles. En su madurez, no mucho pero más bien como un curioso experimento, cultivó también el cuento. Fueron pocos los que escribió, pero cada uno de ellos encierra una lección y todos están muy bien escritos en su prosa característica: clara, precisa, correcta.

En 1925 escribió dos de sus cuentos. "Eramos cuatro" apareció en *Caras y Caretas* de Buenos Aires el 8 de agosto. "El Hombre que era Perro" apareció en la misma publicación el 19 de septiembre. Pero no fue hasta 1936 cuando escribió los dos cuentos que son más conocidos y que han aparecido incluidos en varias antologías. Ambos aparecieron en el periódico *La Nación* de Buenos Aires: "El Peso Falso" el 12 de julio y "La Sombra" el 30 de agosto.

"El Peso Falso" es el relato de un episodio en la vida de Isabelítica, hijita mimada de familia rica. El autor sigue el pensamiento de la niña y describe la escena subjetivamente; se sirve del diálogo espontáneo, entre la niña rica y la niña pobre que aparece con el peso falso, y así mantiene el relato dentro de la impresión infantil que siente la protagonista. El lector se identifica con el ambiente, con la niña rica y con la niña pobre, y siente fuertemente el contraste entre ambas: el extremo contraste de clase y el extremo contraste económico que caracteriza la sociedad de Hispanoamérica. Como ha dicho Enrique Anderson Imbert, este tipo de cuento había sido escrito por José Martí en *La Edad de Oro*. "En realidad no es literatura para niños sino literatura acerca de ellos."<sup>147</sup>

"La Sombra" es otro cuento subjetivamente relatado. En este caso el autor habla en primera persona como inquilino reciente en una casa donde ve aparecer un perro al caer de la tarde. El perro es el protagonista del cuento. Es un animal mediano de tamaño, afilado el hocico, de piel negra con muchas manchas claras. Al segundo día, al caer de la tarde, el perro estaba nuevamente echado en la galería de la casa con los ojos fijos en el

<sup>147</sup> Enrique Anderson Imbert, *Veinte Cuentos Hispanoamericanos del Siglo XX* (New York: Appleton-Century-Crofts, 1956), págs. 35-36.

nuevo inquilino, el autor del cuento. Qué quería el perro? Uno se identifica también con el autor y formula la pregunta. Al fin se descubre la razón de la presencia del perro; algún vecino informa al señor que la dueña del perro había muerto en esa casa no hacía mucho, y entonces éste decide dejar entrar al perro a la casa a examinarla.

Apenas abrimos la puerta de la casa, el perro corrió ansioso al aposento principal. Allí observó, buscó, olfateó... De cuando en cuando nos miraba: vimos al fin en sus ojos el desconsuelo del vacío. Después, pausadamente, como quien cumple el deber sin la urgencia de la esperanza, recorrió todas las demás habitaciones. Y entonces, cabizbajo, sin mirarnos siquiera, salió de la casa, y nunca lo volvimos a ver. 148

## CAPITULO III

### EL ENSAYISTA Y EL CRITICO

El ensayo fue el medio de expresión literaria y artística en que Pedro Henríquez Ureña presentó sus temas críticos, temas literarios y temas históricos. Desde su primera juventud cultivó el ensayo como género literario. Muchos de sus libros fueron colecciones de ensayos. Podemos separar su ensayística en tres categorías generales: ensayo crítico, ensayo literario, y ensayo histórico. En este capítulo estudiaremos la ensayística de Pedro Henríquez Ureña dentro de las subdivisiones siguientes: la literatura europea, el arte y la música, la literatura española, la literatura hispanoamericana, y la literatura norteamericana.

En 1904 formuló Pedro Henríquez Ureña juicios críticos sobre José Enrique Rodó que hoy se le aplican a él. Dijo que Rodó era entonces el ensayista más brillante de la lengua castellana, y eso se ha dicho muchas, muchas veces de don Pedro en los últimos tiempos. Habló del estilo nuevo de Rodó, "el estilo que deja de ser el hombre para ser más definitivamente su intelectualidad, aislada de su personalidad en cuanto ésta sea obstáculo para la justicia y la pureza de la expresión."<sup>149</sup> Parece como si el Henríquez Ureña de veinte años de edad, al interpretar el estilo literario de Rodó, lo adoptó como norma propia y, con superior maestría, lo perfeccionó.

Hemos visto que Henríquez Ureña inició su carrera literaria como poeta y, aunque en seguida comenzó a cultivar la prosa y una vez pasados sus años juveniles ya no escribió más poesías, siempre tuvo un alma de poeta. Más aún que en sus escritos, se revelaba esto en su conversación y en sus ideas; lo comprendieron así personas que ni sabían que él hubiera escrito poesías alguna vez; lo confirmó él mismo con sus estudios de métrica, con sus investigaciones de la versificación española.

149 "Ariel. La Obra de José Enrique Rodó". *Cuba Literaria*. 12 enero 1905: *Ensayos Críticos*, La Habana, 1905.



Ha dicho Emilio Rodríguez Demorizi que don Pedro fue siempre poeta: en lo hondo de sus escritos, aun en la parquedad de la frase en que ocultaba su emoción, hay esa poesía recóndita que es quizás la más pura expresión del don divino. Pero eso fue en el fondo; en la forma Henríquez Ureña fue un escritor. Aunque escribió tanto en periódicos, no fue periodista sino ensayista. En sus años juveniles publicó innumerables crónicas y reseñas críticas en periódicos y revistas. Después publicó ensayos. Con marcada intención dio a su primer libro el título de *Ensayos Críticos*, porque él decía que él no era un crítico sino un ensayista crítico, que su género literario no era la crítica sino el ensayo. La crítica no es más que una de las cualidades de su ensayo al juzgar algo literario o algo histórico, algo de arte o algo de cultura.

Una cualidad que no se encuentra en el ensayo de Henríquez Ureña es la subjetividad. Siempre fue objetivo y mantuvo su criterio intelectual desapasionado. En un ensayo corto, pero magistralmente escrito, aprisiona él, con claridad y precisión, lo que otros sólo pueden expresar en uno o dos volúmenes sin decirnos más ni decirnoslo mejor. Lo que don Pedro publicó fue siempre el resultado de sus detenidas reflexiones o de sus cuidadosas investigaciones y estudios. Ha dicho Medardo Vitier que una austeridad intelectual gobierna la prosa perfecta de Pedro Henríquez Ureña.

Esa prosa perfecta de su plenitud, sin embargo, la logró Henríquez Ureña por medio de su constante disciplina en el estudio y en su propia forma de expresión. En su primera juventud su prosa tuvo tendencias poéticas y a menudo estuvo llena de lírico entusiasmo. Resaltan estas cualidades en muchos de los ensayos de su primer libro.

Imaginad una alta selva mitológica, tan espesa y antigua que más que griega parece indostánica; separada del mundo de los mortales por sombrosas e intrincadas vías que huellan sólo criaturas fantásticas; poblada de pinos cuyo verdor inextinguible remeda la juventud eterna de los dioses, encinas cuyos troncos semejan columnas monolíticas, acantos, mirtos y laureles, consagrados por la tradición y el arte helénicos; aromada por los capitosos efluvios de sus flores,

gallardas y fuertes como vírgenes campesinas; llena de los murmullos del arroyo que salta sobre un lecho de violetas y margaritas, del armonioso zumbido de la dulce abeja áurea del Atica, y del gozoso chirrido de la holgazana cigarra, el mismo chirrido que en Colonna, junto a la tumba de Edipo, trágico símbolo de la fatalidad, suena como el himno triunfante de la alegría de vivir.

Ese es el primer párrafo del ensayo "D'Annunzio, el Poeta" que escribió don Pedro en 1903 y publicó en 1905. Veamos otro párrafo del final del mismo ensayo.

En el jardín de la literatura contemporánea D'Annunzio es único: es el ave del paraíso, cuyo vistoso plumaje esplende sin rivales y tornasola los tintes róseos del alba, el oro del mediodía, el azul de la tarde, los violetas del crepúsculo, los reflejos argentinos de los astros nocturnos; aunque se titula campeón de un renacimiento y resucitador de las tradiciones grecolatinas, no es un poeta cuyo mensaje llegará a las multitudes: es un temperamento demasiado individual e intenso.

Hay que recordar que cuando Pedro Henríquez Ureña escribió esos párrafos tenía apenas unos diez y nueve años. Pero también hay que recordar que cuando escribió su ensayo crítico sobre Rodó y su *Ariel* tenía apenas veinte años.

José Enrique Rodó, uruguayo que es catedrático de literatura en la Universidad de Montevideo, cultiva principalmente la crítica. Su método se funda en el análisis, principalmente psicológico, auxiliado por una erudición extensa y ordenada, una brillante imaginación y una exquisita sensibilidad estética.

Al definir el ideal de Hispanoamérica tiende Rodó a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual... La fe en el porvenir, credo de toda juventud sana y noble, debe ser nuestra bandera de victoria. Tal es la enseñanza fundamental de José Enrique Rodó en su discurso *Ariel*. Es esta obra uno de los grandes esfuerzos del pensamiento Americano. En sus luminosas páginas se cierne, en gloriosa lontananza, la visión de América.

Ese ensayo apareció primero en *Cuba Literaria* el 12 de enero de 1905. Luego fue incluido, a fines del mismo año, en su primer libro, *Ensayos Críticos*.

En una carta íntima que escribió Pedro a su hermano Max en México, fechada el 26 de agosto de 1907, le decía que el único modo de tener estilo es, en verso como en prosa, el pesar cada frase, pesar no sólo la forma, como hacía Darío, sino también la idea; que la imagen no sea falsa, que la idea no sea contradictoria, y que en cuanto a las ideas, también es necesario pensarlas muy cuidadosamente antes de escribir. Así, dice Pedro, se llega a ver que sobre todas las cosas se puede decir algo nuevo.

Hemos dicho que Pedro Henríquez Ureña heredó el espíritu poético de su madre y el espíritu científico de su padre. El primero nunca le abandonó, pero el segundo preponderó en su obra y en el orden de sus ideas. Ese espíritu científico hizo de él un buen crítico, un excelente investigador y un dedicado maestro. En 1908, sin embargo, todavía se dejaba el joven Pedro transportar por su entusiasmo a un mundo helénico. Todavía no había logrado el científico suplantar al poeta.

En mitad del invierno, tras el monótono imperio de la niebla, han llegado los días alcióneos. Una paz luminosa se derrama sobre el valle de la vieja Ilión lacustre, y en el clásico Bosque, prez de la rustication mexicana, la pugna de las estaciones se funde en una armonía de veneciano esplendor. Junto al escueto y deshojado fresno invernizo, el cedro colora su follaje con el rojo otoñal; y en contraste con el inextinto verdor oscuro de los pinos, se extiende la amarillenta alfombra de las hojas muertas.

Cuando el cielo vesperscente palidece con la caída del sol, del ocaso comienza a ascender un tinte róseo. El extraño tinte, de suavidad y ternura milagrosas, crece por instantes, invade todo el occidente, y se desvanece por fin en las sombras que avanzan.

La vasta serenidad de la noche estrellada descende, imperatoria, sobre la calma del valle. Esplendor fugaz de los días alcióneos!

Lo anterior fue escrito por Pedro durante una tarde otoñal en el Bosque de Chapultepec, y dedicado a los dos amigos fraternales que le acompañaban, Antonio Caso y Alfonso Reyes. Son párrafos de su ensayo "Días alcióneos" que se publicó en *Revista Moderna de México* en enero de 1908, y es el primer

trabajo de su segundo libro, *Horas de Estudio*, de 1910. Pero comenzaba el estudioso ensayista crítico a ponerse en evidencia con autoridad. En 1909 escribió algunos ensayos sobre cuestiones filosóficas que aparecieron en *Revista Moderna de México* y luego fueron incluidos en *Horas de Estudio*. El primero de esos trabajos lo tituló “El Positivismo de Comte” y en él hace una extensa crítica de las conferencias de Antonio Caso sobre Comte y sus precursores, y condensa opiniones que la crítica contemporánea formulaba sobre la filosofía de Comte. Elogia a Caso como erudito y como entusiasta divulgador del comtismo, pero dice que las conferencias apenas responden a lo esperado. Ni en la parte histórica, ni en la expositiva, ni en la crítica ha introducido el conferencista los deseados elementos de novedad. El segundo trabajo lo tituló “El Positivismo Independiente” y trata del segundo ciclo de conferencias de Caso y lo concluye con un análisis crítico de Caso, quien entonces contaba veinte y cinco años de edad.

El tercer trabajo sobre cuestiones filosóficas fue “Nietzsche y el Pragmatismo” que según el mismo don Pedro es una nota al vuelo; se publicó primero en *Revista Moderna de México* en mayo de 1909, fue incluido en *Horas de Estudio*, y luego apareció también en *El Mundo Ilustrado* de México el 26 de febrero de 1911. En ese trabajo explora Henríquez Ureña el movimiento pragmático, en el cual se había interesado con la lectura de *Pragmatismo*, del filósofo americano William James. De James pasa a Nietzsche y sus tendencias pragmáticas, y concluye diciendo que, sin embargo, en el fondo de su espíritu alemán, Nietzsche ansiaba el conocimiento puro, el derecho a volverse hacia una Naturaleza pura, descubierta y emancipada de nuevo.

El cuarto y último trabajo sobre cuestiones filosóficas fue “La Sociología de Hostos” que lo había escrito Henríquez Ureña en La Habana en 1905, en parte, y lo había incluido en su primer libro. Con el título “La Concepción Sociológica de Hostos” lo reprodujo Enrique Deschamps en su libro *La República Dominicana*, en 1907; apareció en *Puerto Rico Ilustrado* en marzo de 1924 y febrero de 1939; en *Clío* de Santo Domingo en abril de 1939; y en *América y Hostos* en La Habana en 1939.

Ese ensayo es una extensa reseña crítica sobre la *Sociología*, primera obra póstuma de Hostos. El volumen comprende dos tratados: el primero, que es el más importante, data de 1901; el segundo, que se ofrece como resumen del anterior, es un esbozo, un conjunto de breves nociones, y data de 1883. Hay que tener en cuenta esos datos sobre ambas partes del libro de Hostos porque es precisamente lo que hizo Henríquez Ureña tantas veces con sus propios trabajos: primero un esbozo, un breve estudio sobre el tema, más tarde lo convertía en un ensayo, un estudio documentado, una conferencia, un curso académico. La figura de Hostos, el hombre y su obra, ejercieron mucha influencia siempre en los Henríquez Ureña.

Aun quienes conocieron a Henríquez Ureña muchos años más tarde adivinaron en él al sentimental y al poeta. En reciente carta nos dice Ezequiel Martínez Estrada, refiriéndose a él, que había estado relejendo algunos de sus primeros libros, y los últimos, y dice que en los últimos desaparece casi por completo aquel muchacho sentimental, amante de la belleza en primer término, no apasionado pero sí vehemente. Y dice que ese Pedro joven era, sin embargo, un sentimental que se emocionaba de veras y se apasionaba! Se pregunta Martínez Estrada: Qué influencias pudieron determinar este enfriamiento filológico y erudito? No cree que fuera cuestión, simplemente, de estudio y de profesión. Y hace algunos comentarios en su manuscrito de 1960 sobre don Pedro que incluiremos a continuación.

Henríquez Ureña no pudo realizar la obra para la que estaba ricamente capacitado... Aquel lirismo inquieto y ambicioso desaparece gradualmente, sacrificado a un prosaísmo que acaba por raer de su estilo los adjetivos, las metáforas y cualquier valor superestructural. Aquel soñador acaba en la destreza de un operario especializado... Cuanto era de origen en él quedó obliterado por lo que fue de adquisición... Henríquez Ureña amaba el espíritu romántico y la forma clásica. El dominio de una técnica, la demostración de un aprendizaje laborioso hecho con obstinado rigor, lo seducían; como aborrecía la improvisación y la irresponsabilidad del juicio inmaduro.

Pero éstas son opiniones de alguien que conoció a don Pedro en su madurez, en su plenitud, pues la verdad es que no fue posible, para nadie, llegar a conocer a fondo, a comprender, al verdadero Pedro Henríquez Ureña. Se escondía detrás de su cortesía, de su sonrisa benévola y prevenida con que siempre asentía sin ceder ni asentir.

Recordemos que don Pedro sabía conversar y lo hacía poniéndose a la altura de su auditorio; no imponía su conversación sino que la adaptaba a la de su interlocutor y a los intereses de éste. No era nada sentimental, pero sí de gran sensibilidad. Apreciaba muchas cosas y muchos valores, pero amaba, por encima de todo, lo humano. En sus escritos y en sus juicios ni idealiza ni sentimentaliza, como hacen tantos escritores, sino que trata de juzgar siempre con objetividad, desapasionadamente.

Pero remontémonos nuevamente al Pedro joven. En 1909 escribía a su hermano Max, en México, hablándole de las nociones del bien y mal de la moral corriente, y reproducimos a continuación tan interesante párrafo.

Puede decirse que las nociones de bien y mal de la moral corriente son variables; más bien que ideas, son costumbres; pero hay que reconocer que existe siempre, en cualquier pueblo, la tendencia a concebir una moral; y de todas las morales de los pueblos y de los hombres superiores, puede obtenerse, por depuración, la síntesis de la tendencia moral de la humanidad. Puede, por tanto, afirmarse que existe una ética superior, formada por unas cuantas nociones que entran en las más diversas morales: sinceridad, unidad (de ésta se derivan las virtudes que se llaman firmeza, perseverancia, dignidad, etc.), trabajo, justicia. Estas nociones están en todas las morales.

Cuando apareció el primer libro de Pedro Henríquez Ureña, el crítico español Andrés González-Blanco dedicó un capítulo de su libro *Los Contemporáneos* a "Pedro y Max Henríquez Ureña" a quienes creyó cubanos puesto que todos sus escritos eran publicados en Cuba adonde vivían entonces. De Pedro dijo que tenía la íntegra y compacta personalidad que corresponde a un buen crítico, y que era un sabio macizo pero también un emotivo. Después de juzgar los entusiasmos de Pedro

en algunos de sus trabajos como arranques juveniles, declara que su obra crítica es de lo mejor en la producción hispanoamericana de esos últimos tiempos.

El señor Henríquez ha sabido afirmarse una personalidad mental inconfundible. Es un sajón de espíritu, enamorado, sin embargo, del habla de Cervantes; un sajón que reprocha a Rubén Darío su antisajonismo... Diré que su obra es una colección de atractivos estudios, siempre críticos, unos con tendencia más impresionista que doctrinal, otros vicerversa... Dignos de notar son también en el libro del señor Henríquez los estudios de Rubén Darío y Rodó, acabados ambos. En el primero es digno de notarse el empeño que pone el Sr. Henríquez en estudiar técnica y científicamente las innovaciones métricas de la poesía nueva. 150

En los ensayos críticos sobre poetas que aparecieron en sus primeros dos libros, Pedro Henríquez Ureña acertó en juicios que son válidos hoy tanto como lo fueron entonces. Los ensayos breves que forman la sección "Varia" de *Horas de Estudio* son excelentes juicios críticos de figuras y de cosas literarias de actualidad entonces. Lo mismo puede decirse de la sección "De Mi Patria" pero en este caso se trata de figuras y de cosas de Santo Domingo.

Muchos de los trabajos más conocidos de crítica literaria de Pedro Henríquez Ureña se originaron en alguna conferencia de su juventud, durante los varios ciclos de conferencias que él y sus amigos organizaron en México entre 1907 y 1914. Así, por ejemplo, el ensayo sobre José María Gabriel y Galán que apareció en su libro de 1910 había sido la conferencia "Un Clásico del Siglo XX" pronunciada el 26 de junio de 1907 en la tercera velada de la Sociedad de Conferencias de Ciudad de México. Su ensayo sobre "El Maestro Hernán Pérez de Oliva" que apareció en su libro *En la Orilla. Mi España* en 1922, y en *Plenitud de España* en 1940, fue inicialmente un estudio leído en la sesión que el Ateneo de la Juventud de México dedicó a Rafael Altamira en 1910. Y su famoso estudio crítico sobre "Don Juan Ruiz de Alarcón" que

150 París, Gamier Hermanos, 1910, págs. 157-173.

apareció en varias publicaciones y, finalmente, en sus *Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión* en 1928, fue su conferencia pronunciada la noche del 6 de diciembre de 1913 en Ciudad de México, en la tercera sesión organizada por Francisco J. de Gamoneda en la Librería General. Este trabajo apareció en *Nosotros* de México en marzo de 1914; en *Revista de Filosofía, Letras y Ciencias de La Habana* en 1915; en *El Libro y el Pueblo* de México, tomo 10 número 2, de abril de 1932; en *La vanguardia* de Buenos Aires con fecha 12-19 de abril de 1936. Hay una traducción francesa en *Bibliothèque Americaine*, Universidad de París, de 1924.

En 1924, con su traslado a la Argentina, comenzó la etapa de la madurez, de la plenitud para Pedro Henríquez Ureña. El ensayista crítico de la juventud cedía más y más al ensayista puramente literario o al ensayista historiador de la cultura o al ensayista orientador de la juventud hispanoamericana. Pero el crítico siempre predominó en él, un crítico en el verdadero sentido de la palabra. Su crítica fue como la define el Diccionario de la Real Academia Española: "arte de juzgar de la bondad, verdad y belleza de las cosas; cualquier juicio formado sobre una obra de literatura o arte; conjunto de opiniones expuestas sobre cualquier asunto."

Muchos de los trabajos críticos de don Pedro nunca fueron recogidos en libros, tales como sus innumerables crónicas de arte, reseñas literarias, ensayos y semblanzas en periódicos y revistas durante toda su vida y después de su muerte. Muchos de esos se debieron a su interés por las figuras o las cosas de que escribe. Si don Pedro escribió primero ensayos críticos, muy pronto escribió también ensayos de temas puramente literarios. Estos dieron lugar, con el tiempo, a lo que se llama la crítica literaria de Pedro Henríquez Ureña.

En su libro de 1928 recogió don Pedro una selección de sus ensayos y otros trabajos correspondientes a sus primeros años argentinos. Su prosa, como su pensamiento, había ya alcanzado la plenitud de su expresión, de su expresión propia, en esa prosa contemporánea que había comenzado en Hispanoamérica con José Enrique Rodó y que Pedro Henríquez Ureña llevó a la perfección.



La prosa de don Pedro se ha descrito muchas veces, siempre en términos de justificado elogio; él logró un estilo donde ni falta ni sobra nada, logró expresarse con absoluta claridad y en un lenguaje bello e impecable que ha servido de inspiración y ejemplo a generaciones de hispanoamericanos.

En su ensayo "Letras y Normas" que apareció en *La Nación* de Buenos Aires el 18 de enero de 1931, habla don Pedro de literatura, gramática y arte en la expresión propia. A continuación reproducimos algunas de sus ideas al respecto.

Toda literatura genuina tiene sabor de primicia: hasta cuando ninguno de los elementos que la componen resulte estrictamente nuevo, queda la novedad de la manera, del acento. Pero la retórica se basa en el supuesto de que el arte, la creación de la belleza, puede someterse a reglas, reducirse a fórmulas. Y el supuesto es falso. Para la literatura, la gramática del idioma en que escribimos es aprendizaje previo. Donde termina la gramática comienza el arte.

La retórica es un sistema de reglas. La regla implica repetición y la creación estética implica invención. Cómo, entonces, habremos de enseñar literatura? Del único modo leal: enseñando a leer y a comprender las grandes obras.

Don Pedro no solamente estudió a fondo las literaturas de España y de Hispanoamérica, sino que también estudió literaturas extranjeras, es decir: de los Estados Unidos, de Inglaterra y de Europa. Muchos de sus trabajos fueron sobre literatura inglesa y de los Estados Unidos y reflejan el serio conocimiento que tenía de ambas. Fue parte de su universalidad: conocer todas las literaturas y todas las culturas. Pedro Henríquez Ureña fue un humanista. Medardo Vitier le llama el más ilustre de nuestros humanistas contemporáneos, y dice que su obra es hasta hoy la más sólida en Hispanoamérica dentro de su línea. Vitier dice que la lección de don Pedro debe aprovecharse en Hispanoamérica. Y otro gran escritor nos dice, nada menos que Alfonso Reyes, lo siguiente acerca de don Pedro.

Modelo de sobriedad suficiente... El arte de este escritor extrae de la necesidad su virtud... El molde era siempre del tamaño

de la idea que encerraba. Estilo masculino aquel... En la prosa se saciaron plenamente los propósitos definitivos del escritor. Prosa immaculada la suya, castiza sin remilgos de puristas. Y siempre, sustancia y sustancia, lo que no puede lograrse sin una maciza voluntad de la forma... Pedro Henríquez Ureña es ya uno de los escritores más firmes de la lengua.

Eso lo dijo don Alfonso en su artículo "Evocación de Pedro Henríquez Ureña" y otro mejicano nos habla también de don Pedro: Antonio Castro Leal dice que a Henríquez Ureña se le ha llamado erudito y crítico, pero que a él no le gustaban esas designaciones, no porque no fuera un erudito y un crítico, sino porque no reconocía ninguna de esas funciones como la finalidad principal de su vida y de su espíritu.

En el mismo artículo, que tituló "Pedro Henríquez Ureña, Humanista Americano" y que se publicó en el *Boletín Bibliográfico Mexicano* el 31 de julio de 1946, nos aclara Castro Leal que don Pedro era un erudito cuando había que serlo, que dominaba la erudición como instrumento de trabajo, pero que nunca se dejó dominar por ella. Quien va a negar que Pedro Henríquez Ureña tuviera espíritu crítico, dice él, si era un crítico extraordinario?

En su reciente libro *El Postmodernismo*, publicado por Las Américas en Nueva York en 1961, dice Octavio Corvalán que don Pedro era un escritor refinado y sobrio, que combatió la improvisación y la verbosidad, que explicaba a sus alumnos que "si abunda la palabrería es porque escasea la cultura, la disciplina." Dice Corvalán que la prosa de Pedro Henríquez Ureña es sencilla y de extraordinaria claridad. En ese juicio concurren todos.

De la prosa de don Pedro dice Anderson Imbert que fue siempre clara, concisa y elegantemente equilibrada, y que alcanza en *Historia de la Cultura en la América Hispánica*, su obra póstuma, una sencillez tan extrema que, a primera vista el libro parece elemental; resultó obra nueva, sin notas, reducida a lo esencial, menos atenta a la literatura y, en cambio, más proporcionada en la total aprehensión de los fenómenos culturales iberoamericanos. Nos habla Anderson Imbert de que la conversación de don Pedro era mucho más maravillosa que sus

escritos, y cuenta la anécdota que otros también han contado: al anunciarle a don Pedro que iba a escribir sobre él y su obra, le contestó éste: "Sea Ud. objetivo; límitese a informar sobre el contenido".

Aníbal Sánchez Reulet, que como Anderson Imbert, fue uno de los discípulos argentinos de don Pedro que se ha distinguido dentro y fuera de su país, dice que a través de la obra escrita de don Pedro se descubre la unidad de su pensamiento: el mismo espíritu filosófico que reflejaba en su conversación o en sus clases. En su ensayo "Pensamiento y Mensaje en Pedro Henríquez Ureña" que apareció en el número de la *Revista Iberoamericana* dedicado a don Pedro, dice Sánchez Reulet lo siguiente:

En ensayos y artículos breves, en reseñas, notas bibliográficas y conferencias, fue expresando don Pedro su visión personal, vasta y sintética, orgánica y profunda, del mundo, de la vida, de la sociedad, de la historia. No escribió mucho, pero todo lo que escribió fue sólido, denso, rico en sustancia intelectual... La literatura se prolongaba para don Pedro en pintura, en música, en arquitectura, en historia, en política, en sociología, en ciencia, en filosofía... Creía, además, en el sentido natural de la belleza. "El buen gusto es natural, el mal gusto es adquirido" era uno de sus axiomas estéticos.

Antes de publicar su libro de temas españoles de 1922 titulado *En la Orilla. Mi España*, don Pedro había publicado unas páginas de pensamientos y observaciones, bajo el título "En la Orilla" que resultan muy interesantes porque revelan muchos de sus puntos de vista y de sus axiomas. Algunos de éstos influenciaron siempre sus ideas y sus escritos. El primero lo acabamos de mencionar: "El buen gusto es natural. El mal gusto se adquiere por hábito, por diario contacto, desde la infancia, con las cosas mediocres." Y se extiende más sobre el mismo tema: "Si el buen gusto es natural, por qué el mal gusto llega a formar escuela? Por acumulación: el primer error, abriendo camino a los inhábiles, a los torpes, engendra errores nuevos." En otro, que copiaremos a continuación, don Pedro vuelve al tema del buen gusto como un atributo natural del ser humano.

Pero es que existe el encanto de la bruma, de la vaguedad, de las líneas indecisas! Si; pero es una belleza derivada, complementaria. Si no viviésemos ahora en la anarquía ideológica y estética, apenas habría que repetirlo. Naturalmente, instintivamente, el hombre prefiere la luz a las sombras, el espacio abierto a las prisiones, las costas del Mediterráneo a los fiords de Noruega.<sup>151</sup>

El crítico Alberto Zum Felde dedica muchas páginas a Pedro Henríquez Ureña en su volumen sobre los ensayistas de Hispanoamérica que lleva por título *Índice Crítico de la Literatura Hispanoamericana. El Ensayo y la Crítica*, publicado en México en 1954. Zum Felde recoge, en una crítica panorámica, toda la obra de Henríquez Ureña: desde su “juventud d’annunziana” hasta sus dos sabias síntesis de historia cultural americana, y dice que fue un gran ensayista literario, un crítico de fondo, uno de los más serios que hayan tenido todos estos países; eso ha sido siempre, durante cuarenta años, Henríquez Ureña, llamado por su destino a encarnar las nuevas corrientes del siglo en Hispanoamérica.

En 1906 se radica en México, en 1946 muere en La Argentina: fueron cuarenta años de consagración, de labor intensa como maestro, como ejemplo orientador para la juventud de nuestra América, y como escritor. Comparada con su obra total, la producción editorial de don Pedro no es mucha, pero debemos recordar que, como ha dicho Emilio Rodríguez Demorizi, puede afirmarse que en Pedro Henríquez Ureña el escritor vino a ser lo accidental; que él era, por encima de todo, un maestro de alta cultura y que nunca tuvo las ansiedades del publicista; que jamás le aguijoneó prisa alguna en publicar un libro. Don Pedro prefería desatar el ancho río de sus conocimientos, siempre claro y sereno, en el ávido surco del discipulado. De Pedro Henríquez Ureña el maestro vamos a tratar en otro capítulo, pero de Pedro Henríquez Ureña el ensayista vemos a reproducir a continuación algunos comentarios que hace Zun Felde.

Pedro Henríquez Ureña trae al género de la crítica literaria —en

151 Pedro Henríquez Ureña, “En la Orilla”. *Boletín de la Universidad*, 1921, III-7.

general tan maltratada en toda América, por la ausencia de disciplinas intelectuales— una norma genérica, una metodología, una técnica, expuestos más especialmente en el segundo de sus “Seis ensayos” que trata de “Los caminos de nuestra historia literaria”. En tal sentido, es uno de los maestros de la crítica en América. 152

152 Zum Felde, p. 547.

## LA LITERATURA EUROPEA

Desde su primera juventud se interesó Pedro Henríquez Ureña por la literatura europea. Como nos cuenta su hermano Max, él contaba ocho años de edad, y Pedro poco más de nueve cuando ya leían una buena traducción de algunas obras de Shakespeare: primeramente la *Comedia de las Equivocaciones*, *Como Gustéis*, *Cuento de Invierno* y *Sueño de Una Noche de Verano*, y más tarde leyeron también *Las Alegres Comadres de Windsor*, *Coriolano* y *Julio César*. Dice Max que esas lecturas fueron avaloradas por los comentarios que les ofrecía su madre. También dice Max que el mayor empeño que tenían él y Pedro entonces era leer a *Romeo y Julieta*, *Hamlet* y *Otelo*, cuyos argumentos conocían por múltiples referencias.

A ese tiempo llegó a Santo Domingo una compañía teatral que representaba, precisamente, esas tres grandes obras de Shakespeare. Pedro y Max asediaron a su padre para que los llevara; éste delegó en la tía Ramona el llevarlos pues a él no le gustaba el actor principal de la compañía. El ver a Shakespeare en la escena sólo acrecentó el deseo que tenían los dos muchachos por leerlo y estudiarlo. Fueron a la "Gran Librería Selecta" de Santo Domingo a ver las obras completas de Shakespeare que allí tenían, en traducción que había publicado la Biblioteca Clásica de Madrid. Volvieron luego con su padre, quien les compró la colección completa.

Algunos años más tarde, cuando Pedro y Max aprendieron el francés durante su permanencia en Cabo Haitiano, también comenzaron a leer la literatura francesa en dicho idioma y no necesariamente en traducciones.

En Cabo Haitiano reanudaron los muchachos las veladas de su sociedad literaria "El Siglo Veinte" y en lugar de su madre, ya muerta, las abría su padre que les daba a conocer autores extranjeros. En una de esas veladas leyó Pedro una poesía suya titulada "A Shakespeare" que, según Max, fue algo declamatoria, pero de bonita factura.

Cuando volvieron de Cabo Haitiano, ya adolescentes, fue cuando los hermanos Henríquez Ureña, con otros jóvenes de aspiraciones literarias, concurren diariamente a la casa de las hermanas Feltz para leer y comentar obras extranjeras y la literatura en general: clásica y contemporánea. Fue entonces, tal vez el primero en América, cuando Pedro se interesó en el dramaturgo Ibsen y escribió un trabajo titulado "Juan Gabriel Borkman, drama de Henrik Ibsen" que se publicó en Nuevas Páginas de Santo Domingo el 15 de diciembre de 1900. Pedro tenía entonces diez y seis años. Dos meses más tarde se embarcó para Nueva York; no volvería a vivir en Santo Domingo sino treinta años más tarde y por poco tiempo.

En la epístola que Pedro le dirige a Leonor Feltz en su libro *Horas de Estudio*, le recuerda ese año en que ella en su salón fue la mentora de ellos, de sus lecturas, de su formación intelectual y de su buen gusto. Le dice que ella lo guió en la vía de la literatura moderna, que ella lo guió al recorrer la poesía castellana de ambos mundos, el teatro español, la novela francesa, la obra de Tolstoi, la de D'Annunzio, los dramas de Hauptmann y de Sudermann, la literatura escandinava, el teatro de Ibsen. Pedro le confiesa a Leonor Feltz que esa fue para él una época decisiva en su vida.

Durante sus tres años en Nueva York, el joven Pedro no solamente estudió inglés y la literatura y el teatro americanos sino que continuó con marcado interés la literatura europea, la inglesa que ahora podía leer en su original, el teatro de ambos lados del Atlántico, la ópera y la música. Esos tres años fueron pobres en recursos económicos pero muy ricos para su educación literaria y artística. Cuando se fue a Cuba en 1904 ya Pedro Henríquez Ureña era un escritor y poeta de mérito y de cierto nombre. A fines de 1905 aparece su primer libro en La Habana, *Ensayos Críticos*, y ahí encontramos una buena porción de sus trabajos que tratan de figuras y temas europeos.

En ese primer libro, obra de juventud, el estilo es todavía con frecuencia florido y poético y siempre denota entusiasmo. Ya hemos hecho referencia a "D'Annunzio, el Poeta" que es el primero de los ensayos, y que está lleno de entusiasmo juvenil. El entusiasmo de Pedro por D'Annunzio y su estilo de entonces

dio lugar a lo que se llamó su “estilo d’annunziano” o su “etapa d’annunziana” y que duró por varios años.

El segundo trabajo del libro es “Tres Escritores Ingleses” y es, en realidad, tres ensayos sobre Oscar Wilde, Pinero, y Bernard Shaw. Su interés por la literatura inglesa, especialmente por la obra de Bernard Shaw, continuó durante toda su vida. Treinta años más tarde dio un curso y escribió artículos basados en conferencias que dictó en Buenos Aires sobre este dramaturgo inglés.

El ensayo sobre Oscar Wilde lo escribió Henríquez Ureña cuando acababa de publicarse el *De Profundis* del poeta. El juicio, después de haber introducido el tema, está lleno de serenidad. Dice que la poesía de Wilde parece la de un autor completamente normal, excepto, quizás, en su exceso de intelectualismo. Su verso, dice él, tiene el ritmo perfecto y el brillo deslumbrante de los de Gabriel D’Annunzio; su expresión, jamás oscura ni amanerada, tiene gran variedad de matices e inagotable riqueza de símiles preciosos. Dice que Wilde pertenece al género de los poetas-pintores y es más parnasiano que decadente. Refiriéndose al *De Profundis* dice que es una exposición del verdadero criterio moral del poeta. Este criterio, más que moral, debe llamarse humano, agrega Henríquez Ureña, y dice que fue el más sincero de sus libros, la revelación del oasis más puro de su alma.

En el segundo de los tres ensayos dice que Arthur Wing Pinero ocupaba entonces el puesto más eminente entre los dramaturgos de lengua inglesa, y que sus comedias, sin excluir las de su primer período, dan la clave de las más recientes transformaciones de la comedia inglesa, porque acostumbraron al público inglés a recibir lo selecto bajo el disfraz de lo vulgar. En género más elevado, agrega Henríquez Ureña, Pinero había producido un trío de grandes tragedias de vida moderna: *Iris*, *La Notoria Mrs. Ebbsmith* y *La Segunda Mrs. Tanqueray*.

Pero el más interesante de los tres estudios es el de Bernard Shaw, escrito en 1904. Ya había comenzado Pedro Henríquez Ureña a seguir la carrera del dramaturgo inglés, que continuó toda su vida. Vamos a reproducir algunos párrafos.

Bernard Shaw es irlandés y posee las cualidades que distinguen a sus coterráneos en las letras: la imaginación poética y creadora



equilibrada por una viva percepción de aspectos peculiares de la realidad, la perpetua movilidad y agudeza de ingenio, y sobre todo el humorismo. Reside en Londres y lucha por imponer en la puritana sociedad inglesa muchas trascendentales ideas modernas. Sucesivamente crítico de arte, conferencista, novelador, dramaturgo, ha defendido la pintura impresionista, los dramas de Ibsen, la música de Wagner; hoy sigue abogando por el socialismo, por la nueva ciencia económica, por la templanza, por el vegetarianismo, que como Tolstoi practica, y por las últimas teorías filosóficas en boga en la Europa continental.

Bernard Shaw es quizás la más curiosa proyección del espíritu céltico sobre las letras anglosajonas. Como humorista, pertenece por entero al mundo inglés y sólo dentro de éste se le apreciará plenamente; como pensador, se ha adelantado a su público, y lo ha asombrado con sus extravagancias de "fumista" literario, que contrastan con la seriedad de su carácter y de su vida privada. Paradoja viviente, se le llama.

Henríquez Ureña comenta acerca de las importantes obras de Shaw y su crítica es tan acertada hoy como lo fue cuando la escribió. Dice que Shaw es un polemista nato, pero sin encono, que la sátira es la piqueta irresistible con que destruye los argumentos de sus contrarios.

En su segundo libro, *Horas de Estudio*, en la sección "Varia" que aparece al final, encontramos que en el primer trabajo, titulado "El Espíritu Platónico", llama a Oscar Wilde y a Gabriel D'Annunzio los más perfectos poetas sensuales, tomando el adjetivo en sentido noble. En este ensayo, escrito en México en 1907, sigue Henríquez Ureña interesándose por Wilde y D'Annunzio, pero aquí los coloca dentro del espíritu platónico que es el tema del trabajo.

Hemos dicho que Henríquez Ureña siguió con marcado interés la obra de Shaw durante toda su vida. En 1915 escribió una reseña teatral sobre la comedia *Pigmalión* que tituló "Pigmalión contra Galatea" y que apareció en el *Heraldo de Cuba* en marzo de ese año. El mismo año, el 26 de agosto, apareció en *Las Novedades* de Nueva York el artículo de Henríquez Ureña titulado "Bernard Shaw" en que trata del tremendo oleaje que levantaron los

artículos que acababa de publicar Shaw señalando las causas que provocaron la guerra mundial, sin perdonar los errores nacionales de Inglaterra que contribuyeron a producir el conflicto. Pero dice Henríquez Ureña que el ataque del público inglés contra Shaw, por haberle dicho algunas verdades que no querían reconocer, no tendría efecto por mucho tiempo por dos razones: primeramente porque Bernard Shaw es de carácter enérgico y su vida privada es intachable, y luego porque no hay muchos Bernard Shaws en la literatura contemporánea.

También mantuvo don Pedro siempre un marcado interés por Ibsen y por Tolstoi; fue realmente un culto que rindió toda su vida al dramaturgo noruego y al novelista ruso. A tal punto, que dio a sus dos hijas los nombres de dos heroínas de Tolstoi: Natacha y Sonia o Sofía. En 1931 escribió un ensayo titulado "Dos Vidas: Ibsen y Tolstoy" (sic) que apareció en La Nación de Buenos Aires el 20 de diciembre. Comienza el trabajo con una especie de introducción de esas dos carreras semejantes, esas dos vidas paralelas, y dice que cuando ambos nacieron en 1828, sus países nativos no ejercían influencia ninguna sobre el arte o el pensamiento de Europa, pero al terminar el siglo XIX eran ellos, entre todos los escritores vivos, quienes ejercían la máxima influencia sobre la literatura del mundo occidental, poblándola de graves y hondos problemas espirituales.

Continúa el trabajo con dos partes: una sobre Ibsen y la otra sobre Tolstoi. Dice don Pedro que frente a la carrera solitaria de Ibsen, frente a su individualismo nativo que, exacerbado hasta la enfermedad por las molestias del trato humano, se definió al fin como individualismo teórico. Tolstoi ofrece el espectáculo del hombre que se desborda para abrazar a la humanidad entera. Don Pedro delinea bien las semejanzas y los contrastes entre los dos escritores. El ensayo termina con una especie de corta conclusión que reproducimos a continuación.

Estos dos hombres, tan sorprendentes en sus semejanzas como en sus diferencias, dominaron los últimos años del siglo XIX y los primeros años del XX; revelaban el alma del Norte de Europa, la extraña intensidad de los pueblos que viven entre nieves y nieblas, su concentración que tantas veces los acerca a la locura. La onda de

locura fue también uno de los elementos de fascinación en Ibsen y en Tolstoy (sic). El oleaje de las corrientes espirituales nos va alejando de los familiares continentes e islas del siglo XIX; pero Ibsen y Tolstoy (sic) se yerguen todavía como dos faros: el noruego con luz roja, iracunda y firme; el ruso, con luz azulada, aurorosa, pero llena de parpadeo y temblor.

Entre fines de 1933 y principios de 1934 se publicaron tres trabajos de don Pedro, en serie, sobre Bernard Shaw, en *Cursos y Conferencias*, Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores. Esos tres trabajos fueron resúmenes hechos por Enrique Anderson Imbert de las conferencias de don Pedro, en el Colegio Libre de Estudios Superiores.

El primer trabajo se titula simplemente "Bernard Shaw" pero apareció en *Cursos y Conferencias* en diciembre de 1933 con el subtítulo "I. Vida y Obra" y contiene un bosquejo de la vida y la carrera de Shaw seguida por una extensa bibliografía de su obra, y de estudios sobre Shaw, en orden cronológico.

El segundo trabajo se tituló "Bernard Shaw: II. Shaw y la Economía Política" y dice Henríquez Ureña que al estudiar la obra de Shaw resulta cómodo empezar estudiando sus teorías económicas, que su doctrina económica es clara y congruente. Vamos a copiar a continuación un párrafo de cerca del final del ensayo.

Toda la socialización económica debe conducir, dice Shaw, a la libertad individual, al libre desarrollo de la personalidad humana, hoy oprimida por esfuerzos, preocupaciones, vanidades y deberes económicos innecesarios, a tal punto, que muy pocas son las personalidades que alcanzan a revelarse en plenitud.

El tercer trabajo se tituló "Bernard Shaw. III. Filosofía y Estética" y dice Henríquez Ureña que Shaw es uno de los pocos escritores modernos que tienen una filosofía y una estética bien definidas, y dice que Shaw sabe mucho más de lo que dice saber, que una de las sorpresas que nos reserva es su excesiva modestia en tratándose de cultura, en contraste con su desdén por las afectaciones de modestia cuando se trata de escribir. Agrega Henríquez Ureña que las campañas de crítica literaria, teatral,

musical y pictórica de Shaw fueron todas a favor de formas de artes ricas de contenido espiritual; que fue, significativamente, el defensor en Inglaterra de Ibsen, de Wagner y del impresionismo en pintura, las tres grandes víctimas de la incompreensión del vulgo que pretendía gobernar la cultura. Todo este ensayo, como los dos anteriores, resulta de gran interés.

Don Pedro escribió ensayos críticos sobre dos figuras inglesas que representan la literatura clásica y la contemporánea. El 26 de julio de 1936 apareció en *La Nación* de Buenos Aires su trabajo sobre "Chesterton" y el 10 de septiembre de 1939 apareció otro con el título "De la Vida de Shakespeare" en *La Nación* también.

Dice don Pedro que Chesterton era uno de los directores de la vida literaria en Inglaterra, antes de la guerra mundial, en sus corrientes centrales, y habla también de los otros directores de la vida literaria inglesa: Kipling, Shaw, Wells, y Belloc. Como conclusión dice que la tarea que escogió Chesterton para sí, para expresión constante de su vida, fue la del ensayista. Este hombre abundoso, opulento, diestro en la novela como en la poesía, en la historia como en la crítica, se ciñó a la obligación modesta de escribir con regularidad, para los periódicos, ensayos breves sobre asuntos del momento. Y, agrega don Pedro, produjo muchas páginas de calidad permanente; no escatimaba nada en sus ensayos, eran su batalla perenne. Ese ensayo de don Pedro sobre Chesterton se reprodujo en 1937 en *Universidad de México* y en el *Repertorio Americano* de San José de Costa Rica.

Sobre Shakespeare escribió Henríquez Ureña de su vida sin dejar de mencionar, de paso, su obra. Vamos a reproducir a continuación el primer párrafo, que establece el tono del ensayo, y algunas líneas más para redondear la esencia temática de este ensayo biográfico del dramaturgo inglés.

La investigación sobre la vida de Shakespeare ha avanzado tanto en lo que va de siglo, y se ha llegado a reconstruirla de modo tan satisfactorio en su parte externa mediante una multitud de documentos, que sorprende tropezar de cuando en cuando con la anticuada afirmación de que "no se sabe nada." De Shakespeare sabemos no poco... conocemos retratos, conocemos casas en que

vivió, conocemos la tumba, conocemos la cronología aproximada, y a veces segura, de sus dramas.

Henríquez Ureña hace el recuento de los datos seguros sobre la vida del poeta y dramaturgo cronológicamente y con minuciosidad. Los numerosos datos, notas y fechas incluidos hacen de este breve trabajo una síntesis biográfica completa de Shakespeare con verdadero mérito histórico y crítico.

En la colección *Las Cien Obras Maestras de la Literatura y del Pensamiento Universal* prologó don Pedro dos volúmenes de Shakespeare: uno en 1939 conteniendo a *Otelo*, *Romeo y Julieta*, que fue el volumen 18 de la colección; y el otro en 1940 con *Hamlet*, que fue el volumen 34. Además de bastante información del autor mismo, don Pedro presentó en esos prólogos las obras correspondientes, por las cuales había él siempre tenido predilección entre todas las de Shakespeare.

Don Pedro siempre se interesó por la literatura continental europea, sobre todo por la de Francia e Italia, pero no escribió nada importante al respecto. En toda su obra, sin embargo, se siente fuertemente su gran conocimiento de la literatura y la cultura de todos los pueblos en todas las épocas. A la antigua Grecia, en cultura y en literatura, la estudió junto con su amigo Alfonso Reyes, intensamente, en sus años juveniles de México. La cultura y la literatura de la Europa moderna las relacionó siempre con las de las Américas.

## EL ARTE Y LA MUSICA

Pedro Henríquez Ureña tuvo siempre un profundo interés por el arte y la música, no solamente por su placer artístico sino como inspiración para sus innumerables crónicas y críticas teatrales y, más tarde, sus ensayos sobre la danza y la música, la ópera y el drama. Ya vimos, al estudiar su poesía, que dedicó sonetos a tres cantantes de ópera: Adelina Patti, Márcela Sembrich y Lillian Nórdica.

Desde que Pedro llegó a Nueva York en 1901 se dedicó a los teatros, primero solo y luego con su hermano Max. Cada invierno que pasaron en la gran urbe, los dos muchachos frecuentaron mucho la ópera, los conciertos y el teatro dramático. También, dicho sea de paso, al avanzar en el inglés Pedro leyó a Shakespeare en el original y a Emerson, Carlyle, Ruskin y otros.

En su primer libro incluyó Pedro una sección titulada "La Música Nueva" con tres ensayos críticos. El primero es "Richard Strauss y sus Poemas Tonales" que fue escrito en el 1904 y había aparecido en *Cuba Musical* de La Habana el 15 de diciembre de ese año. Dice al comenzar que Richard Strauss es entonces la figura culminante en la Alemania musical, y al mismo tiempo el compositor coetáneo más seria y vigorosamente discutido. Después de informes pertinentes de la vida y obra de Strauss y de afirmar que en la sinfonía él es revolucionario, Henríquez Ureña entra en el tema del título, los poemas tonales, que provocaban las más extrañas y divergentes interpretaciones. Pero dice Henríquez Ureña que la música de Richard Strauss es la obra de un alto espíritu, ordenado y filosófico, y en sus poemas están patentes el desarrollo de sus procedimientos y el progreso de sus ideales.

El segundo de los tres ensayos, escrito también en 1904, es "La Opera Italiana" que había aparecido en *Cuba Literaria* el 23 de julio de ese mismo año. En 1906 fue reproducido en publicaciones de El Salvador, Venezuela y México. El tema del ensayo es la renovación del espíritu musical en Italia iniciado por Verdi y Boito, y continuó con la nueva escuela, en la que figuraron

los nuevos compositores Mascagni, Leoncavallo, y otros. Se creó la moda de la ópera corta con *Cavallería rusticana* y *Pagliacci*. Leído ahora, medio siglo después de su publicación, este trabajo parece de ahora mismo; tal era la acertada percepción de Henríquez Ureña en sus juicios y en la presentación de los hechos como él los veía.

El tercero y último de los ensayos se titula "La Profanación de Parsifal" que apareció en Cuba Musical el 15 de abril de 1905. Aunque escrito en Cuba, este ensayo trata del estreno de *Parsifal*, el sacro drama de Richard Wagner, en nueva York. La profanación del título se refiere a que la ópera se trajo a América sin permiso de la viuda del autor quien deseaba respetar los deseos de su esposo de que no saliera de Bayreuth hasta 1913, diez años más tarde, y treinta años después de su estreno original de 1882. Vamos a reproducir algunos de los comentarios críticos que hace Henríquez Ureña.

La música, marcadamente el preludeo, lleno de la mágica insinuación de lo inefable, las escenas en el Templo, la maravilla del Viernes Santo, rebosa el puro y extático fervor ya poco frecuente en los compositores del siglo XIX: su austera majestad es la de los Bach y los Haendel, o más lejos, la de los antiguos maestros italianos. Y es ese desinteresado espíritu religioso del drama y de la música lo que a mi ver resulta una nota rara en este momento. En los albores del siglo XX se han hecho formidables las corrientes de pensamiento que se iniciaban en 1882. Bien sé que Wagner enunció ideas semejantes a muchas que hoy predominan, pero "pensó en los dioses" al componer su *Parsifal* porque poseía el verdadero espíritu religioso, que va entibiándose, desapareciendo en el torbellino de la vida intensa actual, sin que las sociedades mismas lo perciban.

Durante los primeros años que don Pedro pasó en México escribió crónicas y reseñas críticas de teatro y de concierto con referencias a figuras y actos en Ciudad de México y en Nueva York. Por ejemplo, el 15 de febrero de 1902 publicó en *Teatros y Música*, de México, un trabajo con largo encabezamiento que apuntamos a continuación: "Crónica de Nueva York. El Metropolitan y el Manhattan. Brillantes temporadas. Puccini.

Nuevos estrenos. Otras novedades. Retiro de Marcel Sembrich. Otras novedades." El 15 de marzo del mismo año apareció en la misma publicación esta otra crónica: "Desde Nueva York. La retirada de Emma Eames. Reprise de *Salomé*. Una ópera de Smetana. Los encantos de Mary Garden. Obras maestras. El arte de Ludwig Wullner. Las novedades dramáticas. La *Salomé* de Strauss. Paderewsky." Ambas crónicas fueron firmadas con uno de sus seudónimos: M. de Phocas.

En su segundo libro, en la sección final que lleva el título de "Varia" incluyó don Pedro un ensayo que había publicado en *Actualidades* de México el 25 de octubre de 1909 sobre la muerte de Clyde Fitch, el dramaturgo norteamericano. Entre otras cosas, dice Henríquez Ureña que Fitch se hizo dueño del teatro norteamericano, y lo fue durante los diez años últimos de su vida. Fitch fue, en realidad, uno de los creadores del teatro norteamericano y aunque murió de apenas cuarenta y cuatro años de edad ya tenía veinte de carrera, dejaba más de cincuenta obras y era millonario. Veamos a continuación qué más nos dice Henríquez Ureña acerca de Fitch.

En 1890, Clyde Fitch apareció entre los dramaturgos jóvenes. Conoció en seguida el éxito fácil; pero aspiró a la popularidad máxima, y la obtuvo al fin, total y enorme. Fue un productor fecundo, incansable. Ensayó las traducciones, los arreglos de novelas, la comedia regional, el drama patriótico; y, al cabo dio con su forma: la comedia dramática, que toma por asunto la vida de las gentes citadinas, lo mismo de la sociedad elegante que de la clase media. El impuso en su país la técnica del drama psicológico al modo de los autores de Inglaterra y Francia.

Don Pedro habla de algunas de las obras más importantes de Fitch, pero dice que fue un creador de capacidad limitadísima, que su teatro no triunfa por los asuntos sino por los tipos que presenta y por los detalles exteriores. Dice que el mayor defecto de Fitch fue su impaciencia por el triunfo. Asegurado el éxito, podría haberse consagrado a perfeccionar su labor dramática, pero su afán siguió siendo el triunfo inmediato. Todavía después de muerto Clyde Fitch imperaba, pues dejó por estrenar tres obras



póstumas.

Cuando Pedro Henríquez Ureña volvió a los Estados Unidos en 1914, como corresponsal del *Heraldo de Cuba*, incluyó entre sus crónicas desde Washington y Nueva York algunas sobre actividades artísticas. Una de las primeras, el 25 de diciembre, fue "La resurrección de la danza" que, con modificaciones, lo publicó algunos años más tarde en inglés en *Revista de Indias* de Nueva York. Dice don Pedro que, gracias a Isadora Duncan y a los artistas rusos, el baile vuelve a su excelsa altura, a la plenitud de su significación estética.

Al otro día de esa crónica, el 26 de diciembre, apareció en el *Heraldo de Cuba* otra con el título de "Inglaterra, Ayer y Hoy" en que habla don Pedro de Robert B. Matell y el repertorio shakesperiano que acababa de presentar ante el público de Washington. Decía que Matell era actor de buena fama y buena escuela y era de los discretos, pero sus acompañantes eran mediocres y las representaciones dejaban que desear, pero que Shakespeare, aun destrozado, alecciona y estimula. Don Pedro singulariza una de las obras, el *Rey Juan*, y la comenta detalladamente.

El 3 de enero de 1915 apareció en el *Heraldo de Cuba* el ensayo "Música Nueva" en que don Pedro nos habla de Finlandia y de su compositor Sibelius. Dice que el poema *Finlandia* nos habla de sinceridad y energía, de razón y deber; que Finlandia es así. Que la música nos habla de paz severa, de horizontes serenos, de firmes cumbres espirituales.

En la publicación newyorkina *Las Novedades* apareció el 22 de octubre de 1915 un ensayito muy inspirado de don Pedro sobre la *Quinta Sinfonía* de Beethoven y la Obertura de *Los Maestros Cantores* de Wagner, que escoge como síntesis de las dos corrientes máximas en la música moderna.

En el *Heraldo de Cuba* apareció el 3 de febrero del mismo año 1915 el trabajo "Pintores Norteamericanos" en que trata de la exposición de cuadros al óleo de la Galería Corcoran que acaba de cerrarse. Fue la quinta de las grandes exposiciones pictóricas celebradas en Washington desde 1907. Dijo don Pedro que el conjunto de la exposición tenía tono moderno, y que la pintura

americana estaba llena de vitalidad, pero que predominó el paisaje, como siempre.

En *El Fígaro* de La Habana apareció el 13 de junio de 1915 el elaborado ensayo "Danzas y Tragedias" y comienza hablando de Isadora Duncan y Anna Pavlova, diosas rivales de la danza, arte que comenzaba a seducir a las multitudes. ¿Y los rusos? Dice Henríquez Ureña que los rusos son brillantísimos, extraordinarios, que representan cuanto en la danza cabe de suntuoso, de opulento; cuanto vive como encanto para los sentidos, y como impulso, y delirio, y esplendor. Habla don Pedro de la Duncan y de la escuela de baile con que revoluciona su arte. Isadora Duncan unió en un solo programa a Beethoven y a Sófocles. Después de la *Quinta Sinfonía*, *el Edipo Rey*. Por último, relata don Pedro la escena de *Las Troyanas* con gran fuerza dramática; esta tragedia acababa de presentarse en Washington con artistas americanos.

En su libro de 1928, *Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión*, está un excelente ensayo de don Pedro que se titula "Hacia el Nuevo Teatro" y que había aparecido en 1920 con el título inicial "La Renovación del Teatro" seguido de los títulos de cada subdivisión, que en la versión de 1928 fueron los siguientes: La Historia del Escenario, El Odiado Siglo XIX, ¿Para qué sirve el Realismo?, La Solución Artística, Las Troyanas, Solución Histórica, Solución Radical, La Mejor Solución, En España, En nuestra América. Ese conjunto de títulos es como un esbozo del ensayo. Don Pedro delinea las novedades introducidas al teatro contemporáneo por Ibsen, Shaw y otros, y explica como vemos cambiar las condiciones materiales del espectáculo: escena, decoraciones, iluminación, trajes. De como renacían los teatros al aire libre. Pide la renovación del teatro en los países de habla española, y apunta hacia las diferentes soluciones para lograr dicha renovación.

En la solución histórica el escenario es igual o semejante al que tuvo la obra en su origen. En la solución artística, en que hace una magistral descripción de una representación de *Las Troyanas* de Eurípides, sustituye el realismo con la fantasía. En la solución radical la simplificación debe ser completa. Pero, dice don Pedro, la mejor solución está en

aprovechar todas las soluciones.

Otro ensayo que podemos citar aquí es "Música Popular de América" leído en 1929 y recogido en *Conferencias* de La Plata en 1930. Es un trabajo extenso, que no solamente estudia la música de las canciones populares de América, sino también la letra. Don Pedro se limita, geográficamente, a las Antillas y México por ser las regiones que él conoce bien. Este ensayo, muy condensado pero todavía extenso, apareció en *La Nación* de Buenos Aires el 2 de marzo de 1930 con el título "Danza y Canción de América" pero, en 1960, fue incluido íntegro en la antología *Obra Crítica* de la ensayística de don Pedro.

Empieza el autor por explicar que abunda la confusión entre arte popular y arte vulgar en América, y explica la diferencia y afirma que el arte popular genuino va camino de desaparecer en muchos países, lo cual debe evitarse porque el arte popular es una actividad espiritual genuina, es creación, es una forma de cultura que expresa el sentido de la tierra.

La música popular de la América española tiene caracteres propios que la distinguen entre todas sus semejantes en el mundo. Ha adquirido rasgos de creación autóctona. Pero tiene, como todas, antecedentes: en la población indígena, en España, en Africa, en influencias europeas. Elementos que se combinan en proporción diversa según países y regiones.

En música, así como en España hay regiones con rasgos distintivos y peculiares, las hay en América. Una de ellas es la zona del Mar Caribe. La zona del Mar Caribe es la legítima zona tropical, la única de la América española, donde se cumplen a plenitud, sobre territorio extenso, privilegios del trópico: el verano perpetuo, la luz torrencial, la violencia de los colores, la fecundidad exuberante, la incitación a vivir sólo con los sentidos.

Esas líneas son de las primeras páginas del trabajo. Henríquez Ureña se extiende luego en la exposición de la música popular antillana que conocía bien por haberla investigado durante muchos años. Al final recorre rápidamente la de México, que no conocía tan a fondo. Este trabajo es valiosísimo para el estudioso que esté interesado en la música popular de la América española.

El 21 de septiembre de 1936 dictó Pedro Henríquez Ureña una conferencia en el Teatro Nacional de Comedia, de Buenos Aires, que fue recogida en *Cuadernos de Cultura Teatral* de la misma ciudad con el título "El Teatro de la América Española en la Epoca Colonial". La mayor parte del texto apareció en un trabajo titulado "Teatro Hispano Indígena" en *La Nación* el 22 de noviembre del mismo año. Ese último trabajo fue ilustrado con cuatro fotografías de máscaras mejicanas: dos de tradición española y dos de tradición azteca. Vamos a reproducir a continuación algunas aclaraciones pertinentes al tema que hace Henríquez Ureña en su introducción al ensayo.

En la América española de los tiempos coloniales el teatro tuvo constante actividad y variedad de formas. De eso, poco se sabe hoy; sobre la cultura colonial hemos dejado fluir, desde la hora de la independencia, espeso río de olvido... Aquella cultura, es verdad, no aspiraba a la duración histórica: se contentaba con vivir al día... Hacer la historia de nuestro teatro colonial exige, así, reunir noticias dispersas, perseguir pistas inseguras, apoyarse en obras relativamente escasas. Pero detrás de la documentación imperfectísima se descubre el cuadro de una extraordinaria riqueza. El teatro llegó a nuestra América todavía en sus formas embrionarias, las que tenía en España a principios del siglo XVI; aprovechó elementos indígenas; se desarrolló.

Ese teatro colonial progresó y perduró; decae solamente cuando alcanzamos la independencia, nos advierte Henríquez Ureña. Dice que el arte dramático de los indígenas no se limitó a cantos, danzas y pantomimas; que en Perú y México había existido la representación dramática, el teatro hablado. En este extenso y bien documentado trabajo encontramos un panorama histórico del tema, revelaciones de interesantes descubrimientos sobre nuestro teatro colonial, y amplias anotaciones y referencias. Si recordamos lo poco que se sabe del arte dramático de los indígenas, nos asombramos de la tanta información que recopiló Henríquez Ureña en este estudio, típico del ensayo de investigación y estudio que él acostumbraba a escribir. Encontramos datos muy interesantes del arte dramático en México

y Perú, de las representaciones sacras del siglo XVI y del drama de asuntos profanos que pronto se sumó al drama religioso. Dice Henríquez Ureña que al terminar la época colonial, había grande actividad en los teatros de América, con multitud de autores y actores. Pero llega la independencia y decae el teatro en la América hispánica.

En esta sección del presente estudio en que tratamos del arte y la música en la obra de Pedro Henríquez Ureña, podemos incluir su excelente y extenso prólogo e introducción a la edición Losada de *La Verdad Sospechosa* de Juan Ruiz de Alarcón, que se publicó en Buenos Aires en 1939. Como sabemos, don Pedro venía estudiando a Ruiz de Alarcón, hacía muchos años, desde su famosa conferencia sobre el dramaturgo mexicano pronunciada en Ciudad de México en 1913.

Aunque en España consideran a Alarcón como español, en México lo consideran como mexicano pues allí nació y allí se crió. Su primer viaje a España fue a los veinte años y no se instaló ya definitivamente allí hasta los treinta y cuatro años de edad. Su obra teatral importante fue producida en España, pero no se puede negar que su teatro tiene peculiaridades que sólo se pueden explicar por su mexicanismo. Dice Henríquez Ureña que el carácter distintivo de su obra proviene del don que tuvo de transmutar en creación artística su persistente preocupación ética, pero que, afortunadamente, su doctrina no se presenta como adición estorbosa: va siempre entretrejida en la estructura de la obra, y el problema moral es muchas veces la sustancia del conflicto dramático.

Hay varios trabajos de don Pedro sobre Lope de Vega, pero trataremos de los mismos en la sección sobre la literatura española. Aquí concluimos con la parte de su obra sobre el arte y la música, y pasaremos a la que se refiere a las literaturas de Norteamérica, España e Hispanoamérica.

## LA LITERATURA NORTEAMERICANA

Pedro Henríquez Ureña estudió, naturalmente, la literatura de los Estados Unidos durante los tres años que vivió en Nueva York durante su adolescencia. Ya en Santo Domingo, en el salón de las hermanas Feltz, seguía la literatura de Norteamérica al mismo tiempo que la de Europa, el último año que había pasado en su país.

Antes de dejar a Nueva York, para irse a Cuba, en 1904, escribió un ensayo titulado "Literatura Norteamericana" que apareció en *La Cuna de América* de Santo Domingo el 22 de mayo de dicho año. Este trabajito fue el temprano precursor del extenso y excelente ensayo que más de veinte años después escribió Henríquez Ureña con el título de "Veinte años de Literatura en los Estados Unidos" y que apareció en *Nosotros* de Buenos Aires en 1927, y al año siguiente en *Patria* de Santo Domingo. Henríquez Ureña lo incluyó en su libro de 1928, *Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión*, como contraste a los demás trabajos que se referían todos a Hispanoamérica, y por eso lo titula también "Panorama de la Otra América" en el libro. Este es un trabajo histórico-literario extenso y excelente; los veinte años del título son los primeros veinte años del presente siglo: 1900 a 1920, años que, con interrupciones, vivió Henríquez Ureña en los Estados Unidos; pero él dice al comenzar el ensayo que escoge los veinte años de 1907 a 1927, o sea del año de la publicación de *Pragmatismo* de William James, al año en que publica él el ensayo en Buenos Aires.

Al abrirse el nuevo siglo, la literatura en los Estados Unidos padecía estancamiento. Había cien años apenas de obra nacional. En 1900, los grandes nombres, los nombres dominantes, eran los que habían surgido hacia 1870. El estancamiento se produjo como hecho fatal.

Eso dice Henríquez Ureña al comenzar su ensayo, pero debemos recordar que él está escribiendo en 1927 y vemos que, de

repente, se pregunta: "¿Qué ocurría precisamente, veinte años atrás, en 1907?" Y dice que imperaba la mediocridad de 1900 pero se iniciaban cambios; que William James asordaba el mundo con el estrépito mecánico de su flamante pragmatismo; pero, advierte Henríquez Ureña, cuando el mundo se recobró de su estupor, desechó el pragmatismo.

Quien sí observó el cambio de los tiempos fue Henry Adams. Dice don Pedro que si se le obliga a decir cuál es para él el libro más importante que se ha escrito en los Estados Unidos, él dirá que es, sin vacilación, *La Educación de Henry Adams*.

Es el libro de la vida moderna como crisis, crisis perpetua en que cada ciclón de ideas arrasa campos y ciudades, y nunca queda tiempo para sembrar y construir en firme porque se avecina otro ciclón; eso dice Henríquez Ureña, y dice que la crisis afecta por igual pensamientos y actos, ciencia y política, arte y conducta, religión y negocios. Henry Adams, favorecido de la fortuna y de la cultura, trata de educarse para sí y para el mundo: según el mandato clásico, quiere servir; pero cada vez que cree orientar su educación, el mundo cambia y lo obliga a empezar de nuevo. A los setenta años, con todo el saber de Fausto, dice Henríquez Ureña, Adams declara que abandona la brega tantálica de su educación: la deja sin terminar.

Dice don Pedro que, en realidad, la era nueva se va a iniciar hacia 1910, no con figuras dominantes, sino con multitudes movedizas, rebeldes, destructoras, que, si creen en la disciplina, no respetan la tradición. Y explica don Pedro los cambios que se produjeron entonces, y concluye esa parte del ensayo diciendo que al ejército de rebeldes deberán su salvación moral e intelectual los Estados Unidos si no lo vence el poderoso ejército de los filisteos, que guarda en sus cajas de hierro todo el oro del mundo; y agrega que la lucha estaba indecisa.

Las discusiones de la vida nacional pululan en la crítica literaria, la novela hubo de saturarse de problemas nacionales; es novedad la preferencia dedicada al término medio: al hombre de tipo medio, a la ciudad de tipo medio; no se comprenderá el país sin estudiar al hombre medio. Todo eso dice y explica Henríquez Ureña en su ensayo.

A lo largo de las muchas páginas de este panorama literario, Henríquez Ureña habla individualmente de muchos, muchos escritores americanos, pero al comenzar advierte que las omisiones no implican necesariamente opinión desfavorable. El estudia conjuntos, movimientos, orientaciones; y habla de los escritores como ejemplos, como ilustraciones de momentos o direcciones especiales de la vida literaria.

El teatro americano también se modifica en esos años; surgen los grupos innovadores de los teatros pequeños; los jóvenes universitarios hacen buen teatro en todo el país; surge Eugene O'Neill, el primer dramaturgo entero que dan los Estados Unidos. Y agrega Henríquez Ureña que el realismo de O'Neill es una acerba crítica del mundo moderno, pero animado por hondas piedades para los miserables, los opresos, los desheredados.

En poesía el problema de la forma está victoriosamente resuelto: hay un buen número de poetas cuya expresión es eficaz, y, para sus fines, perfecta. Aún más: durante los últimos veinte años, es en los Estados Unidos, más que en Inglaterra, adonde la poesía de lengua inglesa ha buscado y ha encontrado formas nuevas... Altos propósitos animan a los poetas. Dos principales: uno de forma, la expresión acendrada y el ritmo libre; otro, de contenido, el anhelo de dar voz al alma de la tierra, al espíritu patrio.

Eso dice Henríquez Ureña de la poesía, entonces, en los Estados Unidos; y agrega, a manera de conclusión, que el alma de los Estados Unidos, el alma nueva, la futura salvación espiritual, encarna en hombres como sus poetas mayores, como sus novelistas mejores, hombres que se niegan al reposo, a la cómoda aquiescencia, y van, con su vida de fe, de esfuerzo, hasta la pobreza sencilla en medio de tanta prosperidad ciega, con su prédica y su arte, labrando piedras para la casa de la luz.

Al incluir este magnífico trabajo al final de su libro, en 1928, dijo don Pedro que lo hacía como término de comparación: el panorama literario de los Estados Unidos en el siglo XX frente al tema de Hispanoamérica de los demás trabajos incluidos. Dice que en los Estados Unidos, como en nuestra América, la orientación de la literatura es problema nacional, en discusión inquieta, incesante.



Durante los años que Pedro Henríquez Ureña vivió en México, del 1906 al 1914, no descuidó a los Estados Unidos, y escribía sus crónicas y críticas teatrales de lo que pasaba en Nueva York. Por ejemplo, el 15 de febrero y el 15 de marzo de 1909 aparecieron en México las extensas crónicas de que ya hablamos en la sección de arte y música.

Al volver don Pedro a vivir en los Estados Unidos, a partir de 1914, volvió a observar y estudiar todo lo americano y, principalmente, su literatura, su arte, y su política, no solamente por su interés personal de siempre en estas cosas sino para reportarlas en el periódico de La Habana que lo envió como corresponsal, y luego para *Las Novedades* de Nueva York, adonde se trasladó cuando cesó su empleo con el periódico cubano. En esa época, del 1914 al 1916, escribió don Pedro muchísimo para esos periódicos, y luego, durante sus años de Minnesota escribió siempre también. Mencionaremos algunos de estos trabajos, a continuación, los que se relacionan con la literatura norteamericana.

Todavía en Cuba, en 1914, publicó en *El Fígaro* un trabajo titulado "La Vida Literaria en Nueva York. La interesante encuesta de Times" que firmó M. de Phocás. En 1915, el 21 de enero, publicó el *Heraldo de Cuba* su artículo "Máquinas de Conferencias" que fue una de sus crónicas "Desde Washington" que él firmaba E.P. Garduño. Las máquinas de conferencias del título se refieren a las conferencistas de profesión, tan en boga en los Estados Unidos. Cada una de estas mujeres, que hablan en público, dice don Pedro, se convierte en una máquina de conferencias. En esos días la discusión del sufragio femenino atraía a multitud de mujeres militantes a las plataformas de todos los rincones de los Estados Unidos. Fue un fenómeno social, al mismo tiempo que literario, que agitó muchísimo al público norteamericano. Dice Henríquez Ureña que no hay que culpar a estas damas; que no son ellas las autoras del desastre, sino que el género "conferencia" se había popularizado con exceso en los Estados Unidos; que el resultado es que la conferencia así es una simulación de alta cultura y se ha vuelto cosa mecánica, trivial, mediocre; y él no excluye a los hombres conferencistas.

Más interesante es el trabajo de Henríquez Ureña titulado "Poetas de los Estados Unidos" que publicó el 3 de octubre de 1915 en *El Fígaro* de La Habana. Es un trabajo largo en forma dialogada, entre un "recién llegado" y un "residente" que hablan sobre el tema del título. Es un trabajo muy bien escrito y concebido, muy informativo con respecto a la poesía y los poetas norteamericanos. Nos habla de las orientaciones nuevas en la literatura de los Estados Unidos. Dice que los poetas abandonaban la poesía refinada de antes y pedían inquietud, realidad, sangre. Hablan los dos interlocutores de muchos poetas del momento, hasta que llegan a Salomón de la Selva, en quien Henríquez Ureña estaba muy interesado como poeta y como amigo. El "recién llegado" le pregunta que quién es Salomón de la Selva, y el "residente" le contesta que es uno de los poetas de mayor promesa en los Estados Unidos. Salomón de la Selva había nacido en Centro América, en la patria de Rubén Darío, pero había vivido tanto en los Estados Unidos que se expresaba mejor en inglés que en español, y escribió toda su primera poesía en inglés y en Nueva York. La admiración y el cariño eran mutuos entre Salomón de la Selva y Pedro Henríquez Ureña. Vamos a comentar sobre los artículos que escribió Henríquez Ureña sobre él, entonces y después.

En *Las Novedades* salió el artículo corto de Henríquez Ureña titulado "Salomón de la Selva" el 22 de julio de 1915. Habla del triunfo del poeta, que le coloca en primera fila, con su poema *A Tale from Fairyland (Cuento del País de las Hadas)* que había sido publicado en la aristocrática revista *The Forum*. Y se extiende Henríquez Ureña sobre el poema, pero dice poco del poeta.

Pasó el tiempo. Henríquez Ureña se fue a Minnesota y Salomón de la Selva se fue a Europa y a la Gran Guerra. Pero el 6 de abril de 1919 publicó *El Fígaro* de La Habana un extenso trabajo de don Pedro, también titulado simplemente "Salomón de la Selva" en que daba noticias del poeta. Dice que por cartas había sabido que de la Selva había sobrevivido la Gran Guerra; él se había alistado en el ejército inglés, a mediados de 1918, cuando acababa de publicar su primer libro de versos en inglés. Si en el

articulito de 1915 habló don Pedro muy poco del poeta, en éste de 1919 nos habla mucho de él, de su vida y de su obra.

Siempre interesado en los Estados Unidos, Pedro Henríquez Ureña los incluyó en un curso que dio en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires en 1926. Tenemos a la vista las amplias notas del mismo que se publicaron en la *Revista de Educación* de Santo Domingo el 31 de diciembre de 1932, cuando Henríquez Ureña vivía allí como Superintendente de Enseñanza. Es un trabajo extenso y muy bien organizado, con el título de “Tipos Americanos de Organización Social” que está dividido en secciones. La primera sección se titula “Los Estados Unidos: Ricos y Pobres” y la segunda sección se titula “Los Estados Unidos y la Socialización involuntaria de la Riqueza”. Vamos a hablar de ambas secciones a continuación. El resto del trabajo se refiere a “México y sus Problemas”, y “La Antigua Sociedad Patriarcal de las Antillas”.

Comienza Henríquez Ureña diciendo que la elemental clasificación de los miembros de una sociedad en ricos y pobres adquiere en los Estados Unidos un valor especial. Dice que la norma de vida, en el orden económico, es allí la libre competencia, y el hombre que tiene éxito económico es el que pasa a tipo dominante. El norteamericano, pues, ha reducido la existencia social a uno de sus términos elementales: el económico. Pero, advierte Henríquez Ureña, el norteamericano, que se sintió feliz mientras su experimento político-económico era nuevo, ya va rápidamente perdiendo la felicidad: no sólo porque la riqueza no se distribuye de modo satisfactorio, y la democracia degenera en plutocracia, sino porque se vive en perpetua tensión e inquietud, en punto de crisis nerviosa.

En “Los Estados Unidos y la Socialización Involuntaria de la Riqueza” trata Henríquez Ureña del “trust” americano, la gran corporación que absorbe y monopoliza todo un ramo de negocios. Es admirable lo bien informado que estaba Henríquez Ureña de ese aspecto de la economía norteamericana. Hacia el final dice que la descentralización de la propiedad es evidente, pero la concentración de la administración subsiste, que todo se “trustifica” y todo se concentra: industrias, minas, agricultura,

comercio, hasta los periódicos y los teatros.

En 1941 había regresado Pedro Henríquez Ureña a Buenos Aires después de dictar sus conferencias en Harvard. Tenía impresiones nuevas de los Estados Unidos. Al volver a formar parte del grupo de escritores que colaboraban con Victoria Ocampo en su revista *Sur*, se encontró en los “Debates Sobre Temas Sociológicos” que allí se celebraban. En el número de agosto de ese año, de la revista, está un primer debate acerca de *Los Irresponsables (A Time To Speak)* obra del poeta y escritor americano Archibald Mac Leish. En el número de septiembre hay otro debate con “Nuevas Perspectivas” sobre el mismo tema. Al año siguiente, 1942, don Pedro y dos más tradujeron el libro de Mac Leish al español y le dieron el nombre *Los Irresponsables* que es el título del primer trabajo en la colección que forma el libro.

Como lo que nos interesa aquí es la parte que tomó Pedro Henríquez Ureña en estos debates sobre un tema norteamericano que incluye las letras y los intelectuales de los Estados Unidos, vamos a referirnos solamente a sus comentarios personales. Dice que él participa del punto de vista de Mac Leish, en cuanto a creer que en ese momento estaban pasando por un instante de decadencia de la cultura, y que la cultura resulta inadecuada para la vida que debe servir. Aclara a los presentes en el debate que Mac Leish ha censurado a los intelectuales de los Estados Unidos por haber hecho una labor destructora y no constructora en materia social, al juzgar la sociedad en que viven. Con lo cual han hecho perder a los jóvenes la fe en las grandes ideas del pasado, como democracia y libertad.

## LA LITERATURA ESPAÑOLA

Buscando siempre nuestra verdadera identidad, nuestra propia expresión, Pedro Henríquez Ureña fue de los primeros hispanoamericanos que comprendió y predicó la necesidad de estudiar a España y todo lo español en nuestro pasado a fin de comprender sus influencias en nuestro presente. Fue de los primeros que estudió y enseñó, desde la cátedra y en su obra escrita, la literatura y la cultura españolas. Como dijo Medardo Vitier, "si nos fijamos en los apuntes y estudios de todos sus libros, resaltan los temas hispánicos. A ellos vuelve frecuentemente. Es un hispanista."<sup>153</sup>

España, sus hombres y sus cosas le atrajeron fuertemente. Todos los momentos de la cultura de la Península, desde la Edad Media hasta la época contemporánea, fueron el constante motivo de su diligencia infatigable. Las características de lo español en las tierras de este lado del océano dieron origen al núcleo más importante de sus investigaciones.<sup>154</sup>

En 1907 escribió Henríquez Ureña su extenso e inspirado trabajo titulado "Un Clásico del Siglo XX" sobre el poeta castellano, típicamente castellano, un poeta raro y singular de nuestra época, como dice Henríquez Ureña, José María Gabriel y Galán. Apareció en *Revista Moderna de México* en julio de ese año, y en 1910 en el segundo libro de Henríquez Ureña. Originalmente fue una conferencia pronunciada por él el 26 de junio de 1907 en la Tercera Velada de la Sociedad de Conferencias de México. Volvió a publicarse, el 15 de diciembre de 1933, en *Repertorio Americano* de San José de Costa Rica.

Dice Henríquez Ureña que Gabriel y Galán fue un poeta radicalmente distinto de sus coetáneos, y que fue clásico por

<sup>153</sup> Vitier, Del Ensayo Americano, p. 214

<sup>154</sup> Revista de Filología Hispánica, 1946, VIII-194.

temperamento y por escuela, aunque su escuela se limita al clasicismo español; fue la voz de los campesinos de Salamanca y Extremadura; sintió con ellos, cantó en su propia fabla y sorprendió los grandes momentos poéticos, dulces o dolorosos, de su vida. Viéndose entre campesinos, Gabriel y Galán, dice Henríquez Ureña, se considera uno de ellos. De ahí deriva su profundo y optimista sentido de vitalidad, como en los versos en que habla la sombra de la amada:

....La vida es bella;  
si en ella descubrieses, tras mi huella,  
la honda belleza de que está nutrida,  
y me quieres amar.... ama la vida,  
que a Dios y a mí nos amarás en ella.

José María Gabriel y Galán fue un verdadero poeta social, como admirablemente lo define la Pardo Bazán; fue la voz íntima y épica de su tierra y de su pueblo. Al contemplarlo en la grandeza de su muerte, grandeza de serenidad trágica, dice Henríquez Ureña que el espíritu de Gabriel y Galán fue mansión de paz.

Como ya hemos mencionado, durante la visita del historiador español Rafael Altamira a México, el Ateneo de la Juventud, del cual Pedro era miembro principal, le dedicó una velada cultural. Esa noche Pedro leyó su trabajo sobre "El Maestro Hernán Pérez de Oliva" que luego se fue publicando por fragmentos en distintas publicaciones. Henríquez Ureña incluyó este extenso y excelente trabajo en sus dos libros de temas españoles, en 1922 y 1940.

Henríquez Ureña introduce a Pérez de Oliva como obrero del pensamiento y artífice de la lengua, en la España de Carlos V, hijo de Córdoba, estudiante de Salamanca y de Alcalá, de París y de Roma; protegido de León X y de Adriano VI; finalmente catedrático y rector (1529) de la Universidad salmantina. Vida breve la suya, nació hacia 1494 y murió en 1531, cuando acababa de nombrársele preceptor del príncipe heredero, el futuro Felipe II. La suya fue una vida de trabajo y de triunfos. Este fue uno de los muchos y buenos estudios de Pedro Henríquez Ureña sobre el Renacimiento español: él siempre tuvo la intención de publicar un

libro dedicado enteramente a esa época de la literatura y la cultura de España. A continuación vamos a reproducir el último párrafo del ensayo sobre Pérez de Oliva.

Espíritu lleno de juvenil vigor y rico en la disciplina de la madurez; curioso de la vida como del arte y de la ciencia; físico original; pensador interesante; defensor ingenioso y hábil cultivador de la lengua patria; artista sobre cuya obra irradió a veces la luz inmortal del espíritu griego: tal fue el Maestro Hernán Pérez de Oliva. Su labor activa y escrita merece estudio: en él se descubre un ejemplo típico de la época de Carlos V, ágil y curiosa como pocas en España; no desligada de la tradición medieval, pero abierta a las innovaciones del Renacimiento: cuadro histórico que iba a modificarse profundamente poco después.

Primero en México, después en los Estados Unidos, y más tarde en la Argentina, Pedro Henríquez Ureña enseñó en su cátedra la literatura española en sus diferentes aspectos. Su interés por la literatura de España fue profundo, como una base indispensable para el estudio de su mayor interés: la literatura, historia, cultura de la América hispánica. Para usar en sus clases, organizó él en México y publicó en 1913, unas *Tablas Cronológicas de la Literatura Española*. Esa primera edición la lanzó la Universidad Popular Mexicana, pero en 1920 apareció una segunda edición publicada por D.C. Heath & Co. de Boston y Nueva York, con modificaciones y ampliada en su contenido. Estas *Tablas Cronológicas de la Literatura Española* se usan todavía en colegios y universidades de las Américas, pues resultan muy convenientes para consultar y para referencias. Como no van acompañando a ningún texto, sino que son para usarse solas en consulta, contienen con cada nombre suficiente información para satisfacer a quien busca esa referencia.

Encontramos que las *Tablas* están en orden cronológico, comenzando con los siglos XII y XIII de la Edad Media, en una serie de columnas, de modo que los diferentes datos sobre cada autor corresponden horizontalmente en cada página. Es un método funcional que hace fácil el usar el libro para rápidas referencias. En la segunda edición, Henríquez Ureña añadió el siglo

XX hasta el 1920, año de la edición.

En 1914 escribió Henríquez Ureña otro famoso trabajo suyo de tema español "Rioja y el sentimiento de las flores" que se publicó entonces en *Revista de América*, de París, y en *España*, de Madrid, más tarde, en el año 1920. Apareció también incluido en sus libros de temas españoles de 1922 y 1940. Es éste un trabajito corto pero excelente; ha sido reproducido en varias colecciones de trabajos de don Pedro después de su muerte, y contiene inspiradas páginas, literariamente hablando. El ensayo comienza desarrollando el tema del título: existe en Rioja, poeta menor, hombre de vida opaca, un rasgo personal y singular, el más delicado atractivo de su poesía: el sentimiento apasionado, fino y ardiente, de la vida maravillosa y efímera de las flores.

El sentimiento de las flores es uno de los sentimientos más antiguos en el arte: tan primario y tan definitivo a la vez, que no es extraño caiga fácilmente en ridícula puerilidad y a pesar de todo subsista y perdure.... La flor se ofrecía como expresión libre y pura de las cosas vivas: no primordialmente como signo de la primavera, porque mucho antes la denuncian las nuevas hojas; no como enunciación del fruto, porque las plantas florales no dan los mejores; desde temprano la flor se incorpora a la decoración arquitectónica, como antes se empleó en el adorno del cuerpo humano; y se convierte en símbolo de la belleza, en especial la belleza de la mujer.

Así habla Pedro Henríquez Ureña al comienzo del ensayo, y explica cómo Rioja acabó por interesarse más en la flor que en el hombre; dice que el poeta llegó a olvidar el tema humano y a cantar sólo la maravilla efímera de las flores y formó un jardín poético, ardiente de esplendor y de pasión, que le inspiró sus mejores versos, los más originales.

Don Pedro escribió un ensayito corto que tituló "De la Nueva Interpretación de Cervantes" y que fue publicado en *Las Novedades* de Nueva York en abril de 1916, reproducido más tarde en La Habana y en San José de Costa Rica, e incluido, modificado y con el simple título "Cervantes", en su libro de temas es-



pañoles en 1922. Vamos a reproducir a continuación algunas de las líneas de este ensayo.

La gran epopeya cómica, como puerta de trágica ironía, se cierra sobre las irreales andanzas de la Edad Media y las nunca satisfechas ambiciones del Renacimiento y se abre sobre las prosaicas perspectivas de la edad moderna. . . . Este caballero andante, con su amor al heroísmo de la Edad Media y su devoción a la cultura del Renacimiento, es víctima de la nueva sociedad, inesperadamente mezquina, donde hasta los duques tienen alma vulgar. . . Don Quijote va a ser el símbolo de toda protesta contra las mezquindades innecesarias de la vida social, en nombre de ideales superiores.

Don Pedro visitó a España por la primera vez durante el verano de 1917. Al volver a los Estados Unidos al terminar el verano don Pedro escribió algunos ensayos con temas españoles. El primero fue "El Espíritu y las Máquinas. Impresiones de un viaje a España" que apareció en *El Gráfico* de Nueva York en octubre. Luego se publicó en otras partes.

En ese ensayo llega Henríquez Ureña a la conclusión de que no está en el espíritu el mal de España sino en la deficiencia de las técnicas, en la insuficiencia de las máquinas. Sobre todo se refiere a la maquinaria de la instrucción. Dice que la inquietud nacional de España comienza en 1898 y no termina aún. Y esto lo escribió Henríquez Ureña en 1917; podemos afirmar hoy que esa inquietud en España no termina aún.

Otro escritor ilustre con quien hizo Henríquez Ureña amistad, primero en Nueva York y luego en España, fue Juan Ramón Jiménez. En Minneapolis en 1918 escribió un trabajo sobre el poeta que tituló "La Obra de Juan Ramón Jiménez" que se publicó en *Cuba Contemporánea* de La Habana en 1919, en *Repertorio Americano* en 1920, sirvió de prólogo a las *Poesías* de Juan Ramón Jiménez editadas en México en 1923, y fue incluido en el libro de temas españoles de Henríquez Ureña en 1922. Don Pedro admiraba profundamente a Juan Ramón, a su poesía, y escribió con raro entusiasmo de él.

He aquí poesía para embriagarnos de ella. Para mecernos, abandonando la voluntad plenamente, en el vértigo suave de la claridad y la melodía infinitas; para ascender, luego, por la escala espiritual del éxtasis. Con lento y eficaz sortilegio, su mar sonoro y su niebla fosforescente nos apartarán del mundo de las diarias apariencias, y sólo quedará, para nuestro espíritu absorto, la esencia pura de la luz y la música del mundo.

Así comienza Henríquez Ureña su ensayo sobre Juan Ramón Jiménez y su obra. Volvió por un momento a la prosa lírica de sus entusiasmos juveniles, embriagado con la obra del poeta. Nos habla luego de la Andalucía interior, recóndita, de Juan Ramón, y de su sensibilidad aguda, fina y ardiente. Dice que la obra de Jiménez se inicia temprano y desde temprano es perfecta, que él va poco a poco sacando a la luz sus tesoros, y el mundo exterior va poblándose de imágenes, de formas nuevas, y el poeta las va acogiendo con amor ardoroso, y se enriquece también la música de sus versos, pero toda su preocupación es irse cada vez más adentro hacia las verdades inmarcesibles. Juan Ramón aspira a revelarnos su visión del paraíso, dice Henríquez Ureña.

Recordemos aquí que don Pedro vivió un año en Madrid, de 1919 a 1920, y que entonces publicó el Centro de Estudios Históricos su gran obra *La Versificación Irregular en la Poesía Castellana* que había sido su disertación doctoral en la Universidad de Minnesota en 1918. De esta obra trataremos en el capítulo que tratará de la filología de Henríquez Ureña. Durante ese año escribió también crónicas y otros trabajos para publicaciones en ambos lados del Atlántico. Escribió de los hispanoamericanos en España, de las letras y la prosa castellanas, de Pérez Galdós, y de otras figuras y cosas.

Vivía nuevamente Pedro Henríquez Ureña en México, durante su segunda etapa mexicana, y en 1922 publicó allí su primer libro de temas españoles, *En la Orilla, Mi España*, edición de México Moderno. Comienza el libro con unos "Preliminares" a manera de introducción. Siguen tres trabajos cortos: ya hablamos de "El Espíritu y las Máquinas" y a continuación vamos a

bosquejar los otros dos.

En "De París a Madrid" seguimos las impresiones de don Pedro en su viaje de una ciudad a otra; hace comparaciones de la capital española con París y con Nueva York; hace crónica de arte y de música en Madrid; habla de su Ateneo que da carácter único y eminente a la ciudad; dice que nada semejante posee París. Y de la política española solamente dice: "Ay, la política!"

Y el último de esos trabajos cortos que inician el libro es "La Antología de la Ciudad" en que habla, separadamente, de varias ciudades españolas: Sevilla, Córdoba, Toledo y Madrid. El primer párrafo, a manera de introducción, dice que cada ciudad tiene su espíritu, su aire, su sello propio. Sevilla, reina de las ciudades españolas; Córdoba, la poesía mora de su Mezquita; Granada y su incomparable Alhambra; Toledo, fusión de contrastes; Avila, ciudad amurallada; Madrid, ¡ah, Madrid!

Sigue una sección del libro que se titula "Artes —Letras" y que comienza con el ensayo "Adolfo Salazar y la Vida Musical en España" en que confiesa Henríquez Ureña que cuando se mira de cerca la vida espiritual de la España contemporánea, sorprende el apasionado interés que despierta la música. Adolfo Salazar es compositor, crítico y artista. Y nos habla Henríquez Ureña de Salazar y de sus actuaciones. En el ensayo siguiente, que titula "Goyescas", nos habla de Granados, de su música y de su gran nacionalismo artístico. Dice que en las piezas que para el piano compuso bajo el título de "Goyescas" así como en la ópera que de ellas nació, Granados ha unido a la inspiración de la música nativa la sugestión de la obra y la época de Goya.

José Moreno Villa pertenece a la aristocracia cerrada de la literatura española, nos dice Pedro Henríquez Ureña en su buen ensayo "En Torno al Poeta Moreno Villa" que sigue en el libro y que él había escrito en Minneapolis en 1921. Nos habla del poeta malagueño que estudió en Alemania y vivió en Castilla, nos habla de sus libros de versos: unos de sabor andaluz y otros de sabor castellano, y nos habla de pintura y pintores que interesaron a Moreno Villa. A ese ensayo sigue el de Juan Ramón Jiménez y su

obra, del cual ya hemos hablado.

El trabajo más extenso del libro es el ensayo “En Torno a Azorín” que fue escrito en dos partes separadamente: la primera en La Habana en 1914, la parte más extensa. Era una reseña crítica del libro *Los Valores Literarios* de Azorín; y la segunda parte la escribió en 1920 durante su permanencia de un año en Madrid. En 1914 había escrito lo siguiente.

Reconózcase, ahora, que Azorín trae un sentido nuevo al entendimiento de las letras españolas. No es lo que vulgarmente se llama impresionismo. No es escéptico, sino afirmativo. Es una especie de individualismo, enemigo de fórmulas acumuladas, abstracciones que tienden a quedarse vacías por el uso; se dirige a la obra sin prejuicios, y en lo posible sin preconceptos, y la estudia como cosa individual y concreta, libremente, interpretándola, por las enseñanzas que ofrezca en experiencia humana y en recursos literarios. La historia misma la contempla de modo personal. Los procedimientos de selección y de síntesis, necesarios a toda historia y a toda crítica, los aplica Azorín a sorprender nuevos aspectos y a ensayar síntesis nuevas.

De dos de los trabajos de este libro ya hemos hablado: “El Maestro Hernán Pérez de Oliva” y “Rioja y el Sentimiento de las Flores” —y de otro trabajo también incluido con el título “Don Juan Ruiz de Alarcón” podemos decir que fue un fragmento del famoso trabajo de Henríquez Ureña sobre Alarcón, de que también hemos hablado ya. Al final del libro encontramos una sección corta con tres apuntes: “Explicación” en que Henríquez Ureña explica su intención de escribir un libro sobre el Renacimiento en España; “Los Poetas Líricos” en que dice que el que estudie la lírica española de los siglos XVI y XVII encontrará riquezas insospechadas; y, por último, “Cervantes” en que habla de la gran epopeya cómica, como puerta de trágica ironía que se cierra sobre las irreales andanzas de la Edad Media y las nunca satisfechas ambiciones del Renacimiento y se abre sobre las prosaicas perspectivas de la edad moderna. Esa sección final de

*En la Orilla. Mi España*, la tituló Henríquez Ureña "El Renacimiento en España" como avance al libro que quería escribir sobre dicho tema. Ese fue uno de los muchos libros que don Pedro quiso escribir pero que nunca llegó a convertir en realidad.

En todos los trabajos de ese libro, históricos y de actualidad, se manifiesta el estudioso, erudito y pulcro hispanista. Incluye en esta colección algunos fragmentos sueltos que se integran bien dentro del conjunto hispánico del libro. Vamos a reproducir a continuación algunos de los comentarios que hace en "Preliminares" al comenzar el libro.

El contacto con la vida española, fuera de Madrid, lejos de los "vicios de la corte", es toda una lección de humanidad: aquella vida de gentes sufridas y bondadosas, a quienes los siglos de dura experiencia no han quitado el don de simpatía... En ellos sobrevive el viejo espíritu de la democracia española que tuvo su origen en los Pirineos y su apogeo en Zaragoza. He aquí un pueblo que realizó grandes cosas, que trata de realizarlas todavía, que conserva una capacidad sorprendente, en desproporción con sus medios, con sus recursos de acción. Por mi raza ha hablado el espíritu; por mi raza hablará de nuevo: todo está en que vuelva a dominar todos los medios de expresión.

En cuanto a su larga ambición de escribir una serie de estudios sobre el Renacimiento en España, Henríquez Ureña llegó a escribir algunos que ya hemos mencionado, uno sobre Rioja y otro sobre Pérez de Oliva, pero nunca tuvo suficiente para el libro que quería. La tesis que él aspiró a desarrollar fue que si por Renacimiento se entiende un movimiento semejante al de Italia, en España no lo hay; pero sí existen allí manifestaciones que tienen el "carácter Renacimiento", sobre todo en la época de Carlos V. Dice que al estudiar el Renacimiento en la literatura española hay que estudiar, no una época, sino un estilo: así como hay creaciones españolas de estilo Renacimiento en la arquitectura, las hay en las letras.

En 1929 se publicó en Buenos Aires una antología que había seleccionado y prologado don Pedro *Cien de las Mejores Poesías Castellanas*, que tuvo y sigue teniendo un gran éxito... Se han publicado varias ediciones.

Esta antología poética comienza con el Arcipreste de Hita y termina con Rubén Darío. Al final, naturalmente, aparecen los poetas de Hispanoamérica, pero el libro es casi todo de poetas españoles. Para limitar lo contemporáneo, don Pedro solamente incluyó poetas ya muertos.

“El amigo de América” es como llama don Pedro en un ensayo a don Ramón del Valle-Inclán por sus viajes a México y su marcado interés por nuestra América. Este trabajo apareció en *La Nación* de Buenos Aires el 26 de enero de 1936. Habla del Valle-Inclán joven y su entusiasmo por México, y del Valle Inclán maduro que volvió allí unos veinte y cinco años más tarde, y de cómo del cultivo de su América salió el fruto maduro que es *Tirano Banderas*. Don Pedro hizo un viaje de ocho días por vapor y Valle-Inclán también, de modo que hicieron buena amistad: el buen americano y el amigo de América.

Si Pedro Henríquez Ureña dedicó lo mejor de su obra y de su pensamiento a Hispanoamérica, nunca descuidó su patria y siempre estudió las literaturas extranjeras. Consideró, desde sus años juveniles, que la cultura española, como también su literatura, eran parte indispensable para comprender a Hispanoamérica. Por eso sus numerosos trabajos sobre cosas de España; por eso su constante interés en la literatura española durante toda su vida.

En 1940 publicó Henríquez Ureña su segundo libro de temas españoles, *Plenitud de España*, lanzado por la Editorial Losada en Buenos Aires. Seleccionó sus trabajos más recientes y volvió a incluir algunos de los anteriores; unos son ensayos críticos, otros son ensayos históricos, pero todos son, en parte, ensayos literarios.

En el título "Plenitud de España" reconocemos al Pedro Henríquez Ureña hispanista. En el subtítulo del libro, "Estudios de Historia de la Cultura", reconocemos al Pedro Henríquez Ureña historiador. Como en su otro libro de temas españoles, la variedad de temas no destruye la unidad que el autor percibe en sus cosas españolas. En estos trabajos el autor no se fija en la España moderna sino en la España clásica. Dos o tres de los ensayos se refieren a temas de la Edad Media, pero la mayoría corresponden al Renacimiento y al Siglo de Oro de España. El primero se titula "España en la Cultura Moderna" y vamos a reproducir a continuación algunos de sus párrafos.

El problema de la función de España en la cultura moderna de Occidente está ligado al de la función que tuvo en el Renacimiento.

En la teoría de la literatura, los españoles tuvieron libertad y vuelo desusados entonces, levantándose a concepciones generales que se sobreponían a las estrechamente derivadas de la antigüedad clásica, puras o con deformaciones.

Las teorías literarias de los españoles no eran conocidas fuera de España, pero las obras literarias sí. A partir del siglo XVI, Europa se enriquece con el saqueo de España, como antes con el saqueo de Italia.

Sus dos trabajos de 1935 sobre Lope de Vega fueron incluidos en este volumen: el primero se titula "Tradición e Innovación de Lope de Vega" y el segundo se titula "Esplendor, Eclipse y Resurgimiento de Lope de Vega". Esos trabajos fueron escritos con motivo del tricentenario de la muerte del gran genio español. "Tradición e Innovación" apareció en *Sur* de Buenos Aires en 1935 y trata de Lope y su España.

Dice Henríquez Ureña que toda España está en Lope: toda la España de la plenitud, toda la España de los siglos de germinación y de lucha, la España épica y la España novelesca. Lope de Vega nació en el momento en que España se siente dueña de sí. En su obra se unirán tradición e innovación: ese es

el tema del artículo de don Pedro. Según él, porque Lope ve poéticamente a toda España, desde las minucias de su vida diaria hasta sus sueños recónditos, porque ama toda su tierra, desde la jara de sus caminos hasta la veleta de sus torres, y siente con todo su pueblo, compartiendo desde su irreflexiva violencia en amores y ambiciones, cuchilladas y duelos, hasta su limpio espíritu de fraternidad humana, Lope es poeta a quien habrán de acudir siempre cuantos quieran sentir viva y cordial la ingenua llama en que arde el espíritu de los pueblos hispánicos. Veamos como sintetiza Henríquez Ureña a Lope de Vega:

Lope, que no tiene otra religión sino la tradicional ni otra estética sino la del Renacimiento, y es innovador en la teoría del drama porque su propio éxito lo convence, en política no tiene doctrina: el mundo es como es, el rey es rey, y no se le ocurre pensar otra cosa ni leer a los pensadores. Lugares comunes y breves le bastan. Pero, si no tiene principios, tiene sentimientos, que le llevan fuera de la España de los Austrias, hacia su centro propio, la España de la tradición, la España épica, con su vida sencilla, con su bravo vigor de iniciativa, con sus reyes populares, apoyados en la voluntad de hombres libres, con sus patriarcas democráticos, con sus multitudes justicieras. La España novelesca de su tiempo le deslumbra y divierte; la España épica del pasado le ennoblece y exalta. A veces, sin pensarlo, se va más lejos, traspone las fronteras de su España, hasta traspone las fronteras del cristianismo, rumbo a la edad de oro, rumbo al sueño de la vida perfecta, inocente, libre, segura: uno de los ideales del Renacimiento. Este ideal se expresa siempre de paso, en cuadros de vida rústica o de existencia primitiva.

El otro ensayo fue "Esplendor, Eclipse y Resurgimiento de Lope de Vega" y fue primeramente publicado en *La Nación* de Buenos Aires el 25 de agosto de 1935. Este trabajo es el complemento del primero: "Tradición e Innovación" que acabamos de comentar. Henríquez Ureña se pregunta: "¿Cómo se explican el triunfo y el eclipse de Lope de Vega?" Dice que para el triunfo no hubo dificultades, el momento lo brindaba. El



pueblo español, como el francés, como el inglés, acababa de descubrir los placeres de la gran diversión moderna: el teatro; cosa nueva en Europa. Lope llega, en España, en el minuto propicio.

El eclipse de Lope lo analiza Henríquez Ureña explicando que, como el don creador queda agotado en cien años, a causa de los problemas espirituales de la vida de los pueblos, Calderón recoge para sí, como el último de los grandes, toda la fama y permanece, para el vulgo, como el poeta máximo de España. Lope queda atrás, como figura de fondo, a ratos en eclipse tras el astro próximo. Pero no estaba olvidado Lope, vuelve a la popularidad escénica, pero destrozado y contrahecho. Sólo en el siglo XX volverá, por fin, a las obras intactas. Lope resurge en plenitud, y es hoy el centro de una inmensa biblioteca de investigaciones.

Dos de los trabajos incluidos en *Plenitud de España* hemos comentado ya a su debido tiempo; son los viejos trabajos "Rioja y el sentimiento de las flores" y "Hernán Pérez de Oliva" que don Pedro había escrito muchos años antes. Los otros dos trabajos extensos del libro son "El Arcipreste de Hita" y "Cultura española de la Edad Media" que vamos a comentar a continuación.

Pedro Henríquez Ureña agregó "El Arcipreste de Hita" a su libro *Plenitud de España* en la segunda edición de 1945. Este trabajo fue originalmente una conferencia que dio don Pedro en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, en 1943, a petición de la Institución Cultural Española; se publicó en *Sur* en noviembre de ese mismo año.

Dice Henríquez Ureña que vemos al Arcipreste aislado en la España del siglo XIV, pero lo vemos tan español, tan castellano, que comprendemos que nunca pudo parecer hombre raro ni extraño a sus vecinos. Parte de sus rasgos característicos nos los explica su tierra; parte, la época. Hay aspectos de su obra que no tienen paralelo en la España de su tiempo, pero sí fuera, en la literatura europea. La versificación de la parte

narrativa y doctrinal del *Libro del Buen Amor* es, ciertamente, la del “mester de clerecía, la cuaderna vía o cuartetos alejandrinos de rima única”. El Arcipreste es a la vez el poeta más personal y el más representativo de su tiempo. Su mundo es el mundo cotidiano, y el amor que predica es, muchas veces, el buen amor de su título.

“Cultura Española de la Edad Media” es un buen recuento histórico del desenvolvimiento del idioma y de la cultura de la península durante esa época. La historia de la cultura y la historia de la lengua fueron temas favoritos de Pedro Henríquez Ureña; los exploró extensamente en Hispanoamérica y, en trabajos como éste, los exploró también en España. Veamos algo de lo que escribió en este ensayo.

El siglo XIII es culminación y perfección de la Edad Media, es su época clásica. El siglo XIV es de crisis, de disolución y cambio. No hay crisis de la fe, pero sí de la cultura intelectual... Si la actividad intelectual pura descende, la artística se mantiene. La arquitectura gótica se hace española, con sus espacios lisos y su simplificación de elementos constructivos, con sus infiltraciones árabes... En el siglo XV, España está definitivamente ligada al mundo occidental. Su política es la política de unificación, tema de aquel tiempo. La cultura se modifica a paso lento. Con Isabel la Católica el movimiento se acelera. La reina es mujer del Renacimiento. De Italia recibe España la nueva orientación de los estudios clásicos. Trasládóronse al país humanistas italianos. La literatura del siglo XV es abundantísima, pero de pocas obras centrales.

Dice Henríquez Ureña que tres siglos de actividad fecunda, desde Fernando el Santo hasta Isabael la Católica, hicieron de España, en la época del Descubrimiento de América, nación poderosa en Europa. Había sido para Occidente la intérprete de la cultura oriental, única real cultura filosófica, científica y técnica del Viejo Mundo desde el siglo VIII hasta el XII. Ahora, en 1492, la España cristiana era uno de los pueblos directores de la cultura occidental. Agrega Henríquez Ureña que América nace en el mediodía luminoso de la abundancia espiritual de España.

La sección final de *Plenitud de España* se titula "Apuntaciones Marginales" y contiene nueve trabajos cortos. Estos trabajos cortos, junto con los extensos anteriores, contribuyeron al cuadro histórico de la cultura y la literatura de España. Vemos desfilar figuras y épocas, la Edad Media y el Renacimiento en este libro. Nos habla de la poesía tradicional española, de *La Celestina*, de Cervantes y sus *Novelas Ejemplares*, de Tirso de Molina, de Calderón, de Góngora y de otros temas y figuras de España.

A manera de conclusión, Henríquez Ureña cierra su *Plenitud de España* con una "Explicación" en la cual expresa que los trabajos reunidos en ese volumen son frutos de larga atención dedicada a la cultura española. Los trabajos breves agrupados como "Apuntaciones Marginales" son, los unos, comentarios de libros; los otros, prólogos. Varias son las introducciones a volúmenes de la colección *Las Cien Obras Maestras de la Literatura y el Pensamiento Universal* que él editaba en la Editorial Losada.

Los últimos años de Pedro Henríquez Ureña, después de la publicación de *Plenitud de España*, fueron los más ocupados de su ocupada vida. Su atención a España menguó en lo creativo; escribió todavía varios trabajos cortos de temas españoles, pero ya nada largo, y tampoco logró ese libro que siempre había querido publicar sobre el Renacimiento español.

Había escrito un ensayito sobre "Enrique Diez-Canedo" en la revista *Sur*, en agosto de 1936, en que lo llamaba uno de los poetas pulcros de España, uno de los críticos mejores, un americanista incomparable, un hombre puro, sin miedo y sin tacha, sin alardes, sin flaqueos, ni en la vida pública ni en la íntima. Don Pedro había conocido a Diez-Canedo en Madrid en 1920 y le tenía gran admiración y afecto; le llamó un humanista moderno y un buen conocedor de la literatura de nuestra América. Enrique Diez-Canedo murió en Ciudad de México en 1944; lo último que leyó, antes de morir, fue una carta que acababa de recibir de Buenos Aires de su amigo Pedro Henríquez Ureña.

## LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

Pedro Henríquez Ureña se interesó siempre, por encima de todo, por Hispanoamérica, por su literatura, más bien como una unidad a la cual llamó la Magna Patria. Dentro de su gran universalidad él se consideró como un Ciudadano de América. Ese amor por su América hispánica no le quitó nada al amor que le tenía, a su propio país, a su Santo Domingo natal, adonde volvían siempre sus pensamientos y su trabajo también: véase cuánto de su obra tiene temas dominicanos. La diferencia era que por su país él sentía un profundo patriotismo y por la América hispánica toda él sentía un ideal utópico, un ideal que él trató de explicar en su famosa conferencia "La Utopía de América" y, realmente, en toda su obra.

Durante su primera adolescencia en Santo Domingo, y durante los tres años de su segunda adolescencia en Nueva York, el joven Pedro estaba buscando orientación, estudiando literaturas extranjeras y haciéndose de una cultura con bases universales. Naturalmente, aún entonces se interesaba por Hispanoamérica, pero no la había descubierto como un ideal magno, eso vino después, con sus viajes y sus residencias en distintas partes del hemisferio. Fue cuando se fue a Cuba en 1904 que comenzó Pedro a interesarse activamente por lo hispanoamericano; ya entonces él estaba formado y era todo un escritor y tenía un maduro criterio de las cosas, a pesar de sólo tener veinte años.

En su primer libro, *Ensayos Críticos*, publicado en La Habana en 1905, todavía predominan los temas europeos y de arte, pero ya incluye algunos temas hispanoamericanos. Influenciado por el ambiente inmediato escribió "El Modernismo en la Poesía Cubana" e influenciado por el tema hispanoamericano escribió "Ariel. La Obra de José Enrique Rodó" que fue uno de los grandes ensayos de su juventud, uno de sus trabajos en la literatura y en el pensamiento hispanoamericanos que lo elevó al aprecio y al nivel del mismo

Rodó. Entonces comenzó Pedro Henríquez Ureña a ser el continuador de la obra ensayística de José Enrique Rodó.

“El Modernismo en la Poesía Cubana” se refiere a los precursores del modernismo: Martí, Casal, y otros que luego no alcanzaron renombre fuera de su país, pero que entonces eran los poetas del momento que discute Henríquez Ureña en su ensayo. Dice que casi todos los jóvenes poetas militaban en la escuela literaria que se designaba con el nombre de modernista. Cuba es la patria de dos de los cuatro iniciadores del movimiento modernista: Julián del Casal y José Martí. Ambos habían ya muerto desde antes de la independencia de Cuba. Luego surgieron otros poetas: las hermanas Juanita y Dulce María Borrero, los dos hermanos Carlos Pío y Federico Uhrbach, René López, Juan Guerra Núñez, y el que solía imitar a Martí, Félix Callejas. Opinó Henríquez Ureña que la poesía cubana se hallaba en un período de transición, que en ese momento comenzaba a ser anticuada por el estilo, pero no por las ideas; predice que las generaciones próximas traerían un caudal de ideas y formas nuevas.

En el ensayo sobre *Ariel*, la obra de Rodó, dice Henríquez Ureña que Ariel había atravesado, con sus ingravidas alas, el Atlántico para detenerse en la cabeza de un joven, Próspero, a fin de ayudarle a triunfar de Calibán, que pretende adueñarse de esta isla desierta de la civilización que se llama América. Ese era el tema de Rodó y el tema que entonces dominaba el pensamiento y la crítica en Hispanoamérica. Rodó se identificó con Próspero y conjura al pueblo hispánico de América a prevenirse contra la amenaza del Calibán del norte, la América Anglosajona.

Los artículos sobre tres figuras de Hispanoamérica que luego volvieron a aparecer en su segundo libro en 1910, comentaremos entonces. Se trata de José Joaquín Pérez, Rubén Darío y Eugenio María de Hostos. Ese segundo libro, publicado en París, contenía las tres repeticiones que acabamos de indicar y una selección de sus ensayos de los cuatro años que llevaba en México. Vamos a considerar aquí los que se refieren a figuras o cosas de Hispanoamérica.

El ensayo "La Sociología de Hostos" es una reseña y comentario del libro de Hostos titulado *Sociología*. Henríquez Ureña analiza y comenta la filosofía hostosiana. Dice que en su filosofía fundamental, Hostos es determinista: acepta como absolutas y necesarias las leyes cósmicas. Pero en sociología admite la libertad como producto de la vida individual. Dice que Hostos, con todo su grande amor a la verdad, amó mucho más el bien, que encontró mucho de malo en la sociedad de su tiempo pero contra cada mal indicó un procedimiento regenerador. Recordemos que casi todo este ensayo se refiere a la concepción sociológica de Hostos, pero que don Pedro volvió a escribir sobre él más de treinta años después, en Buenos Aires, en un trabajo publicado en *La Nación* y al prologar la Edición Losada de la *Moral Social* de Hostos que ya hemos comentado.

En *Horas de Estudio*, en 1910, volvió a incluir don Pedro su ensayo sobre "Rubén Darío" que había publicado en sus *Ensayos Críticos* en 1905. Este es un inspirado y bello trabajo del Pedro joven, todavía lírico y todavía locuaz en su entusiasmo. Habla del alto ingenio y la genial inspiración del poeta; dice que con el cincel del estilo modela Darío el tosco mármol de la versificación, y crea la estatua, ya deidad olímpica, ya miniatura alada, plástica y rítmica como las cosas vivas. Afirma Henríquez Ureña que Rubén Darío ha sabido encontrar la nota genuina en cada modalidad de su talento, y que triunfando de sus simpatías por el decadentismo francés y de su devoción por Verlaine su temperamento viril y jocundo le ha libertado casi siempre de los anacrónicos misticismos y de las aspiraciones enfermizas en que se agotan otros talentos hermosos de América. Ha robustecido con los años y la experiencia su fe en la vida y en el ideal.

En la sección final de *Horas de Estudio* que se titula "Varia" y contiene siete ensayitos cortos, hay dos de temas mexicanos del momento: "Conferencias" y "Barreda". En el primero se refiere Henríquez Ureña a las conferencias que él y sus compañeros ofrecían en la Sociedad de Conferencias que tenían organizada entonces en Ciudad de México con mucho éxito. El otro es la alocución que pronunció Henríquez Ureña en

la Escuela Nacional Preparatoria de México, en la mañana del domingo 22 de marzo de 1908, durante un homenaje a Barreda.

Ya hemos hablado, en el capítulo primero de este trabajo, de la intensa obra cultural y literaria de Pedro Henríquez Ureña durante sus años mexicanos, de 1906 a 1914. Caben aquí algunos comentarios hechos por Samuel Ramos en 1946 en un trabajo suyo publicado en *Cuadernos Americanos* de México.

El nombre de Pedro Henríquez Ureña es inseparable de la historia del *Ateneo de la Juventud*... Con la autoridad que sus cualidades le conquistaron ante sus colegas, pudo desde luego actuar entre ellos como maestro. Sorprendía en Pedro Henríquez Ureña la universalidad de su saber que abarcaba con igual profundidad y extensión los campos más heterogéneos: la literatura, la poesía, el arte, la filología, el pensamiento filosófico, la historia, etc. Asistía yo a dos cátedras de Henríquez Ureña en la Escuela de Altos Estudios... Aparte de las enseñanzas que transmitía aprendíamos de él la seriedad en el estudio, la disciplina y el rigor del método, la exactitud de las informaciones, la minuciosidad en los análisis, la probidad y la rectitud en el juicio crítico.

El espíritu de Henríquez Ureña no puede definirse refiriéndolo a ninguna especialidad en particular. Ni la erudición, ni la crítica, ni la filología, ni la historia literaria, a pesar de que las abarcó a todas, puede servir de título para clasificar su tipo intelectual.

Su buen amigo de la juventud, Salomón de la Selva, hace comentarios muy interesantes respecto a las relaciones de Pedro Henríquez Ureña con los poetas que él descubría o que eran sus amigos. Dice que cuando Pedro descubría un poeta inédito, quería darlo al mundo, y darse él mismo con su hallazgo, en edición con prólogo, introducción, índice y todo el demás aparato erudito; pero que, por lo demás, los poetas contrariaban perennemente a Pedro, y que éste hallaba irritante el tratar con ellos. Los poetas le huían.

Luego, temerosos de no haber dado a luz criatura divina, le huían más. Era una manera mística de sentir constantemente su presencia. Recuerdo a Mariano Brull, recuerdo a Carlos Pellicer, a

José Gorostiza, a Jaime Torres Bodet, a Javier Icaza (sic), a Leopoldo de la Rosa, a Rafael Lozano, a Héctor Ripa Alberdi. Se quedaban mudos y trémulos cuando le mostraban sus versos. A veces no se los querían enseñar: se ponían hoscos o decían que no era nada, cualquier cosilla que habían hecho de repente. Pedro se relamía. Se relamía y hacía con la lengua un ruidillo de sátiro que anticipa fruta en su paladar, que anticipa ambrosía. La poesía tenía para Pedro sabores divinales. De todos sus poetas sólo Alfonso Reyes le daba siempre miel. 155

Dice Augusto Arias que algunos críticos han señalado semejanzas y coincidencias entre la obra de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña: igual preocupación de América, medida en los ámbitos de su cultura; parecido espíritu de universalidad; entusiasmo lírico; ejercicio libre y desinteresado de poeta. Hablando de las poesías juveniles de Pedro, dice que él busca relaciones entre el paisaje y la música, entre los objetos y la subjetividad, y que "se le advierte en estas hojas líricas anteriores a sus veinte años, ya poblado de lecturas y sagaz ordenador tanto de sus recuerdos como de sus presentimientos." 156

Muchos de los estudios y trabajos literarios de Pedro Henríquez Ureña aparecieron en diversas publicaciones, pero no fueron recogidos en sus libros. Uno de estos fue "Romances de América" que apareció en *Cuba Contemporánea* de La Habana en 1913, y en *La Lectura* de Madrid, en 1914. Recientemente fue incluido en *Obra Crítica* con el título "Romances en América". Este extenso trabajo está muy bien documentado, incluyendo los romances a que se refiere, con las observaciones e investigaciones del autor en su país. Mucha de la información la consiguió durante su corta visita a Santo Domingo en 1911.

Comienza por decir que es el romance fruto tan genuino y prolífico de la musa española, que en todas partes donde

155 Salomón de la Selva, "In Memoriam Pedro Henríquez Ureña" *Letras de México*, 15 julio 1946, p. 296,

156 Augusto Arias, "Poesía de Henríquez Ureña". *El Comercio*, Quito, 1 de noviembre 1959.



España dejó huellas debiera producir nuevas germinaciones. En América no debieran faltar: como que desde el siglo XV nos llegó el romance, entonces en su apogeo. Explica Henríquez Ureña que Santo Domingo es de los países más españoles de América, y que el lenguaje, aunque estropeado por una pronunciación perezosa, es puro de vocabulario y en los giros. Dice que en su infancia oyó cantar muchos romances y contar muchos cuentos cuyo abolengo español ha reconocido después.

Henríquez Ureña reproduce y comenta los siguientes romances: I. Delgadina; II. La Niña Convertida en Arbol; III. Hilo de Oro; IV. El Rapto de Isabel, V. Doña Ana; VI. Las Manzanas; VII. Romances de Nochebuena; VIII. Romance de Malbrú; IX. Santa Catalina; X. Muerte del Señor don Gato; XI. Adivinanzas; XII. Canciones de Cuna; XIII. Juegos y Cantos Infantiles. .

Dice Henríquez Ureña que los poetas hispanoamericanos han cultivado con brillo el romance como forma de poesía culta, y a veces con propósitos populares, pero que acaso nadie supo dar al romance su carácter genuino, su sabor infantil y arcaico, sus expresiones directas, sus pormenores pintorescos, como el grande artista y libertador de Cuba, José Martí, en aquel de "Los dos Príncipes" escrito para los niños lectores de su preciosa revista *La Edad de Oro*, que hizo las delicias de su infancia. declara Pedro Henríquez Ureña. Vamos a reproducir fragmentos de esa poesía de Martí a continuación:

El palacio está de luto  
y en el trono llora el rey,  
y la reina está llorando  
donde no la puedan ver.  
En pañuelos de holán fino  
lloran la reina y el rey...  
Los caballos llevan negro  
el penacho y el arnés;  
los caballos no han comido  
porque no quieren comer...  
se ha quedado el rey sin hijo,  
se le ha muerto el hijo al rey!

En los álamos del monte  
tiene su casa el pastor;  
Las ovejas cabizbajas  
vienen todas al portón:  
¡una caja larga y honda  
está forrando el pastor!  
El pastor coge llorando  
la pala y el azadón:  
abre en la tierra una fosa;  
echa en la fosa una flor  
—Se quedó el pastor sin hijo!  
¡Murió el hijo del pastor!

En 1914 inició Henríquez Ureña su famoso estudio sobre una importante figura histórica de la literatura hispanoamericana, con la publicación de su trabajo "En Pro de la Edición Definitiva de Sor Juana" que apareció en *México*, de Ciudad de México, el 15 de abril de ese año. En lo adelante, Pedro Henríquez Ureña nunca dejó de trabajar en pro de la edición definitiva de Sor Juana. En 1917 publicó una "Bibliografía de Sor Juana Inés de la Cruz" que siguió corrigiendo y aumentando y volviendo a publicar al través de los años. En 1921, en México, dio una conferencia sobre la poetisa en el Anfiteatro de la Universidad, donde habló "exclusivamente de los problemas que suscitan su obra y su vida, la cual daría asunto a una biografía novelesca como la que existe sobre Alarcón, pero con más probabilidades de éxito."<sup>157</sup> Mucho se ha escrito de Sor Juana después que Henríquez Ureña dijo esas palabras.

Muchos años después explicó don Pedro, en sus clases sobre "Clásicos de América" en Buenos Aires, que en 1914 había publicado en México un breve artículo crítico seguido de un ensayo de bibliografía de Sor Juana y que luego había completado la bibliografía que llegó a ocupar cincuenta y cuatro páginas de la *Revue Hispanique* en 1917.<sup>158</sup>

En 1921 volvió don Pedro a México, atendiendo al insistente llamamiento de José Vasconcelos para que fuera a colaborar con él en su ambiciosa campaña educativa. Volvió Henríquez Ureña, no solamente a vivir en México sino a vivir en su Hispanoamérica, y volvieron sus escritos y sus pensamientos a llenarse del panamericanismo siempre latente en él. Los tres años que iba a pasar en México entonces fueron la línea divisoria entre el Pedro Henríquez Ureña joven y el Pedro Henríquez Ureña de la madurez, de la plenitud.

Ya hemos hablado de su conferencia en La Plata durante su primera visita a la Argentina en 1922, *La Utopía de América*, que más tarde, en 1925, fue publicada por las Ediciones de "Estudiantina" en La Plata misma. Henríquez Ureña cree, en

<sup>157</sup> "Clásicos de América. Sor Juana Inés de la Cruz", *Cursos y Conferencias*, septiembre 1932, p. 230.

<sup>158</sup> "Bibliografía de Sor Juana Inés de la Cruz", *Revue Hispanique*, Vol. 40, núm. 97, julio 1917.

este mensaje suyo a Hispanoamérica, que en mayor o menor grado, toda nuestra América tiene parecidos caracteres, aunque no toda ella alcance la riqueza de las tradiciones mexicanas. Cuatro siglos de vida hispánica han dado a nuestra América rasgos que la distinguen. La unidad de su historia, insiste él, la unidad de propósitos en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una Magna Patria, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más.

Al enviar don Pedro su trabajo al Director de "Estudiantina" le decía en su carta: "Yo sé que no será en mis días cuando nuestra América suba adonde quiero. Su petición me dice que mis palabras no son inútiles. Allá va, pues, la conferencia sobre *La Utopía de América*, y con ella su corolario, *Patria de la Justicia*, que fue la tesis de mi discurso, meses atrás en la demostración de simpatía al buen luchador Carlos Sánchez Viamonte." Al exhortar Henríquez Ureña a la unión panamericana, a fin de poder hacerse justicia, dice que el ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: declara que es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual.

Termina Henríquez Ureña su discurso asegurándonos que nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro, cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de su naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple la emancipación del brazo y de la inteligencia. Dice que nuestro ideal no será la obra de uno o dos o tres hombres de genio, sino la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, innumerables hombres modestos; de entre ellos surgirán, cuando los tiempos estén maduros para la acción decisiva, los espíritus directores; si la fortuna nos es propicia, sabremos descubrir en ellos los capitanes y timoneles, y echaremos al mar las naves. Entre tanto, exhorta don Pedro, hay que trabajar, con fe, con esperanza, todos los días.

En 1927 publicó Henríquez Ureña en *Humanidades de La Plata* su interesante ensayo "Apuntaciones sobre la novela en América" que años más tarde, en 1945, se volvió a publicar, en

*Renovación* de Santo Domingo con el título "La Novela en América" y, recientemente, fue incluido en la antología de la ensayística de don Pedro, *Obra Crítica*.

Este trabajo sobre la novela en América se divide en tres partes. La primera parte trata de por qué no hubo novela en la época colonial; la segunda parte, de los conatos de novela en la época colonial; y la tercera parte, de Villaurrutia y la novela inglesa. Al comenzar afirma don Pedro que, durante la época colonial, no hubo novelas, y que la primera novela sale a luz durante la guerra de independencia, *El Periquillo Sarniento* por José Joaquín Fernández de Lizardi, que sigue siendo hoy la primera novela de México y de Hispanoamérica. Es natural que, después de la independencia, haya crecido lentamente la novela entre nosotros. Ahora, en el siglo XX, explica Henríquez Ureña, la novela principió a multiplicarse en la América española.

Henríquez Ureña explica esos aspectos de la novela en la América española muy claramente, con detallada información y con acertados juicios. La última parte explica como a Jacobo de Villaurrutia le interesó la literatura inglesa como medio de propaganda moral. Don Pedro comienza con un bosquejo biográfico de Villaurrutia, personaje muy siglo XVIII, y luego explica la obra de traducción y de propaganda que él efectuó, que fueron un fenómeno raro en esa época.

En 1928 apareció la obra cumbre de la ensayística de Pedro Henríquez Ureña, *Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión*, que consiste de los seis ensayos del título, dos apuntes argentinos cortos y un "Panorama de la Otra América" con su ensayo "Veinte Años de Literatura en los Estados Unidos" que incluyó a manera de contraste. Ya hemos hablado de este libro y de sus diferentes ensayos, que representan la mayor parte de los trabajos importantes de don Pedro durante sus primeros años argentinos.

Además de lo que ya dijimos del primer trabajo del libro, "El Descontento y la Promesa", podemos agregar aquí otras ideas que Henríquez Ureña expone en dicho trabajo. Dice que el problema de la expresión genuina de cada pueblo está en la esencia de la revolución romántica, y que, de generación en

generación, cada pueblo afila y aguza sus teorías nacionalistas, justamente en la medida en que la ciencia y la máquina multiplican las uniformidades del mundo. A cada concesión práctica va unida una rebelión ideal.

Don Pedro escribe acerca del problema del idioma, que en literatura es complejo pues el poeta, el escritor, se expresa en idioma recibido de España. No hemos renunciado a escribir en español, y nuestro problema de la expresión original y propia comienza ahí. Cada idioma, dice él, es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuando escribimos debemos imponer nuestra expresión propia sobre lo español. A continuación explica don Pedro las fórmulas del americanismo y el afán europeizante que predicaban aquellos descontentos de todo americanismo con aspiraciones de sabor autóctono. Al final del ensayo afirma don Pedro que el carácter original de los pueblos viene de su fondo espiritual, de su energía nativa; ya hablamos de “el ansia de perfección” que él predica en este ensayo; y el final incluye una pregunta que revela la duda, el temor de don Pedro: “El hombre del futuro seguirá interesándose en la creación artística y literaria, en la perfecta expresión de los anhelos superiores del espíritu?”

El segundo de los ensayos es “Caminos de nuestra historia literaria” que había escrito en 1925. Dice Henríquez Ureña que en América se está repitiendo el caso de España, que solamente extranjeros se han ocupado de hacer historia literaria, pero que todos los que en América sentimos el interés de la historia literaria hemos pensado en escribir la nuestra. Henríquez Ureña inculcó en sus discípulos ese interés en la historia literaria de nuestra América; su último libro, libro póstumo, fue su *Historia de la Cultura en la América Hispánica*. Las mejores antologías e historias de la literatura hispanoamericana publicadas en años recientes son de discípulos de Pedro Henríquez Ureña.

Henríquez Ureña opina que la historia literaria de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó. Hoy agregaríamos a Pedro Henríquez Ureña en esa lista.

Habla Henríquez Ureña de los grupos regionales diversos que constituyen los hispanoamericanos; dice que se nos atribuyen caracteres de exuberancia en la literatura, pero él no cree en esa teoría; y él mismo, un hijo del trópico, no tenía nada de esa exuberancia. Si exuberancia es fecundidad, no somos exuberantes, decía él; no somos, los de América española, escritores fecundos: nos falta la urgencia profesional, porque la literatura no es profesión, sino afición, entre nosotros. Debemos recordar que él escribió esas opiniones en 1925, porque hoy día sí es una profesión la literatura en nuestra América; cada día hay más y más escritores enteramente dedicados a escribir y existe ya la profesión literaria.

El tercer trabajo fue "Hacia el Nuevo Teatro" de que ya hemos hablado, y completa la trilogía titulada "Orientaciones" en el libro. Los otros tres ensayos están agrupados bajo el título "Figuras" y son sobre Juan Ruiz de Alarcón, Enrique González Martínez y Alfonso Reyes. Vamos a comentar sobre éstos. Hemos mencionado la famosa conferencia de Pedro Henríquez Ureña en Ciudad de México la noche del 6 de diciembre de 1913 sobre "Don Juan Ruiz de Alarcón" que inició sus estudios sobre el dramaturgo mexicano. Esa conferencia, con sus correcciones y adiciones al través de los años, se publicó en distintas publicaciones de varios países.

Al entablar su tesis del mexicanismo de Alarcón, don Pedro dice que en medio de la opulencia del teatro español en los Siglos de Oro; en medio de la abundancia y el despilfarro de Lope, de Calderón y de Tirso, el mexicano don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza da una nota de discreción y sobriedad. Esa conferencia de 1913 de Henríquez Ureña inició el ciclo de Alarcón y su mexicanismo entre los estudiantes de literatura. En su trabajo, Henríquez Ureña analiza los tres grandes dones mexicanos de Alarcón: discreción y sobriedad, la observación y, por último, el don de crear personajes.

El trabajo sobre "Enrique González Martínez" fue primero escrito en 1915 como prólogo a *Jardines de Francia* que se publicó ese año, en México. Al incluirlo en su libro de 1928 le agregó Henríquez Ureña una apostilla histórica de unas "Notas

Sobre Literatura Mexicana” que escribió en 1922. Enfoca a González Martínez como uno de los seis dioses mayores de la poesía mexicana, junto a Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón, Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo y Luis G. Urbina. Dice que la autobiografía lírica de González Martínez es la historia de una ascensión perpetua; hacia mayor serenidad, pero a la vez hacia mayor sinceridad; hacia más severo y hondo concepto de la vida. González Martínez dio voz a la nueva aspiración estética al decir: “Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje... Mira al buho sapiente.”

El trabajo sobre Alfonso Reyes había aparecido en *La Nación* de Buenos Aires y en *Repertorio Americano* de San José de Costa Rica en 1927. Comienza por aclarar que, al fin, el público se convence de que Alfonso Reyes, ante todo, es poeta y entonces recuerda Henríquez Ureña que a Reyes se le aclamó poeta en generosos y fervorosos cenáculos juveniles en su adolescencia precoz, luminosa y explosiva, porque estaba entonces lleno de impulso lírico. Dice Henríquez Ureña que, con los años, todo poeta lírico, cargado de vida contradictoria, de emociones complejas, tiende a poeta dramático, y que en Alfonso Reyes el drama había llegado: su obra central, donde había concentrado la esencia de su vida y de su arte, la obra que lo hacía un poeta trágico: *Ifigenia Cruel*. La *Ifigenia Cruel*, dice Henríquez Ureña, está tejida, como las canciones, con hilos de historia íntima.

Alfonso Reyes se estrenó poeta; pero desde sus comienzos se le veía desbordarse hacia la prosa: su cultura rebasaba los márgenes de la que en nuestra infantil América creemos suficiente para los poetas; su inteligencia se desparramaba en observaciones y conceptos agudos, si no estorbosos, al menos inútiles para la poesía pura... Es Alfonso Reyes, el escritor de la pluma libre, de tipo desusado en nuestro idioma. Buscando definirlo, clasificarlo, se le llama ensayista... El hombre de imaginación, de sentidos ávidos y finos, nos ha dado al menos la *Visión de Anáhuac*. Alfonso Reyes, poeta de emociones hondas, hombre de imaginación y de ingenio, ensayista cuya libertad llega a vestir las apariencias del capricho arbitrario.

Los siguientes trabajos del libro son, como indica el encabezamiento que los une, meramente "Dos Apuntes Argentinos" pero con una diferencia entre uno y otro. El primero fue escrito en México en 1924, antes de irse don Pedro a vivir a la Argentina. El segundo, ya viviendo en la Argentina, revela un serio conocimiento de la poesía de ese país. El motivo del primero, que lleva por título "El Amigo Argentino", fue la muerte de su joven amigo Héctor Ripa Alberdi, quien más que en la obra escrita, dice don Pedro, vivió intensamente en la lucha por la cultura y en los estímulos de la amistad.

El segundo de los dos apuntes fue "Poesía Argentina Contemporánea" que había aparecido en *Valoraciones* en 1926. Fue una reseña con el título de "Sobre *Antología de Poesía Argentina Moderna, 1900-1925*" en que hace Henríquez Ureña la siguiente declaración: "La inauguración oficial de la poesía contemporánea en la Argentina es la publicación de las *Prosas Profanas*, de Rubén Darío, en Buenos Aires en 1896. Darío representaba entonces el ala revolucionaria de la literatura en todo el idioma castellano." La antología que reseñaba Henríquez Ureña en ese apunte era con notas biográficas y bibliográficas, ordenadas por Julio Noé para *Nosotros* de Buenos Aires ese mismo año de 1926. Dijo don Pedro que la antología argentina de Julio Noé era como un vasto fresco nacional lleno de riqueza y vigor imaginativo.

Pedro Henríquez Ureña nunca dejó de ocuparse de Hispanoamérica por encima de todos sus otros intereses, y sus ensayos aparecían de tiempo en tiempo sobre este tema predilecto suyo; unas veces son trabajos para publicación y otras son conferencias o fragmentos de sus cursos académicos. Las revistas de Buenos Aires y, sobre todo, *La Nación*, publicaban sus trabajos. En ese periódico apareció su artículo, su conocidísimo ensayo "Ciudadano de América" sobre Eugenio María de Hostos, el 28 de abril de 1935. Ese trabajo sirvió más tarde de prólogo a la Edición Losada de la *Moral Social* de Hostos, y a la edición francesa de *Essais* publicada en París en 1936.

El 15 de marzo de 1936 apareció en *La Nación* el



trabajo de don Pedro "El Maestro de Cuba" sobre Enrique José Varona que fue reproducido en varias otras publicaciones de América. Dice don Pedro que Varona fue uno de esos hombres singulares que produce la América española: hombres que, en medio de nuestra pobreza espiritual, se echan a las espaldas la tarea de tres o cuatro, pero su literatura se llena de calor humano. Durante cincuenta años Varona fue maestro de Cuba; sereno al parecer, vivió siempre en rebeldía, pero estuvo siempre en la acción política, como libertador y como civilizador: escogió la herencia de Martí; ejerció, pues, el magisterio político. La vocación esencial de este civilizador, sin embargo, era la literatura, explica Henríquez Ureña. Pero como su literatura estaba al servicio del bien humano, se sentía obligado a difundir sus ideas.

En la revista *Sur* apareció un ensayito corto de don Pedro sobre "Sanín Cano" en agosto de 1936. Fue éste otro hombre singular de América. Dice don Pedro que Sanín Cano ve mejor y discierne mejor que las generaciones de hijos y nietos. El es no sólo un defensor de verdades sino también un defensor de virtudes. En todos sus escritos, afirma don Pedro, este gran colombiano manifiesta originalidad vigorosa, se descubre la originalidad del espíritu que no se satisface con pensar nada a medias, que no descansa mientras no desnuda los problemas, mientras no los penetra hasta la raíz.

Ese mismo año de 1936, el 27 de septiembre, publicó *La Nación* el bello ensayo de don Pedro titulado "La América Española y su Originalidad" en que comienza por decirnos que al hablar de la participación de la América española en la cultura intelectual del Occidente es necesario partir de hechos geográficos, sociales, políticos. Don Pedro procede a considerar esos tres aspectos de nuestra contribución a la cultura de Occidente. Dice que desde el momento de la independencia política, la América española aspira a la independencia espiritual; y también elabora sobre ese aspecto del tema. Concluye advirtiéndonos que la época nueva se carga de interrogaciones sociales, se arroja al mar de todos nuestros problemas.

Debemos citar aquí el argumento sobre la América buena

y la América mala que analiza don Pedro en su ensayo "Caminos de nuestra historia literaria" al tratar de nuestras orientaciones literarias. Dice él que la divergencia de las dos Américas, la "buena" y la "mala" en la vida literaria, sí comienza a señalarse, y todo observador atento la habrá advertido en esos últimos años; pero en nada depende de la división en zona templada y zona tórrida que ha querido dárselo. La fuente está en la diversidad de cultura. Todo hace prever que, a lo largo del siglo XX, la actividad literaria se concentrará, crecerá y fructificará en la "América buena" mientras que en la otra, sean cuales fueren los países que al fin la constituyan, las letras se adormecerán generalmente hasta quedar aletargadas. <sup>159</sup>

Debemos repetir las palabras finales de Henríquez Ureña en su libro *Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión*:

Va el libro en busca de los espíritus fervorosos que se preocupan del problema espiritual de nuestra América, que padecen el ansia de nuestra expresión pura y plena. Si a ellos logra interesarlos, creeré que no será del todo inútil.

Ensayo tras ensayo de Pedro Henríquez Ureña insiste en el mismo tema: nuestra América; buscar en su pasado las corrientes espirituales que definan su presente, y buscar en nuestra expresión propia las fuerzas luchadoras que determinen el porvenir.

El 11 de octubre de 1933 pronunció don Pedro unas palabras en nombre de la Universidad Nacional de La Plata con motivo del Día de la Raza, que se publicaron en el *Repertorio Americano* el 6 de enero del año siguiente con el título de "Raza y cultura" pero que originalmente él había llamado "Raza y Cultura Hispánica" porque fueron pronunciadas en homenaje a España, que llamó entonces "la más antigua de las naciones y la más joven de las repúblicas que forman nuestra comunidad espiritual." Dice que bien lejos está de constituir una raza la

159 "Caminos de Nuestra Historia Literaria", *Valoraciones*, La Plata, tomos 2-3, núms. 6-7, págs. 246-253 y 27-32, agosto septiembre 1925. En *Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión*, Buenos Aires, 1928.

multicolor muchedumbre de pueblos que hablan nuestra lengua en el mundo, pero lo que une y unifica a esta raza, no real sino ideal, es la comunidad de cultura, determinada de modo principal por la comunidad de idioma.

En el ensayo "La América española y su originalidad" a que nos hemos referido, hace Henríquez Ureña una observación que no sería válida hoy y que revela la diferente actitud que impera hoy en el mundo con respecto a Hispanoamérica. Dijo entonces, en 1936, que las naciones de nuestra América, aun las superiores en población y territorio, no alcanzaban todavía importancia política y económica suficiente para que el mundo se pregunte cuál es el espíritu que las anima, cuál es su personalidad real. Mucho se ha escrito y se ha pensado sobre este tema desde entonces, y mucho más se escribirá y se pensará aún antes de que se defina lo que es Hispanoamérica.

En 1937 publicó don Pedro un trabajo en *Europa-América Latina* de Buenos Aires que se llamó "Vida Espiritual en Hispanoamérica" en el cual expresó algunos conceptos sobre nuestra América que consideramos aquí pertinentes. Dijo que las formas políticas, en parte, se han modificado, adaptándose a la realidad, y la realidad también se ha modificado adaptándose al ideal de las constituciones y de otras leyes. Siguen a continuación otros de sus juicios.

En el momento de la Independencia de América española, cuando nos decidimos a abolir la organización política de tipo español, carecíamos, naturalmente, de formas políticas propias para para sustituirlas. Fue menester improvisarlas y entonces se pidieron a Francia... La influencia de la Revolución Francesa es la que hemos experimentado más intensamente en la hora de nuestra independencia... Hemos adoptado el sistema democrático republicano... La ley, que se ha tachado de artificial, entre nosotros ha sido profética y creadora.

El 4 de febrero de 1940 salió en *La Nación* el ensayo de don Pedro titulado "Cosas de las Indias" en que trata de cómo vieron las cosas de las Indias los primeros descubridores. Habla de las dos corrientes que hubo en la literatura del siglo de las

exploraciones y las conquistas: una que quiere pintar las cosas nuevas en toda su novedad, y la otra que traduce en conocido lo desconocido. El trasplante del paisaje europeo a la literatura de América, dice don Pedro, se daba como clara consecuencia de la retórica del Renacimiento: el paisaje servía de adorno, en poesía como en pintura, y obedecía a fórmulas tradicionales. Pero América reflujo sobre Europa en mil formas. Ya ese trabajo de don Pedro pone de manifiesto el tema con que iba a comenzar ese mismo año sus cátedras en la Universidad de Harvard.

El 23 de junio de ese mismo año de 1940 apareció también en *La Nación* su trabajo corto titulado "Barroco de América" en que trata de lo que indica el título. Se pregunta si no habrá creado América, como en arquitectura, otro gran estilo barroco en poesía? Y este es el tema que elabora con interesante documentación.

Este trabajo también anunciaba el tema de sus conferencias en Harvard. Vamos a hablar ahora de ese importante año que Pedro Henríquez Ureña pasó en los Estados Unidos entonces y del libro que resultó de las cátedras que dictó en Harvard.

En el acto de solidaridad con que fue homenajeado Pedro Henríquez Ureña en la Universidad Popular Alejandro Korn con motivo de su viaje a los Estados Unidos, don Pedro agradeció ese gesto de simpatía de sus amigos y colegas con palabras de hondo sentido americano y se refirió a la tradición criolla de nuestra América. Dijo que en la América española, la tradición criolla se mantiene: el automóvil, el aeroplano, la radiotelefonía, el divorcio, la jornada de ocho horas, el voto femenino, nada altera el tejido esencial de nuestra existencia. Piénsese en sólo este ejemplo: la familia, dice don Pedro. Mientras en los Estados Unidos la unidad social es el individuo, entre nosotros lo es todavía la familia.

El año antes de su muerte publicó don Pedro un ensayo corto en *La Nación* con el título "Pasado y Presente" sobre el pasado y el presente de la América española. Eso fue el 25 de febrero de 1945, y el mismo año fue el trabajo reproducido en *Letras de México*.

La cultura colonial, dice don Pedro, no fue mero trasplante de Europa, como ingenuamente se suponía, sino en gran parte obra de fusión, fusión de cosas europeas y cosas indígenas. Pero agrega que no todo es fusión, desde luego, en la América española, ni la fusión es siempre completa, y advierte que el problema de la América española es todavía su integración social.

Pedro Henríquez Ureña manifestó siempre su culto por los grandes orientadores de nuestro pasado, los hombres que, decía don Pedro muchas veces, más influyeron en la orientación de nuestra cultura hispanoamericana: Bello, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí, Darío y Rodó; y en nuestro siglo: Varona, Sanín Cano y otros. Sobre todos ellos escribió don Pedro, en diferentes épocas, pero todos esos trabajos suyos caben dentro del conjunto de su tesis americana: que la historia de nuestra cultura debía estudiarse en la vida y obra de estos hombres, forjadores de nuestra América desde la independencia hasta hoy.

De Andrés Bello escribió Henríquez Ureña poco, pero de Sarmiento escribió bastante, y en 1945 publicó su trabajo "Perfil de Sarmiento" en *Cuadernos Americanos* de México. Ese trabajo era un fragmento del libro suyo de Harvard, de que vamos a hablar más adelante. Dice don Pedro que Sarmiento tenía el impetu romántico pleno, la energía de la imaginación y el apasionado torrente de palabras, junto con vivaz percepción de los hechos y rápido fluir de pensamiento; que sólo pensaba en servir a su patria argentina, a Chile, a toda la América española. Educar fue pasión suya, la más temprana, educarse a sí mismo y educar al pueblo. Y en un bosquejo de la activa vida de este grande hombre, dice don Pedro que Sarmiento vivió pluma en mano y tuvo extraña maestría de lenguaje; y añade que transcurridos cien años, sus escritos nos lo revelan como maestro.

Henríquez Ureña recoge un comentario de Rodó, que hizo el pensador uruguayo mientras estudiaba a Montalvo, de que sólo han sido grandes en América aquellos que han desenvuelto por la palabra o por la acción un sentimiento

americano. Henríquez Ureña escribió sobre aquellos "grandes de América" que le precedieron: Hostos, Martí, Darío, Rodó.

De Eugenio María de Hostos dijo Pedro Henríquez Ureña en su ensayo "Ciudadano de América" que vivió en los tiempos duros en que florecían los apóstoles genuinos en nuestra América. Nuestro problema de civilización y barbarie exigía, en quienes lo afrontaban, vocación apostólica, dijo don Pedro. En ese trabajo de Henríquez Ureña encontramos una síntesis de la vida y la obra de Hostos. La obra escrita de Hostos es vastísima. Dice Henríquez Ureña que todo para este pensador tiene sentido ético y que su ética es racional, cree que el conocimiento del bien lleva a la práctica del bien, que el mal es error; como la razón es el fundamento de su moral, difundirá el culto de la razón, exalta la fe en la persecución y la adquisición de la verdad. De sus libros, el que mejor lo representa es la *Moral Social*, de 1888. Hostos se revela siempre, agrega Henríquez Ureña, en pensamiento y en forma, lo que fue: uno de los espíritus originales y profundos de su tiempo. De sus recuerdos personales, dice Henríquez Ureña que él conoció a Hostos en 1900, cuando éste volvió a Santo Domingo, y que tenía un aire hondamente triste, definitivamente triste. Que trabajaba sin descanso, según su costumbre, y que murió de enfermedad brevísima, al parecer ligera: murió de asfixia moral.

Ya vimos que Henríquez Ureña comenzó a escribir de José Martí desde 1905, con su ensayo crítico "Martí, Escritor" que incluyó en su primera colección de ensayos sobre grandes americanos, sobre los orientadores de los destinos y de la literatura en Hispanoamérica. En 1931, muchos años antes de que se desbordara la literatura martiana en América, dijo don Pedro que Martí fue todo sacrificio, pero todo creación, porque cada creación que sacrificó se incorporó en creación nueva. Don Pedro fue de los que insistió, entonces, en que aún estaba por escribirse la vida de Martí, y que estaba por recogerse en gran parte, su obra. Ese trabajo de Pedro Henríquez Ureña se titula, simplemente, "Martí" y apareció en la revista *Sur* en el otoño de 1931.

Como ya hemos visto, de Rubén Darío también comenzó Henríquez Ureña a escribir en 1905, con el ensayo que incluyó en su primer libro, ese año, con tanto éxito que lo incluyó también en su segundo libro en 1910. Al comenzar ese ensayo don Pedro introduce al Darío del momento con referencias al Darío joven. Al comenzar la segunda parte del ensayo dice que todo lo dicho y aun todo lo citado quizás no bastarían a justificar el alto puesto que el futuro asignará a Rubén Darío en la historia del verso castellano, si en ello no fueran implícitos el alto ingenio y la genial inspiración del poeta. Axioma es ya, dijo don Pedro, que cada gran manifestación artística crea su propia forma.

Hemos tratado del ensayo de Henríquez Ureña sobre Ariel y la Obra de Rodó escrito en 1904. En ese trabajo no solamente describió Henríquez Ureña a Rodó escritor sino también a Rodó orientador. Repitamos sus palabras: "A definir el ideal de Hispanoamérica tiende Rodó, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual." Y advirtió que la fe en el porvenir, credo de toda juventud sana y noble, debe ser nuestra bandera de victoria. Por eso, dice Henríquez Ureña, Rodó se dirige a los jóvenes, indagando si conciertan en su espíritu la fe, la esperanza, el entusiasmo, la constancia, el vigor necesario para la magna obra. La duda, dice él, es grave.

Muchos de los ensayos, estudios y trabajos cortos que escribió Pedro Henríquez Ureña al través de su vida pueden designarse como fragmentos de su visión total de la historia de nuestra cultura. La sustancia de todo lo que había estudiado y escrito y pensado anteriormente está en sus dos últimos libros: *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica* que contiene sus ocho conferencias en Harvard; y su *Historia de la Cultura en la América Hispánica*,<sup>160</sup> su libro póstumo.

Y hemos llegado a los dos últimos libros de don Pedro, a los cuales nos vamos a referir a continuación; en ellos él orienta por medio de la historia. *Las Corrientes Literarias en la América*

<sup>160</sup> *Historia de la Cultura en la América Hispánica*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1947.

*Hispánica* bosqueja las orientaciones de nuestra América dentro de su historia literaria. Desde el Descubrimiento, Europa se orientó hacia el Nuevo Mundo, y el Nuevo Mundo se orientó hacia España, primero, y hacia Europa después. El libro nos revela esas influencias culturales.

Dice Henríquez Ureña que españoles y portugueses trajeron al Nuevo Mundo su propia cultura, su religión y sus leyes, su literatura y su arte, su ciencia y sus industrias, sus plantas y sus animales domésticos, modificando con ello el medio y la vida nativos y produciendo una fusión e intercambio de influencias. Enseñaron al indio ideas y costumbres europeas, y a su vez, fueron adaptándose a él. Agrega que las nuevas experiencias convirtieron en hombres nuevos a los españoles y los portugueses que se establecieron en el Nuevo Mundo. También los indios eran distintos a como habían sido: la vida había cambiado para ellos lo mismo que para los recién llegados. Muy pronto, afirma Henríquez Ureña, esta sociedad nueva tuvo conciencia de su individualidad y se mostró celosa de sus derechos.

Pero no fue hasta el siglo XVIII cuando llegaron a la América hispánica las ideas que iban a cambiar totalmente su orientación. Henríquez Ureña describe ese proceso en los capítulos de su libro titulados "La declaración de la independencia intelectual" y "Romanticismo y anarquía" para concluir con "Problemas de hoy."

En el lenguaje claro y preciso que perfeccionó Pedro Henríquez Ureña está escrito ese libro, *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*, en el cual condensa cabalmente la historia de las corrientes que formaron nuestra cultura literaria, sin excluir las artes. No olvidemos que, estudiando las corrientes de nuestra cultura, el autor buscaba siempre nuestra expresión propia, nuestra entidad genuina e independiente de Europa. El libro se inicia con el efecto que tuvo el Descubrimiento en la imaginación de Europa. Aparece un Nuevo Mundo que en seguida adquiere características propias. Comienza la integración de lo aborígen y lo europeo. Los tres siglos coloniales moldearon una sociedad nueva y el primer siglo de independencia ha



definido las características, la expresión propia, de Hispanoamérica y de cada nacionalidad por separado. Este libro de don Pedro es la síntesis de esa trayectoria histórico-cultural.

En el segundo capítulo, que titula Henríquez Ureña "La Creación de una Sociedad Nueva", explica que la conquista y la población del Nuevo Mundo por las dos naciones hispánicas dio origen a una sociedad nueva, probablemente distinta de cualquiera de las ya conocidas y, con seguridad, nunca igualada en cuanto a la magnitud del territorio en que se extendía. Se alzaba sobre bases tradicionales y conocidas: de un lado los conquistadores, del otro los pueblos conquistados. Agrega Henríquez Ureña que la costumbre imponía que los conquistados trabajaran para los conquistadores. También dice que suele describirse la nueva sociedad así constituida como gobernada por un rígido código de costumbres y un conjunto no menos rígido de leyes. Aclara que la debilidad esencial de esta sociedad estribaba en su desorganización latente, que el gran problema de la América hispánica fue, y lo es todavía, el de su integración social.

Dice Henríquez Ureña que ese Nuevo Mundo captó los últimos rayos tardíos del arte de la baja Edad Media, junto con el primer resplandor del Renacimiento.

En el tercer capítulo, titulado "El Florecimiento del Mundo Colonial", dice Henríquez Ureña que ese mundo colonial de la América hispánica se desarrolló con asombrosa rapidez, aun si tenemos presente que los colonizadores trajeron consigo toda su civilización; que la literatura y las artes encontraron el apoyo de las universidades y escuelas, de los conventos, de las autoridades políticas y eclesiásticas.

En el cuarto capítulo nos habla Henríquez Ureña de "La Declaración de la Independencia Intelectual" y nos dice que bajo la aparente inmovilidad del sistema colonial, había en la América hispánica una anarquía latente. De esa anarquía latente surgieron las guerras de independencia a principios del siglo pasado. Las colonias obtuvieron su independencia y con la independencia política comenzó el deseo de independencia intelectual. Nos recuerda Henríquez Ureña que el deseo de independencia

intelectual se hace explícito por primera vez en la *Alocución a la Poesía* de Andrés Bello, la primera de sus dos *Silvas Americanas*.

Henríquez Ureña divide el primer siglo de independencia en tres períodos: romanticismo y anarquía, de 1830 a 1860; período de organización, de 1860 a 1890; y literatura pura, de 1890 a 1920. Como conclusión expone los problemas de hoy: 1920 a 1940, año en que dictó las conferencias que componen el libro. Dice él que la independencia no trajo la tan esperada felicidad a los pueblos de la América hispánica, pero que durante los cincuenta agitados años que transcurren entre 1820 y 1870, emprendióse una tarea titánica. Se cambió la estructura de la sociedad.

Explica Henríquez Ureña que el período de inquietud que en la América hispánica siguió a las guerras de independencia fue al mismo tiempo, como sabemos, un período de completa transformación. Nuevas instituciones políticas, nuevas costumbres cambiaron la estructura de la sociedad; la educación tomó nuevas orientaciones, siguiendo los ideales del siglo. Y luego, entre 1850 y 1870, comenzó un período de organización. Las innovaciones sociales eran para entonces permanentes. Agrega Henríquez Ureña que en literatura, el romanticismo era ya tradición en la América hispánica, como en España y en Portugal.

Y entramos en el período de la literatura pura, en que ocurrió la transición del romanticismo al modernismo. Dice Henríquez Ureña que nuestra poesía experimentó por esta época un cambio total, en temas, estilo, vocabulario y formas poéticas. En metros y formas poéticas la riqueza de la innovación fue extraordinaria, y se debió en muy gran parte a Rubén Darío. La prosa también experimentó un cambio profundo, adquirió nueva elegancia, desconocida hasta entonces en el idioma, una fina libertad de movimiento y una delicada destreza en matices de ritmo, declara Henríquez Ureña.

En el último capítulo es donde define Henríquez Ureña los dos caminos que ha seguido nuestra literatura: el que persigue lo puramente artístico y otro cuyos fines en perspectiva son sociales. Participó él mismo de estos movimientos desde sus años

juveniles. Cuenta cómo en México la revolución política de 1910 fue precedida de un movimiento puramente intelectual que se inició hacia 1907 en la Sociedad de Conferencias, llamada después el Ateneo de México (1909—1914). Los miembros de este grupo juvenil estaban interesados tanto en la literatura y en la filosofía como en los problemas políticos y sociales del país.

Henríquez Ureña continúa con un bosquejo de ambos caminos literarios: el puramente artístico y el de problema social. Este último ha dominado la novela hispanoamericana, e incluye gran parte de la mejor literatura de la América hispánica. También presenta datos panorámicos de las artes: el teatro, la música y la pintura, a fin de completar el cuadro de las tendencias y las corrientes que moldearon la cultura literaria en la América hispánica.

Debemos repetir que los ocho capítulos de *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica* corresponden a las ocho conferencias que dictó Pedro Henríquez Ureña en la Universidad de Harvard; son ocho ensayos que corresponden separadamente a sus títulos, pero que en conjunto tienen absoluta unidad, la unidad y consistencia que se encuentra en toda la obra, literaria y académica, de don Pedro. Como obra de conjunto, la obra de su plenitud como historiador y pensador de nuestra América, esta serie de conferencias contiene su tesis fundamental: la busca de nuestra expresión en el estudio de nuestra historia; seguir las corrientes culturales, sobre todo literarias en Hispanoamérica.

## DE SU PATRIA

Pedro Henríquez Ureña tuvo siempre gran amor e interés por su patria. Dedicaba sus pensamientos y su obra con mucha frecuencia a su país, a su Santo Domingo natal, a la región del Mar Caribe. Su niñez en Santo Domingo y sus años juveniles entre Cuba y México crearon en él vínculos con la zona del Caribe que influyeron en su vida y en su obra. Como sus padres, fue muy patriota, pero tuvo que ejercer su patriotismo, casi toda su vida, desde afuera.

En su primer libro, *Ensayos Críticos*, el joven Pedro está todavía mirando hacia afuera, hacia Europa y las Américas; pero en su segundo libro, *Horas de Estudio*, ya vuelve la vista hacia su país con nostalgia y con amor. El libro comienza con "Días Alciónicos" que ya hemos mencionado; ahí está su famosa epístola a Leonor Feltz, de Santo Domingo. La señorita Feltz había sido su mentora espiritual durante los últimos años adolescentes que Pedro vivió en su país, y así se lo recuerda él al decirle que la labor de sus horas de estudio va hacia ella, a la patria lejana y triste, triste como todos sus hijos, solitaria como ellos en la intimidad de sus dolores y de sus anhelos no comprendidos.

Hay una sección de *Horas de Estudio* que se llama "De Mi Patria" que está compuesta de ensayos sobre temas dominicanos que había publicado Henríquez Ureña en esos años. El primero es una enérgica protesta contra el plan de ponerle una torre a la catedral de Santo Domingo, que nunca la ha tenido; dice él que hay que respetar lo antiguo y saber amar lo incompleto.

Sigue "Vida Intelectual de Santo Domingo" que es un bosquejo histórico-cronológico desde la Colonia hasta el momento, y a manera de apéndice agrega, cosa rara hace más de medio siglo, una lista considerable de libros principales de la biblioteca dominicana. Afirma Henríquez Ureña que la evolución intelectual de Santo Domingo había seguido la misma marcha

que la del resto de América. A ese trabajo sigue otro en forma de carta dirigida al escritor dominicano Federico García Godoy sobre la literatura histórica que había escrito García Godoy entonces.

Los otros dos trabajos de la sección de temas dominicanos son sobre dos poetas: José Joaquín Pérez y Gastón F. Deligne. El primero lo había escrito Henríquez Ureña en Cuba en 1905 y lo había incluido en su primer libro, pero lo incluyó también en el segundo de que estamos tratando. Años más tarde, en 1928, sirvió de prólogo a la antología de la obra del poeta que con el título de *La Lira de José Joaquín Pérez* se publicó en Santo Domingo. Dice Henríquez Ureña que, poeta verdadero desde la adolescencia, José Joaquín Pérez es en la literatura dominicana la personificación genuina del poeta lírico, sentimental, vigoroso y fecundo.

El trabajo sobre Gastón Fernando Deligne es largo y controversial: es una reseña, un ensayo crítico del libro *Galaripsos* que había publicado Deligne en 1908. Dice Henríquez Ureña que Deligne es más que un poeta correcto y elegante, que posee maestría superior y sabe prestar atención a cada palabra y aun encontrar la palabra única, pero que con todo, a su poesía le falta siempre un punto para llegar a ser poesía perfecta. La perfección sin caídas: he aquí lo que, por modo extraño, nunca realiza Gastón Deligne, afirma Henríquez Ureña; pero agrega que si no es poesía perfecta la de Deligne, posee excelencias bastantes: ritmo animado, a veces amplio; flexibilidad de entonación; léxico peculiar, selecto y sugestivo; expresión asaz variada. Del poeta dice que es un espíritu sagaz y grave, sin adustez, aunque con un afán de suprimir la emoción directa. A Deligne no le gustaron mucho los juicios de Henríquez Ureña, pero, como ha dicho Emilio Rodríguez Demorizi, sus ideas acerca de *Galaripsos* están aún en pie.

En 1946 apareció una edición de *Galaripsos*, volumen III de la *Biblioteca Dominicana*. En la "Advertencia" explica Emilio Rodríguez Demorizi que se sometió el plan para la selección de la obra de Deligne a Henríquez Ureña, y que se dio preferencia al artículo de este de 1908, el cual revisó el mismo Henríquez

Ureña para dicha publicación pocos días antes de morir. Ese trabajo aparece en la antología como prólogo:

A todo lo largo de la obra de Pedro Henríquez Ureña se manifiesta el historiador. Fue un historiador de la cultura en todos sus aspectos, sobre todo de la cultura hispanoamericana y, por su relación con ésta, de la española. Con especial predilección estudió y escribió de la historia dominicana en todos sus aspectos. El trabajo de *Horas de Estudio* sobre la vida intelectual de Santo Domingo es un buen ensayo histórico que presenta el tema en su trayectoria cronológica o panorámica desde la colonia hasta nuestro siglo. También comenzaba ya el bibliógrafo, pues incluye en ese trabajo una extensa bibliografía dominicana: extensa para entonces.

Ese trabajo, muy ampliado, apareció en *Revue Hispanique* de París en 1917 con el título "Literatura Dominicana". Se refiere a la vida literaria de la época colonial, a las universidades de Santo Domingo; cuenta ampliamente de los religiosos y los seculares de la colonia, y de los cambios que se produjeron durante el siglo XVIII. Las últimas partes del trabajo siguen el siglo XIX: el fin de la colonia, las invasiones y las emigraciones que se sucedieron en Santo Domingo durante ese período hasta la antesala de la Independencia.

Casi veinte años más tarde, en 1936, apareció el Anejo II de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires con el extenso trabajo de Pedro Henríquez Ureña titulado *La Cultura y las Letras Coloniales en Santo Domingo*, que fue una ampliación de "Literatura Dominicana" de 1917, como esto había sido una ampliación de "La Vida Intelectual de Santo Domingo" de 1910. Típico de Henríquez Ureña era el seguir enriqueciendo sus trabajos y volverlos a publicar, aumentados y corregidos, con el tiempo.

Al comenzar *La Cultura y las Letras Coloniales en Santo Domingo* dice Henríquez Ureña, hablando de la América española en general, que el movimiento de independencia y las preocupaciones de la vida nueva hicieron olvidar y desdeñar durante cien años la existencia colonial, proclamándose una

ruptura que sólo tuvo realidad en la intención; en el hecho persistían las tradiciones y los hábitos de la colonia, aunque se olvidasen personas, obras, acontecimientos. Hubo empeño en romper con la cultura de tres siglos. Añade Henríquez Ureña que hasta en las letras olvidamos el pasado, con ser inofensivo, y ahora sólo el esfuerzo penoso lo reconstruye a medias, recogiendo notas dispersas. Así enfoca Henríquez Ureña su tema, dentro del panorama histórico de nuestra América en su totalidad, antes de enfocar a Santo Domingo en particular y el desarrollo histórico de su cultura. Tenemos, pues, que el bosquejo inicial se convirtió en un extenso ensayo y éste a su vez se convirtió en un libro, y este libro, debido a la continua investigación y estudio de Pedro Henríquez Ureña, desarrolla al fin el tema en una forma definitiva.

Enfocando así el tema dentro de su marco general, explica Henríquez Ureña que en Santo Domingo no es mucho lo que se sabe ahora de su cultura colonial; que se sabe que la isla conoció días de esplendor vital durante los cincuenta primeros años del dominio español y que mientras duró aquel esplendor se construyeron ciudades, se crearon instituciones de gobierno y de cultura; pero que con el tiempo, todo se redujo, todo se empobreció; hasta las instituciones de cultura padecieron, pero la tradición persistió.

El último capítulo de *La Cultura y las Letras Coloniales en Santo Domingo* se titula "Independencia, Cautiverio y Resurgimiento" y se refiere a esos acontecimientos que en ese orden se sucedieron en Santo Domingo a principios del siglo XIX. De 1808 a 1825 toda la América continental se levantaba contra España. El patriota José Núñez de Cáceres proclamó la separación de Santo Domingo también, pero sólo semanas más tarde invadían los haitianos, libres desde 1804, el territorio dominicano, y lo sometieron fácilmente. Huyeron hacia tierras extrañas todos los dominicanos que pudieron hacerlo; fue esto una emigración de todo lo mejor que había en Santo Domingo antes; quedó, pues, muy empobrecida la sociedad dominicana.

La invasión haitiana duró más de veinte años; se cerró definitivamente la universidad; palacios y conventos, abandonados, quedaron

pronto en ruinas. Todo hacía pensar, dice Henríquez Ureña, que la civilización española había muerto en la isla predilecta de Colón. Pero no. Aquel pueblo no había muerto. Entre los que quedaron sobrevivió el espíritu tenaz de la familia hispánica. Los dominicanos jamás se mezclaron con los invasores.

En torno a los hombres de pensamiento se forjaba la nueva nacionalidad dominicana, explica Henríquez Ureña, y de ellos salió la sociedad secreta La Trinitaria. De la Trinitaria surgió la República Dominicana, que fue proclamada el 27 de febrero de 1844. La tradición hispánica volvió a imperar, pero modificada ya dentro de las circunstancias locales y de las exigencias de la época.

Durante los ocho años de la ocupación militar americana en la República Dominicana, del 1916 al 1924, Pedro Henríquez Ureña dedicó con frecuencia sus pensamientos y su pluma a la causa de su país. Ayudó a su padre, Francisco Henríquez y Carvajal, en sus misiones diplomáticas, durante visitas que le hizo en Nueva York y Washington. Escribió muchas cartas y publicó artículos de protesta muy bien razonados.

En 1916, a poco de iniciarse la ocupación norteamericana en Santo Domingo, escribió Henríquez Ureña un trabajo que tituló "El Despojo de los Pueblos Débiles" que apareció en la *Revista Universal* de México en octubre y en *El Tiempo* de Santo Domingo el 16 de noviembre, con la firma "E. P. Garduño". Comienza protestando el silencio con que la prensa universal dejó pasar la injustificada ocupación militar de su país por las fuerzas armadas de los Estados Unidos de Norteamérica. Europa, naturalmente, estaba en medio de su gran guerra, pero Henríquez Ureña dirigió su protesta principalmente a la América Latina, a los gobiernos tanto como a los periódicos de nuestra América, que acogieron con tal indiferencia el atropello de uno de sus países hermanos.

Pedro Henríquez Ureña explica en ese artículo las circunstancias de la intervención y las vicisitudes del gobierno dominicano durante esos meses de 1916.

El 15 de mayo de 1922 publicó *El Heraldo de la Raza* de México unas notas de Henríquez Ureña con el título de



“Puntos de Conferencia Dada en Inglés Ante el Club de Relaciones Internacionales de la Universidad de Minnesota” que tuvo por título “Relaciones de Estados Unidos y el Caribe”. En esa conferencia, Henríquez Ureña delinea la repetida intervención de los Estados Unidos de Norteamérica en los asuntos de los países del Mar Caribe, con énfasis en la ocupación de Santo Domingo que aún duraba.

El 15 de febrero de 1923 publicó *El Heraldo de la Raza* de México, con el título de “Libertad de los Pueblos Pequeños y el Senado Norteamericano” una carta que Pedro Henríquez Ureña había escrito al senador americano Henry Cabot Lodge, en Washington, el 30 de septiembre de 1919, en que le explicaba el estado de la situación dominicana y le ruega le conceda una entrevista. A continuación de la carta aparece un “Memorándum Sobre Santo Domingo” que le acompañaba. Ese Memorándum relata con precisión y claramente las circunstancias de la República Dominicana y de la ocupación norteamericana allí. Pero Henríquez Ureña no obtuvo la entrevista que deseaba, ni sus palabras fueron oídas. La ocupación militar norteamericana en Santo Domingo duró hasta 1924, año en que se fue Pedro Henríquez Ureña a vivir a la Argentina.

En 1925 dictó Henríquez Ureña una conferencia en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires sobre “La Antigua Sociedad Patriarcal de las Antillas y Modalidades Arcaicas de la Vida en Santo Domingo durante el Siglo XIX”. Dicha conferencia fue publicada en *Patria*, de Santo Domingo, con fechas 20 y 25 de diciembre del mismo año. También se publicó, años más tarde, en la *Revista de Educación*, también de Santo Domingo. Eso fue en 1932, cuando Henríquez Ureña era Superintendente General de Enseñanza en su país.

Como ya hemos explicado antes, en 1931 volvió Pedro Henríquez Ureña a su patria, lleno de ilusiones, después de treinta años de ausencia. Sus ilusiones se vieron defraudadas casi en seguida, al constatar que el ambiente no era más propicio que antes para su integridad y para la realización de sus ideales. Durante el año y medio que vivió entonces en Santo Domingo hizo intensa labor pedagógica y orientadora.

Dice Emilio Rodríguez Demorizi en su *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña* que don Pedro siempre invocaba su nacionalidad y jamás quiso ser, por halagos ni por dineros, ni norteamericano, ni mexicano, ni argentino. Que en sus obras dejó su alma escrita y el sello de su dominicanidad, profunda y generosa. Que no era el sabio intolerante y sentencioso, de enfadoso talante, sino el hombre sencillo cuya sabiduría parecía fluirle al mismo tiempo del corazón y del cerebro. Dice Rodríguez Demorizi que don Pedro explicaba todos los pasados males dominicanos con esta sola indulgente frase de consuelo: Es que éramos muy pobres! ” Y añade Rodríguez Demorizi que en sus juicios de personas y cosas dominicanas, en que jamás asomaba una sola disonante palabra de desdén ni menos de odio, trascendía siempre la ética inviolada de don Pedro. Y concluye Rodríguez Demorizi diciendo: “Seamos dignos de la herencia espiritual del gran dominicano”.

Poco antes de salir de Santo Domingo escribió don Pedro un prólogo para la obra *Palabras Indígenas de la Isla de Santo Domingo*, de Emiliano Tejera. Dice don Pedro en ese prólogo que nadie conocía como Tejera la historia colonial de Santo Domingo, ni dominaba los vastos horizontes en que se enlaza con la historia universal. Don Pedro alabó la obra de su compatriota.

En sus palabras en la investidura de bachilleres y maestros en la Escuela Normal de Santo Domingo en 1932 dijo don Pedro que el estudiante ha adquirido una independencia, una preeminencia, apenas soñada años antes; y que al entrar en la adolescencia se creen capaces de juzgar todas las cosas divinas y humanas, pero deben también asumir las responsabilidades de esa independencia espiritual, darse a sí mismos severas normas morales, como las que se impone hoy el estudiante en los países más nobles.

En unas palabras que pronunció Pedro Henríquez Ureña en un homenaje a los tres héroes de la independencia dominicana, en 1932, dijo que Duarte, Sánchez y Mella no fueron héroes de batallas y victorias, no fueron héroes de triunfo, sino que fueron héroes de sacrificio, la única especie de

héroes legítimos que ha producido nuestra patria.

En 1937 representó Henríquez Ureña a la República Dominicana en el Segundo Congreso de Historia de América que se celebró en Buenos Aires en julio de ese año. No solamente representó al gobierno de su país sino también a la Universidad de Santo Domingo y a la Academia Dominicana de la Historia. Su contribución personal al Congreso fue el trabajo suyo sobre el idioma español y la historia política en Santo Domingo, parte inicial de su libro sobre el idioma español en Santo Domingo que estaba preparando entonces para su próxima publicación. De ese libro de don Pedro, *El Español en Santo Domingo*, hablaremos en el capítulo que dedicamos a sus trabajos lingüísticos.

De los innumerables trabajos de don Pedro publicados en *La Nación* de Buenos Aires, varios son de temas de su patria. El 18 de noviembre de 1934 apareció "Casa de Apóstoles" que se refiere al antiquísimo Convento de los Dominicos, de Santo Domingo, que se remontaba a los primeros años de la colonia, y que se convirtió en ruinas a principios del siglo XIX. A ese convento entró el Padre Bartolomé de las Casas al hacerse fraile dominico. Dice don Pedro que esa casa de los apóstoles fue el vivero de la Orden de Santo Domingo durante largos años para toda América. Los frailes del convento de Santo Domingo, agrega don Pedro, fundaron una universidad que llegó a imperar, atrayendo estudiantes de todas las tierras vecinas, hasta que se extingue, en 1823, entre los trastornos de la invasión haitiana, que tanto daño hizo a Santo Domingo.

El 13 de enero de 1935 apareció "Enriquillo" que es una excelente reseña del libro de ese nombre por el historiador dominicano Manuel de Jesús Galván. *Enriquillo* es una hermosa novela histórica de los principios de la colonia en Santo Domingo. El héroe, cuyo nombre español fue Enriquillo, fue el héroe indio que se rebeló contra los españoles y se refugió en las montañas con el puñado de indios que quedaban en la isla; desde su refugio lucharon contra los españoles por muchos años, hasta que al fin el Rey de España les garantizó su libertad y les asignó un territorio para sus viviendas. Figuran en la trama los

virreyes, Diego Colón y María de Toledo, así como muchos de los conquistadores de la época. Dice Henríquez Ureña que todo lo que no es rigurosamente histórico en la novela, es claramente verosímil; que sobre el tumulto de la conquista y la refriega de las granjerías, se levanta como columna de fuego el ardimiento espiritual de fray Bartolomé de Las Casas, en quien Galván no ve, como los irreflexivos, al detractor de sus compatriotas, sino la gloria más pura de España. Manuel de Jesús Galván fue un historiador solamente por su *Enriquillo*, novela histórica cumbre en la América hispánica durante el siglo XIX; pero sí fue un hombre muy culto y un intelectual.

El 4 de junio de 1944 publicó *La Nación* el trabajo de don Pedro titulado "Cincuenta Años" que se refiere a los cincuenta años que precedieron, en Santo Domingo, a la proclamación definitiva de la independencia de la República Dominicana el 27 de febrero de 1844. Cincuenta años de trastornos políticos y sociales, dice don Pedro, desde 1795, precedieron a la proclamación de la república. Asistimos entonces a la agonía de la cultura colonial. Durante ese medio siglo de acontecimientos calamitosos, el territorio hispánico de Santo Domingo se despuebla, pierde sus mejores elementos. Fue Cuba el país donde los dominicanos se refugiaron en mayor número. Henríquez Ureña se extiende hablándonos de los más ilustres de esos dominicanos, cuya influencia en Cuba se extendió a toda la vida social de su nueva tierra.

En 1940 aparecieron los tomos siete y once de la *Historia de América*, dirigida por Ricardo Levene en Buenos Aires, con los capítulos que para la misma escribió Pedro Henríquez Ureña: "La Emancipación y Primer Período de la Vida Independiente en Santo Domingo" y la "Historia Contemporánea de la Isla de Santo Domingo. La República Dominicana desde 1873 hasta nuestros días, y Puerto Rico en el Siglo XX". Dice Henríquez Ureña que de 1865 a 1873 se extiende el período que puede llamarse la liquidación del pasado en la República Dominicana. Restaurada la república, mantiene todavía la antigua vacilación de la conciencia de nacionalidad y hasta se proyecta una anexión a los Estados Unidos que

afortunadamente no pasó de intento. El movimiento político del 25 de noviembre de 1873 que pone fin al gobierno de Báez, trae consigo una voluntad firme de mantener la nación y de dar tono liberal a la política; comenzaba una nueva era. Entonces comienza para la República Dominicana inesperado florecimiento, agrega Henríquez Ureña. Hay, sobre todo, movimiento de cultura. Y sigue, naturalmente, un recuento de la historia política del país, hasta 1930 más o menos, relatada con la objetividad característica de Pedro Henríquez Ureña.

En 1941 apareció el tomo doce de la *Historia Universal de la Literatura*, de Santiago Prampolini, con un capítulo por Pedro Henríquez Ureña sobre la "Literatura de Santo Domingo y Puerto Rico" en que expone muy bien el tema de la literatura en las dos islas hermanas.

En 1945 publicó el Boletín de la Academia Nacional de Historia de Buenos Aires la conferencia que, con el título de "*Dos Momentos en la Historia Cultural de Santo Domingo*" dictó Pedro Henríquez Ureña en su calidad de Miembro Correspondiente en la República Dominicana. La ocasión fue un homenaje que ofrecía la Academia Argentina a la República Dominicana con motivo de la celebración de su primer centenario de la independencia patria. Ese acto había tenido lugar el seis de mayo de 1944. Todo el texto de esta conferencia había ya aparecido en trabajos anteriores de don Pedro. Es un bosquejo detallado y objetivo de la historia de Santo Domingo, enfocando los movimientos culturales dentro de los acontecimientos políticos.

Justamente dos años después de dictar esa conferencia murió repentinamente Pedro Henríquez Ureña. En su lejana patria se le hicieron homenajes oficiales y culturales, a los cuales ya nos hemos referido.

## CAPITULO IV

### EL FILOLOGO ✓

Desde muy temprano se manifestó en Pedro Henríquez Ureña su interés por la Lingüística. Siempre un meticuloso del lenguaje, estudió la filología a fondo. Escribió valiosos trabajos sobre cuestiones métricas y desempeñó un papel importante en la lingüística española e hispanoamericana. Toda su obra de maestro y de escritor estuvo respaldada por el filólogo.

Su primer trabajo importante en este género apareció en la *Revista Moderna de México* en marzo de 1909 con el título "Cuestiones Métricas. El Verso Endecasílabo." Al año siguiente lo incluyó en su libro *Horas de Estudio*. Como era su costumbre, Henríquez Ureña volvió a publicar ese trabajo varias veces durante el curso de los años, con modificaciones: en 1919 apareció en la *Revista de Filología Española* de Madrid y en 1944 en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras* en Buenos Aires. Desde su aparición en *Horas de Estudio* el trabajo se tituló simplemente "El Verso Endecasílabo".

Explica Henríquez Ureña que el endecasílabo ha llegado a ser en los cuatro siglos últimos, el verso por excelencia clásico de las literaturas castellana y portuguesa. Dice que su secreto está en ser el único verso castellano mayor de ocho sílabas que suena en nuestros oídos como simple, como unidad perfecta. Henríquez Ureña hace un estudio minucioso del endecasílabo, desde que Boscán lo introdujo en España y su amigo Garcilaso lo perfeccionó en su poesía, analizando sus diferentes usos y formas.

El dos de octubre de 1913, en un discurso de recepción, habló Pedro Henríquez Ureña de "La Métrica de los Poetas Mexicanos en la Epoca de la Independencia" y ese discurso fue publicado en el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, de México, en 1914.

Pero fue en la Universidad de Minnesota donde Pedro

Henríquez Ureña se dedicó al estudio extenso de la versificación castellana. Como ya hemos visto, allí cursó estudios graduados y obtuvo sus diplomas de Master y de Doctor. El título de Master of Arts, maestro o licenciado en letras, lo obtuvo con la tesis en inglés *The Irregular Stanza in the Spanish Poetry of the XVIth and XVIIth centuries*, en 1917. Al año siguiente obtuvo el título de Doctor en Filosofía con su tesis en español *La versificación Irregular en la Poesía Castellana*. "El manuscrito original se conserva aún en la biblioteca principal de la Universidad de Minnesota."<sup>161</sup> Desde el primer momento se consideró este trabajo como fundamental para el estudio de la lírica española. La *Revista de Filología Española*, del Centro de Estudios Históricos de Madrid, pensó publicarlo por partes, pero ante la amplitud e importancia de la tesis se decidió publicarla en volumen aparte.

Henríquez Ureña anticipó algo de su tesis en una *Antología de la Versificación Rítmica* que fue publicada en San José de Costa Rica, en la Colección El Convivio, que dirigía Joaquín García Monge, en 1918. En 1919 apareció en segunda edición en México, retocada y ampliada, en publicación de la Editorial Cultura.

Una segunda edición de *La Versificación Irregular en la Poesía Castellana*, corregida y adicionada por don Pedro, fue lanzada en Madrid en 1933. Esa edición llegó a 369 páginas. El mismo prólogo de Ramón Menéndez Pidal que había aparecido en la primera edición apareció en la segunda. Dice Menéndez Pidal que al estudio de todas las épocas de esa versificación irregular ha consagrado Pedro Henríquez Ureña su libro, donde ha organizado por primera vez una vasta materia que comprende desde los orígenes medievales hasta la lírica de las zarzuelas y del género chico y hasta la revolución contemporánea iniciada por Rubén Darío. Este libro sobre la versificación irregular en la poesía castellana es la obra de un serio investigador científico, de un filólogo conciente y sistemático.

<sup>161</sup> Santiago A. Cúneo, "Pedro Henríquez Ureña en Minnesota 1916-1921" *Universidad de México*, abril 1958, vol. XII, núm. 8, p. 16.

En este libro hallamos felizmente vencidas las principales dificultades de la sistematización de una materia hasta hoy no tratada en su conjunto. Para descubrir las breves muestras de un verso relegado a condición inferior, Henríquez Ureña ha realizado una vasta exploración bibliográfica; para comprender e interpretar formas poéticas, hasta ahora descuidadas, ha llevado su atención en direcciones nuevas y originales, ilustrando, con fortuna, los contactos y mezclas de los dos principios de versificación que luchan y conviven. 162

En el capítulo primero presenta Henríquez Ureña "La Versificación Irregular en la Poesía de la Edad Media" que abarca de 1100 a 1400. Trata de la generalidad de la fluctuación en la medida del verso, del verso épico, del verso de los romances, del alejandrino, y al final un "Resumen" en que dice que hasta fines del siglo XIV el fenómeno de la fluctuación existe, salvo excepciones bien contadas, en toda la versificación española, pero con caracteres diversos y en grados distintos.

En el capítulo segundo encontramos los "Comienzos de la Versificación Rítmica en Castellano" que abarca de 1350 a 1475. Comienza con el final del siglo XIV que llama Henríquez Ureña un "momento de transición" y explica las formas precursoras de la estrofa y los orígenes de la estrofa castellana. Trata del período del Arcipreste al siglo XVI, y dice que del Arcipreste al *Cancionero de Baena* el tránsito es fácil. Luego trata de la poesía trovadoresca en toda España y la versificación galaicoportuguesa, en lo cual se extiende antes de pasar a los orígenes de la versificación rítmica en Castilla, y llegar, al fin, al arte mayor y al endecasílabo. En el "Resumen" de este capítulo dice que la versificación rítmica irregular en castellano es probablemente la combinación de elementos nativos de Castilla con la influencia de la poesía galaicoportuguesa, cuyo dominio debió extenderse a León y Asturias.

En el capítulo tercero trata de la "Evolución de la Poesía Rítmica" de 1475 a 1600. Comienza considerando la versificación rítmica en los cantos del pueblo y en la poesía cortesana. Dice que

162 Ramón Menéndez Pidal, "Prólogo", *La Versificación Irregular en la Poesía Castellana* (de Pedro Henríquez Ureña), págs. VI-VII.



hasta 1600 la poesía rítmica está comúnmente en manos populares y vulgares, y recibe poca atención de los hombres de letras; desde 1600 los poetas cultos se apoderan de ella y acaban por transformarla, regularizándola. Analiza separadamente los poetas cultos bajo los Reyes Católicos y poco después, y los poetas líricos bajo Felipe II. Toca también los primeros dramas de Lope de Vega. En el resumen de este capítulo encontramos lo siguiente:

Al terminar el siglo XVI, los elementos populares, cuya ascensión hacia las letras cortesanas, desde la época de los Reyes Católicos, había sido gradual, pero constante, acaban por penetrar de lleno en el drama, en la poesía lírica, en la novela. Lope es el gran maestro de este movimiento en lo que atañe a la versificación, entre otras cosas. Coetáneos suyos, Cervantes, Góngora, los dramaturgos de Valencia, son quienes mejor contribuyen a la innovación. El carácter renacentista del siglo de Carlos V va cediendo cada vez más ante el reflujó de tendencias nativas que dan su peculiar sabor al siglo XVII en España.

El capítulo cuarto estudia "El Apogeo de los Metros irregulares en la Poesía Culta" de 1600 a 1675. Trata extensamente de los tipos de versificación en la poesía culta y en la popular y vulgar. Considera el papel de los poetas cultos, y los trata separadamente, a Lope de Vega, Tirso de Molina, Juan Ruiz de Alarcón, Góngora, y por último, Calderón. También menciona muchos otros de menor importancia. En el "Resumen" dice que el apogeo de la versificación irregular en las manifestaciones cultas de las letras castellanas coincide con la época de mayor esplendor del teatro, a la vez del profano y del religioso.

El capítulo quinto trata del "Eclipse y Resurgimiento de la Versificación Irregular" entre 1675 y 1917. Comienza con la transformación de los metros irregulares en la poesía culta entre 1650 y 1725, y sigue con la poesía popular entre 1725 y 1917. Considera la poesía popular en cada región de España separadamente: Castilla, Murcia, Andalucía; y también incluye a América. Concluye con el resurgimiento de la versificación irregular en la poesía culta, entre 1895 y 1917, con Rubén Darío. Dice Henríquez Ureña que el libro que señala el resurgimiento de

la versificación irregular en la literatura es *Prosas Profanas*, de Rubén Darío, publicado en Buenos Aires en 1896. El movimiento, como se ve, principia en la literatura de América, y es reflejo, explica Henríquez Ureña, del movimiento en favor del verso libre, que tiene su centro en Francia, y de allí irradia a muchos países. En España, Juan Ramón Jiménez se convierte en el principal cultivador de los metros libres.

En la "Conclusión" del libro afirma Pedro Henríquez Ureña que el movimiento iniciado en América entre 1890 y 1895, y extendido a España desde 1900, ha restaurado en la poesía culta los dos tipos de versificación irregular que habían existido en castellano: el amétrico y el rítmico.

Este monumental trabajo de Henríquez Ureña fue muy elogiado por los estudiosos de América y de España, y sigue siendo, como dijo Menéndez Pidal entonces, indispensable para los estudiosos de la versificación española. Otra autoridad española, Enrique Diez-Canedo, dijo que ese libro de Henríquez Ureña sobre la versificación irregular, con toda su mesura, y aunque aparezca prendido a una institución tan severa como la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en España, es un libro revolucionario.

Después de tan extensos estudios sobre la versificación española, Pedro Henríquez Ureña se puso a estudiar e investigar la lingüística de Hispanoamérica; unió a España y América, lo antiguo y lo moderno, en su trabajo "Rubén Darío y el siglo XV" que apareció en el tomo 50 de la *Revue Hispanique* de París en 1921. Este trabajo se relaciona con su tesis de la *Versificación Irregular en la Poesía Castellana*, la cual comienza con el siglo XV y termina con la renovación poética que inició Rubén Darío.

En el último número de la *Revista de Filología Española* de 1921 apareció un trabajo de don Pedro con el título "Observaciones sobre el español en América" del cual hablaremos más adelante.

El 30 de agosto de 1923 apareció en *Panfilia*, de Santo Domingo, un trabajito de don Pedro con el título "Breves nociones de filología" que contenía precisamente lo que ese título indica.

En 1924 se fue Pedro Henríquez Ureña a la Argentina y muy pronto comenzaron sus relaciones con el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, donde comenzaron a publicarse sus trabajos lingüísticos en los *Cuadernos* de dicho Instituto. A principios de 1925 apareció su ya famoso trabajo "El supuesto andalucismo de América" <sup>163</sup> en uno de esos cuadernos. En 1936 volvió a aparecer este trabajo, en *Cursos y Conferencias*, con muchas citas adicionales.<sup>164</sup> También fue incluido el mismo trabajo en el Anejo I del Instituto de Filología que apareció en 1932 con trabajos de Henríquez Ureña con el título *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América* <sup>165</sup>

En ese trabajo sobre el supuesto andalucismo de América, aclara Henríquez Ureña que la tendencia a identificar la América española con Andalucía en el orden lingüístico, con apoyo en el supuesto predominio de los andaluces en la conquista y colonización del Nuevo Mundo, es cosa antigua ya, pero carece de fundamento sólido. Ya don Pedro había tocado este tema en sus "Observaciones sobre el español en América" en 1921; dijo entonces que el tal andalucismo, donde existe es sobre todo en las tierras bajas, y puede estimarse como desarrollo paralelo y no necesariamente como influencia del Sur de España. <sup>166</sup>

En "El supuesto andalucismo de América" afirma Pedro Henríquez Ureña que la América española ofrece demasiada variedad de fenómenos para encerrarse en fórmulas simples; y se propone estudiar e investigar los comienzos del español en nuestra América. En ese trabajo divide Henríquez Ureña a la América española en cinco zonas lingüísticas, caracterizadas por tipos de vocabulario: 1) Méjico, América Central; 2) Antillas, Venezuela, costa norte de Colombia; 3) Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia; 4)

163 "El supuesto andalucismo de América", *Cuadernos*, Buenos Aires, Instituto de Filología, 1, 2, 1925.

164 "El supuesto andalucismo dialectal de América", *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, noviembre 1936.

165 "El supuesto andalucismo de América", p. 119-129.

166 "Observaciones sobre el Español en América", *Revista de Filología Española*, Madrid, 1921, VIII, p. 359.

Chile; 5) Río de la Plata. <sup>167</sup> Dice Henríquez Ureña que esas zonas lingüísticas están caracterizadas por tipos de vocabulario y que dentro de cada una de ellas tienden a definirse dos tipos de pronunciación: la de tierras altas y la de tierras bajas; en estas últimas es que se encuentra el llamado andalucismo, pero no hay pruebas que permitan atribuir a razones de población las manifestaciones lingüísticas de nuestra América, que coincidan, en parte, con las de Andalucía. <sup>168</sup>

Debido a la polémica filológica que produjo el tema del supuesto andalucismo de América, Henríquez Ureña investigó y estudió más las fuentes a su alcance y en el Anejo I de 1932 que ya hemos mencionado, publicó su trabajo "Comienzos del español en América". <sup>169</sup> Sin las extensas listas de nombres y clasificaciones de los puntos de partida de cada uno en España antes de venir a América, volvió Henríquez Ureña a publicar "Comienzos del español en América" en 1934 en *La Nación* <sup>170</sup> y en *Cursos y Conferencias*, <sup>171</sup> con lo esencial del trabajo solamente. A fin de investigar los comienzos del español en el Nuevo Mundo, Henríquez Ureña estudió los orígenes de los peninsulares que poblaron las Américas, computando los que vinieron durante los primeros ciento cincuenta años de la época colonial. Al final de "Comienzos del Español en América" Henríquez Ureña incluye una clasificación con respecto al seseo según la procedencia peninsular de los colonizadores; ese capítulo es importante porque el seseo es hoy general en América.

Rafael Lapesa, refiriéndose al problema del andalucismo dialectal de América, en la edición de 1959 de su *Historia de la Lengua Española*, dice que un nuevo cómputo, operando con una masa documental tres veces mayor que la de Henríquez Ureña, ha

167 Ibid., p. 129.

168 Ibid.

169 Págs. 1-118 de *Sobre el Problema del Andalucismo Dialectal de América*, Buenos Aires, Instituto de Filología, Anejo I, 1932.

170 Febrero 18.

171 IV, No. 12, 1233-1259.

cambiado por completo el aspecto de la cuestión: en los primeros años de la colonización, entre 1493 y 1508, el sesenta por ciento de los que pasaron a Indias eran andaluces; y en el decenio siguiente las mujeres del reino de Sevilla sumaron los dos tercios del elemento femenino emigrado. Aquí debemos mencionar la obra de Peter Boyd Bowman sobre este tópico que se titula *Regional Origins of the Earliest Spanish Colonist of America*, a la cual se refiere Lapesa.

Guillermo L. Guitarte, del Instituto de Filología de Buenos Aires, publicó en 1958 un trabajo titulado "Cuervo, Henríquez Ureña y la Polémica Sobre el Andalucismo de América"<sup>172</sup> Este estudio de Guitarte contiene una investigación crítica de la obra de Henríquez Ureña, pero no aporta nuevas estadísticas ni datos sobre la cuestión del andalucismo en América.

Ya mencionamos que en 1921 había publicado don Pedro sus "Observaciones Sobre el Español en América". Este fue un extenso trabajo que trató de: I) Zonas dialectales, II) Lengua criolla, III) Distribución geográfica de los fenómenos fonéticos, IV) El pronombre "vos" y la conjugación, y V) Distribución geográfica del "voseo".

En los años 1930 y 1931 publicó don Pedro una segunda y una tercera partes de sus "Observaciones Sobre el Español en América",<sup>173</sup> que vamos a comentar aquí también. En la segunda parte se refiere Henríquez Ureña al trabajo del Dr. Max Leopold Wagner. *El supuesto andalucismo de América y la teoría climatológica*, que fue una respuesta a *El supuesto andalucismo de América* publicado por don Pedro en 1925. Dice don Pedro que en los puntos esenciales han llegado a ponerse de acuerdo el Dr. Wagner y él, pero la controversia no queda definida y don Pedro promete seguir estudiando el tema. Concluye con estas palabras: "De todos modos, es de sumo interés que se estudien científicamente los comienzos del español en América y su parentesco con las diversas regiones de España, cuestión que hasta

172 *Vox Romanica*, XVII, 363-416.

173 *Revista de Filología Española*, Madrid: Parte I, 1921, VIII, 357-390; Parte II, 1930, XVII, 277-284; Parte III, 1931, XVIII, 120-149.

ahora, en la mayoría de los casos, perezosamente se daba como clara y resuelta". La tercera parte lleva por subtítulo "Comienzos del español en América" y es, poco más o menos, el mismo trabajo incluido en el Anejo I del Instituto de Filología de Buenos Aires en 1932, el cual ya hemos comentado.

En el número de julio—octubre de 1934 de *Investigaciones Lingüísticas* de México apareció un trabajo de Pedro Henríquez Ureña titulado "Observaciones Sobre el Español de México" con una colección de notas sobre distintos usos de ciertas palabras. Este corto trabajo fue un precursor del serio y extenso estudio que dirigió don Pedro en el Instituto de Filología en 1938 y que llevó por título *El español en México, los Estados Unidos y la América Central*.

En 1934 apareció un trabajo de don Pedro en el *Homenaje a Enrique José Varona*, publicado en La Habana. El mismo trabajo apareció hacia el mismo tiempo en *Cursos y Conferencias* de Buenos Aires. Su título fue "En Busca del Verso Puro" y lo había escrito y publicado don Pedro entre los años 1926, 1927 y 1928 en *Valoraciones* de La Plata. Max Henríquez Ureña lo incluyó en la *Antología* de don Pedro que publicó en Santo Domingo, y aparece también en los *Estudios de Versificación Española* de don Pedro, publicados en Buenos Aires por el Instituto de Filología Hispánica en 1961.

Explicó don Pedro que "En Busca del Verso Puro" presenta las ideas principales que él explicó en la primera lección del curso que dio sobre "Problemas del Verso Castellano" en el Colegio Libre de Estudios Superiores.

El verso varía de pueblo a pueblo, de siglo a siglo, dice don Pedro. Pero varía menos que las armazones lingüísticas o los sistemas tonales, porque trabaja con material uniforme, la sílaba, arcilla sonora sujeta a modulaciones pero intacta en su esencia. Después de analizar la versificación en muchos idiomas separadamente, don Pedro concluye diciéndonos que aceptemos la sobriedad máxima del ritmo; que el verso puro, la unidad fluctuante, está ensayando vida autónoma.

Después que apareció la segunda edición de *La Versificación Irregular en la Poesía Castellana*, en 1933, Henríquez

Ureña decidió cambiarle el título por otro con un sentido más apropiado a la tesis. En vez de “versificación irregular” decidió por “versificación fluctuante” y dos años antes de su muerte había anunciado que iba a reimprimir la tesis con el título *La Poesía Castellana de Versos Fluctuantes* como más propio. Por eso apareció con ese título en el volumen de 1961 con la antología de los *Estudios de Versificación Española* de Pedro Henríquez Ureña.

En el número de abril-junio de 1935 de la *Revista de Filología Española* apareció un trabajo de don Pedro titulado “Palabras Antillanas en el Diccionario de la Academia” que contiene precisamente lo que el título indica. Ese trabajo volvió a aparecer en el *Boletín de la Academia Dominicana de la Lengua*, en Santo Domingo, en abril de 1942.

Ese mismo año de 1935 dio Henríquez Ureña un curso sobre problemas del verso español. Como resultado de ese curso, publicó al año siguiente, en *Cursos y Conferencias*, un trabajo que llamó “La Versificación Fluctuante en la Poesía de la Edad Media” y que, en realidad, corresponde al capítulo primero de su tesis doctoral: *La Versificación Irregular en la Poesía Castellana*. Ya aquí cambió el término “versificación irregular” por el de “versificación fluctuante” como había decidido hacer también con el título del libro mismo.

El primero de agosto de 1937 apareció en *La Nación* de Buenos Aires el trabajo de don Pedro titulado “El Español en la Zona del Mar Caribe” con tres interesantes ilustraciones: una vista de La Habana, una vista de Santo Domingo, y una vista de San Juan de Puerto Rico. Aquí vuelve a hablar de su distribución en cinco zonas para el español de América, y explica los hechos políticos y circunstancias geográficas que influyeron en la formación de esas zonas lingüísticas. La zona del Mar Caribe, dice don Pedro, fue en el Nuevo Mundo la primera en que se asentaron los españoles; y detalla entonces los hechos históricos relacionados con los principios de la conquista y colonización de las nuevas tierras en el Nuevo Mundo. Podemos, pues, decir que el primer idioma español de América fue el de las Antillas, desde donde salían los españoles y el idioma español, a conquistar y colonizar las demás tierras de las Indias. Explica don Pedro que a la zona del

Mar Caribe le daba unidad la Real Audiencia de Santo Domingo, establecida en 1511, que ejercía jurisdicción sobre las demás Antillas; de modo que, en realidad, la lengua tanto como el gobierno de las Antillas, tenían su centro en la ciudad de Santo Domingo durante los primeros tiempos del siglo diez y seis.

Ese mismo año de 1937, el cinco de septiembre, salió también en *La Nación* otro trabajo lingüístico de Henríquez Ureña: "El Español en México y sus Vecindades" que como el anterior, era un precursor del trabajo mayor que estaba preparando él sobre el mismo tema. En este trabajo incluye la zona que se extiende desde el sudoeste de los Estados Unidos hasta el Istmo de Panamá. Dice Henríquez Ureña que los fenómenos lingüísticos que se observan en toda esta zona se asemejan, en general, a los que se hallan dondequiera que se habla español: en España como en la América del Sur, en las Islas Filipinas como entre los judíos de los Balcanes y el norte de Africa; pero no todos: los hay peculiares, característicos.

Ahora llegamos al 1938, año en que publicó Pedro Henríquez Ureña varios trabajos con estudios de palabras que según él explicó eran esfuerzos preparatorios para el diccionario histórico de indigenismos americanos circulantes en el español que proyectaba al Instituto de Filología. Esos trabajos son de mucho interés lingüístico por los datos y observaciones que en ellos incluyó Henríquez Ureña. Cinco de esos trabajos fueron recogidos en volumen por el Instituto de Filología más tarde ese mismo año de 1938 en su Anejo III, en el orden siguiente: "Papa y Batata", "El Enigma del Aje", "Boniato", "Caribe" y "Palabras Antillanas". Vamos a referirnos a cada uno de ellos a continuación.

El 24 de julio apareció en *La Nación* un resumen de "Papa y Batata" con el título de "Historia de Palabras" en que un párrafo, generalmente, resume cada capítulo del trabajo completo, eliminando detalles y todas las citas. Nos explica Henríquez Ureña que la historia lingüística de la batata es compleja; es un vocablo taíno, que aprendieron los primeros descubridores en la Isla Española. Henríquez Ureña describe las vicisitudes de la palabra desde entonces. La papa, dice él, la descubrieron los españoles en



el Imperio de los Incas, en la vecindad de Quito. También habla Henríquez Ureña de la confusión de nombres que ha existido entre la papa y la batata desde el mismo siglo XVI.

El 4 de septiembre apareció también en *La Nación* "La Planta Enigmática" que es un breve resumen del trabajo más extenso, "El Enigma del Aje", que apareció con éste título y bastante completo en la *Revista Argentina de Agronomía*, de Buenos Aires, ese mismo año. Pero es en el libro del Instituto de Filología donde aparece el trabajo completo. El aje es un enigma porque fue la primera planta de América que nombran los descubridores y hoy nos preguntamos qué sería. Se encuentra mucho en los primeros escritos de Indias, pero desde el siglo XVII la palabra deja de usarse. Cuando en el siglo XIX se trató de indentificar el aje, se dividieron las opiniones. Encontramos hoy, dice Henríquez Ureña dos problemas en torno del aje: uno botánico, otro lingüístico ¿se resolverán algún día?

Explica Henríquez Ureña que en el taíno de las Antillas, el vocablo "boniato" se aplicaba a variedades dulces o suaves de frutos o de raíces o tubérculos comestibles. Como con los otros términos, Henríquez Ureña sigue la palabra a través de los documentos de Indias y fuentes más recientes, y con muchas referencias bibliográficas.

El 19 de junio había salido en *La Nación* el trabajito "Caribe" que luego incluyó, más completo, en el Anejo del Instituto de Filología. Al comenzar explica Henríquez Ureña quiénes eran los "caribes" en las tierras del Nuevo Mundo, antes del Descubrimiento. Ya comenzada la colonización, agrega, se extendió el nombre de caribes a todos los indios indomables que se oponían a los conquistadores. La palabra se llenó gradualmente de significados, algunos de los cuales son los que subsisten hoy.

El último de los trabajos en el Anejo del Instituto de Filología es el llamado "Palabras Antillanas" que, en su forma primitiva, había ya aparecido en la *Revista de Filología Española* en 1935. Don Pedro lo retocó para su publicación en 1938. El trabajo comienza aclarando que son tres idiomas las fuentes principales de las palabras indígenas de América en el español; en orden cronológico de conocimiento e influencia: el taíno, de las

Antillas; el náhuatl, de Méjico; el quechua, del Peru. El taíno es una lengua extinguida, pero dejó muchos, muchos términos en el español. Henríquez Ureña estudia muchos de esos términos en este trabajo sobre palabras antillanas en nuestra lengua española.

Pedro Henríquez Ureña y Amado Alonso, su fraternal amigo y su colega en las Universidades de Buenos Aires y La Plata, colaboraron en la publicación de una *Gramática Castellana*, lanzada por la Editorial Losada, de Buenos Aires, que se ha reimpresso multitud de veces pues se usa desde entonces como texto en las escuelas argentinas y también en otros países. El primer tomo apareció en 1938 y el segundo en 1939. Los autores dan cabida a los resultados de la Lingüística moderna cuando puedan tenerse como seguros y sean fáciles de exponer, y especialmente a los que coinciden, por lo menos en su orientación, con los que obtuvo hace más de un siglo Andrés Bello, el más genial de los gramáticos de lengua española y uno de los más perspicaces y certeros del mundo. Advierten los autores que aunque parezca difícil prescindir de nociones con las cuales se ha trabajado durante años, ellos adoptaron las que son para los alumnos simplificaciones y representan ahorro de mucho trabajo mental inútil. Esta *Gramática Castellana* ha tenido un grandísimo éxito: por su claridad, su buena organización, y la excelente materia literaria que aparece en los ejercicios. Ambos tomos se componen de diez capítulos, designados para el año escolar.

Muchos años antes, en 1927, había Pedro Henríquez Ureña colaborado con Narciso Binayan, entonces Presidente de la Sociedad de Historia Argentina, en otro libro de texto para las escuelas del país. Esa obra fue *El libro del Idioma*, publicado por la Editorial Kapelusz de Buenos Aires, y aprobado para uso del quinto y sexto grados en las escuelas de Buenos Aires y las provincias argentinas. La selección del contenido y la organización del método son excelentes. Cada capítulo tiene sus ejercicios correspondientes. Los temas son todos de interés para el estudiante argentino: geografía, historia, héroes, leyendas, poesías, cartas; también sobre la patria, la cultura, los productos y el comercio de la Argentina.

Ya hemos hablado del magnífico trabajo que Henríquez

Ureña publicó a fines de 1936, *La Cultura y las Letras Coloniales en Santo Domingo*. También hemos hablado de su participación, representando al gobierno de su país, en el Segundo Congreso Internacional de Historia de América, en Buenos Aires, en julio de 1937, en el cual su contribución fue un papel con el título de "El Idioma Español y la Historia Política de Santo Domingo" que era, en realidad, parte inicial de su libro en preparación entonces sobre el idioma español en Santo Domingo. Ese libro fue publicado en 1940 en el Tomo Quinto de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, con el título *El Español en Santo Domingo*, del cual vamos a tratar a continuación, y el cual es uno de los grandes trabajos lingüísticos de Pedro Henríquez Ureña.

La tesis principal de *El Español en Santo Domingo* es que al español de Santo Domingo lo caracteriza su aire antiguo, que en ocasiones llega al arcaísmo. Para demostrarlo, Henríquez Ureña ha reunido ejemplos de palabras, giros, frases proverbiales y refranes. Parte del material, admite Henríquez Ureña, está francamente anticuado; otra parte, la mayor, no lo está. En suma: gran número de expresiones tradicionales que corren normalmente en Santo Domingo no se oyen ya en la mayor parte del mundo hispánico, aunque se encuentren aquí y allá, aisladas y sueltas. Cada una de esas expresiones, si se toma por sí sola, existe en tal o cual lugar, pero ninguna región conserva tantas como Santo Domingo.

Se inicia el libro con una extensa "Bibliografía y Abreviaturas Bibliográficas" y termina con una lista de las palabras especialmente tratadas en el libro. Contiene diez y nueve capítulos, de cuyo contenido vamos a tratar a continuación.

El primer capítulo es ya un tema que hemos visto en varios de los trabajos de don Pedro: "Santo Domingo y la Zona del Mar Caribe." El segundo capítulo contiene también un tema que había él desarrollado en diferentes ocasiones: "El Papel de Santo Domingo en la Historia Lingüística de América", pero aquí ya empieza a desarrollar su tesis. Dice que hay en Santo Domingo muchos rasgos arcaicos, hasta los indigenismos tienen en Santo Domingo carácter arcaico. En el tercer capítulo nos habla don Pedro del aislamiento de la colonia y la tradición que ese

aislamiento produjo, que tanto influyeron en mantener ese arcaísmo.

Luego habla extensamente de ese arcaísmo y dice que, dadas las peculiaridades del país, el español de Santo Domingo tiene matiz antiguo en su vocabulario. Incluye una larga lista de voces que circulaban en boca de gente culta, y otra de voces populares y rurales; también una lista de frases proverbiales y otra de refranes viejos. A propósito de ese arcaísmo del idioma en la República Dominicana, podemos mencionar que al leer el *Don Quijote* de Cervantes nos asombramos de la gran cantidad de voces, refranes y proverbios que contiene el libro y que se usan todavía en Santo Domingo.

Un capítulo importante es el que trata de los indigenismos, tema ya estudiado por Henríquez Ureña en varios de sus trabajos lingüísticos, a los cuales ya nos hemos referido. Explica como hacia 1540, el idioma taíno estaba ya en vías de extinción, pero de las palabras que los españoles aprendieron en Santo Domingo y en las islas vecinas, muchas entraron pronto en la circulación general. Los conquistadores y colonizadores, al llegar a países nuevos, designaban las cosas americanas con los nombres ya aprendidos en las Antillas.

El *tempo* del habla dominicana es, en general, lento, en contraste con el *allegro* del habla cubana, particularmente de La Habana. Henríquez Ureña habla de las variaciones fonéticas, y trata de la cuestión de semejanzas con la fonética andaluza. Luego analiza la influencia que la tradición negra había tenido en la fonética del español de Santo Domingo. También trata extensa y separadamente de la onomástica, la toponimia, la semántica, y la sintaxis.

El último capítulo de *El Español en Santo Domingo* contiene "Observaciones Históricas" muy interesantes. Dice Henríquez Ureña que no abundan los documentos literarios para estudiar el desenvolvimiento histórico del español en Santo Domingo, pero sí abundan los documentos políticos, aunque sólo están publicados extensamente los del siglo XVI, cuando el español de Santo Domingo está todavía sujeto a las influencias del ir y venir de las corrientes humanas en busca de asiento. No

existen muchos escritos de los criollos de Santo Domingo, y en el siglo XVI el lenguaje de los escritores criollos no se aparta en nada perceptible del español literario de la metrópoli.

En síntesis: el español de Santo Domingo presenta como rasgos distintivos la conservación de la lengua tradicional, con matices antiguos y hasta arcaicos más abundantes que en ningún otro país del Nuevo Mundo, y la superposición de matices criollos, desde época temprana, tanto en la adaptación de vocablos europeos a la nueva vida de América como en la adopción de vocablos indios. La pronunciación, de base española general, ha adquirido caracteres que en parte se asemejan a los del habla andaluza, como sucede en todas las Antillas. Del habla culta, que lo es mucho, a la popular, hay diferencias, no muy numerosas, pero sí muy ostensibles, especialmente en la región del Cibao. El vocabulario, fuera de los indigenismos, la morfología y la sintaxis tienen fuerte carácter castellano.

Así termina Pedro Henríquez Ureña su libro. Rica en bibliografía y en notas y listas de palabras, esta obra sirvió de modelo a los discípulos y continuadores de Pedro Henríquez Ureña en el estudio de la lingüística americana de ayer y de hoy. Henríquez Ureña sitúa a Santo Domingo como centro de la zona lingüística del mar Caribe, y explica el papel que desempeñó en la historia de la lengua durante la colonia. Explica su aislamiento y su tradición colonial y, a causa de estas circunstancias, su arcaísmo.

Todos los capítulos de *El Español en Santo Domingo* contienen numerosas observaciones históricas y ejemplos detallados de voces, frases, proverbios, refranes de ese español arcaico de Santo Domingo; y también de los indigenismos que se adoptaron allí en la lengua durante la conquista. Su último trabajo importante en el campo de la filología, *El Español en Santo Domingo* fue, como todas las obras fundamentales de Pedro Henríquez Ureña, un punto de partida para la investigación moderna en su disciplina.

A principios de 1930 había publicado Pedro Henríquez Ureña un trabajo titulado "El Lenguaje" en *Humanidades* <sup>174</sup> de

Buenos Aires. En 1946, el año de la muerte de don Pedro, apareció este trabajo en el número 21 del *Boletín de la Academia Dominicana de la Lengua* en Santo Domingo. En ese trabajo, Henríquez Ureña explica primeramente la ciencia del lenguaje; luego distingue entre lo que son la lingüística, la filología, y la gramática. Dice que al estudio científico del lenguaje se le llama lingüística, vocablo que empieza a usarse en el siglo XIX, hacia cuyo final se trata de asignarle sentido diverso del que corresponde a filología: mientras la lingüística debería estudiar las cuestiones generales del lenguaje, y sería la ciencia fundamental, la filología quedaría como el estudio, siempre con métodos rigurosamente científicos, del desenvolvimiento histórico de las lenguas y como sistema de interpretación de los textos literarios. La distinción no se ha impuesto definitivamente.

La gramática, dice Henríquez Ureña, se define desde hace muchos siglos como el conjunto de reglas sobre el uso correcto de los idiomas. Dice que la gramática normativa no es ciencia sino un arte útil, una técnica. Habla de la gramática general, la gramática comparada y la gramática histórica. Analiza el concepto y la complejidad de los hechos lingüísticos. Concluye con algunas consideraciones sobre la evolución y persistencia en el lenguaje. Acompañan a este trabajo más de cinco páginas de bibliografía.

El último trabajo de don Pedro, publicado antes de su muerte en la *Revista de Filología Hispánica* de Buenos Aires en su número de enero—junio de 1946, fue “Sobre la Historia del Alejandrino” que comienza con el siguiente párrafo:

El verso alejandrino tiene en castellano larga historia, con cuatro épocas: aparece, nebulosamente, en el siglo XII; se impone, como forma fundamental del mester de clerecía, durante los siglos XIII y XIV; se eclipsa del XV al XVIII, salvo apariciones esporádicas en la poesía culta y en los cantos populares; reaparece a plena luz en el XIX, y alcanza nuevo esplendor con los románticos y los modernistas.

Ya en su tesis *La Versificación Irregular en la Poesía Castellana* había Henríquez Ureña escrito sobre el Alejandrino en la Edad Media; pero en este trabajo de 1946 él sigue la trayectoria

histórica del Alejandrino hasta nuestros días. Y ahí termina la obra de Pedro Henríquez Ureña el estudioso de la lengua. En ese momento, 1946, también terminó su vida, pero vamos a tratar en el próximo capítulo de Pedro Henríquez Ureña el maestro, el orientador y el humanista.

## CAPITULO V

### EL MAESTRO, EL ORIENTADOR Y EL HUMANISTA

Pedro Henríquez Ureña fue toda su vida, antes que nada, un maestro: por temperamento, por vocación, por aptitud. Su hermano Max, al relatar sus recuerdos de infancia y juventud le llama "Hermano y Maestro" y dice que fue el maestro de quien él sacaba más provecho. Lo mismo dijeron sus amigos, y más tarde sus discípulos. Desde muy temprano se manifestó en Pedro el placer de enseñar, el goce de la conversación constructiva y el amor al estudio. Como dijo Ezequiel Martínez Estrada: "Henríquez Ureña fue un buen maestro porque era un buen estudiante".

Al llegar a México en 1906 y entrar a formar parte del grupo juvenil que luego formó el Ateneo de la Juventud, se puso de manifiesto el espíritu socrático de Pedro. Fue mentor y guía de los otros jóvenes del grupo y, como ha dicho Alfonso Reyes, era él, de todos, el único escritor formado, aunque no el de más años.

En lo privado era muy honda la influencia socrática de Henríquez Ureña. Enseñaba a oír, a ver, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pesando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia... No hay entre nosotros ejemplo de comunidad y entusiasmo como los que él provocó.<sup>175</sup>

Entonces inició Pedro Henríquez Ureña lo que, hasta su muerte cuarenta años más tarde, iba a ser la norma de su vida: dar lo mejor de sus esfuerzos a los demás, crear un interés intelectual en cada amigo, en cada discípulo, fomentar un ambiente de cultura en dondequiera que estuviese, e inspirar con su ejemplo y con su propio trabajo.

<sup>175</sup> Alfonso Reyes, "Pasado Inmediato" en *Obras Completas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, XII-205.



Pedro representó entre nosotros, y en una época decisiva para la cultura del país, la seriedad de la carrera literaria, la aspiración a un saber de primera mano, la afición por las letras clásicas, por lo griego y por lo español sobre todo. Sus escritos, con serlo tanto, son menos valiosos que su influencia personal en la juventud... Vivía entre sus discípulos, es necesario confesarlo, en un mundo de pasión. Si estábamos incluidos en las "listas" del Maestro y habíamos obtenido implícitamente su aprobación nos sentíamos con la celebridad en el bolsillo. Pero si se nos omitía (sus omisiones eran desgraciadamente siempre deliberadas y cuidadosamente establecidas) se enfurecía el suprimido y se convertía en virulento detractor. Cerca de sí no había sino devotos o maldicientes. Lo mejor era situarse a cierta distancia. <sup>176</sup>

Dice otro mexicano, su discípulo Samuel Ramos, que aparte de las enseñanzas que transmitía Pedro Henríquez Ureña, aprendían de él la seriedad en el estudio, la disciplina y el rigor del método, la exactitud de las informaciones, la minuciosidad en los análisis, la probidad y la rectitud en el juicio crítico.

Se convertía en el colaborador de sus discípulos; tenía presente el tema que cada uno trabajaba y les hacía llegar constantemente los datos e informaciones que él encontraba en sus propias lecturas. Nunca pude saber como este hombre lograba informarse y estar al día de todo cuanto ocurría en la vida intelectual del mundo entero. Sorprendía la universalidad de su saber... Siempre dispuesto a enseñar, era pródigo de su saber y prefería, como Sócrates, la conversación con el discípulo a la conferencia de cátedra. Me impresionó descubrir que Henríquez Ureña no era de los maestros que hablan para un grupo de alumnos desconocidos. Se acercaba a cada uno de nosotros para conversar amistosamente y conocer sobre nuestros intereses, nuestros trabajos y nuestras vidas. <sup>177</sup>

176 Julio Torri, "Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña", *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras* de la Universidad Nacional de México, julio-septiembre 1946, págs. 99-102.

177 Samuel Ramos, "Pedro Henríquez Ureña, Humanista Americano", *Cuadernos Americanos*, 1946, V, núm. 4, págs. 264-267.

Refiriéndose a cuando Pedro Henríquez Ureña era profesor de literatura castellana en la Escuela Nacional Preparatoria de México en 1913, dice Julio Jiménez Rueda que don Pedro no era un brillante expositor, que no tenía la elocuencia de don Antonio Caso por ejemplo, pero sí sabía encontrar la vocación de sus discípulos y la sabía encauzar. Así fue como formó un grupo importante de discípulos. Más tarde hace Jiménez Rueda un comentario que muchos han hecho; refiriéndose a su correspondencia con don Pedro, dice que sus cartas traían siempre una enseñanza, un consejo, una observación certera y útil <sup>178</sup>

Pedro renunció a escribir muchos libros para dedicarse a esa labor socrática de iluminar los espíritus y de madurar las ideas de los que con él conversaban... Con él no sólo se aprendían constantemente cosas nuevas sino que, meditando sobre ellas, encontrándoles su razón de ser y ligándolas al cuadro general al que pertenecían, se iba formando una especie de filosofía de la cultura y de la vida. Porque no se trataba con él de meras investigaciones teóricas: todo tenía sus raíces en la vida, en la vida de las naciones y de los pueblos, de las sociedades y de los hombres. <sup>179</sup>

Por grande que sea la labor de Pedro en los campos de su especialidad, nos dice Alfonso Caso, otro de sus discípulos mexicanos, mucho mayor es y será en el futuro su papel socrático, su actuación constante en México, al sembrar inquietudes en la mente de tantos de nosotros. Y agrega que fue él, en la más limpia y la más alta acepción de la palabra, un maestro.

Maestro de cultura y de vida, él despertó en todos los que lo trataron el deseo de una investigación profunda; de una búsqueda apasionada de la verdad; de un riguroso método en el estudio; de una amplitud de visión que lo hacía interesarse por todas las cosas e investigar todos los problemas. En Pedro Henríquez Ureña la bondad era casi santidad. La existencia de Pedro Henríquez Ureña será un ejemplo

<sup>178</sup> Julio Jiménez Rueda, "Pedro Henríquez Ureña, Profesor en México", *Revista Iberoamericana*, XXI, núms. 41-42, págs. 135-138.

<sup>179</sup> Antonio Castro Leal, "Pedro Henríquez Ureña, Humanista Americano", *Boletín Bibliográfico Mexicano*, 31 julio 1946, págs. 5-6.

constante y un modelo en la investigación literaria de Hispanoamérica; pero será para quienes lo conocimos, una de las más recias, de las más nobles y más altas realizaciones humanas.<sup>180</sup>

Dice Octavio Corvalán que Pedro Henríquez Ureña suscitó vocaciones y difundió ideas, y que su obra más grande fue la de maestro: el contacto personal, la conferencia, el cenáculo. De este modo ganaba discípulos y amigos, siempre dispuestos a continuar. "Algunas de sus ideas y proyectos, que no pudo realizar en vida, se están llevando a cabo hoy, por los amigos y discípulos que dejó en toda América."<sup>181</sup>

Es un maestro, dice Medardo Vitier, y habla de su saber copioso y de su mesura, como genio guiador. Confiesa Vitier que todos sentimos la autoridad del mensaje de Pedro Henríquez Ureña, que fluye sereno, aclarador.

Pedro Henríquez Ureña ofrece su sapiencia a la juventud. Disciplina intelectual es su signo. Lo demás. . . su severo magisterio, llama a los que se contentan con un superficial aprendizaje. El les dice que es penoso y largo el trabajo de estudiar, pero de goces, y sobre todo, de garantías, para la mejor humanidad individual y social.<sup>182</sup>

<sup>180</sup> Alfonso Caso, "Pedro Henríquez Ureña", *Letras de México*, 15 de julio 1946, p. 293.

<sup>181</sup> Octavio Corvalán, *El Postmodernismo*, p. 54.

<sup>182</sup> Vitier, *Del Ensayo Americano*, p. 291.

## EL ORIENTADOR

El americanismo profundo de Pedro Henríquez Ureña comenzó a manifestarse con sus ideas y sus escritos juveniles. La obra que había iniciado José Enrique Rodó, de orientar la juventud de Hispanoamérica, la continuó Pedro Henríquez Ureña. En su artículo de 1905 dijo Henríquez Ureña que a definir el ideal de Hispanoamérica tendía Rodó, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual. Fue como si eso mismo se fijara en la mente del joven Pedro, pues a definir el ideal de Hispanoamérica tendió siempre Pedro Henríquez Ureña, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual de América. Igual que Rodó, Henríquez Ureña fue un orientador de las generaciones jóvenes de Hispanoamérica.

Como continuador de la obra de Rodó, como ensayista y como americanista, Henríquez Ureña se dedicó no solamente a definir el ideal de nuestra América, sino a buscar su identidad, su propia expresión. En ese ensayo suyo sobre *Ariel*, de José Enrique Rodó, escrito en 1904 y publicado en 1905, dijo Henríquez Ureña que para nuestros pueblos ese momento histórico era crítico, porque la ley de la vida internacional les imponía ya tomar una dirección definitiva en su vida propia, y sólo la cooperación de las mejores fuerzas los podía lanzar en una dirección feliz. Afirmó al mismo tiempo que la juventud posee esas fuerzas nuevas. Desde ese momento, el joven Pedro encabezó esa juventud intranquila dondequiera que se encontrase.

Sus viajes y su vasta cultura contribuyeron grandemente a la universalidad de Pedro Henríquez Ureña. Su gran patriotismo rebasó, desde muy temprano, las fronteras de su patria. México y la Argentina lo reclamaron como suyo, pero él fue un americanista consumado. Somos de ascendencia española, decía, pero sobre todo somos indígenas, es decir, americanos. Y como americanos, él consideró que debíamos formar, todas las naciones de habla española en América, una magna patria: su tema principal fue el de orientar hacia esa identidad propia universal de Hispanoamérica.

Don Pedro vino a enseñarnos algo que si lo supimos, lo teníamos olvidado: la conciencia de la magna patria. La aparición de Pedro Henríquez Ureña en el escenario americano fue noticia de que Rodó no había predicado en el desierto... Henríquez Ureña superó a Rodó... sabemos que don Pedro no sólo no predicó en el desierto, sino que lo hizo en la plaza, en la hoja, en el tren, en la calle, en el aula, en la biblioteca, en el gabinete, en su permanente diálogo socrático y revelador. Nuestra América será lo que debe ser, porque un hombre como Henríquez Ureña no pasa en vano por sobre la tierra; Sarmiento, Martí, Bello, Rodó, sus grandes admiraciones, y los apóstoles que él reunió y superó en su persona, son prueba definitiva de lo que digo.<sup>183</sup>

Su buen amigo argentino, el poeta Jorge Luis Borges, dijo que para Pedro Henríquez Ureña nuestra América llegó a ser una realidad, que él se sintió americano y aún cosmopolita; y que a su nombre vincúlase también el nombre de América. Otro argentino, Octavio Corvalán, dice que la pasión americana cobró en Henríquez Ureña una dimensión excepcional, que él inquirió en cada rincón del continente las respuestas a nuestras preguntas esenciales, y afirma que un trabajo sobre literatura hispanoamericana contemporánea no puede prescindir de la figura eminente de Pedro Henríquez Ureña. Dice Corvalán que don Pedro no sólo es uno de los apóstoles de la cultura hispanoamericana, sino que suscitó vocaciones y difundió ideas; que su preocupación constante fue el tema de la contribución de América a la cultura occidental.

A fin de llegar a comprender la contribución de América a la cultura occidental, Henríquez Ureña siempre volvía al tema de nuestra identidad propia, nuestra genuina expresión americana dentro de esa cultura occidental. Como lo atestiguan sus mejores ensayos, Pedro Henríquez Ureña persistió en pensar y trabajar en busca de nuestra propia expresión.

Uno de los más grandes amigos argentinos de don Pedro fue el filósofo Francisco Romero; ambos pensaron y trabajaron

<sup>183</sup> Roy Bartholomew, "Nuestra América, sí", *México en la Cultura*, Buenos Aires, 1957, núm. 22, p. 8.

juntos por la causa de nuestra América. Con Alfonso Reyes, cuando éste vivió en Buenos Aires, formaron la famosa trilogía de buenos americanos que se juntaban periódicamente para hablar exclusivamente del pasado, el presente y el futuro de su Hispanoamérica.

Henríquez Ureña vivió su americanismo como realidad y como ideal, como una realidad para él, que pretendía y fervorosamente anhelaba fuera realidad para muchos. Pocos como él han conocido y amado la historia, el paisaje y la cultura americana, pocos han penetrado tan adentro en el corazón de estas tierras... América era asunto predilecto en sus estudios y meditaciones, y hasta habría razones para calificar el suyo de americanismo militante.<sup>184</sup>

No sé de nadie en Hispanoamérica que sirva como Pedro Henríquez Ureña de orientador, tanto en las direcciones de la cultura europea como en la hechura intelectual de nuestras repúblicas, dijo Medardo Vitier, y agrega que nadie como él conoce la formación intelectual de la América española; nadie tampoco ha escrito páginas tan orientadoras respecto a la literatura de estos pueblos llenos de gérmenes.

Como historiador de Hispanoamérica, Pedro Henríquez Ureña pensó en la historia en todos sus aspectos. Estudió la historia literaria de España como base de la nuestra, y se remontó a la cultura griega como raíz fundamental de todas las civilizaciones posteriores de occidente.

En la inauguración de las clases del año 1914 en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de la Ciudad de México, pronunció Pedro Henríquez Ureña un discurso sobre "La Cultura de las Humanidades" que fue publicado en *Revista Bimestre Cubana* de La Habana en el número de julio-agosto de ese mismo año. De ese discurso son las palabras siguientes, en que se remonta al pueblo griego.

El pueblo griego introduce en el mundo la inquietud del progreso.

<sup>184</sup> Francisco Romero, "Un Humanista de Nuestro Tiempo", *Sur*, julio 1946, págs. 25-26.

Cuando descubre que el hombre puede individualmente ser mejor de lo que es y socialmente vivir mejor de como vive, no descansa para averiguar el secreto de toda mejora, de toda perfección. Juzga y compara, busca y experimenta sin tregua; no le arredra la necesidad de tocar a la religión y a la leyenda, a la fábrica social y a los sistemas políticos. Mira hacia atrás, y crea la historia; mira al futuro, y crea las utopías, las cuales, no lo olvidemos, pedían su realización al esfuerzo humano. Es el pueblo que inventa la discusión; que inventa la crítica. Funda el pensamiento libre y la investigación sistemática. No hay ambiente más lleno de estímulo: todas las ideas que nos agitan provienen, sustancialmente, de Grecia.

De estas palabras dichas por Henríquez Ureña en el año de 1914, recordaremos años más tarde que el pueblo griego mira hacia el futuro y crea utopías. Los mejores ensayos suyos recogen esa idea y la aplican a su interpretación y a su visión de Hispanoamérica. El ensayo que más viene al caso es su *Utopía de América*, de 1925. Recordemos que en ese discurso sobre su utopía de América dijo Pedro Henríquez Ureña que la unidad de su historia, la unidad de propósitos en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más. Dijo también que nuestra América debe afirmar la fe en su destino en el porvenir de la civilización.

Como ha dicho Félix Lizaso, en su artículo—homenaje titulado “Pedro Henríquez Ureña, Primado de la Cultura Americana” no tuvo Pedro Henríquez Ureña preocupación más honda que la del tema fundamental del espíritu de nuestra América. Había dedicado lo más de su tiempo a un genuino apostolado de americanismo. El tema americano es el que sobresale en su obra. Y su libro póstumo es como una síntesis de sus estudios históricos e incluye nuestras corrientes artísticas y la historia política. Ese libro póstumo se titula *Historia de la Cultura en la América Hispánica*. Lo publicó el Fondo de Cultura Económica de México en el volumen 28 de su Colección Tierra Firme en 1947.

Los movimientos de cultura es lo que fundamentalmente interesaba a Pedro Henríquez Ureña. En su libro anterior, sobre nuestras corrientes literarias, ya vimos que buscó, sobre todo, los

movimientos culturales dentro del panorama histórico. En su libro póstumo señala las orientaciones de nuestra América dentro de un cuadro amplio, presenta sucintamente la historia de nuestra cultura desde el Descubrimiento hasta hoy. Bosqueja el proceso político, literario y artístico de los países y de toda Hispanoamérica en conjunto. Bosqueja la literatura de cada época, con suficiente detalle de autores y obras, así como también en cuadro de conjunto. Lo mismo hace con la arquitectura y la pintura y la música. Este libro es el resultado de los continuos estudios históricos y de investigación de Pedro Henríquez Ureña, es la síntesis cabal de la historia de nuestra cultura.

*Historia de la Cultura Hispanoamericana* fue un libro de larga preparación, porque encierra tanto de las ideas, estudios e investigaciones de don Pedro durante toda su vida. Al mismo tiempo que él revisaba y ordenaba sus conferencias de Harvard para la publicación de *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*, su otro libro síntesis, trabajaba en la preparación de su *Historia de la Cultura*, que es, en realidad, el complemento de *Las Corrientes Literarias*. En ambos libros, al referirse a la América hispánica, Henríquez Ureña incluye al Brasil, su cultura y su literatura, dentro del panorama total.

La *Historia de la Cultura* es un pequeño volumen de solamente 172 páginas de texto, en las que presenta Henríquez Ureña todo lo esencial para abarcar la historia de nuestra cultura, presentándola objetivamente. El libro contiene todos los nombres, todas las fechas y todos los datos importantes en nuestra cultura, nuestra literatura y nuestras artes. La introducción es una explicación breve pero suficiente de la lengua de Hispanoamérica, tema favorito de Pedro Henríquez Ureña. Dice que hasta 1936 Madrid era el centro, puramente cultural, en que se apoyaba la unidad del idioma español en América, pero que ahora esta dirección cultural está repartida entre México y Buenos Aires, como centros principales de producción literaria. Explica que no existe el "lenguaje hispanoamericano" único, sino que hay diferencias de región a región, como es natural. Además, hay muchos indígenas que mantienen sus lenguas propias y no han aprendido el español. Pero todo nativo de América que hable español se entenderá bien



con cualquier nativo de España.

Como *Las Corrientes Literarias*, la *Historia de la Cultura* consiste de ocho capítulos. El primero trata de las culturas indígenas: la variedad de los pueblos indígenas, sus idiomas, sus costumbres, sus industrias, su geografía, sus ciencias y sus artes. Hasta hace poco las historias no se ocupaban de las culturas indígenas y, tradicionalmente, esta obra habría comenzado con el capítulo segundo, "El Descubrimiento y la Colonización de América". Veamos lo que dice Henríquez Ureña en algunos párrafos de ese capítulo.

Al establecerse los españoles y los portugueses en América, trajeron consigo la cultura europea: religión, organización social, sistema jurídico, artes, ciencias, agricultura, crianza de animales domésticos, industrias, comercio, vestimenta, diversiones, costumbres en general. La cultura que españoles y portugueses implantan en el Nuevo Mundo no podía, desde luego, mantenerse idéntica a su tipo de origen... Hubo fusión de elementos europeos y elementos indígenas, que dura hasta nuestros días.

El capítulo tres explica "La Cultura Colonial" de la América hispánica, hasta 1800. Dice el autor, al comenzar este capítulo, que apenas conquistaban una ciudad, o la fundaban, los españoles y portugueses establecían en ella las instituciones europeas: políticas, religiosas, educativas. La vida política tenía dos formas fundamentales: el gobierno en representación de la corona, y los municipios autónomos. La vida religiosa comienza con la erección de templos; al poco tiempo se instalan conventos. Los primeros fueron en Santo Domingo, primera capital del Nuevo Mundo.

La ciencia que trajeron los europeos al Nuevo Mundo fue la del Renacimiento, en la cual se combinaban restos de la Antigüedad y de la Edad Media con resultados de investigaciones nuevas. El Descubrimiento de América es, precisamente, una de las causas de la renovación científica. Es en América, ante todo, donde los europeos se ven obligados a modificar y ensanchar sus conceptos en astronomía, en geografía física, en zoología y en botánica. En la

metalurgia, que tanta importancia adquirió entonces, hubo en América innovaciones técnicas.

Otras cosas explica Henríquez Ureña de la cultura colonial en la América hispánica: sus escuelas, sus imprentas, sus escritores, su teatro, sus artes plásticas, su arquitectura.

Sigue el capítulo cuatro, sobre "La Independencia", que cubre el período del 1800 al 1825. Explica el autor en este capítulo que, dentro del panorama mundial, tres hechos provocaron, al fin, el movimiento de secesión de las colonias: la independencia de los Estados Unidos (1776); la Revolución Francesa (1789); la invasión napoleónica en España y Portugal (1807). Al invadir Napoleón la Península Ibérica, el rey de Portugal se refugia en Brasil con su corte y séquito. Más de diez mil personas le acompañan. El rey de España abdica. Las colonias españolas de América quedaron sin gobierno central y se negaron a reconocer a Napoleón y a su gobierno de España. Las colonias comienzan por mantener su adhesión al depuesto rey de España, pero la inquietud de América no podía detenerse ahí, explica Henríquez Ureña, la aspiración a la independencia estaba en todas partes, y pronto asoma en muchos lugares: en México, en la América del Sur, en las Antillas.

Al emprender sus campañas separatistas, las colonias trataban de emular a Francia y a los Estados Unidos. La libertad, según los revolucionarios, debía ser amplia, y la igualdad completa. Se declararon nulas las discriminaciones de clase y raza. Esto último produjo la abolición de la esclavitud en toda la América española, mucho antes que en el Brasil y en los Estados Unidos; fue parte del proceso de independencia. Este hecho tuvo mucha importancia en la estructura social de las nuevas naciones en la América española.

En el proceso que produjo la independencia de la América española tuvieron grande importancia las teorías políticas. La doctrina de la soberanía del pueblo, opuesta a la tradición que concentraba la soberanía en el rey, es la base teórica en que se apoya la independencia: es el pueblo quien se determina a constituirse en nación libre. El habitante se convirtió, de súbdito, en ciudadano. El

gobierno había de ser representativo... Los próceres de la independencia fueron, en su mayor parte, hombres de pensamiento a la vez que hombres de acción; el pensamiento preparó y dirigió la acción.

A lo anterior siguen detalles de los diferentes movimientos separatistas, y de los esfuerzos por establecer gobiernos y orden social nuevos.

El capítulo quinto, que sigue, se titula "Después de la Independencia" y abarca el período del 1825 al 1860. Henríquez Ureña explica que la lucha para conquistar la independencia fue larga y sangrienta, y que cuando terminó, los países estaban arruinados, diezmada su población, trastornada su vida social toda. El régimen colonial no había organizado ni educado políticamente a los pueblos. Consumada la independencia, se desataron las fuerzas anárquicas, y se inició largo período de inquietud política, oscilando entre la guerra civil y el despotismo. Por fin, después de 1850 empezaron a tranquilizarse los pueblos. La igualdad ante la ley quedó consagrada en todas las legislaciones de la América hispánica. El movimiento hacia la democracia social ha sido constante y firme, mientras el avance hacia la democracia política ha sido lento.

A ese período tan difícil sigue el que corresponde al capítulo seis, que Henríquez Ureña titula "Organización y Estabilidad" y que él extiende del 1860 al 1890. Las naciones de la América española acaban de definir su forma de organización entre los años 1850 y 1870. Las instituciones son estables desde entonces, con poca variación. Al alcanzar cierto grado de estabilidad, alcanzaron también cierto bienestar económico, unos países más que otros. En ese capítulo se extiende Henríquez Ureña sobre la literatura de la segunda mitad del siglo XIX en la América hispánica.

En el capítulo siete sigue el período de "Prosperidad y Renovación" que él sitúa entre 1890 y 1920. Dice Henríquez Ureña que al comenzar el siglo XX, la América hispánica, como el mundo todo, presentaba la apariencia de una estabilidad con perspectiva de duración indefinida; se había formado lo que se

llama "una clase media" desde el punto de vista económico. Extraordinario brillo adquiere en este período la literatura. Hay muchas páginas en ese capítulo sobre los poetas y escritores de este período.

Y llegamos al capítulo ocho, el último, que trata de "El Momento Presente" o sea del 1920 al 1945. En este período se manifiestan en la América hispánica dos tendencias contradictorias: una es la defensa del proletario, otra es la reaparición de las dictaduras, explica Henríquez Ureña, y agrega que la Revolución mexicana de 1910 tuvo carácter original: es el tercer gran movimiento democrático. Es rápido el crecimiento de la población en la América hispánica desde principios del siglo, lo cual se observa sobre todo en las ciudades. El gran desarrollo de las letras en los diferentes países, y de las artes, llena las últimas páginas del libro. Así completamos esta síntesis cabal del panorama histórico de nuestra cultura: los movimientos sociales, políticos y literarios de Hispanoamérica. Este libro nos ofrece una perspectiva clara de lo que hemos hecho y lo que somos en Hispanoamérica, y nos orienta mejor hacia el futuro.

## EL HUMANISTA

Tantos han llamado a Pedro Henríquez Ureña un humanista de América que debemos considerar este aspecto suyo como cosa aparte de su americanismo orientador. Como humanista, Henríquez Ureña se remonta más allá del continente americano; estudia la cultura universal y sobre todo la española como base de la nuestra en Hispanoamérica. Por lo tanto, él fue primeramente un hispanista, fundamentalmente un americanista, y por último, debido a su universalidad, un humanista, un humanista americano.

Debemos explicar brevemente los antecedentes que precedieron en Hispanoamérica a la época en que vivió Pedro Henríquez Ureña. Durante el siglo XIX, en su afán de independencia absoluta, las naciones de Hispanoamérica rechazaron y hasta negaron a España; no quisieron reconocer su herencia, su formación hispánica. Buscaron identidad propia que excluyera a España y todo lo español. La literatura romántica y las ideas del siglo se apoyaron en lo autóctono de América, importaron lo exótico, y creyeron haberse desligado de la patria materna. Con el siglo veinte surgió un nuevo punto de vista. España había perdido sus últimas colonias, había sido vencida por la América del Norte, que se convirtió entonces en la amenaza para Hispanoamérica.

En el sentimiento y en la literatura de los países americanos de habla española surgió una reconciliación con España y con lo español. José Enrique Rodó encabezó la nueva doctrina que los pensadores de Hispanoamérica lanzaron en los primeros años de este siglo, definiendo el ideal de nuestra América española y distinguiéndola, no ya de España, sino de la poderosa América del Norte.

Ya hemos visto que Pedro Henríquez Ureña fue el continuador de la obra orientadora de Rodó, y encabezó a su vez el grupo de pensadores que quiso definir a Hispanoamérica. Buscar la identidad propia de nuestra América fue su mayor afán. Por eso

se remontó a España, buscando nuestras propias raíces, y fue de los primeros en restaurar la literatura española en las universidades de Hispanoamérica. Su enfoque en cuanto a la amenaza que entonces se consideraba eran los Estados Unidos del Norte para los países hispánicos de América, era distinto del enfoque de Rodó. Rodó no conocía a los Estados Unidos, su criterio era puramente intelectual; pero Pedro Henríquez Ureña vivió dos veces, por años, en los Estados Unidos y los conocía muy bien. Le era posible juzgar con un profundo conocimiento de causa, y aunque vio a su patria atropellada militarmente por los Estados Unidos, y ocupada injustamente por ocho años, nunca perdió la serenidad de sus juicios, ni confundió la política norteamericana con la nación y sus habitantes. Dentro de su profundo humanismo, él comprendía a las dos Américas, y sus advertencias eran, por eso mismo, más acertadas.

Dijo Alfredo Galletti en un artículo sobre don Pedro que tituló "Un Humanista Americano" que existe un mundo acusadamente americano, el entrevisto por Hostos, Bello, Martí o Henríquez Ureña. América ha permitido así, dice él, la formación de un peculiar humanismo cuyo eminente representante es Pedro Henríquez Ureña, dominicano por nacimiento y buen americano en el más amplio sentido de la palabra.

Pedro Henríquez Ureña conocía profundamente las grandes culturas clásicas y modernas. Manejaba hasta en sus más ocultos meandros el rico caudal de la lengua hispana y de sus modalidades americanas. De ahí su manejo preciso, hábil, consciente de ese caudal inagotable. Era el suyo un trabajo sistemático, serio, de calidad, enderezado por sobre todo hacia la divulgación de las cuestiones; didáctico, con un gran afán clarificador. Además escribía en un lenguaje limpio, directo, sin afectaciones. Agréguese a lo expuesto la mayúscula gama de conocimientos acerca de América que poseía Henríquez Ureña. Se efectuaba, pues, en él, un proceso integrador. La búsqueda de nuestra expresión es, como lo quiere Henríquez Ureña, una empresa de incalculables proyecciones. A tan magna empresa consagró las mejores horas de su existencia. Henríquez Ureña nos obliga a seguir sin descanso en el esperanzado trabajo, en busca de nuestra expresión. Si así lo hacemos seremos fieles al legado de este hombre,

de este humanista americano. <sup>185</sup>

Félix Lizaso dijo que Pedro Henríquez Ureña había recibido una formación eminentemente humanística desde sus más tiernos años. En ella figura, en primer término, el clasicismo español, y la antigüedad, especialmente la antigüedad griega, que deja profunda huella en el espíritu de Pedro Henríquez Ureña. Se discernía en él un temperamento platónico. Se acercó a los problemas literarios con ánimo esclarecedor. Era como un hombre transportado del Renacimiento, concluye por decir Lizaso.

Creaba a su alrededor el clima propicio a las normas espirituales, a las disciplinas fecundas, a las realizaciones más maduras. Pedro Henríquez Ureña fue maestro de saber y al mismo tiempo maestro de socratismo. Y tenía el don de enseñar a precisar los juicios, el don de aumentar nuestro caudal de verdad. <sup>186</sup>

Mariano Picón Salas reconoce en Pedro Henríquez Ureña al hispanista, y le compara con esos humanistas y viajeros del Renacimiento, cuya clara prosa y objetividad, no desprovista de amor, estaba dispuesta a desvanecer todo prejuicio, a mirar serenamente toda idolatría tribal o nacionalista. Nivelaba la tradición americana en el mensaje de sus personalidades egregias. <sup>187</sup> Y con otros viajeros del Renacimiento lo compara Antonio Castro Leal.

Como tantos misioneros del siglo XVI partió de la pequeña isla de Santo Domingo para recorrer el inmenso continente americano. En cada país donde estuvo hizo su patria. Como los misioneros, sabía que un evangelio, el de la cultura, salvaría a nuestra América. Como los misioneros, no renegó de España, sino que alababa en ella lo bueno y temía el contagio de lo malo. Ha sido uno de los americanos

<sup>185</sup> Alfredo Galletti, "Un Humanista Americano", *Sagitario*, Buenos Aires, abril-junio 1955, págs. 77-80.

<sup>186</sup> Félix Lizaso, "Henríquez Ureña, Primado de la Cultura Americana", *Cursos y Conferencias*, 1947, XXXI-94.

<sup>187</sup> Mariano Picón Salas, "Un Hombre que Hacía Claro lo Oscuro", *Revista Iberoamericana*, *op. cit.* p. 72.

más nobles, más buenos, más sabios, más inteligentes y de más fina sensibilidad de este siglo. Hay hombres preocupados por el destino de Hispanoamérica, cuyo pensamiento y acción rebasan las fronteras nacionales. Son redentores, como Bolívar y San Martín; apóstoles, como José Martí y José Vasconcelos; o evangelistas, como Andrés Bello y Manuel González Prada. A esta última categoría pertenece el gran humanista dominicano Pedro Henríquez Ureña. 188

Queremos aquí repetir la expresión de Francisco Romero: "El americanismo de Henríquez Ureña se fundía con su humanismo, sin mengua de la universalidad". Y así, agrega Romero, el americanismo de Henríquez Ureña, nacido de su amor a estas tierras suyas y fortalecido en la continua meditación de cuanto concierne a ellas, se identificaba también con su consustancial propensión humanista, por su fe en los altos destinos americanos de la cultura de Occidente.

Aquí terminamos esta evaluación panorámica de Pedro Henríquez Ureña: del hombre, de su vida y de su obra. Sigue a continuación una breve conclusión y también la bibliografía de Pedro Henríquez Ureña.

188 Antonio Castro Leal, "Pedro Henríquez Ureña", *México en la Cultura*, 4 julio 1960, p. 5.



## CONCLUSION

Hemos tratado de presentar una visión de conjunto, cronológicamente, de lo que fue Henríquez Ureña y de lo que hizo durante su vida, así como una evaluación de lo que él representa hoy en Hispanoamérica.

Numerosas evaluaciones de Pedro Henríquez Ureña han sido escritas y publicadas, tanto durante su vida como después de su muerte. Su vida y su obra han sido frecuentemente elogiadas. Entre muchos merecidos títulos se le han dado el de "Maestro de América" y el de "Humanista de América" pero, ¿cuál fue, esencialmente, la contribución de don Pedro a su época? ¿Cuál fue la forma y cuál fue el fondo de su creatividad? Lo primero es fácil de presentar. El presente trabajo analiza la forma de su expresión: él fue un escritor, pero fue primero y siempre un Maestro, en todo el sentido de la palabra, un creador, puesto que creatividad fue un elemento esencial en la carrera pedagógica de don Pedro.

Si el magisterio fue la forma por la cual él se comunicaba, su americanismo fue la gran fuerza que le movió toda su vida; fue el foco a través del cual su idealismo y su humanismo encontraron salida; él necesitó mucho campo para su labor. Pero el medio de que se valió, el vehículo de su expresión fue el magisterio.

Aun su americanismo, sin embargo, no fue la base de su don único; su creatividad se manifestaba de una manera más sutil. La impresión que uno recibe hablando con aquellos que le conocieron personalmente es la de su extraordinaria vitalidad mental y la de su franqueza al confrontarse con alguien. Tanto de la intelectualidad actual está tan alejada de la vida activa, y las ideas tienden a existir en el limbo sin relación a lo concreto. De tal cosa no se pudo nunca culpar a Henríquez Ureña. Su vida entera fue una lucha prolongada a fin de hacer más reales y de actualidad lo intangible y abstracto que, generalmente, permanece quietamente dormido en el reino de lo ideal.

Hay mentalidades brillantes que tratan las ideas como entidades distintas y autónomas, como peones o piezas en un

juego de ajedrez intelectual en que las mueven y las mezclan, algunas veces con efectos brillantes. Ese no fue el sistema de Henríquez Ureña; él fue un hombre íntegro; las ideas fueron solamente un aspecto, aunque importante, de su integridad total. En su aspecto dinámico, las ideas podrían ser influencias en la vida, pero don Pedro no rechazó su función ni exageró su valor como fines propios. Su humanismo prestó propósito y al mismo tiempo frenó a la forma (en el magisterio y en sus escritos) y a su profundo sentir (su americanismo) que animaba todas sus acciones.

Tal vez una de las más convincentes indicaciones en Pedro Henríquez Ureña es al extremo que han persistido y florecido los principios y objetivos que él valorizó y acentuó. Su excelencia fue de un tipo quieto y penetrante; ni sorprendía ni deslumbraba, pero gradualmente, con el tiempo, transformó y sigue transformando el modo de pensar de Hispanoamérica. Tan frecuentemente, en una carrera pública se avanza dentro de un área determinada sin tocar o entrar en otras disciplinas, pero con Pedro Henríquez Ureña su desarrollo fue constante y en todas direcciones; y le llevó a una visión integrada, orgánica de lo que somos y de lo que podemos llegar a ser. El nos confrontó con nosotros mismos; nada es más valioso.

## BIBLIOGRAFIA\*

### CRONO—BIBLIOGRAFIA DE PUBLICACIONES SOLAMENTE:

*Ensayos Críticos*, La Habana, 1905, Imprenta Esteban Fernández, 116 páginas.\*\*

*Horas de Estudio*, París, 1910, Ollendorf, 304 páginas.\*\*

*Tablas cronológicas de la literatura española*, Universidad Popular Mexicana, México, 1913. Segunda edición, D.C. Heath & Co., 1920.

*El Nacimiento de Dionisos*, Imprenta de Las Novedades, New York, 1916.

*La versificación irregular en la poesía castellana*, Prólogo de Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1920, Segunda edición, Madrid, 1933.\*\*\*

*En la Orilla. Mi España*, ed. de México Moderno, México, 1922.\*\*

*La utopía de América. Ediciones de "Estudiantina" de la Plata*, 1925.

*Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Babel, Buenos Aires, 1928.\*\*

*El libro del Idioma* (en colaboración con Narciso Binayan), Buenos Aires, 1928, 294 páginas.

\* Para una bibliografía exhaustiva de la obra de Henríquez Ureña —ver la CRONO—BIBLIOGRAFIA DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA por Emma Susana Speratti Piñero (revisada y corregida) en *Obra crítica*, México, 1960, Fondo de Cultura Económica, páginas 753—796.

\*\* También incluido en *Obra Crítica*.

\*\*\* También incluido en *Estudio de versificación española*, Buenos Aires, 1961.

*Gramática Castellana*, (en colaboración con Amado Alonso), Buenos Aires, Editorial Losada, Primer Curso, 238 páginas, Segundo Curso, 239 páginas.

*Cien de las mejores poesías castellanas*, Ed. Kapeluz, Buenos Aires, 1929. Segunda Edición (corregida y aumentada) 1941.

*Sobre el problema del andalucismo dialectal de América* (Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, Anejo I, Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires), 1932.

*La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, (Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, Anejo II, Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1936)\*\*

*Para la historia de los indigenismos*, (Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, Anejo III, Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires) 1938.

*El español en Santo Domingo* (Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, Anejo V, Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires), 1940, 302 páginas.

*Plenitud de España*, (Ed. Losada, Biblioteca Contemporánea), Buenos Aires, 1940, 198 páginas.\*\*

*Literary Currents in Hispanic America*, (Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1945, 345 páginas. Segunda edición: 1949.

## PUBLICACIONES POSTUMAS

*Historia de la Cultura en la América Hispánica*, (Colección "Tierra Firme"), Fondo de Cultura Económica, México, 1947, Segunda Edición 1949, 237 páginas.

*Las corrientes Literarias en la América Hispánica*, (Traducción de *Literary Currents in Hispanic America* por Joaquín Diez-Canedo). Biblioteca Americana, número 9, Fondo de Cultura Económica, México, 1949, 342 páginas.

*Poesías juveniles* (Colección de Emilio Rodríguez Demorizi), Ediciones Espiral, Colombia, Bogotá, 1949. 62 páginas.

*Plenitud de América*, Ensayos escogidos, (Selección y Nota Preliminar de Javier Fernández Peña). Del Giudice editores. Buenos Aires, 1952, 167 páginas.

*Ensayos en busca de nuestra expresión*, (Editorial Raigal), Buenos Aires, 1952, 156 páginas.

*Obra Crítica*, (Antología de libros, artículos y conferencias de Pedro Henríquez Ureña, incluyendo su Crono-bibliografía por Emma Susana Speratti Piñero), México, Fondo de Cultura Económica, 1960, 844 páginas.

*Estudios de Versificación Española*, (Todos los trabajos de Pedro Henríquez Ureña dedicados a la versificación española). Instituto de Filología Hispánica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1961, 399 páginas.

COLECCIONES, ANTOLOGIAS Y HOMENAJES:

*Páginas escogidas* (Prólogo de Alfonso Reyes y Selección de José Luis Martínez) Biblioteca Enciclopédica Popular No. 109, de la Secretaría de Educación Pública de México, 1946. 96 páginas.

*Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*, en ANALES de la Universidad de Santo Domingo, Ciudad Trujillo, 1946, páginas 15–134.

*Homenaje a Pedro Henríquez Ureña* (Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, Volumen L), Ciudad Trujillo, 1947, 135 páginas.

*Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña*, por Emilio Rodríguez Demorizi (incluye la más extensa bibliografía de Pedro Henríquez Ureña a esa fecha), Ciudad Trujillo, 1947. 85 páginas.

*Pedro Henríquez Ureña, Antología y Prólogo* (“Hermano y Maestro”) de Max Henríquez Ureña, Colección Pensamiento Dominicano, Ciudad Trujillo, 1950.

*Homenaje a Pedro Henríquez Ureña* (Una colección de Estudios dedicados a Henríquez Ureña por numerosos académicos y hombres de letras). *Revista Iberoamericana* (Volumen patrocinado por la Universidad de Iowa), Órgano del Instituto de Literatura Iberoamericana, Vo. XXI, Números 41–42, 1956. 461 páginas.

*Homenaje a Henríquez Ureña*, en “México en la Cultura”, Buenos Aires, Marzo 1957.

*Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, por Alfredo A. Roggiano, México 1961 (Incluye una antología de los trabajos de Henríquez Ureña durante sus permanencias en los Estados Unidos), XCIII y 207 páginas.

## FUENTES DE REFERENCIAS Y CITAS\*

Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la Poesía Hispanoamericana*, Madrid 1911, I, 310.

Salomé Ureña de Henríquez, *Poesías*, Prólogo por Pedro Henríquez Ureña, Madrid 1920, 142 páginas. Segunda edición: *Poesías escogidas*, con el mismo prólogo, Librería Dominicana, Ciudad Trujillo 1960, 188 páginas.

Emilio Rodríguez Demorizi, *Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas*, Ciudad Trujillo 1960, 427 páginas.

Francisco Henríquez y Carvajal, *Homenaje de Cuba al Preclaro Dominicano Don Francisco Henríquez y Carvajal en el Centenario de su Nacimiento*, Antología, con Prólogo de Emilio Roig de Leuchsenring, La Habana, 1959, 210 páginas.

“Francisco Henríquez y Carvajal”, (en el Centenario de su nacimiento), *Clío*, Ciudad Trujillo 1959, XXVII, Número 114, páginas 35–48. Reproducido del *Diario de la Marina* de La Habana, 18 enero 1959.

“Archivo Literario de Hispanoamérica”, en *Revista Dominicana de Cultura*, Ciudad Trujillo, noviembre de 1955. Cartas entre Pedro Henríquez Ureña y personalidades literarias de su época, seleccionadas y publicadas por Emilio Rodríguez Demorizi. Páginas 130–135, 138–174. También en el ejemplar de diciembre 1955 y en el de enero de 1956 de la misma publicación, aparecen muchas de esas cartas.

Antonio Castro Leal, “Pedro Henríquez Ureña, Humanista Americano”, en *Boletín Bibliográfico Mexicano*, Julio 31, 1946.

Narciso Binayan, *Revista Americana de Educación*, La Plata 1946, Número 1, p. 34.

Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la Poesía Hispanoamericana*, Santander 1948, I–307.

Julio Torri, “Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña”, en *Revista de la*

\* En el orden en que aparecen en las citas.

*Facultad de Filosofía y Letras* de México, No. 23, Julio—septiembre 1946, páginas 99—102.

Antonio Castro Leal, *México en la Cultura*, México, 4 de julio 1960, página 5.

Santiago A. Cuneo, “Pedro Henríquez Ureña en Minnesota 1916—1921”, *Universidad de México* XII, No. 8, abril 1958, 16—17.

Arturo Torres Rioseco, “Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña”, *Revista Iberoamericana*, 1956, XXI, números 41—42, página 139.

Rafael Alberto Arrieta, “Pedro Henríquez Ureña, Profesor en la Argentina” en *Revista Iberoamericana*, 1956 XXI, números 41—42, página 89.

Alfonso Reyes, “Encuentros con Pedro Henríquez Ureña” en *Revista Iberoamericana* XXI, enero-diciembre 1956, 41—42, p. 58.

Aníbal Sánchez Reulet, “Pensamiento y Homenaje en Pedro Henríquez Ureña” en *Revista Iberoamericana*, 1956, XXI, número 41—42.

Enrique Anderson Imbert, “Tres Notas sobre Pedro Henríquez Ureña”, en *Estudios sobre escritores de América*, Buenos Aires, 1954, páginas 208—220.

Javier Fernández, “El Maestro Definidor”, en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, el 15 de junio 1953, página 97.

Raimundo Lida, “Cultura de Hispanoamérica”, en *Cuadernos Americanos*, VI, 1947, páginas 207—212.

Emilio Carilla, *Pedro Henríquez Ureña (Tres Estudios)*, Tucumán, Argentina, Universidad Nacional de Tucumán, 1956, 56 páginas.

José Luis Romero, “Una Voz”, en *Revista Iberoamericana*, 1956, XXI, números 41—42, página 83.

Enrique Pezzoni, “Homenaje a Pedro Henríquez Ureña”, en *Letras*, Buenos Aires, 1 diciembre 1946, número 4, página 77.

Flérida de Nolasco, “Pedro Henríquez Ureña, filólogo y folklorista” en *Juventud Universitaria*, II, número 15, Universidad de Santo Domingo, Julio



1946, página 14. También en *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*, publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, Vol I, 1947, página 122.

Manuel de Jesús Goico, *Juventud Universitaria*, II, número 15, julio 1946, página 26.

Carlos Federico Pérez, *Juventud Universitaria*, II, número 15, julio 1946, página 28.

L. E. Piña Puello, *Juventud Universitaria*, II, número 15, julio 1946, páginas 29–30.

Andrés Avelino, “Pedro Henríquez Ureña”, en *Anales de la Universidad de Santo Domingo*, número 37–38, enero-junio 1946, páginas 89–119.

Sonia Henríquez Ureña de Hiito, “Unos versos proféticos” en *México en la Cultura*, número 22, Buenos Aires, enero-febrero-marzo 1957, página 12–13.

Jorge Luis Borges, “Pedro Henríquez Ureña”, en *México en la Cultura*, número 22, Buenos Aires, enero-febrero-marzo 1957, página 5.

María Rosa Oliver, “Maestro y Amigo”, en *México en la Cultura*, número 22, Buenos Aires, enero-febrero-marzo 1957, página 16.

María Hortensia Lacau, *Letras*, Año I, Buenos Aires, diciembre 1946, número 4, páginas 59–70.

Raul Moglia, *Letras*, Año I, Buenos Aires, diciembre 1946, número 4, páginas 70–75.

Enrique Anderson Imbert, “Pedro Henríquez Ureña”, en *Sur*, Buenos Aires, julio 1946, Año XV, número 141, páginas 34–44.

José Luis Romero, “En la muerte de un testigo del mundo”, en *Cabalgata*, Buenos Aires, octubre 1, 1946, I— número 1. También en *Revista Cubana*, La Habana, 1946, XXI, páginas 113, 118.

Ernesto Sabato, “Henríquez Ureña”, en *Cabalgata*, Buenos Aires, 1946 I número 1, página 3.

Roberto F. Giusti, “Pedro Henríquez Ureña”, en *México en la Cultura*,

Buenos Aires, enero-febrero-marzo 1957, número 22, página 9.

Alfonso Reyes, "Evocación de Pedro Henríquez Ureña", Prólogo de *Páginas Escogidas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946, 96 páginas.

Medardo Vitier, "Pedro Henríquez Ureña y el Ensayo", en *Del Ensayo Americano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945, páginas 193-215.

Félix Lizaso, "Pedro Henríquez Ureña, Primado de la Cultura Americana", en *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, 1947.

Francisco Romero, "Un humanista de nuestro tiempo", en *Sur*, Buenos Aires, XV, julio 1946, número 141, páginas 18-27.

Luis Alberto Sánchez, "Notas sobre Pedro Henríquez Ureña", en *Revista Iberoamericana*, XXI, números 41-42, enero-diciembre 1956, páginas 159-166.

Augusto Cortina, "Como murió Pedro Henríquez Ureña", en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 15 de diciembre 1951.

Samuel Ramos, "Pedro Henríquez Ureña, Humanista Americano", en *Cuadernos Americanos*, México 1946 V, número 4, páginas 264-267.

Salomón de la Selva, "In Memoriam Pedro Henríquez Ureña", en *Letras de México*, 15 julio 1946.

Augusto Arias, "Poesías de Henríquez Ureña", en *El Comercio*, Quito 1 noviembre 1959.

Ramón Menéndez Pidal, "Prólogo", a *La Versificación Irregular en la Poesía Castellana*, Madrid 1920. Segunda Edición, Madrid 1933.

Alfonso Reyes, "Pasado Inmediato", en *Obras Completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, volumen XII.

Julio Jiménez Rueda, "Pedro Henríquez Ureña, Profesor en México", en *Revista Iberoamericana*, XXI, 41-42, 1956, páginas 135-138.

Alfonso Caso, "Pedro Henríquez Ureña", en *Letras de México*, 15 de julio 1946, página 293.

Roy Bartholomew, "Nuestra América, Sí", en *México en la Cultura*, Buenos Aires, 1957, número 22, página 8.

Alfredo Galletti, "Un Humanista Americano", en *Sagitario*, Buenos Aires, abril-junio 1955, páginas 77-80.

Mariano Picón Salas, "Un hombre que hacía Claro lo Oscuro", en *Revista Iberoamericana*, XXI, enero-diciembre 1956, números 41-42, páginas 69-73.

Antonio Castro Leal, "Pedro Henríquez Ureña", en *México en la Cultura*, 4 julio 1960, página 5.

## INDICE

### CAPITULO I

Vida y Obra .....	17
México: Primera Etapa .....	29
Estados Unidos: Segunda Etapa .....	38
Vuelta a México .....	45
Plenitud: La Argentina .....	49
Buenos Aires .....	56
Santo Domingo .....	62
Nuevamente Buenos Aires .....	67
Los Ultimos Años .....	79

### CAPITULO II

El Poeta y el Cuentista .....	94
-------------------------------	----

### CAPITULO III

El Ensayista y el Crítico .....	111
La Literatura Europea .....	125
El Arte y La Música .....	133
La Literatura Norteamericana .....	141
La Literatura Española .....	148
La Literatura Hispanoamericana .....	163
De su Patria. ....	187

### CAPITULO IV

El Filólogo .....	197
-------------------	-----

## CAPITULO V

El Maestro, El Orientador y El Humanista .....	215
El Orientador .....	219
El Humanista .....	228
Conclusión .....	232
Bibliografía .....	234
Publicaciones Póstumas .....	236
Colecciones, Antológicas y Homenajes .....	237
Fuentes de Referencias y Citas .....	238

## COLOFON

Este libro se terminó de imprimir el día 23 de marzo de 1976, en los talleres offset de la impresora UNPHU.  
Se imprimieron 1700 ejemplares.



Ediciones UNPHU

SANTO DOMINGO, R.D.  
1976

